

# Pablo De Santis Crímenes y jardines



EL AUTOR Y LOS PERSONAJES DE  
**EL ENIGMA DE PARÍS**



Lectulandia

Buenos Aires, 1894. El detective Craig acaba de morir, y el joven investigador Sigmundo Salvatrio, protagonista de *El enigma de París*, queda a cargo de su agencia. Enseguida debe enfrentar el primer caso en solitario: el poeta y periodista Jerónimo Seguí le pide que busque a un amigo desaparecido, de profesión anticuario. Cuando aparece el cadáver, las pistas guían a Salvatrio hacia un grupo de filósofos de los jardines, quienes intentaron en el pasado arrebatarse al famoso Carlos Thays, director de Parques y Paseos, el diseño de los grandes espacios verdes de la ciudad.

¿Qué lugar ocupan los jardines en la cultura? ¿Deben ser los jardines una réplica del Edén, antes de la caída de Adán, o deben ser ordenados y geométricos, como los jardines de la Atlántida? ¿Requieren un diseño secreto? ¿Es posible que estas teorías hayan inspirado una serie de crímenes? Un psiquiatra, un anticuario, un poeta, un cazador y un rico empresario dedican largas tardes a meditar sobre estas cuestiones y sobre la importancia de la mitología. En el centro de la intriga están Baltazar Dux Olaya, el señor de la sal, y su hija Irene, bellísima, loca y visionaria.

Con gran maestría, Pablo De Santis ha escrito una novela excepcional, en la que brutales crímenes suceden cuando toman su forma definitiva los Bosques de Palermo y el Jardín Botánico de Buenos Aires. La investigación de Salvatrio lo lleva a preguntarse por el origen de la Atlántida, a enfrentarse con Castelvetia, el investigador expulsado de los Doce Detectives, a alojarse en el sombrío Hotel de los Suicidas y a contemplar diariamente su propia esfinge, su enigma doméstico: la señora Craig.

**Lectulandia**

Pablo de Santis

# **Crímenes y jardines**

**Sigmundo Salvatrio - 2**

ePub r1.0  
lenny 31.10.16

Título original: *Crímenes y jardines*

Pablo de Santis, 2013

Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Ivana*

Cupido le dio a Harpócrates (dios del silencio) una rosa para sobornarlo y evitar que divulgara los amores de Venus.  
Así la rosa se convirtió en el emblema del silencio.

E. COBHAM BREWER,  
*Diccionario de frases y fábulas*, 1894.

# PRIMERA PARTE

## Invernadero

Dios todopoderoso fue el primero en plantar un jardín.

FRANCIS BACON,  
*Sobre los jardines*, 1597

# 1

La historia de nuestra vida es la historia de nuestros miedos. Cuando el detective Craig cayó enfermo, yo velé junto a su cama con un doble temor: que se muriera o que se recuperara. Me parecía que ese estado de sonámbulo en el que se encontraba tenía algo de ideal para mí. En los últimos tres años yo había resuelto enigmas bajo la sombra de su nombre, pero sin rendirle cuentas. Su salvación o su caída me harían perder mi lugar.

Los visitantes llegaban de continuo para ver al enfermo, a veces a horas inoportunas. Los más asiduos eran tres y ya se movían a su antojo, daban instrucciones a la servidumbre y se servían bebidas sin esperar ayuda: Aquiles Greco, el gran frenólogo, el doctor Reverter, médico forense, autor de la muy discutida *Fisiología de la muerte* y el editor Saturno Valadés, que publicaba la revista *La Clave del Crimen*, donde aparecían las aventuras de Los Doce Detectives. Una vez que se acabaron las botellas, empezaron a traer ellos mismos *brandy* o cognac, pero a escondidas, para no ofender. En los salones y pasillos de la casa de Craig los socios del Club del Progreso se cruzaban sin mirarse con las amistades que Craig había cultivado en las zonas oscuras de la ciudad, y entre quienes se encontraban sus adeptos más fervorosos.

—Ni los pobres ni los ricos me consideran como uno de los suyos —me decía Craig—. Pertenece a la raza de las rarezas, que forman los seres condenados a la soledad y al asombro: los unicornios, los centauros, las esfinges.

Por cada cara conocida que visitaba la casa había muchas extrañas; venían a pagar antiguos favores en monedas de solemnidad y silencio. Traían hierbas para hacer tisanas, tónicos misteriosos con nombres de médicos prusianos, botellitas de agua milagrosa bendecidas por santones de provincia. Parecían figuras de un sueño: se acercaban al detective inmóvil como si quisieran murmurar en el oído un secreto largamente guardado. Cuando la tos sacudía a Craig, estos hombres de cuchillo a la cintura se apartaban, buscando el refugio de un rincón en sombras. Ángela, cocinera y ama de llaves, y una criada asturiana nueva, contratada por mí, se ocupaban de los visitantes. La señora Craig no quería ver a nadie, permanecía encerrada en el invernadero que tenía en su terraza.

—¿Ya está? ¿Ya se han ido? —preguntaba a veces en voz baja, como si los visitantes fueran los dueños de casa y ella una tímida intrusa.

Cubría la terraza una estructura de hierro y cristal. La fantasía de algún vidriero había dibujado aquí y allá escudos de armas de stirpes desaparecidas. A mí me parecía que aquellos cristales siempre empañados no estaban para proteger los tulipanes o las orquídeas, sino a la misma señora Craig. Yo no sabía de dónde sacaba ella las flores enormes que poblaban su jardín. Algunas plantas parecían venir de desiertos, y estaban acorazadas de espinas, otras crecían tan rápido que se tenía la sensación de que bastaba mirarlas un rato para ver la multiplicación de las hojas y los



pétalos. En el aire húmedo del invernadero la señora Craig siempre encontraba algo para hacer. En general es la gente más ociosa la que se muestra más dispuesta a decir lo ocupada que está, y la señora Craig no era la excepción. Cuando la iba a ver me saludaba con las palabras de rigor: no tenía tiempo para mí, el jardín (llamaba «jardín» al invernadero) no la dejaba en paz. Entonces corría a probar la índole de su ajeteo: hacía una incisión en un tallo, para practicar luego algún injerto, o arrancaba una hoja con los bordes quemados, o esparcía sobre la tierra un polvo de color índigo que iluminaba los tulipanes de azul. Sus maniobras parecían hechizos antes que artes de jardinero. Las hormigas negras la ayudaban a ignorarme. Mataba a las hormigas una por una, pero no aplastándolas sino arrojándolas a una lata llena de agua cuyos bordes habían sido untados con jabón; cuando las hormigas querían trepar por las paredes, volvían a caer al agua, hasta que, agotadas, se dejaban llevar hasta el fondo.

—Esta ciudad está construida sobre un hormiguero de proporciones infinitas —decía la señora Craig—. Un día, cuando las hormigas hayan terminado de cavar el último túnel que figura en sus planos, los cimientos cederán y la ciudad entera será tragada por la tierra.

Siempre me mostraba las heridas que le habían hecho las rosas o las puntas de las hojas o los instrumentos de jardinería o las hormigas. En sus manos blancas y de largos dedos aparecían puntos rojos, en su cuello el dibujo de un rasguño. Ella me invitaba a estudiar esas heridas con un gesto de triunfo: una prueba de que estaba viva.

—Voy a comprarle guantes, señora Craig. Los jardineros siempre usan guantes.

—Los guantes me hacen perder toda sensibilidad.

—¿Quiere entonces que le traiga alcohol?

—No, no hace falta —decía la mujer mientras condenaba a una hormiga al estanque de la muerte—. Salvatrio, ¿queda mucha gente abajo?

Yo enumeraba nombres y cargos, desplegaba parentescos e intrigas. Nada le decía nada. Yo nombraba gente como si los pusiera en orden para entregarlos a su olvido. Nuestras conversaciones siempre terminaban con la misma pregunta:

—¿Y cuándo se irán? —Y quería decir: cuando se irán del todo, cuándo se irán para siempre.

Un día dejaron de venir.

## 2

Después de la noche interminable en el Club del Progreso y del confinamiento del ataúd en la bóveda familiar en la Recoleta; después de los discursos unánimes y la lluvia obligatoria, quedamos, frente a la puerta de la casa, la señora Craig y yo. Habíamos pasado la noche en vela y los dos estábamos en ese estado ambiguo en que nos deja la vigilia prolongada, a mitad de camino entre el aturdimiento y la excitación nerviosa. Me iba a quedar afuera, porque pensé que tal vez quería estar a solas con su luto, pero me hizo pasar con un ademán imperioso. Apenas la puerta se cerró a mis espaldas me sacó las llaves de las manos. Detenida en el umbral, dijo:

—Terminó.

Terminadas la agonía y las visitas, las condolencias y los discursos. Podía volver a su encierro y aun perfeccionarlo, como convenía a una viuda. Le pregunté si todo seguía como siempre: quería saber si yo también formaba parte de aquello que había terminado. Había sido uno de los alumnos de la Academia Craig, el único que quedó al lado del investigador cuando todo se derrumbó. Había ascendido a detective no tanto por mis virtudes como por las catástrofes que me habían rodeado. Primero el derrumbe de la Academia Craig, y luego el grave peligro que había corrido el círculo de Los Doce Detectives. Muerto Craig, su viuda no tenía ninguna obligación conmigo. Si quería echarme de su casa, estaba en su derecho.

Margarita Craig encendió una lámpara con pantalla de alabastro y vi su cara blanca, y durante un instante de vergüenza la imaginé toda blanca, completamente blanca bajo el vestido negro.

—Todo sigue como siempre. A mí no me gustan los cambios.

Así continué ocupando la oficina de la planta baja, donde habría de recibir a mis clientes, si la suerte me acompañaba, y un pequeño cuarto con ventana a la calle, donde dormía.

A la mañana siguiente compré el diario y busqué el nombre de Craig. En la página 5 estaba su fotografía, todavía sano y más joven, con una sonrisa del todo fingida. Una prolija necrológica daba cuenta de sus méritos, pero lo hacía sin entusiasmo, como si el anónimo cronista reconociera que la muerte era obligado y acaso único motivo de encomio. La retórica de aquellas noticias fúnebres era siempre la misma. Bastaba con cambiar el nombre del difunto y agregar algún dato personal. Marineros y jueces, funcionarios y doctores: los nombres de aquellos prohombres irremplazables se reemplazaban con facilidad. Mientras hojeaba las páginas de *La Tribuna* pensé —como habrán pensado tantos antes de mí, como tantos pensarían después— que una muerte no detiene ni un segundo la marcha del mundo: dos caballeros se habían batido a duelo en terrenos del hipódromo, habían robado un cáliz de una iglesia, un poeta ignoto publicaba, en la página literaria, un largo poema llamado *La Atlántida*, un inmigrante calabrés había matado a su esposa con un martillo. La muerte de Craig era una cosa entre tantas: el diario juntaba en una misma

superficie hechos cómicos o trágicos, importantes o triviales, y los reunía, como piezas de heterogénea colección, en el recuerdo de un día.

La muerte de Craig fue el primer indicio que tuve de cómo cambiaba aceleradamente la ciudad al acercarse el nuevo siglo. Hasta poco tiempo atrás la muerte de algún militar de las guerras civiles, de algún senador, de alguna gran dama de nombre interminable, se vivía en cada esquina, en cada conversación, como si todos viviéramos en una misma y enorme casa y esa muerte perteneciera al orden de nuestras vidas. Pero la muerte de Craig ya se comentaba como algo que había pasado en otra parte, un susurro de apresurados mensajeros, algo que no había pasado del todo. La gente se enteraba por el periódico, ese manual de indiferencia. Me di cuenta de que ya no vivíamos en el mundo de los hechos, sino en el de las noticias; lo lejano sonaba próximo, y lo cercano remoto.

La casa, ya vacía de visitantes, volvió a su rutina. Ángela, bien temprano, se ponía a hacer torrijas con el pan del día anterior: pasaba las rodajas por huevo, las freía en manteca y les espolvoreaba azúcar y a veces canela; servía luego un gran tazón de mate cocido dulce y me lo dejaba en la mesa de la cocina. A la señora Craig le llevaba té con unos bizcochos de anís, canela o cáscara de naranja, según el cambiante gusto de su patrona. De mañana yo no veía a la señora Craig, que desde temprano se entregaba a su asfixiante jardín de cristal, a sus nuevas plantas, al improvisado cilicio de rosales y de cactus. En cuanto a mí, iba a tener tiempo libre: muerto Craig, pensaba, los casos me abandonarían. Me dedicaría a pasear, a jugar al ajedrez, hasta que el dinero se me acabara. ¿Terminaría por volver a *Zapatería Salvatrio*, para ayudar a mi padre y a mi hermano mayor? Mi padre siempre me decía que un buen cortador de suelas nunca sobra.

Y sin embargo apenas tres días después del funeral recibí el primer encargo. Ángela hizo pasar a mi oficina de la planta baja a un hombre alto y vestido de negro. Tenía el cabello largo y una nariz ganchuda. Calculé que tendría cerca de cuarenta años: ya habían aparecido algunas canas en las generosas patillas. Lo invité a sentarse, pensando que era un empleado de la empresa de pompas fúnebres, con algún papel por firmar.

—¿Señor Salvatrio? —me tendió la mano y me la apretó con fuerza y sin dejar de sacudirla—. Soy Jerónimo Seguí, poeta por vocación, periodista por obligación.

Se quedó esperando alguna señal de reconocimiento. Lento, como si tuviera que llegar a mi conciencia a través de puertas y pasillos, se abrió camino el recuerdo de su nombre, leído en el periódico. Lo señalé con el dedo, como si lo acusara de algo:

—Usted es el autor del poema *La Atlántida*.

—Exacto. ¿Lo ha leído?

—Lo separé para leer, pero estaba esperando un momento propicio.

—¿Y cuándo llegará ese momento propicio?

—En breve. La poesía exige un rato de tranquilidad y yo he tenido unos días agitadísimos.

Yo había pasado los últimos días jugando al ajedrez con el editor Saturno Valadés en la confitería Lloveras y practicando un nuevo solitario muy difícil de resolver.

—Antes de entrar en tema... Me han dicho que sus honorarios no son muy altos.

—Depende el trabajo que haya que hacer.

—Soy periodista de *La Tribuna*. Le tuve que pedir unos pesos a unos amigos para contratarlo a usted.

*La Tribuna* era un diario chico, con una tirada de mil ejemplares. Se decía que su verdadero dueño era el General Roca. La redacción ocupaba una casa grande en la calle Bolívar, frente al viejo Colegio Nacional.

El periodista sacó de su bolsillo unos billetes que puso sobre la mesa. Estaban arrugados. Trataba el dinero como un niño: los billetes podían ser tanto papeles insignificantes como objetos mágicos.

—Este amigo, ¿ha desaparecido hace mucho?

—Cuatro días.

—¿Le han avisado a la policía?

—Nuestra policía no es la de París, señor Salvatrio. Una persona desaparece, y lo que hacen es decir: seguro que se fue con una mujer, seguro que se escapó de los acreedores.

—Lamento decepcionarlo, pero es lo primero que pienso cuando una persona desaparece. Acreedores y mujeres son la explicación para casi todos los enigmas.

—Ranier no se fue con ninguna mujer y no tiene acreedores.

De un cajón del escritorio saqué mi cuaderno negro y tomé un lápiz.

—¿Cómo es el nombre de pila de su amigo?

—Isidoro, Isidoro Ranier. Es anticuario. Tal vez haya visto su negocio en la calle del Temple. —Le dije que no lo recordaba—. Su esposa fue a visitar a unos parientes a La Plata y cuando regresó su marido no estaba. No había dejado ningún mensaje. Ella está muy alarmada. ¿Tendría la bondad de visitarla?

—¿Sabe si su amigo se llevaba bien con su esposa?

—Nadie se lleva bien con la esposa. Por eso yo no me he casado todavía. —Miró mi mano, sin alianza—. Veo que usted tampoco.

—¿Eran amigos hace mucho?

Hizo cuentas con los dedos de las manos.

—Siete años. No era un amigo íntimo, digamos que formaba parte de un grupo de personas con intereses comunes. Nos reuníamos para conversar de temas filosóficos.

El enorme reloj de pie marcó las 11. Sonó una campanada lóbrega. Odiaba ese reloj de aspecto fúnebre, pero no sabía cómo sacarlo de mi oficina sin ofender a la señora Craig.

Seguí miró alarmado al reloj.

—¿Las 11 ya?

—Once y algo. Ese reloj atrasa.

—Tengo que volver al diario. Le digo la verdad, prefiero tratar con usted que con

Renato Craig.

—¿Lo conoció?

—Superficialmente, por mi trabajo. Los periodistas terminamos por conocer a todo el mundo.

—¿Y no le caía bien?

—Una vez me acerqué a conversar con la señora Craig en una fiesta que dieron en el Jockey Club. Los periodistas teníamos la entrada prohibida pero yo había conseguido una invitación de un modo un poco irregular. Quería sacarle a la señora Craig algún dato del gran hombre. A los lectores de hoy les gustan esos detalles que parecen insignificantes, pero que reflejan al hombre mejor que los discursos y las grandes frases. Craig apareció de pronto, acalorado. Me empujó y me gritó delante de todo el mundo. Estuve a punto de retarlo a duelo.

—¿Sabe esgrima? ¿Es buen tirador?

—Ni una cosa ni la otra, por eso me contuve. Pero hice algo mejor que eso: escribí su necrológica.

—¿La que acaba de aparecer? Pensé que la habían escrito de apuro, al conocer la noticia.

—¿Apuro? No, la escribí hace años. No sabe qué maravilloso es escribir la necrológica de alguien que nos ha vapuleado en público. La pluma es más fuerte que la espada.

Avanzó hacia la puerta pero luego retrocedió.

—Ah, me olvidaba... hay algo que tal vez no tenga importancia, pero la señora Ranier insiste en que se lo diga: desapareció de la casa una pequeña escultura de mármol. En ese local hay tantas cosas que tal vez la escultura siga por ahí. Ya lo verá con sus propios ojos.

Seguí se marchó. En el cuaderno sólo había anotado: *Isidoro Ranier, anticuario, calle del Temple*. Ya tenía mi primer caso sin Craig. Mientras estaba con vida, yo acostumbraba a conversar con él de mis ideas. Aunque estuviera en cama, en su cuarto en penumbras, aunque no conociera a los protagonistas de los casos, él veía a través de mis palabras el enigma con una claridad que yo mismo no veía. Era como si ese retiro, ese alejamiento, en lugar de empobrecer su visión la hubiera hecho más aguda. Creo que nunca fue mejor detective que durante los últimos momentos de su enfermedad, cuando criminales y víctimas eran figuras lejanas, cuando los demás habían dejado de importarle y yo mismo era un fantasma que hablaba de fantasmas. Pero ahora ya no contaba con sus consejos ni con sus observaciones. Ahora estaba solo.

### 3

Esa misma tarde caminé por la calle del Temple en dirección al río. En el número 39, donde la calle ya se angostaba como si quisiera desaparecer, encontré la casa de antigüedades Ranier. La vidriera tenía unas cortinas de color violeta que recordaban a un telón; en el interior se veía una confusión de muebles y adornos. Hice sonar la campanilla. Espié el interior: entre tantas cosas inmóviles una se movía: una mujer se acercaba desde el fondo arrastrando el bordillo del vestido por el piso de madera. Abrió con algún esfuerzo la pesada puerta de hierro. Ahora que la tenía frente a mí calculé que estaría cerca de los cincuenta años. Lucía pálida, como si acabara de recuperarse de una enfermedad o de entrar en una. Le expliqué quién era; le dije que Jerónimo Seguí me había contratado. Asintió a mis palabras, sin desconfianza ni interés. Me hizo sentar en un sillón apolillado y trajo un vaso de limonada.

—Estoy sin mucama —me avisó.

Hacia el fondo, muebles y adornos se confundían en ese desorden habitual de las casas de anticuario, como si cada cosa quisiera mezclarse con las otras en un pasado común.

Alabé unos biombos laqueados que mostraban un aroma, un jardín, un ruiseñor.

—Los hermanos Goncourt se creen los grandes inventores del arte japonés. Pero en mi familia ya se coleccionaban sedas, sables, biombos y acuarelas japonesas desde los años 50. Yo insisto: el futuro de las antigüedades está en Oriente.

Pregunté por los hábitos de su marido, por interrupciones de la rutina, por viajes imprevistos. Pero la señora Ranier no recordaba que su marido se hubiera ausentado ni siquiera una hora sin avisar.

—¿Tiene su esposo algún enemigo entre los anticuarios?

—Hay rivalidades, claro, pero son rivalidades que se mantienen por años, que juntan polvo. Enemistades que se parecen a la amistad. Los hermanos Salim, libaneses, pagan a las sirvientas de las casas patricias para que les avisen cuando una familia está en mala situación económica; entonces ellos se presentan antes que nadie y se llevan todo por una bicoca. Mi marido es un enemigo de estas maniobras. Pero los Salim jamás le hubieran hecho daño.

—¿Y no es posible que él mismo haya decidido irse?

—Dígalo con franqueza, Salvatrio. Usted también, como la policía, piensa que se fue con una mujer.

Fijé la vista en mi limonada.

—Mi marido no se fue por su propia voluntad. No hubiera dejado este negocio por nada del mundo. Los jardines y las antigüedades son su pasión.

—¿Los jardines?

—Desde su juventud es un experto en jardines. Ha leído todo lo que se puede leer sobre el tema.

Me puse de pie y estudié una espada herrumbrosa que colgaba de la pared. Una

etiqueta decía: Batalla de Maipú.

—He oído que algunos anticuarios acostumbran envejecer algunas piezas, para poder venderlas mejor.

La señora Ranier, en vez de estallar indignada, como yo había previsto, consideró con gravedad la pregunta. Después respondió:

—Esperar el paso del tiempo no es ningún mérito. Mi marido trabaja con arena, con limaduras de hierro, con ácidos... Es un maestro en ese arte. Esa espada fue forjada el año pasado. ¿Y ve aquella madera jesuítica del siglo xvii? Mi marido se las encarga a un moreno que vende rosarios de madera en la puerta de la iglesia de San Ignacio. Europa corre con ventajas en el negocio de las antigüedades: tienen siglos a sus espaldas. Nosotros somos nuevos: tenemos que improvisar.

—¿Notó en los últimos tiempos a algún cliente molesto por haber comprado algún objeto que no resultó tan viejo como esperaba?

—Los que compran antigüedades compran ilusiones. Quieren sentirse dueños de un fragmento del pasado. Pagan por vivir ese instante. ¿Ha leído a Theophile Gautier?

—Algo he leído, sí.

Traté de recordar algún título, pero tenía la memoria borrada. Además, siempre me confundía a Teófilo Gautier con Próspero Merimée.

—Gautier, además de escribir, se dedicaba a las antigüedades como inspector de esculturas y monumentos. Hay un cuento que me encanta a pesar de que su lectura no es recomendable para las damas. Cuenta la peripecia de un joven que visita las ruinas de Pompeya y queda hechizado por la lava endurecida que conserva la forma del seno de una mujer.

—Hay que tener mucha imaginación para... —tardé unos segundos en dar con la palabra precisa— entusiasmarse con un poco de lava, tenga la forma que tenga.

—El muchacho del cuento tiene imaginación suficiente. Y ese montón de ceniza le permite viajar al pasado y conocer voluptuosamente a la muchacha muerta. Bueno, los que compran antigüedades son como el joven del cuento. Siempre quieren ser dueños de esa ceniza endurecida. No quieren saber nada de sospechas sobre falsificaciones. Quieren el objeto mágico que los transporte al pasado. Si uno empieza a dudar de una espada oxidada o de un biombo japonés termina por dudar de todo.

Aunque no se lo dije, íntimamente le di la razón. Me había pasado lo mismo: al leer las hazañas de los detectives que aparecían en *La Clave del Crimen*, más de una vez había sentido que se le pedía demasiado a mi credulidad. Alarmado por mi falta de fe, había preferido olvidar el asunto. Que los detectives siguieran despertando asombro, que los reyes magos dejaran sus regalos sin despertar a los niños, que lo antiguo siguiera siendo antiguo.

Terminé mi limonada. En el fondo del vaso se había acumulado un sedimento de azúcar.

—Me dijo Jerónimo Seguí que faltaba una estatua.

—Sí. Una pequeña pieza de mármol. Qué raro este Seguí, preocuparse tanto por mi marido.

—¿No son amigos, su esposo y Seguí?

—Amigos, lo que se dice amigos... Se conocen desde hace tiempo. ¿Pero por qué se alarmó tanto hasta el punto de contratar a un detective? Eso es lo que no entiendo. Está bien que yo me alarme, es mi marido. Pero él...

Pensé que tal vez Ranier y Seguí fueran amigos en horario nocturno, de tal manera que su esposa tenía una imagen borrosa de esa amistad.

—En cuanto a la estatuilla. ¿Está segura de que falta? Aquí podría esconderse un elefante embalsamado y no lo veríamos.

—Es mi casa. La conozco bien. Usted ve aquí una confusión de objetos. Yo veo cada cosa por separado. Al mirar un jarrón, una lámpara, una máscara ritual hindú, recuerdo el momento en que la compramos, a quién había pertenecido, la opinión de mi esposo sobre la pieza en cuestión y su precio posible. Usted ve polvo; yo, números.

—Esta estatuilla, ¿era una pieza de valor?

—Un mármol bien pulido, pero sin una firma reconocida. Podía llegar a venderse en 850 o 1.000 pesos como mucho. Nadie que supiera de antigüedades se molestaría en robarla. Era un Narciso contemplándose en el agua. Se ha puesto de moda entre los *parvenus* adornar sus jardines con piezas así, que se integran al paisaje.

—¿Recuerda cómo llegó hasta aquí?

—Fue cuando se mudaron las hermanas Suárez Silva. Eran las hijas de un general, y ya andaban por los ochenta años. Tuvieron que mudarse a una casa más chica, porque no podían mantener la servidumbre. Compramos muchas cosas en un mismo lote que incluía muebles, pinturas y jarrones.

—Tal vez su marido vendió la estatuilla sin decirle nada.

—No. Nunca deja de anotar las piezas que vende. Es muy meticuloso. Le voy a mostrar.

Me acercó un cuaderno de contabilidad de tapas azules. Con letra cursiva inglesa su marido había anotado las ventas, con la fecha y el precio de cada operación. No había nada llamativo: vasija de bronce, bailarina de cristal de Murano, tapiz s. XVIII, máscara azteca...

—Veo en algunas piezas unos signos de admiración. A veces hay hasta tres.

—Significa que consiguió por la pieza mucho más de lo que ésta valía, o mucho más de lo que imaginaba ganar. En nuestro negocio el primer precio nunca es el definitivo. Siempre conversamos con los clientes.

—¿Regatean?

—En nuestro negocio no hablamos de regateo. Se lo llama llegar a un acuerdo razonable.

Le pregunté si tenía papeles recientes escritos o recibidos por su marido.



—¿Qué clase de papeles?

—Una agenda, correspondencia, alguna anotación suelta que nos dé alguna idea...

—Voy a ver si encuentro algo. Si me espera unos minutos...

—Mientras usted busca, ¿le molestaría si doy una mirada a la casa?

Suspiró con fastidio.

—Tal vez encuentre la estatuilla —le dije.

—Preferiría que encontrara a mi marido.

Me dejó curiosear tranquilo, sin acompañarme. Costaba avanzar entre armaduras, escritorios y estatuas. Por abajo acechaban alfombras enrolladas y escupideras de porcelana.

—Nuestras habitaciones están arriba —me dijo—. Suba, si quiere. Después le muestro el jardín.

Subí la escalera de madera, mirando los cuadros que la flanqueaban, retratos sombríos de nobles españoles. Pregunté:

—Señora, ¿cómo distingue lo que está en venta y lo que pertenece a su hogar?

—Si hay verdadero interés, todo está en venta.

Pasé de una habitación a otra. Baúles desvencijados se apilaban contra las paredes. En los armarios había tapices enrollados y cajas con vajilla. Las tazas y los platos estaban envueltos en papel de diario. Encontré también cajas de madera donde descansaban cubiertos con iniciales labradas: las armas depuestas de antiguas familias vencidas.

Había un cuarto destinado a biblioteca con novelas francesas de portadas color rosa, y gruesos tomos sobre jardines que llevaban títulos como *El jardín romano*, *El paraíso en casa*, *Árboles y arbustos*, *El laberinto inglés*. Había una colección entera del *Bulletin du Jardin de Plantes de Paris* y también de una publicación del Jardín botánico de Montpellier. Cuando terminé quise ver el jardín del fondo, al que esperaba encontrar frondoso y cuidado. La señora Ranier me condujo a la puerta trasera.

El jardín era un pequeño terreno en cuyo centro había un estanque de agua negra. Era un pedazo de tierra sin otra cosa que unas margaritas silvestres, un malvón, un limonero de tronco retorcido. Las plantas crecían a su antojo, sin nadie que las podara. Me extrañó que los doctos volúmenes de la biblioteca pudieran convivir con ese descuido.

—Usted me dijo que su marido es un especialista en jardines y vi muchos libros sobre el tema, pero... ¿ya abandonó esa afición?

—A mi marido le interesan los jardines mentales, no los de verdad. Es incapaz de regar un malvón.

Cerca del estanque había tres tinas de hierro esmaltado, llenas con un líquido de color ferroso.

—No toque nada —me advirtió la dueña de casa—. Este es el laboratorio de mi

marido. En esas tinas hay ácidos. Isidoro siempre decía: «Debería haber sido químico». Leía todas las noches una biografía de Lavoissier.

Había un largo palo de madera barnizada con un gancho en la punta, semejante a los «bicheros» que usan los marineros para recoger cuerdas u objetos del agua. Lo hundí en una de las tinas. Saqué un casco, que dejé caer sobre el pasto. Parecía un casco romano, al que habían provocado una serie de estudiadas abolladuras. En las otras tinas había pequeños objetos de metal, que no pude sacar del líquido.

El jardín estaba infestado de grandes hormigas negras y se me ocurrió que no era tan insensata la idea de la señora Craig, de que la ciudad entera estaba construida sobre un hormiguero que acabaría por hundirla. Llevaban hojitas sobre sus lomos y asediaban una fortaleza negra: un escarabajo dado vuelta que insistía en mover las patas. Observé que una patrulla exploradora se detenía en el borde del estanque. Saqué mi lupa y me concentré en ese punto. Ahí había una mancha de sangre reseca, del tamaño de una moneda, medio tapada por el pasto. Era eso lo que había llamado la atención de las hormigas. También había diminutos cristales. Me agaché a recoger uno y me lo llevé a la boca: era sal.

—¿Su esposo trabajaba con sal?

—No. ¿Para qué le serviría?

—Para hacer sus experimentos.

—Que yo sepa, nunca hizo nada con sal.

Levanté el bichero y lo hundí en el estanque. Había supuesto que tenía medio metro de profundidad, pero era mucho más hondo. El agua era tan negra que apenas la punta del palo entraba en el estanque desaparecía. Lo hundí y la punta metálica encontró algo blando. Intenté moverlo: era muy pesado. La señora Ranier observaba mis movimientos sin decir nada.

—Señora, ¿sería tan gentil de traerme otra limonada?

La señora Ranier marchó hacia la cocina y yo volví a mi trabajo. La punta del bichero enganchó algo y yo tiré hacia mí, de manera de acercar el peso al borde del estanque. Tuve que agacharme para agregar a la fuerza de mis brazos la de mis piernas. A pocos centímetros de la superficie, una cabellera clara ondeó con la pereza de una medusa. Pero el peso venció a mis brazos y dejé que el cuerpo volviera a hundirse en el agua negra.

Media hora después llegaron a la casa tres policías, acompañados del doctor Reverter, médico legista. Yo conocía a Reverter desde los tiempos de la Academia Craig, ya que el detective lo había puesto al frente de la cátedra de Medicina forense. Reverter era tan delgado y pálido que cualquier médico lo hubiera internado de inmediato en el hospital más cercano.

—¿Y el comisario Janzen? —le pregunté a Reverter mientras los policías extendían sobre el pasto cuerdas y ganchos. Janzen era el principal investigador de la policía. Cuando ocurría un crimen aparecían los dos juntos: el forense pálido y delgado, y el policía robusto y de cara encendida.

—Fuera de la ciudad. Se fue a un campo de la familia a cazar perdices —respondió el médico. Y después agregó en voz baja—: Salvatrio, ¿por qué no trata de llevarse adentro a la señora? Si se desmaya, no me va a quedar otro remedio que atenderla. Y he perdido la costumbre de tratar con pacientes vivos.

La señora Ranier, que había oído la conversación, le respondió con frialdad:

—No se preocupe por mí, doctor. Nunca en mi vida me desmayé.

Mientras los policías se afanaban con cuerdas y ganchos para sacar el cuerpo del agua, Reverter contemplaba la escena sentado en una silla de hierro, bajo el alero de la galería que daba al jardín. La señora Ranier y yo también terminamos por sentarnos. La escena tenía algo de teatral: los tres espectadores mirábamos con atención silenciosa, los actores secundarios pronunciaban sus parlamentos —bufidos, confusas instrucciones, insultos— y el protagonista hacía conatos de aparecer para regresar enseguida a la profundidad. Sobre nuestras cabezas el cielo apilaba nubes como abrigos en un perchero.

Un rato después la persistencia de los policías tuvo su premio y el cuerpo ya estaba tendido sobre el pasto, boca arriba. Atada a él, a la altura del abdomen, había una estatuilla de mármol. El asesino había sido meticuloso: la cuerda daba cuatro vueltas en torno al cadáver y a la estatua. El agua había oscurecido el mármol, y había aclarado la piel del cadáver, sobre todo la de las manos, que era ahora más blanca que la piedra. La estatuilla representaba a un efebo desnudo, inclinado sobre el suelo. Las manos del muerto estaban atadas alrededor de la estatuilla, como si quisiera abrazarla.

Había algo horrible y a la vez fascinante en el cuerpo tendido en el pasto: un cuerpo sacado del agua siempre tiene algo de monstruo marino, y lo mirábamos como si fuera capaz de sorprendernos con púas, aletas o tentáculos. Sólo a través del nombre el sortilegio acabaría y el monstruo lívido perdería su poder. Los policías habían quedado agotados y empapados con el proceso, así que fue el mismo Reverter quien le preguntó a la señora Ranier si sabía quién era. Ella se acercó al cuerpo, lo miró sin una lágrima, y respondió que sí, que era su esposo. Y luego dijo su nombre completo, Isidoro Marcos Efraín Ranier de las Casas. Ella sabía que habíamos salido

del mero drama individual para entrar en los ceremoniales de la ley. El muerto debía recuperar los nombres recibidos al nacer y luego perdidos en el continuo resumen de la vida.

Isidoro Ranier estaba vestido con un traje negro, con chaleco, y una corbata azul. Uno de los zapatos faltaba. Las costuras del otro se habían roto a causa de la hinchazón del cuerpo. Era muy rubio y a pesar de la permanencia en el estanque era evidente que sus prendas y sus zapatos eran caros. Me atreví a pensar que el suyo era uno de esos extraños matrimonios, en los que el hombre recibe la belleza y el gusto por la ropa costosa y la mujer, en cambio, como si el mecanismo del mundo le exigiera un equilibrio, renuncia a los dones femeninos para ganar un carácter de hierro.

Extendí un pañuelo sobre la tierra y revisé los bolsillos del muerto. El comisario Janzen no me hubiera permitido tocar el cadáver, pero los policías estaban demasiado impresionados y agotados para impedirme nada. Hubiera querido llevar guantes, para evitar que mis dedos desnudos se hundieran entre los pliegues helados del traje. Encontré unos billetes, una serie de tarjetas de visita, un lápiz, unas llaves, una carta lavada de tinta, un reloj, avisos de subastas... A medida que sacaba aquellas cosas, las colocaba en el pañuelo. En vida esas cosas no hubieran tenido mayor significado; ahora nos recordaban que un muerto de nada es dueño, ni siquiera de las naderías que lleva en sus bolsillos. Dejé para Janzen aquellos objetos, pero tomé nota de cada uno en la libreta negra que siempre llevaba conmigo.

El doctor Reverter se puso sus guantes y examinó el cadáver. Miró con atención las manos, lívidas e hinchadas, con uñas tan blancas que parecían de nácar. Se ocupó después de estudiar el cuero cabelludo. Encontró de inmediato las señales de una herida. Palpó el hueso.

—Aquí hay algo.

—¿Un golpe? —pregunté.

No me respondió. Levantó con el dedo pulgar el párpado derecho del cadáver y me hizo ver el iris amarillento, fragmentado por líneas rojas, como diminutos corales o grietas en un jarrón.

—Mire, Salvatrio. ¿Ve ese derrame? ¿Ve cómo estallaron los capilares del iris? Lo golpearon en la cabeza y lo dejaron inconsciente, pero estaba todavía vivo cuando lo arrojaron al estanque. Los derrames son provocados por la necesidad de oxígeno. Si hubiera muerto a causa del golpe no tendría los ojos así.

Reverter dejó caer el párpado.

—¿Y por qué está usted aquí, Salvatrio? ¿Andaba buscando antigüedades para la señora Craig?

—Un amigo del señor Ranier me encargó la tarea de buscarlo.

—Bueno, ya lo encontró. Su primer caso después de la muerte de Craig ha sido un éxito.

Abrió una caja metálica con una docena de bisturís, y con uno de ellos cortó la

cuerda que unía la estatuilla al cuerpo de Ranier. La levantó con alguna dificultad y la dejó a un lado, sobre el pasto. Sacó una balanza romana, pero enseguida la descartó: su máximo era de 20 kilos, y bastaba dar una mirada a la estatua para ver que pesaba más que eso. En cambio tomó las medidas del Narciso con una regla metálica, como si fuera un cadáver adicional.

—¿Reconoce la estatua? —le pregunté a la flamante viuda.

—Sí, es el Narciso que desapareció. —Miró preocupada a Reverter, que empuñaba un bisturí—. ¿No pensará hacer la autopsia aquí, en el jardín?

—No, señora —dijo Reverter—. Me tendré que llevar el cuerpo a la morgue. Mañana ya podrá disponer de los restos.

Ahora era «el cuerpo» y mañana serían «los restos»: ese era el trabajo de Reverter: pasar de lo uno a lo múltiple.

—Venga adentro —me dijo de pronto la mujer—. Le traeré algo para lavarse las manos.

Entré a la casa y ella desapareció unos instantes y regresó con una jofaina, una pastilla de jabón y una toalla limpia que olía a lavanda. Hacía un rato yo era un desconocido, pero ante la llegada de desconocidos más nuevos, me había convertido en alguien familiar.

—¿A quién puedo buscar para que la acompañe? —le pregunté—. ¿Tiene algún familiar cerca?

—Prefiero no ver a nadie, por ahora.

Se me acercó como si fuera a contarme algo que exigía el secreto, como si las armaduras y los severos retratos pudieran oírnos:

—No se deje distraer por la estatua.

—¿Cómo dice?

—Le harán creer que se trata de un asunto entre anticuarios. Usted, que es detective, no debe dejarse engañar. No haga caso a la estatua, ni a los negocios de mi marido. Preste atención al lugar donde lo ahogaron.

—Un estanque.

—No, señor Salvatrio. Lo mataron en un jardín. Son los jardines los que están malditos.

*La Tribuna* ocupaba una casa de largos fondos y dos patios con higueras en la calle Bolívar, enfrente del viejo Colegio Nacional. El portero, un moreno, limpiaba los bronce de las puertas; le pregunté por la oficina de Seguí y me señaló una escalera. Subí con lentitud: a nadie le gusta ser mensajero de malas noticias. Antes de que llegara apareció el poeta: alto, desgarrado, con el lazo de la corbata suelto y unos papeles en las manos.

—¡Salvatrio! Tenía que dar a impresión estas páginas, pero imagino que si vino hasta aquí tiene algo importante para decirme.

Me invitó a pasar a su despacho y me hizo sentar en el escritorio lleno de papeles y libros. Se sintió obligado a explicar el desorden:

—Manejar la página literaria del diario es un trabajo delicado. Mejor la mezcolanza, así nadie sabe en qué ando. Cuando envían espías a mirar mis papeles, se llevan una decepción: no entienden nada.

Sentí alivio al postergar la mala noticia, y preferí continuar la conversación:

—En materia de intrigas, peor debe ser la sección política.

—Se equivoca. Los políticos pasan, pero los poetas, ay, quedan. Se van sumando, año tras año. No abandonan el cargo. Además, nadie es secretamente político, pero cualquiera puede ser secretamente poeta: un militar ajeno al mundo de las letras, pero que quiere contribuir con la conmemoración de una fecha patria; un diplomático al que París guió por el camino del ajeno y la decadencia; un ministro de salud que se pone a evocar en octavillas los juegos de su niñez; una dama de sociedad hastiada del juego de canasta, la beneficencia y las huérfanas... Y además todos tienen algún parentesco con tal ministro, con la familia propietaria del diario, ¡hasta conmigo! En este trabajo descubrí parientes nuevos, mi árbol genealógico ya es arboleda. Debo manejarlo con una enorme delicadeza. Rechazar el poema equivocado puede llevarme al desastre. —Encontró en medio de los papeles un vaso con restos resacos de vino—. ¿Cómo anda el trabajo que le encargué?

—Mal...

—¿Todavía no empezó?

—Empecé y terminé.

Me inclinó hacia él.

—Tengo que informarle que el señor Ranier ha sido hallado sin vida.

—Isidoro —dijo y me miró con sus grandes ojos y luego puso la cabeza entre sus manos como si rezara. Estuvo así unos minutos.

—¿Dónde lo encontró? —preguntó por fin.

—En el estanque del jardín.

—¿Ahí donde hacía sus... experimentos?

—Ahí mismo.

—¿Murió ahogado?

—Es muy probable que lo hayan dejado inconsciente con un golpe y lo hayan arrojado con vida al estanque. En cuanto conozca el informe de la autopsia...

—No mencione la palabra autopsia. Me estremece. Por las palabras se infiltra en la vida todo lo que hay de malo en el mundo. Si dirigiera la educación de este país eliminaría la mitad de las palabras. Caminaríamos con paso ligero por la vida.

—Pero no sabríamos cómo pronunciar algunas cosas.

—Sin las palabras, dejaríamos de pensar en esas cosas. Lo que no tiene nombre termina por perderse.

Empezó a buscar algo entre los papeles.

—¿Cree que hay posibilidad de que sea una muerte natural?

—Ninguna posibilidad —dictaminé.

—Pero tal vez tomó una copa de más y tropezó...

—Tampoco. Le ataron a la cintura una estatua de mármol para que permaneciera en el fondo.

—¿El Narciso que no aparecía?

—Así es...

—Pobre Isidoro, que vivía preocupado por su rubia cabellera y se miraba tanto al espejo... Terminar así, como si al destino le gustaran las correspondencias...

Hasta ese momento la estatuilla me parecía sólo un modo de mantener al cadáver bajo la superficie. No había pensado que pudiera tener otro significado.

—¿Cree que el asesino haya querido decir algo con el Narciso?

—Olvídese de los símbolos. Esto no tiene nada que ver con Ranier. Pudo ser él como pudo ser cualquiera.

—¿Cualquiera?

Me susurró:

—Todos estamos en peligro.

—¿Todos? ¿Quiénes?

—Los que meditamos sobre jardines.

—También la señora Ranier me habló de los jardines.

—Pero ella no sabe nada. Ella mira la vida desde afuera, a través de un vidrio empañado. Si la dejaran entrar, no sabría cómo vivir. Está en el negocio de las antigüedades porque ella es una antigüedad. Siempre tuvo vocación para viuda, para el color negro, para la soledad; ahora puede por fin cumplir con su destino.

—Vi unos libros sobre jardines en casa de Ranier, en la biblioteca del primer piso.

—Isidoro se hacía traer libros desde París y desde Londres.

—Pero me llamó la atención que el jardín de Ranier fuera un desastre. Pastos secos, yuyos, escarabajos muertos...

Jerónimo Seguí se puso de pie de golpe, haciendo revolotear los mismos papeles que minutos atrás se había puesto a ordenar.

—¡No mire las apariencias! Hablo de los jardines que están aquí, señor Salvatrio.

—Se tocó la cabeza—. Hablo del ideal, no de lo real. Se trata del pensamiento de los

jardines, sin semillas, injertos o rastrillos. Y los que hemos meditado sobre jardines somos los que ahora estamos en peligro. ¡Como si el ogro despertara de pronto para devorarnos!

—¿Quiénes son los que están en peligro? ¿Quién es el ogro?

Pero no llegó a contestar. Un hombre gordo, con tiradores, apareció en el umbral. Estaba sin aire, como si hubiera llegado corriendo.

—Seguí, solamente falta su página, como siempre...

—¡En un segundo! Me acaban de dar una noticia terrible.

—Yo le voy a dar una noticia todavía peor si no me la entrega ya.

Seguí empezó a buscar unos papeles en el escritorio. Una hoja cayó al suelo y se agachó para recogerla. Cuando tuvo reunidas sus hojas numeró las páginas. Después me señaló con el dedo:

—Su caso no terminó. Ahora le pido que encuentre al asesino. Si lo hace, va a salvar muchas vidas.

—En cuanto a mis honorarios... —empecé... pero ya Seguí corría para dar sus papeles a la imprenta.



## 6

Aunque lamentaba la muerte del anticuario, no podía ocultar la emoción que sentía al tener un caso de asesinato entre mis manos. Habían pasado cinco años desde la Exposición Universal de 1889, donde había tenido lugar mi primera, involuntaria investigación, y desde entonces había agregado a mi experiencia siete casos más. Pero el éxito de esos casos aparecía atemperado, corregido, por la gigantesca sombra de Craig.

Creo que todos los detectives sentimos más o menos lo mismo en el momento de comenzar una investigación, luego de un período de inactividad: el crimen pone en orden nuestras vidas, nos arranca de esa abulia espiritual tan común en el oficio, nos da un motivo para levantarnos de la cama.

En mi libreta de tapas negras había anotado cada uno de los objetos hallados en los bolsillos de Ranier. El reloj era suizo, un Tissot, con cadena de oro. Dos cosas decía. La primera era la hora de la muerte: las siete de la mañana o la de la tarde (eso lo diría el médico legista, el doctor Reverter). La segunda era que no se había tratado de un robo, ya que el reloj era valioso. En la carta no podía leerse nada, porque el agua había lavado la tinta y casi deshecho el papel. Las tarjetas de visita correspondían a tres clientes, y a un abogado encargado de la venta de los bienes de una gran propiedad. En los días siguientes habría de visitarlos a todos, sin que pudieran agregar nada a la investigación. Los avisos de subastas decían poco y nada.

—Usted de vuelta por aquí —me dijo Ángela en cuanto me vio.

—Acabo de llegar.

—Pero si me ha parecido verlo subiendo la escalera. ¿No estará encantada esta casa? Tal vez el detective Craig se niegue a dejarla.

—Craig en nada se parecía a mí. Era más alto y más robusto...

—Y con ese cuello fuerte... Pero no sabemos qué disfraces tiene el otro mundo para nosotros. Quizás nos encogemos, adelgazamos, nos hacemos fantasmas con la mitad de lo que fuimos. Total, para asustar a los vivos hace falta poco y nada.

Iba a seguir hablando tonterías pero la interrumpí:

—¿Ha visto a la señora Craig?

—Ojalá pudiera no verla. Si saliera, si visitara los salones, o a alguna amiga, si me dejara un momento tranquila... Ángela aquí, Ángela allá... ¿Por qué no la lleva a pasear y se la olvida en algún sitio?

—Ya tengo bastante con mis asuntos.

—Seguro, seguro —dijo Ángela, dudando de mis obligaciones. Quien se ocupa de las mil tareas que exige una cocina tiene el resto de las tareas humanas por nimiedades—. La señora está arriba, en el invernadero, matando hormigas. Tiene las manos a la miseria. Con sus espinas, las plantas le devuelven las torturas que les inflige.

Subí las escaleras a los saltos y encontré a Margarita Craig cortando unas hojas

oscuras. El pulgar le sangraba y me lo mostró, como si se tratara de una hazaña. Después se lo llevó a los labios.

—Señora Craig, la felicito por su jardín. ¿Qué es esta planta?

Los tallos eran rosados y gruesos, y los pétalos violeta.

—Una flor tropical. La llaman falsa orquídea.

—¿Y esta otra?

—¿Quiere el nombre en latín? Vamos, Salvatrio, a usted le interesan tanto las plantas como a mí los caballos de carrera.

—¿Cómo llegan? Yo nunca las veo aparecer...

—Semillas, diminutas semillas. ¿Vino a verme injertar?

—Tenemos un asunto pendiente. Quisiera saber cuánto debo pagarle por el alquiler de su oficina.

—¿Oficina?

—Oficina y dormitorio —me vi obligado a aclarar. Una puerta conectaba la sala donde había instalado mi escritorio con una pequeña habitación, con ventana a la calle—. A su marido no le pagaba nada por su expreso pedido. Él quería mantener abierta la agencia, y yo cumplía con su deseo. Pero ahora, si usted me deja permanecer en este edificio como inquilino, debo pagarle un alquiler.

Dijo una cifra que me pareció elevada.

—¿Tanto, señora? Tengo un solo caso entre manos, y el que me contrata es un poeta.

Dijo una nueva cifra, una décima parte de la anterior.

—Eso me parece poco.

Se mostró fastidiada.

—Bueno, Salvatrio, págume lo que juzgue oportuno. Parece que usted tiene ideas claras sobre todas las cosas.

Bajé a los saltos las escaleras. Volví a concentrarme en la libreta cuando una carpeta azul llena de hojas cayó sobre la mesa.

—¡Transcriba, corrija, sálveme...!

Era Saturno Valadés, el editor de *La Clave del Crimen*. Alto, corpulento y de modales bruscos, cuando estaba en problemas parecía un niño. Yo le tenía aprecio, porque gracias a su revista, que publicaba desde la década del setenta, yo había oído hablar por primera vez de Los Doce Detectives.

—¿Cómo apareció acá, Valadés?

—La cocinera me abrió la puerta. Ella y yo somos grandes amigos.

Procedió a encender su pipa.

—La señora Craig no quiere que se fume en esta casa...

—La señora Craig, la señora Craig... Usted no está casado, no goza del único beneficio del hombre casado —hizo un gesto obsceno— y acepta la voluntad de esta mujer.

—Le debo respeto a la viuda de quien fue mi maestro. —Le di una mirada a los

papeles—. ¿Qué es esto que me trajo?

—Ya que tiene tanto respeto por su maestro y por su viuda, por su joven viuda, aquí le traigo los papeles de Craig. El último caso que escribió. Está mal escrito, es largo y confuso. Le pido por favor que lo pase en limpio. Así podremos hacer un número de homenaje al detective Craig. Los otros miembros de Los Doce Detectives me han telegrafiado prometiendo su colaboración.

—Tal vez la señora Craig quiera hacer ella misma ese trabajo.

—Si usted logra hacer trabajar a la señora, yo me hago impresor de estampitas. Se trataría de un milagro indiscutible. —Abrió su portafolio y sacó una revista de lomo azul—. Para que vea que no todo son reclamos, le traje el nuevo número de *La Clave del Crimen*.

*La Clave del Crimen* era la versión argentina de *Traces*, la revista oficial de Los Doce Detectives. *Traces* se editaba en París, y era una publicación semejante a un libro, de sobria portada azul; *La Clave del Crimen*, en cambio, era una publicación barata (costaba 15 centavos), de 36 páginas, con tapas amarillas que siempre mostraban una imagen impactante: un ahorcado, un cuerpo sin cabeza, una muchacha imponente con un puñal clavado en la espalda. Los detectives a menudo se habían quejado porque la revista tenía una sección llamada «En voz baja», donde aparecían chismes algo indecorosos; pero yo sabía que las quejas de los detectives valían poco y nada, porque eran ellos mismos quienes enviaban correspondencia a Valadés contando pequeños vicios o extravagancias de sus colegas.

El último número tenía en la portada al detective griego Madorakis mirando con una lupa la huella de sangre dejada por una mano en una columna dórica: *Asesinato en el Oráculo de Delfos*.

—Un viejo crimen de Madorakis... Por escasez de fondos y dificultades varias dejé de sacarla quincenal, ahora es mensual. Para compensar conseguí varios avisos, como verá.

Abrió la revista en la página comercial:

Los detectives compran sus lupas en CASA LUMIX. Lentes de aumento, catalejos, microscopios. Calle del Buen Orden 145.

COMPAÑÍA INDIA DE VAPORES: la compañía donde viaja Zagala. (Ver El caso del tentáculo azul, en *La Clave del Crimen* número 67.) El viernes 17 de septiembre el vapor *Swift* partirá rumbo a Lisboa y otros puertos europeos. Camarotes disponibles en segunda y tercera clase.

NOVEDADES EN LIBRERÍAS:

*Fisiología de la muerte*, Humberto Reverter (134 páginas, 2ª edición corregida y aumentada). Reúne las dos conferencias que el Dr. Reverter dio en la Sociedad de Antropología Jurídica el 2 de mayo de 1891. Todo lo que los cadáveres tienen para decir.

*El enigma de París* (280 páginas): transcripción de las actas de Los Doce Detectives reunidos en París en mayo de 1889, en ocasión de la Exposición Universal.

*Los hombres de presa*, Luis M. Drago (195 páginas): una explicación de las últimas teorías en fisiognómica criminal. Cómo reconocer por las facciones y gestos a un criminal en potencia. Por qué en los presos argentinos son más comunes las artesanías en hueso que los tatuajes.

¡Basta de olvidos y distracciones! Para deducir hay que conocer. Para conocer hay que recordar. Por eso los

detectives toman EL TÓNICO PARA LA MEMORIA DEL DOCTOR GANCEDO. Envases de 250 y 500 cc.  
En las mejores boticas y farmacias.

Estaba a punto de felicitar a Valadés por su éxito publicitario cuando descubrí, a pie de página:

CRAIG & CO INVESTIGACIONES. Me llamo Sigmundo Salvatrio y estoy a cargo del más antiguo bufete criminal de Buenos Aires. En la senda de Renato Craig, me ocupo de joyas robadas, gente perdida, asesinatos. Absoluta confidencialidad.

Le tiré la revista en la cara.

—¡Yo no le pedí que pusiera este aviso! ¡Cómo se le ocurre!

Tomó la revista y golpeó con ella el escritorio, como si el ofendido fuera él.

—Se lo hice como favor. Sé muy bien que no le sobran clientes... Mire cómo suena, qué música: Craig and Company...

—¡Craig está muerto! Es un oficio demasiado delicado como para hacer publicidad así como así...

—Entonces: Craig & Salvatrio, detectives...

—¡Ni Craig, ni Salvatrio, ni nada!

—La publicidad siempre es buena. Además, tenía el espacio en blanco. A veces lo llenamos con alguna esquelita fúnebre, pero afortunadamente en estos meses no ha muerto nadie vinculado con el mundo de la investigación... excepto Craig, claro.

Le saqué la revista de las manos y arranqué la página. Al ver su publicación rasgada, él mismo se ofuscó.

—Bueno, si sabía que se pondría así hubiera ignorado olímpicamente su necesidad de encontrar nuevos casos y hubiera dedicado el espacio a algún otro integrante de los Doce, o tal vez a algún otro *ex integrante*, más agradecido... Claro, me enteré de la noticia cuando el número ya estaba en prensa...

Quería hacerse el interesante. Por nada del mundo le iba a preguntar de qué hablaba... Apreté los labios, pero a mi pesar...

—¿Qué noticia? ¿Qué *ex integrante*?

El triunfo lo hizo sonreír.

—Castelvetia llega a Buenos Aires en dos días, en el vapor Cosmos.

Anders Castelvetia, el detective de Amsterdam. Contra las reglas de Los Doce Detectives había tomado a una muchacha por asistente, y gracias a ello había sido expulsado del club con toda justicia. Castelvetia me había culpado a mí de que los otros se hubieran enterado de su secreto. Pero se hubieran enterado de todas maneras. Puede escamotearse una carta, una joya, una pintura, un cadáver... Jamás puede esconderse una mujer.

—¿Qué viene a hacer Castelvetia a Buenos Aires? Todo el mundo sabe que ya no forma parte de Los Doce.

—Pero sigue investigando. Y además ha montado un espectáculo teatral con sus investigaciones. Parece que es un gran éxito.

—¿Castelvetia hace teatro con nuestro oficio?

—Es una gran idea. Presenta una pequeña obra, basada en alguno de sus viejos casos, y expone así los métodos de investigación. Le explica al público las reglas del razonamiento. Qué bueno sería que la gente aplicara la lógica detectivesca a su vida privada.

—Como decía Craig, la lógica sólo puede aplicarse a la investigación de un asesinato: en la vida cotidiana, lleva a la locura.

—Sea como sea, voy a aprovechar para vender *La Clave del Crimen* en la puerta del teatro.

—¿En qué teatro va a actuar?

—En el Pabellón Argentino.

—¿Castelvetia hace esa carnavalada y usted, el editor de confianza de Los Doce Detectives, en vez de denunciarlo, lo aprovecha, lo celebra?

—Exactamente. ¿Sabe qué difícil es sacarse de encima los números atrasados?

—Si sigue en tratos con Castelvetia, Los Doce Detectives le sacarán la licencia para publicar sus casos.

—Eso no va a ocurrir. Yo fui elegido por Craig, y me firmó un derecho de publicación sin término. Además a los detectives no les importa si hablo con Castelvetia o no. Lo que les molesta es salir mal en las fotografías y las ilustraciones.

Hubiera querido mostrar hacia Valadés toda la indiferencia que se merecía y terminar la conversación de inmediato, y sin embargo...

—Dígame, Saturno... Castelvetia, ¿ha venido solo?

—Con una muchacha, según me enteré. La misma que le costó la expulsión. Greta no sé cuánto...

Me senté en la silla. Justo entró Ángela para ofrecer una taza de té y unos bizcochos con canela y anís.

—¿Qué le pasa, detective? ¿En qué se ha quedado pensando? Lo noto pálido. Ángela, ¿lo alimenta bien a este muchacho?

—Hago lo que puedo, señor.

Valadés no aceptó el té, dijo que ya se iba, pero tomó un bizcocho y con la boca llena elogió la mano de Ángela para la cocina. La cocinera recibió sus comentarios con una gran sonrisa que a mí nunca me destinaba y se marchó. Yo comenté:

—El caso Castelvetia me entristece. Un detective tan inteligente, tan audaz en sus ideas, y a pesar de todo eso cometió la estupidez de contratar a una muchacha como asistente.

El editor terminó su bizcocho y dijo:

—No lo juzguemos tan duramente. Tal vez la muchacha sea bonita. ¿Usted la conoció? ¿La recuerda?

Valadés ya había tomado su sombrero y se marchaba, cuando yo respondí:

—Vagamente...

Una capa de neblina, formada por el humo de pipas y cigarros, se había instalado para siempre en el bar Araujo, en el Paseo de Julio. Era de los sitios que sólo se conocen de noche, como si la luz del día los borrara. Decían que en el fondo, detrás de una puertita pintada de verde, se fumaba opio llegado de la China, pero nunca me aventuré más allá de un piano destartado donde un miope de lentes gruesos y cabellera blanca —el maestro Calero— maltrataba a Chopin. Llenaban el lugar los periodistas que salían de los diarios, y se arracimaban en las diminutas mesas de mármol.

Seguí me esperaba en la barra de estaño, inclinado sobre una copa de cognac.

—Brindemos por los amigos muertos —me dijo.

Pedí otro cognac y brindé con él.

—Hoy fui a la morgue a buscar el informe de la autopsia —dije.

—Qué linda manera de empezar una charla. Usted no debe tener amigos.

—El doctor Reverter me informó que golpearon a Ranier en la nuca y lo ataron a la estatuilla. Después lo hundieron en el estanque.

—¿Realmente piensa seguir hablando de cosas horribles?

—Usted me contrató para resolver un asesinato. ¿De qué otra cosa quiere que le hable?

—Está bien, le doy la razón. Finalmente, ¿murió por el golpe o por el agua?

—Ahogado.

Seguí bebió la copa hasta el final y pidió otra a un mozo que recorría las mesas con una bandeja redonda que nunca dejaba, aunque estuviera vacía.

—¿Cuántos días llevaba en el estanque?

—Cuatro. Su esposa partió el lunes a las diez de la mañana rumbo a La Plata, a ver a unos parientes. Aproximadamente a las siete de la tarde mataron a Ranier. Puede haber sido un poco antes: los relojes buenos llegan a funcionar hasta una hora bajo el agua.

—¿Y la esposa tiene testigos de que estuvo en La Plata?

—Una tía tan gorda que no sale de su casa, una prima que es profesora de piano y otra que enseña baile español. Además le mostró a la policía el billete de tren del Ferrocarril del Sur.

Seguí se acercó a mí con aire confidencial. En el ambiente ruidoso del bar (conversaciones, gritos, el miope Calero maltratando a Chopin) no había peligro de que nadie nos oyera.

—Si yo le diera el nombre del asesino, ¿ayudaría eso a la investigación?

—Vamos, Seguí. Si usted supiera el nombre del asesino no me hubiera contratado. Bastaría con ir a la policía.

—La policía no me tomaría en serio. —Se acercó a mi oído—. Baltazar Dux Olaya. Ese es el nombre del asesino.

El nombre me era familiar, pero me costaba precisar dónde lo había oído. La cara de Seguí mostró esa sorpresa que siempre sienten los que se obsesionan con una idea al descubrir que el resto del mundo no comparte su preocupación:

—El señor de la sal. Así lo llamaban. Hoy sus negocios no andan tan bien. Su padre llegó a conocer a Juan Manuel de Rosas en su juventud e hizo una inmensa fortuna en la época de los grandes saladeros. Pero la refrigeración eléctrica ha puesto en jaque su negocio.

El señor de la sal. Pensé en los cristales que había encontrado alrededor del estanque. Preferí no decirle nada a Seguí.

—¿Y por qué mataría él a un anticuario?

—Hace cinco años un grupo de amigos comenzamos a reunirnos en la casa de Dux Olaya. Todos estábamos interesados en los jardines.

—Ya me comentó lo de los jardines, pero no termino de creerlo. Yo me lo hubiera imaginado a usted más en la noche, el humo y el encierro que en la naturaleza.

—No importa que yo pase mis noches en este antro infecto: mi ideal está en otra parte. Con mis amigos compartíamos lecturas...

—¿Libros de Botánica?

—¡No, por favor! El pistilo, la corola, el estambre, qué depresión. Leíamos las *Meditaciones de un paseante solitario* de Rousseau, el *Walden* de Thoreau, donde el norteamericano cuenta la historia de su retiro en los bosques... Aprendíamos de los jardines romanos leyendo las cartas de Plinio el joven, nos deteníamos en las églogas de Virgilio y en la *Eneida*, y discutíamos largamente sobre la rama dorada.

—¿Qué rama dorada?

—La rama que Eneas debe encontrar para viajar al país de los muertos. Yo mismo, que sé un poco de inglés, traduje el breve ensayo *Sobre los jardines*, de Francis Bacon, que alentaba el uso de las fuentes en los jardines, pero deploraba el uso de estanques, porque se llenan de ranas. El Doctor Rank, que por supuesto lee alemán, nos tradujo muchas páginas de Goethe, sobre todo su poema sobre ese misterioso arbusto oriental, el ginkgo. Cuando Rank leyó ese poema hasta el impertérrito Manuel Diácono, el contable de la empresa, se mostró conmovido. Yo hubiera creído que derramaba lágrimas de tinta, pero derramó una de verdad.

Había visto alguna vez a Rank. Era el director del Manicomio de Mujeres. Un psiquiatra de ascendencia austríaca.

El poeta continuó:

—Alguien acercó a nuestras reuniones un extraño libro llamado *El jardín de Ciro*, de Thomas Browne, y yo conseguí, gracias a una amiga francesa, *El viaje alrededor de mi jardín*, de Alphonse Karr.

Yo nunca había oído hablar de esos libros.

—¿Sólo hablaban? ¿O hacían jardines de verdad?

—Dux Olaya movió sus influencias para que lo nombraran Director de Parques y Paseos, pero desgraciadamente hicieron un concurso y ese cargo fue para el francés

Carlos Thays. El pobre Isidoro también se presentó en el concurso de antecedentes, a pesar de que no contaba con ningún título universitario. Meses después de la derrota fueron a visitarlo al Jardín Botánico, y yo los acompañé. Querían, o queríamos, ser sus consejeros. Thays nos señalaba árboles, y flores, y esperaba que le dijéramos de qué se trataba. No pasamos su examen. Sé que Ranier y Dux Olaya insistieron en seguir visitándolo, pero a mí el asunto ya me había aburrido. Thays sabe mucho de injertos, pero nada de filosofía.

—¿Quién más estaba en ese grupo?

Seguí empezó a contar con los dedos.

—Dux Olaya, que era el dueño de casa, el pobre Ranier, yo... Ignacio Clemm, el famoso cazador de pumas y jabalíes. También el ya mencionado doctor Rank, Máximo Rank...

—Un empresario, un anticuario, un médico psiquiatra, un cazador y un periodista... —recapitulé.

—Un poeta —me corrigió.

—¿Y qué hacían los cinco cuando se reunían?

—Discutíamos sobre los jardines. Pero los jardines no vistos solo como cuadrados de césped, sino como espacios míticos, donde las ciudades conservan sus viejas historias. Los jardines pueden ser bosques, páramos, laberintos. Son mundos en miniatura, y a través del estudio de la forma, entramos en la región de los símbolos. Después de todo, si tenemos una idea del paraíso es la de un jardín... También en Londres, en París y en Montpellier hay salones donde se discuten estos temas, pero entre nosotros estos asuntos alcanzaron una complejidad inaudita. Todo lo que llega a esta América desde Europa, lejos de simplificarse, se enreda en nuevos sentidos, se hace más profundo. A veces me parece que Buenos Aires es una Bizancio renacida.

—¿Discutían en esas reuniones?

—Discutíamos, pero de un modo muy civilizado. Baltazar Dux Olaya defendía al jardín real: él quería tejer sus redes para desplazar a Thays. Quería que el diseño de los grandes jardines del país quedara en sus manos. Es probable que todavía pueda hacerlo, si es que la buena estrella de Thays se apaga de una vez. Isidoro Ranier lo acompañaba en estas ambiciones. Él se proponía como experto en la elección de estatuas que debían extenderse por los jardines. Llamaba a esto la «constelación estatuaria» ya que proponía que las estatuas estuvieran ubicadas según una cuidadosa disposición simbólica. Quien paseara por el jardín recibiría una cantidad de impresiones a partir de la compañía de mármoles y plantas. De ahí que Isidoro y Dux fueran los más cercanos en sus ideas... Y por eso cuando nos separamos, cuando dejamos de vernos, Dux tomó la traición de Ranier como algo especial. Lo que no quiere decir que no quiera vengarse de todos.

—¿Y los otros, qué ideas tenían?

—Clemm, el cazador, sostenía que todo jardín debía ser un regreso al jardín primitivo, al bosque primordial, antes de la cultura y la civilización. Despreciaba los



jardines ordenados, especialmente el jardín francés, y prefería el follaje, el desorden, las mezclas de especies distintas, las plantas sin flores, las espinas, la oscuridad. Insistía en que los jardines debían ser intocados, que debían dejarse las hojas secas, las ramas caídas, los árboles muertos.

—¿Y usted?

—Para mí el jardín debe estar armado como un largo poema, con rimas escondidas.

—¿Rimas?

—Hablo en sentido metafórico. Plantas que repiten una forma o un color. Estatuas que se relacionan por la mano que las talló, o aquello que representan o los mitos a las que refieren. Por eso yo insistía en la idea del sendero: tiene que haber un camino muy preciso para recorrer un jardín. Un jardín debe ser como un libro: nunca empezamos por el medio o el final. Podar una planta o arrancar una flor marchita es como corregir un poema, como tachar las palabras que ya no tienen vida.

—¿Dónde se reunían?

—Hicimos algún encuentro en el Club del Progreso y otro en casa de Ranier, pero en general nos encontrábamos en la casa de Dux Olaya. Si hacía buen tiempo, paseábamos por los jardines, y los árboles, las flores y las estatuas nos daban motivo para conversar. A veces una brisa, la caída de una rama o la furia de una abeja torcía nuestras conversaciones; y era bueno que las palabras surgieran de lo inesperado. También eso es un jardín: lo que no puede preverse del todo.

—Sigue sin decirme qué motivo tenía Dux Olaya para matar a Ranier.

—¿El motivo? Lo abandonamos. Lo traicionamos. Nos fuimos y lo dejamos solo.

—Habla como si se tratara de una relación amorosa.

—Para Dux nuestra amistad era como un refugio frente a todo su mundo de negocios, de conspiraciones, salinas y vacas muertas. La amistad traicionada es para él como una pasión traicionada.

Al mozo de la bandeja no se lo veía, y Seguí se acercó a la barra de estaño para pedir otra copa; cuando quiso volver a su sitio dio un largo rodeo, como si no acertara a encontrar el camino.

—¿Cuándo fue que dejaron de verse?

—Hace tres años.

—Nadie espera tres años para vengarse.

—El Dux sí. Él puede esperar. Él hace las cosas en su momento.

—Si usted no me da alguna precisión, no puedo investigar nada. Prefiero salir del caso.

Metió la mano en el bolsillo y me dio un puñado de billetes, sin contarlos.

—No importa llegar al asesino. No importa la verdad. Lo que importa es que no haya más crímenes. Si el Dux se da cuenta de que se sabe la verdad, entonces dará un paso atrás y ya no seguirá con su conspiración.

Alisé y guardé los billetes. El humo ya me asfixiaba. Quedamos en vernos al día

siguiente en el entierro de Ranier. Antes de atravesar la doble puerta de madera del Bar Araujo me volví para verlo a través de la niebla. Seguí se había quedado ensimismado, mirando las vetas en el mármol: el mapa de un país de hielo.

A la mañana siguiente dormí de más y llegué tarde al entierro de Ranier en el Cementerio del Norte. Descubrí que su viuda ya se marchaba, escoltada por amigas con mantillas negras. Me acerqué a darle el pésame. La cerrada formación de señoras enlutadas se abrió, y pude ver a la señora Ranier, que se quitó el velo de la cara.

—Espero que un día como hoy no venga a hacer preguntas.

—No, señora Ranier. Vengo a conocer a los amigos de su esposo.

Creyó conveniente decirle a sus amigas, a modo de presentación:

—Este joven es el que encontró a Isidoro.

No lo dijo como un mérito, sino como una acusación. El coro, sepultado tras los tules negros, susurró un reproche. El descubrimiento del cuerpo había creado todos esos inconvenientes: el velorio, los discursos, las esquelas fúnebres, el sepelio.

—¿No me puede señalar a alguno de los amigos de su marido?

—¿Los anticuarios?

—No, los de los jardines.

—A ver... —giró para estudiar a los hombres que se marchaban con ese apuro atolondrado con que la gente abandona las ceremonias fúnebres—. Hablando de jardines encontré algo que tal vez le interese. ¿Por qué no pasa por *Antigüedades Ranier*? Seguramente es una tontería, pero...

De pronto me señaló con mano enguantada a un hombre que se iba.

—¿Ve aquel de las botas de caña alta y el paso rápido?

—¿El del sombrero verde con la pluma?

— Es Ignacio Clemm. Vamos, Salvatrio, cace al cazador.

Me crucé con Seguí, que vestía una capa corta y raída, pero apenas lo saludé con una inclinación de cabeza, para no perder a Clemm. Cuando lo alcancé me presenté, con la esperanza de que detuviera su paso. Me saludó con cortesía, pero sin dejar de caminar. Era un hombre muy alto, de barba colorada. Vestía pantalón con tiradores y un saco de *tweed* jaspeado de verde. Los tiradores, sumados al bastón y al sombrero verde, le daban un aire vagamente tirolés. Las orejas, aunque pegadas a la cabeza, eran enormes. Pensé que Lombroso, tan atento a los arcos superciliares, a la distancia entre los ojos y al tamaño de la nariz, no había estudiado las orejas con el cuidado que se merecían.

—¿Investiga la muerte de Isidoro? Estafó a tantos con sus antigüedades... Yo, en su lugar, empezaría por allí.

—Jerónimo Seguí cree que esta muerte está relacionada con las reuniones de los jardines.

—¡El poeta Seguí! Su oficio consiste en imaginar. Yo soy cazador. Cuando se persigue una presa uno no puede ponerse a imaginar. Hay que seguir indicios. También ustedes, los detectives, siguen indicios. Tampoco ustedes pueden detenerse a imaginar...

Un coche de caballos grises estuvo a punto de atropellarnos. El cochero, fusta en mano, nos increpó. Clemm lo miró unos segundos, sin hacer un solo gesto ni decir una palabra, y esa mirada bastó para que el otro anulara toda indignación. Recuperé el aire y respondí:

—Al contrario. Nuestro trabajo consiste en imaginar posibilidades y después ver si los indicios concuerdan con nuestras conjeturas. Porque es la imaginación la que hace hablar a los indicios. Los indicios son mudos.

—Si aprueba la imaginación, entonces imagine que un hombre mata a otro porque dejó de filosofar sobre jardines. ¿Le parece un móvil creíble?

Me hubiera gustado que caminara más lento, para poner en orden mis pensamientos.

—En la investigación policial se aplican métodos científicos al examen de las armas, de las manchas de sangre, de las heridas. Hay quienes analizan las facciones de los criminales, las medidas craneales, el tamaño de las manos. Pero no se puede hacer ciencia con los móviles, porque éstos no guardan regla alguna. La gente mata por las razones más curiosas.

Clemm se frotó la mano derecha con la izquierda; advertí una cicatriz reciente.

—¿Puedo preguntarle cómo se hizo esa herida?

Se miró la cicatriz en la mano, como si la viera por primera vez.

—No es nada. Uno de mis perros. Crío una raza especial para cazar jabalíes.

—¿Y no son peligrosos?

—Peligrosos para los jabalíes, no para mí.

—Pero su mano...

—Esto fue un accidente estúpido y la culpa fue mía. No hay que molestarlos cuando están comiendo. Para perseguir a un jabalí y acorralarlo en el monte, se necesitan perros bravos.

—Los perros buscan al jabalí y usted le dispara...

Se rió.

—No, no, eso no tendría ninguna gracia. Los perros lo siguen y lo inmovilizan. Lo prenden de las orejas y de las patas. Y me esperan, saben esperar. Llego hasta ellos, compruebo que lo tengan bien aferrado y entonces lo degüello o le atravieso con mi cuchillo el corazón. Todo es frenesí, pero justo antes de que el cuchillo entre en la carne hay un instante donde el mundo se detiene: los perros dejan de agitarse, el jabalí queda paralizado de terror y odio, yo mismo me quedo quieto. Es lo más intenso que puede vivir un hombre. ¿Le gusta cazar?

—A los diez años con una honda le tiré una piedra a un pajarito, pero le erré.

—Pero caza hombres, ¿no?

—No veo mi trabajo como una cacería...

—Es una cacería. Y no hay gran diferencia entre cazar hombres u animales...

—¿Usted lo sabe? ¿Probó la cacería de hombres alguna vez?

Clemm no respondió. De nada servía enemistarme con él, así que preferí dejar la

caza de lado.

—Si no fue un cliente que se sentía estafado... ¿Entonces quién...?

—Su esposa, por supuesto. ¿Ha visto la cara de esa mujer? Un golpe en la cabeza, lo tira al estanque y listo. Se queda con todo el negocio. Son extrañas esas parejas en las que el hombre es más apuesto que la mujer. Él siempre peinando sus cabellos rubios, y ella con su aspecto de solterona de misa diaria.

—¿Qué dice su esposa de sus ideas?

—No estoy casado, gracias a Dios. Tengo a mis perros. ¿Para qué quiero una mujer? No me tendría la devoción que ellos me tienen.

—¿Cómo era Ranier en los encuentros? ¿Era apasionado al discutir? ¿Podía llegar al insulto?

—Siempre discutíamos. Usted habrá oído hablar del jardín francés, el inglés, los jardines romanos, los jardines japoneses... Todas esas divisiones para nosotros eran completamente vacías, superficiales, propias de aficionados. Para nosotros la pasión por los jardines tenía dos formas, el jardín edénico y el jardín de la Atlántida.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Los partidarios de los jardines edénicos tendemos a mirar el jardín como una representación de lo salvaje, del mundo anterior a la civilización, a la cultura. El jardín nos lleva a un tiempo que está fuera de la historia. Los otros, en cambio, ven el jardín como un orden ideal donde se destaca el ingenio humano, el diseño. Por eso discutíamos. Por eso nos separamos. Pero eso no quiere decir que nos matemos...

—¿Quiénes estaban a favor de un jardín u otro?

—Ranier, Dux Olaya y Seguí consideraban el jardín como un cosmos, donde los árboles, las plantas, las estatuas y las fuentes se disponían según un orden geométrico y simbólico. Para el doctor Rank y para mí el jardín era un caos original, un edén salvaje. Claro, yo soy cazador, y Rank estaba acostumbrado a esa otra selva, que es la mente humana.

Llegamos hasta una casa con gran terreno. La reja era una sucesión de lanzas de casi tres metros de altura. Había unos treinta pasos entre la reja y la puerta de entrada. El jardín tenía los pastos altos, y unos árboles de tronco retorcido. La casa, de techo de pizarra, estaba invadida por la hiedra. Cuando algo está por asustarnos, la naturaleza pide silencio: dejé de oír los coches, y hasta el susurro de las hojas se detuvo. Entonces tres grandes perros saltaron contra la verja, con sus ladridos unidos en uno solo. Por un momento pensé que iban a tirar la reja abajo. Eran perros de una raza que yo nunca había visto. La cara era chata, como si se la hubieran abollado a martillazos, las orejas puntiagudas. Había algo demoníaco en sus fauces, en sus ojos. Uno era negro, y parecía más bravo, otro gris y el otro de una blancura enfermiza. Era éste el que me pareció más temible, porque aunque parecía menos fuerte, en sus ojos había una especie de astucia. Di un paso atrás. Los monstruos querían pasar las cabezas a través de los barrotes.

Clemm sacó las llaves de su bolsillo.

—Es una cruce de perros alemanes con africanos. Dicen que hay algo de sangre de hiena en ellos, pero no lo creo. No son carroñeros: les gusta matar su propia comida. ¿Quiere conocer el jardín?

—No, está bien. Tal vez otro día.

—Sería un jardín perfecto si estos perros no destrozaran las plantas. Pero uno no puede tenerlo todo. Hay que elegir entre flora y fauna.

Abrió la alta puerta de reja y la cerró a sus espaldas con dos vueltas de llave. Los feroces perros dejaron de ladrar y fueron a lamerle las manos.

El archivo de Craig era un mueble de madera de cedro, alto y angosto. Tenía diez cajones con manijas de bronce y marcos para etiquetas. Los cajones estaban llenos de tarjetas ya amarillentas, ordenadas por el alfabeto. Parecían fichas de una biblioteca. Craig anotaba nombres y datos de las personas vinculadas directamente con sus investigaciones. Pero a veces incluía informaciones que no tenían relación con sus casos: cosas oídas al pasar, un gesto observado en una reunión, recortes de periódicos pegados a las tarjetas con goma arábiga.

En general yo miraba poco en el archivo porque lejos de servirme para resolver los enigmas, los multiplicaba: una cosa llevaba a la otra, y así las letras me conducían a personajes cada vez más alejados del centro de mi investigación. Pero esa vez decidí buscar los nombres de Isidoro Ranier y de sus viejos amigos. No había tarjetas para el mismo Ranier, ni para el pálido poeta que me había contratado; en cambio encontré las de los otros tres.

**MÁXIMO RANK:** n. 1840, en un pueblo de la Alta Suabia. La madre dejó al marido por un extranjero, un francés comerciante de telas, quien a su vez la abandonó. La mujer murió loca, encerrada en el manicomio de Fráncfort. Es posible que haya sido la enfermedad de la madre lo que llevó al hijo al estudio de las patologías nerviosas. Encerrada en el manicomio, su madre pedía, día tras día, volver a su jardín. El padre vino a Buenos Aires para escapar del escándalo. Máximo Rank pasó sus años de estudios en Heidelberg, y luego regresó a Buenos Aires. Aquí publicó *La alucinación como sistema* (1885) obra dedicada a la búsqueda de patrones universales detrás de las enfermedades de la mente, algo que definió como «un latín de la locura». Se casó en 1886 con una mujer diez años mayor, de la familia Astrala; la mujer murió al poco tiempo de una enfermedad pulmonar y Rank heredó su fortuna.

**CLEMM, IGNACIO:** n. circa 1845. Su padre poseía la mayor armería de Buenos Aires. En 1865 mató a un amigo durante una partida de caza. Como días antes los amigos habían disputado por una muchacha, se dudó de que se tratara de un accidente. Para escapar de la justicia Clemm viajó al sur, donde fue contratado por estancieros ingleses para terminar con el problema del indio en la Patagonia. Años después, cuando su padre consiguió que la pena fuera conmutada, volvió a Buenos Aires. Diestro con el Winchester y también con el cuchillo. Es miembro del Club de Cazadores, del que fue presidente. No tiene esposa ni hijos reconocidos.

**BALTAZAR DUX OLAYA:** n. 1835. Heredó de su padre las estancias La Rosada y Aurora boreal y la empresa Sal Argentina. Durante años controló todo el mercado de la sal en el Río de La Plata. Es propietario de grandes salinas en San Luis y en Río Negro, de un saladero en Ensenada, y de una flota de cinco vapores. En 1865, a la muerte de su padre, fue acusado de utilizar sus barcos para contrabando de mercadería. En 1872 se lo investigó por la desaparición de uno de sus obreros, un tal Brauch, anarquista. Las dos investigaciones quedaron sin efecto.

Su esposa, Beatriz Muller, murió en 1872, después de dar a su luz a su única hija, Irene.

Brazo derecho de Dux Olaya: Isaías Buitrago, famoso cuchillero del monte de San Luis, fiel como un perro.

Sin saber por qué me puse a buscar mi nombre en el archivo. No había ninguna razón para que Craig me incluyera en sus fichas, y sin embargo, la vaga sensación de que podía acceder a sus pensamientos secretos me entusiasmó. De pronto fui consciente de que aquello era una locura, y si busqué mi nombre en el penúltimo cajón, fue para asegurarme de no volver a hacerlo jamás.

Y lo encontré. Salvatrio, decía la tarjeta, sólo el apellido. Era una tarjeta de

cartón, de pálidos renglones azules, más nueva que las demás, y estaba en blanco. Había escrito mi nombre pero se había detenido, como si no supiera cómo continuar.



El Manicomio de Mujeres era un edificio blanco de arquitectura austera. Un guardia de grandes bigotes y uniforme gris abrió el portón de reja. Cerca de la escalera rondaban un par de pacientes, vestidas con largos camisones blancos; una inspeccionaba la labor de las hormigas, la otra miraba las nubes, señalando de vez en cuando, y comentando quién sabe qué. Tenían el cráneo rapado, con huellas de cortes y lastimaduras.

El guardia me condujo hasta una oficina de paredes grises, que debía funcionar como archivo, ya que muebles metálicos, también grises, se apretaban unos juntos a otros. Pensé en las historias desgraciadas que encerrarían aquellos muebles. Miré por la ventana cómo empezaba a llover. La lluvia excitó terriblemente a una de las internas, que empezó a chillar y a saltar con alegría. Los relámpagos, en cambio, asustaron a la otra, que corrió a buscar refugio.

Estuve un rato en la oficina hasta que una monja de hábito negro vino a ver qué quería. Tenía una de esas caras en las que la sonrisa es una imposible acrobacia facial. Le entregué un mensaje para el doctor Rank, doblado en dos. Antes de salir de la habitación ya había abierto el papel para leerlo. Pensé que me harían esperar horas, pero unos minutos después la monja regresó para guiarme al doctor Rank. Me esperaba en un pasillo, con el reloj en la mano.

—En diez minutos tengo una reunión con el cuerpo médico.

—Ese tiempo bastará.

Me hizo pasar a su oficina, que era un desorden de libros, grandes cuadernos negros con anotaciones del hospital, e infinidad de frascos de medicamentos de color ambarino. Con un pañuelo limpió unos lentes con armazón de oro. Sus ojos eran de distinto color: el derecho de un azul intenso, el izquierdo de un gris helado. No tenía, como otros médicos, guardapolvo, sino un traje negro. La barba veteada de gris y recortada con esmero le llegaba hasta el pecho. Siempre me parecieron algo tontos los hombres que encuentran en barbas o bigotes motivos de orgullo: cedamos a las mujeres la potestad sobre los espejos.

—Me crucé con un par de pacientes —dije—. Parecían tranquilas.

—Si no fueran tranquilas, no las dejaríamos vagar por ahí. La locura es una escala infinita: hay algunas pacientes a las que solo mirarlas le provocaría terror.

—No creo que nadie pueda sentir terror de una cara.

—¿No? Hay casos, detective, en los que uno debe repetirse: y sin embargo son humanas. Y sin embargo hay un alma detrás de esos ojos. Los espíritus sensibles se horrorizan por el uso de las esposas, las paredes acolchadas e insonorizadas, la aplicación de bromuro, los chalecos de fuerza, las trepanaciones. Pero si los dejáramos un segundo con una de esas locas furiosas, pedirían a los gritos un fusil, un hacha.

Me señaló su reloj, para que me apurara.

—¿Cuándo fue la primera vez que asistió a las reuniones de Dux Olaya?

—Debo haber sido el primero. Conocía bien a Dux Olaya desde mucho antes que se entusiasmara por los jardines. Los otros fueron llegando después. A decir verdad vivían de Dux Olaya.

—¿Les pagaba?

—No les pagaba un sueldo, por supuesto que no, sino que les hacía favores. Dux siempre fue generoso con ellos. Hace tiempo, además, su fortuna era inmensa. Era el dueño de casi toda la sal de la Argentina. Las sucesivas mejoras en los sistemas de refrigeración fueron minando su poder. No quiero ni imaginar cómo andan hoy las cuentas de Sal Argentina.

—¿Quién podría querer matar a Ranier?

—Ranier era el más ambicioso de todos. Quería asesorar al gobierno en la elección de las esculturas para nuestros parques. El trabajo lo hubiera llevado a vivir un par de años en París, donde se encargan mármoles y bronces. Pero el arquitecto Thays nunca confió en él... ni en ninguno de nosotros.

—Eso me dijeron. ¿Cree que Clemm tenía motivos para matar a Ranier?

—Clemm es de los que no necesitan motivos para matar.

—Veo que no le agrada el cazador.

—¿A quién podría agradarle Clemm?

—Pero él dice que usted y él estaban de acuerdo en su visión del jardín ideal.

—Si alguna vez estuvimos de acuerdo en algo fue por azar. Usted debe entender que mis motivaciones para acercarme a este grupo eran científicas. No me interesan los jardines, las fuentes, el significado de las flores. Me interesa esa selva oscura, la mente humana. Yo era el médico de Irene Dux, la hija de Baltazar.

Seguí no la había mencionado. Yo sólo conocía su nombre por el archivo de Craig.

—¿Por qué requería de sus servicios?

—Irene sufría una locura leve. Podría haber llevado una vida casi normal. Dux inclusive se ilusionó con casarla. Su estado se agravó hacia 1891, hace tres años.

—¿Hubo algún acontecimiento que desencadenara ese agravamiento?

—No, que yo sepa.

—¿Fue de un día para otro, o algo gradual?

—Estos cambios siempre nos parecen bruscos, aunque sean graduales. Desde entonces Irene no volvió a ser la misma. Sus obsesiones la dominaron por completo. Yo he escrito sobre ella en trabajos que expuse en reuniones científicas.

—¿Cuáles eran sus obsesiones? ¿Tenía conductas violentas?

—¿Me está preguntando si Irene hubiera podido matar a Ranier? Se ve que no la conoce. No hubiera podido encontrar la casa de Ranier. Tiene la mentalidad de una niña. Es incapaz de moverse sola. Vive aterrorizada de los cambios de la ciudad. Necesita que el mundo permanezca igual a cuando era una niña. Si yo seguía con el asunto de los jardines era por ella, para poder verla con frecuencia. Nunca he visto un

delirio tan perfectamente organizado, un delirio que había alcanzado niveles de perfección y que parecía... universal, señor Salvatrio.

—¿Universal?

—Era como si ese delirio encerrara una verdad más profunda, la clave de un saber perdido.

Una monja delgada y joven carraspeó, para llamar nuestra atención.

—Doctor, lo están esperando.

—¿Qué delirio era ése, doctor? —pregunté mientras él ya se iba.

Respondió sin darse vuelta.

—Creía ser la princesa de la Atlántida.

\* \* \*

Entré a la casa de la señora Craig y me saqué los zapatos embarrados. Mientras lo hacía tuve la sensación de que alguien me miraba desde lo alto de la escalera. Giré la cabeza, pero no había nadie.

Las huellas de los zapatos embarrados seguían hacia arriba. Saqué la lupa de mi bolsillo, y estudié la forma. Los zapatos eran del mismo tamaño que los míos, y la suela tenía una pequeña S labrada en el talón. Eran zapatos comprados en la zapatería de mi padre. Yo estaba seguro de no haber subido la escalera.

Guardé la lupa en el bolsillo y seguí las huellas cada vez con menos energía. Los pasos llegaban hasta una puerta cerrada.

La señora Craig era viuda. La señora Craig tenía todo el derecho de recibir a quien quisiera en su casa. Y sin embargo había en esas huellas algo que repugnaba a mi instinto moral. Esas huellas no solo pisaban una escalera: mancillaban la honorabilidad de la casa, la memoria del gran detective, y aun el legado que yo mismo había recibido. Y aunque no conocía al dueño de aquellos pasos, lo odié.

## SEGUNDA PARTE

### Los jardines de Dux Olaya

He estado en muchos jardines antes de éste,  
pero en ninguno donde las flores pudiesen hablar.

LEWIS CARROLL,  
*Alicia a través del espejo*, 1871

# 1

A media mañana decidí interrumpir mis somnolientas cavilaciones para tomar un café con leche en la vieja confitería Lloveras, en la calle Victoria. Aunque soy una persona sociable, hasta el mediodía prefiero no conversar con nadie. Me senté en una mesa contra la ventana, para ver pasar a la gente. Cuando caminamos por la calle, los demás no nos importan, son apenas obstáculos que debemos sortear; pero desde la mesa de un café los paseantes se ven de un modo completamente distinto, como si mágicamente nos volviéramos extranjeros, y todo llama nuestra atención: las expresiones de los rostros, la vestimenta, los gestos. Los caminantes marchaban con ese apuro que sólo dura hasta el mediodía, y que luego es reemplazado por la somnolencia. Había viento, y los hombres se sostenían el sombrero, y las mujeres procuraban que no se deshicieran, como castillos de naipes, los laboriosos peinados.

La confitería era un oasis de serenidad en la ciudad que crecía: las tazas inglesas, las cucharas de plata, las servilletas almidonadas. Pensé: *que el mundo se transforme cuanto quiera, mientras los cafés sigan igual.*

Había puesto dos terrones en la taza y había empezado a revolver, cuando escuché a mis espaldas:

—¡Gracias, Salvatrio, gracias! El número de homenaje a Craig será un éxito.

Era Valadés. Exultante y sin pedir permiso se sentó en mi mesa.

—Mozo, una leche merengada por favor —pidió.

—¿Gracias por qué? —pregunté.

—No sea modesto. Corrigió las páginas escritas por Craig. Atemperó su arrogancia, iluminó su confusión, le quitó líneas y le puso vida.

—Yo no hice nada. Ni siquiera toqué las páginas. Las dejé con llave en mi escritorio.

—¿Sufre de amnesia? —Iba a seguir, pero su instinto de editor se había apoderado de él—. ¿Sabe cuántos ejemplares vendería con un detective amnésico? «Acabo de descubrir al asesino, gracias a una carta, pero el asesino no recuerdo quién es, y la carta no sé dónde la dejé.»

—No soy amnésico, pero esos papeles ni llegué a mirarlos. Se los debe haber dejado algún otro.

—Sólo usted tenía estas páginas, y ayer a la noche las pasaron bajo mi puerta. Quién, sino usted, podría haber hecho tal cosa...

En realidad me había olvidado de esas páginas. ¿Era posible que la señora Craig hubiera abierto mi escritorio, se hubiera apoderado de esas páginas para corregirlas, sin decirme una palabra? Pensé también en las pisadas de barro que había visto en la escalera. No quería poner en aviso al editor de las extrañas conductas de la señora Craig, así que cambié de tema.

—Valadés, hablando de amnesia, su memoria es famosa...

—Tomo cada mañana dos cucharaditas del tónico del doctor Gancedo. Le

recomiendo que haga lo mismo.

—¿Recuerda entre los casos de Los Doce Detectives, alguno que haya estado relacionado con un jardín?

—¿Me está hablando de la muerte del anticuario Ranier?

—¿Cómo sabe eso? En la prensa no apareció nada del interés de Ranier por los jardines.

—Éste es mi oficio, Salvatrio. Yo recorro la ciudad escuchando las conversaciones. ¿Cómo cree que he logrado mantenerme como editor? Y ni siquiera presto atención a lo que la gente dice, sino a lo que la gente se pregunta. Esa es la clave para vender revistas y libros. Los buenos editores perseguimos como a mariposas los signos de interrogación escondidos en la ciudad.

—Y el caso Ranier, ¿interesa? ¿A la gente le preocupa saber qué pasó realmente?

—No. Le falta un ingrediente. Sal por así decirlo.

«Sal es lo que sobra» iba a decir, pero no lo dije, para que Valadés no se adelantara a mis investigaciones.

Pero ya el editor buscaba en el archivo de su mente los jardines.

—Hace diez años, a Caleb Lawson le tocó investigar la muerte de la esposa de un cónsul de Prusia. Encontraron su cuerpo en un laberinto hecho de arbustos en una mansión de Sussex, en cuyo centro había, en lugar de un minotauro, un colmenar. Llegó a la conclusión de que se trataba de una muerte natural, provocada por su alergia al veneno de las abejas.

—Cuando hay aristócratas de por medio, el *snob* de Lawson siempre llega a la conclusión de que se trató de una muerte natural.

—Y desde luego, tenemos a Sakawa, siempre moviéndose entre faroles de piedra, cerezos y grillos.

Yo había leído desde la infancia *La Clave del Crimen*, pero en sus páginas habían aparecido pocos casos de Sakawa, el detective de Tokio. La gran especialidad de Sakawa era atrapar a lo que él llamaba los «cazadores de grillos»; es decir a aquellos capaces de inducir al suicidio a través de signos tan sutiles como un breve poema, una flor marchita o un grillo muerto.

—¿Sakawa resolvió algún asesinato cometido en un jardín?

—A Sakawa le encantaron siempre los casos en jardines. Pero yo prefería no publicarlos. A mi juicio eran demasiado... abstractos. Nuestro público quiere sangre, los razonamientos y delicadezas de Sakawa dejaban fríos a los lectores, que se quejaban en el correo. Además, muchas veces Sakawa resolvía enigmas que no eran de su época, a los que había tenido acceso sólo por los documentos. Pasaba largas horas en el gran salón de lectura del Archivo Histórico de Tokio, inclinado sobre viejos papeles. Si le interesa le puedo buscar esas revistas. Le debo dos favores.

—Uno es el que no le hice. ¿Cuál es el otro?

—Que pague mi leche merengada.

Cuando se levantó me dijo al oído.

—Hoy estrena su obra Anders Castelveta en el Pabellón Argentino. Yo ya compré entradas para ir con mi familia. Mis hijos están ansiosos. ¿Quiere que le reserve un asiento?

—No, gracias. Lo que hace Castelveta es una degradación de nuestro oficio.

—Usted se lo pierde.

Valadés salió del café con el apuro de siempre, empujó sin querer a una señora que entraba, se deshizo en disculpas. Terminé de beber mi café, ya frío, esperando que nadie más me interrumpiera.

Apenas salí a la calle un coche se detuvo junto a mí. Los dos caballos parecían más grandes que los caballos comunes, y más negros también. Un hombre alto, de manos gigantes, dijo mi nombre. Le pregunté qué quería.

—El señor Dux Olaya lo espera.

Como si hubiera sucumbido a un trance hipnótico, me había quedado mirándolo, con esa fascinación morbosa que a veces nos suscita la fealdad. Le faltaba la mitad de la oreja derecha, cercenada de un tajo. Todo en su rostro parecía de una dimensión exagerada, y ligeramente corrido de lugar. Estaba vestido de negro y colgaba de su cuello una medalla de oro de la virgen.

—¿Va a quedarse ahí toda la mañana? Le dije que el señor lo espera —dijo el gigante con su voz cavernosa.

Recordé los informes del archivo de Craig y deduje que debía ser Isaías Buitrago, el cuchillero empleado por Dux Olaya. Me tomó del brazo y me obligó a subir al coche, como si yo fuera un niño que no entiende razones. Él se sentó frente a mí. El coche crujió bajo su peso, como si fuera a desarmarse. Gritó al cochero una orden que no estaba hecha de palabras y que era más bien un gruñido animal; el cochero obedeció.

Después de un breve viaje que hicimos en silencio —me pareció inútil interrogar al gigante del tajo en la oreja— el coche se detuvo frente a un edificio de oficinas, al lado del Banco del Sur. Bajé sin esperar la orden. Un portero negro de librea roja nos abrió la puerta. Sus movimientos querían ser ceremoniosos y resultaban atolondrados: le tenía miedo al hombre de la oreja cortada.

En las escalinatas de la entrada nos esperaba un hombre diminuto, de lentes redondos y fino bigote gris. Calculé que tendría unos cuarenta años. Sobre el saco tenía puestas las mangas que suelen usar los oficinistas.

—Qué alegría conocerlo, señor Salvatrio —su cara bien afeitada con su boca curvada en una eterna mueca de disgusto, expresaba cualquier cosa menos alegría—. Soy Manuel Diácono, tesorero de la firma Sal Argentina.

Estreché su mano pequeña, que apretó la mía con fuerza inesperada. Me condujo a un *hall* desierto y silencioso, donde la luz de la mañana, que entraba por grandes ventanales, iluminaba el polvo que flotaba en el aire. El gigante iba a mis espaldas, como si temiera que yo intentara escapar. Por una puerta entreabierta alcancé a ver empleados que inclinaban la cabeza sobre planillas, y hundían sus plumas en grandes tinteros de porcelana. Diácono me invitó a subir un tramo de escaleras, hasta una puerta de roble que se abrió con dificultad. Era una sala grande y fría. De las paredes colgaban apolillados tapices con caballeros de armadura. También los muebles lucían desvencijados. En una mesa unas rosas blancas habían dejado caer unos pétalos.

—La llaman la rosa reloj. Veinticuatro horas después de cortada, la rosa va dejando caer sus pétalos, uno cada cinco minutos, con inexplicable regularidad.

En una esquina, sobre un pedestal de mármol, había un busto de un hombre de grandes bigotes.

Diácono me señaló la escultura, como si fuera un desconocido al que debía presentar.



—Éste es el señor Dux Olaya.

Me resultó extraña la textura de la estatua. No parecía mármol, era demasiado rugoso. Alargué la mano para tocarla.

—¡No la toque! —gritó el gigante de la oreja cortada.

—Tranquilo, Buitrago —dijo Diácono. Me pareció increíble que el hombre diminuto, con su voz aguda, pudiera dominar al gigante—. El señor es un detective, la curiosidad es el 90 por ciento de su trabajo.

—¿De qué está hecha esta escultura? —le pregunté.

—De sal. El señor Olaya la contrató en París. La hizo Antoine Renoud, un discípulo de Boourdelle. Pagó una fortuna por ella. Por supuesto la sal la enviamos desde aquí. Renoud hizo un gran trabajo, más teniendo en cuenta que tallar un bloque de sal es más difícil que trabajar en yeso o en mármol. Sin embargo, el señor Dux consiguió lo que quería. Siempre consigue lo que quiere.

—Me han dicho que no andan bien los negocios.

Diácono suspiró.

—Siempre, en los períodos de cambio, hay quienes piensan en el apocalipsis. Pero los cambios son solo cambios. Desde la aparición de los frigoríficos la industria de la carne necesita menos sal, pero la sal seguirá haciéndonos falta. No podemos vivir sin sal.

—Y usted se ocupa de la parte contable, imagino.

—Me ocupo de llevar los libros y de cuestiones administrativas en general.

—¿Todo está en sus manos?

—No crea. Dux Olaya es un empresario *old fashion*. Es de los que deciden todo por sí mismos. El menú del día en el comedor de la empresa, las compras de artículos de escritorio, la supervisión de los transportes y las inversiones en el extranjero. Todo en persona.

La puerta del fondo se abrió y apareció un hombre de altura mediana, de cuello grueso y grandes bigotes ya blancos. Cuando caminaba, los listones del piso crujían con respeto. Noté que los otros bajaban levemente la mirada.

—Así que usted es el detective de Craig. Lo imaginaba mayor. Todo el tiempo vamos imaginando y corrigiendo nuestras imaginaciones.

Caminó hacia mí con la mano extendida, a pesar de que estábamos lejos. Con alguna torpeza alcé también mi mano y fui a su encuentro. Cuando las manos chocaron lo hicieron con demasiada fuerza, y yo trastabillé. Él se quedó firme. Su mano, sin embargo era blanda, como si el apretón hubiera ido perdiendo fuerza en el camino.

—¿Puedo ofrecerle una copa? —me señaló una mesa donde había algunas botellas y copas. Era evidente que nunca se usaban, porque las cubría el polvo y una ligera telaraña.

—No, gracias.

—Sabía que quería verme, por eso me adelanté. Espero no haberlo incomodado.

—Al contrario. Me ha ahorrado un esfuerzo.

Nos sentamos en un escritorio. Diácono abrió las cortinas, y la sala se llenó de luz. Con una inclinación de cabeza de Dux Olaya, el gigante se retiró. El contador se quedó cerca de la ventana, de pie.

—Estaba pensando en el hombre que me trajo aquí.

—Buitrago... Hace muchos años que trabaja conmigo. Me está muy agradecido, yo lo recogí de la calle.

—¿Lo sacó de la miseria?

—No, lo recogí de la calle... en sentido literal. Estaba tirado en el barro, tendido de cuatro puñaladas.

—No imagino quien podría atacar a alguien así.

—Lo rodeaban sus enemigos: tres cadáveres. No lucían bien. Yo hice que lo curaran, y desde entonces es un servidor fiel.

—¿Cómo perdió la oreja?

—No sé. Nunca le pregunté. Cuando lo conocí ya era así.

—Usted sabe que estoy investigando la muerte de Ranier.

—Un buen amigo. Si da con el asesino, yo mismo lo recompensaré.

—El señor Seguí ya me contrató.

Dux Olaya se rió e intercambió una mirada de complicidad con el contador.

—Me imagino que Jerónimo habrá de pagarle una fortuna...

—Seguí piensa que hay otras personas en peligro.

—Jerónimo es un poeta. Su arma es la imaginación. Y la rima además. Quien busca rimas en el papel, termina buscando rimas en el mundo. Quiere que las cosas coincidan, que hechos lejanos se parezcan.

—Los detectives somos un poco así también.

—Los empresarios no. Los dejamos ir a ustedes, poetas y detectives, detrás de las leyes universales, detrás del destino. A nosotros nos toca el trivial mundo de lo particular, los continuos sobresaltos de la excepción.

—Seguí está convencido de que el crimen de Ranier está vinculado a sus discusiones sobre jardines.

—Ése es un tema cerrado. Ya no nos reunimos más. Además, ¿quién querría matarnos por nuestras viejas y alocadas conversaciones?

Diácono, que permanecía de pie, intervino por primera vez:

—No diga eso, señor Dux. Eran conversaciones muy interesantes.

—¿Usted mismo asistió a las reuniones? —le pregunté al contador.

—Algunas veces el señor Dux tuvo la gentileza de permitirme estar presente. Sin hablar, claro. Yo sólo escuchaba. Para mí era auténtica filosofía, si me permite la opinión.

—Estábamos muy entusiasmados, pero no conseguimos que nuestras ideas tuvieran algún peso sobre la realidad. Ese maldito francés, Thays, no confió en nosotros. Unos años antes yo me hubiera apoderado de un manotazo de todos los

jardines de la República. Los hubiera diseñado a mi buen criterio, poblándolos de símbolos y claves. Hubiera dejado a mis amigos poner en práctica sus audaces teorías. Pero con la caída del precio de la sal...

Dux Olaya se aclaró la garganta, como si fuera a comenzar una conferencia.

—¿Sabe cuándo empezaron a andar mal las cosas? En la navidad del 77 un buque francés llegó al Puerto de Buenos Aires. Tenía el espantoso nombre de *Le Frigorifique*. Llevaba en sus bodegas, gracias a un novedoso sistema de refrigeración denominado Tellier, reses que habían sido sacrificadas en Rouen. El día siguiente a su llegada se hizo a bordo un banquete para probar que la carne podía resistir un viaje transoceánico. Recibí una invitación firmada por el capitán del barco. Aquellos platos de carne bien cocida no tenían buen sabor, pero tampoco estaban en mal estado. Todos sobrevivimos a la cena. La refrigeración había triunfado. Ahí supe que las cosas cambiarían. El sistema de refrigeración Tellier, que sólo aguantaba mes y medio, pronto fue superado por otros sistemas que permitieron que la carne quedara completamente congelada por tiempo indefinido.

—Pero su empresa sigue en pie, señor Dux —intervino Manuel Diácono.

—Sigue en pie, porque estamos acostumbrados a enfrentar problemas. El negocio de la sal siempre fue difícil y hostil. No es oficio para espíritus sensibles. Mi padre era un hombre duro, forjado de un material que ya no se encuentra. Una vez, solo por ganar una apuesta, mató una vaca a golpes de puño. Yo tenía apenas 5 años y lo recuerdo como si lo tuviera delante de mí. Descargó sus golpes sobre la cabeza de la pobre vaca, hasta desplomarla. Ganó una botella de ginebra, que nunca abrió.

Señaló en la pared la foto de un hombre que no se le parecía: era delgado, enjuto.

—Ése era mi padre y ése era el mundo en que le tocó vivir. Cuando él era un muchacho, se mataban miles de reses, como para alimentar no diez veces sino cien veces la población del país, pero casi toda la carne se desperdiciaba, porque solo se aprovechaban los cueros, que salían rumbo a los puertos de Europa. La ciudad entera olía a carne podrida cuando soplaban el viento desde los mataderos. Mi padre juraba haber visto el riachuelo con miles de reses muertas y cuereadas, flotando hacia el Río de la Plata, como una tropilla fantasmal. Pero gracias a los saladeros se empezó a aprovechar toda esa carne muerta. Se cortaba la carne en tiras y se la dejaba entre capas de sal. Torres de carne de cuatro metros de altura. Cada diez días había que desarmar las torres y volver a armarlas. En Europa tenían por costumbre conservar la carne en salmuera, nosotros hicimos siempre el salado seco. Carne y sal desde el momento mismo de la muerte del animal. Nada de salmuera. Por supuesto ni usted ni yo comimos jamás carne seca, se la destinaba a los guisos de los negros, de los pobres, de los indios.

—¿Y su familia lo ayuda con la empresa?

—¿Mi familia? No. No tengo familia. Mis padres murieron hace muchos años, soy viudo, no tengo hermanos.

—Pero me han dicho que usted tiene una hija.

Dux Olaya abandonó la sonrisa y respondió con sequedad:

—Sí, tengo una hija.

—¿A ella no le interesan los negocios?

—¿Conoce alguna mujer a la que le interesen los negocios?

—¿Y las reuniones sobre los jardines? Las mujeres suelen ser más aficionadas a las plantas que los hombres.

—Dejemos a mi hija fuera de esto.

—¿No podría conversar con ella?

—Yo voy a colaborar con usted en todo lo que pueda. Pero deje a mi hija fuera de este asunto. Ella... ella no está bien.

Observé que Diácono se alejaba unos pasos de nosotros, como si no pudiera soportar ese instante de tensión. Me pareció que se hacía más pequeño.

—¿Hay alguna transcripción de las conversaciones que sostuvieron acerca de los jardines?

—Una vez llamamos a un taquígrafo... fue cuando quisimos editar un pequeño opúsculo con nuestros pensamientos. A mí me pareció que aquello debía ser guardado. Fue a fines del invierno del año 90, si no me equivoco.

—Fines de agosto del 90, señor —corrigió Diácono.

—¿Tomó las notas alguien de su empresa?

—No, fue un taquígrafo contratado. Vino muchas veces. Diácono, ¿se acuerda de dónde salió el taquígrafo?

—Era un taquígrafo judicial. Lo contraté en los tribunales, hizo su trabajo y no volví a saber de él.

—¿Y el nombre?

—No lo recuerdo —dijo el contador.

—Tal vez esas transcripciones me sean de ayuda.

—Ahora no las tengo a mano, pero se las haré llegar —prometió Diácono.

Dux Olaya dio un suspiro de aburrimiento:

—Manuel, hágale un cheque a este caballero por la suma que ya sabe...

—No es necesario... —dije—. Además, aún no encontré al asesino de Ranier.

—Insisto.

Al contador no le agradó demasiado la idea, pero se resignó a buscar una chequera. En el escritorio de Dux Olaya había una variedad de plumas de faisanes o pavos reales, más decorativas que útiles, pero el contador prefirió sacar una pluma de madera de una cajita de lata. Completó el cheque y lo firmó. Luego puso sobre el papel una pequeña bolsa llena de sal a modo de secante.

Agradecí, mirando de reojo la cifra.

—¿Llegó a publicarse ese libro? —pregunté.

—No. Hubo un momento en que todas las cosas se torcieron. No hubo libro. No hubo más conversaciones. No hubo más nada. Espero que nuestras charlas le resulten interesantes, pero le aseguro que por ese lado no avanzará en la investigación de la

muerte de nuestro pobre amigo...

—¿Y no cree que uno de ellos, debido a algún viejo altercado del pasado, puede haber matado a Ranier?

—Conozco a estos hombres. A Seguí, a Clemm, al doctor Rank. Me sentí traicionado por ellos. Abandonado por ellos. Pero no los creo capaces de matar.

—A veces creemos conocer a los amigos, y sin embargo...

Se puso de pie, dando por terminada la entrevista.

—No digo que los conozco porque hayan sido mis amigos. Digo que los conozco porque me traicionaron. Y a nadie conocemos tan profundamente como a aquel que nos traicionó.

### 3

Los zapatos de la señora Craig resonaban en toda la casa, con esa capacidad de los ruidos repetitivos para molestar y declamar a la vez. El tictac de los relojes, los latidos del corazón, la misma lluvia golpeando contra el techo: todos estos golpes tienen su mensaje oculto, su sentencia latina. Nos dicen que cada día es igual a los otros, que las horas son saetas y siempre hay alguna que da en el blanco, que las tardes de domingo son horribles. Los pasos de Margarita Craig se sumaban a estas monotonías con destino de epigrama.

Empecé a vigilarla, para ver quién era el desconocido que la visitaba. Interrogué a Ángela tratando de ser sutil y no ponerla sobre aviso, pero...

—¿Por qué le preocupa tanto si ocurre el milagro de que alguien visite a la señora? ¿Celos, quizás? —respondió la cocinera gallega. La pobre mujer no entendía nada: a mí me preocupaba que el buen nombre de la familia quedara mancillado; temía a las habladurías, que siempre rondan a las viudas jóvenes. Además me preocupaba que algún desconocido metiera la nariz en mis cosas, ya que tenía la sensación —motivada en el incidente con los papeles de Valadés— de que alguien revolvía mis cajones.

Cuando nos encontramos en el comedor la señora Craig gentilmente me invitó a almorzar —guiso de lentejas, papas, y chorizo— pero me senté sin comer.

—Señora Craig, a usted que le gustan tanto las plantas, ¿oyó hablar de Baltazar Dux Olaya?

—Leí su nombre en el Boletín anual del Jardín de Plantas de París. Siempre que veo en las revistas francesas una noticia que viene de Buenos Aires me llama la atención. Dux Olaya es el organizador de una especie de grupo filosófico, tengo entendido.

—¿Le interesaron sus ideas?

—Ésos son jardines mentales, Salvatrio. Yo sólo soy una viuda que cuida unas plantitas en su terraza.

—Eso es modestia exagerada, sus plantas son magníficas. ¿Dónde las compra?

—Tengo semillas y las voy plantando.

—¿No habrá alguien que se las regale?

—¿Por qué se le ocurre semejante cosa?

—Tal vez alguna amiga comparte con usted el gusto por la botánica.

—Tengo pocas amigas, y de sus plantas se ocupan las criadas.

—Si necesita ayuda con las plantas, o mover alguna maceta pesada, cuente conmigo...

—Usted tiene cosas más importantes que hacer. —Chasqueó los dedos, como si recordara algo—. Tengo que pedirle un favor, pero no se trata de mover macetas...

—Lo que desee...

—Una amiga mía, la señora Blanco Abreu, descendiente de una de las más

antiguas familias de Montevideo, perdió recientemente a su hermano. Le dijeron que fue suicidio, pero ella no lo cree del todo.

—¿Cómo murió?

—El muchacho vino a Buenos Aires para visitarla. En realidad el hermano era medio tarambana: no tenía ninguna ocupación conocida, le gustaba el juego y perseguir mujeres...

—¿Y las alcanzaba?

—En ocasiones. Jeremías Blanco Abreu vino a Buenos Aires para ver a su hermana, aunque ella sospechaba que su verdadera intención era pedirle dinero, lo que efectivamente hizo. Se alojó en el Hotel Royal. El joven la fue a visitar, ella respondió con generosidad, él perdió todo esa misma noche en una partida de póquer y al amanecer se suicidó.

La señora Craig se santiguó.

—¿Cómo se mató?

—Un pistoletazo en la sien derecha. La pobre mujer tuvo que ir a la morgue a reconocer el cuerpo.

—Todo parece claro. ¿En qué podría ayudar yo?

—La señora Blanco Abreu no cree que se trate de un suicidio.

—La pistola con que se mató, ¿era suya?

—Sí. Nunca se apartaba de ella.

—¿Por qué sospecha su hermana que no fue suicidio?

—Porque a la capa de su hermano le faltaba un botón.

—Se le pudo haber caído. A mí se me caen botones todo el tiempo.

—Ya lo noté —suspiró la señora Craig—. Pero parece que el joven Abreu, a diferencia de usted, era muy pulcro. Usaba camisas de seda, los zapatos siempre lustrados, se perfumaba y era inimaginable que no se hiciera coser un botón caído.

—A veces los jóvenes ociosos pueden dedicar todo el tiempo que quieren a su arreglo, como si de mujeres se tratase —me defendí.

La señora Craig pasó por alto mi comentario.

—Además el botón perdido cuesta una fortuna.

—¿Cómo puede costar una fortuna un botón?

—Pertenece a un juego de tres piezas de marfil. Cada una tiene labrado un palacio oriental. Los otros dos están en poder de la señora Blanco Abreu. Pero sin el tercero el juego pierde valor para los anticuarios. Mi amiga tiene la esperanza de recuperar el botón perdido y así poder vender el juego completo. Ya tiene un comprador. Cree que alguien mató a su hermano para robarle el botón.

—Imagino que para su amiga es difícil aceptar el suicidio de su hermano. Pero la historia está clara. Vino a pedir dinero, lo perdió, se mató. Su historia es la historia de muchos. Pero además se alojó en el hotel Royal.

—¿Y qué importa en qué hotel se haya alojado?

—El hotel Royal es conocido como el hotel de los suicidas. Tiene esa fama desde

hace más de veinte años, cuando una dama solitaria se mató con arsénico. Desde entonces las muertes por mano propia se han sucedido a ritmo regular. Es tal su atmósfera y su fama que solo los desesperados se alojan allí. Si hubiera sido una persona normal hubiera elegido otro hotel. Pero eligió el Royal. Su marido escribió un artículo sobre el hotel a propósito de esta seguidilla de suicidios. ¿No lo recuerda?

—Tengo que confesar que yo nunca leía las cosas que escribía mi marido. El mundo del crimen nunca me interesó. A mí me interesan otras cosas.

—¿Qué cosas?

La señora Craig dejó la cuchara sobre el plato y miró soñadoramente el techo.

—Me gustan las telas. Los bizcochos de anís. El té con un terrón de azúcar. Me gusta un estanque con nenúfares que hay en el campo de mi padre, habitado por carpas de colores; cuando era niña yo les tiraba migas de pan y les ponía nombres chinos. Me gusta el primer y el último sorbo de una copa de jerez de la frontera. Me gusta elegir los pétalos para hacer un potpourri. Me gusta el instante en el que desato el moño y abro una caja con zapatos nuevos que acabo de comprar. Me gusta la novela *Jean Eyre*, que leí catorce veces, hasta que las páginas se cayeron. Cuando me casé con Renato yo era casi una niña, y jugaba a que en alguna parte de la casa mi marido tenía escondida a su verdadera esposa, que estaba loca. Me gusta, no sé por qué, mirar a los pobres en la puerta de la iglesia, con toda esa ropa siempre remendada; me gusta imaginar que soy una mendiga, y que voy de iglesia en iglesia juntando moneditas. Me gustan las plantas de mi jardín.

Se había quedado hablando como si conversara sola, y de pronto reaccionó, ruborizada.

—¿Me hará el favor de investigar el caso del botón perdido?

Yo sólo podía pensar en mi primer caso sin Craig, en la muerte de Ranier, y poco me importaban los botones perdidos. Le dije que sí, pero al instante mi cabeza estaba en otra parte.

\* \* \*

Al anoecer fui caminando hasta el Pabellón Argentino, reabierto como teatro el verano anterior. Tenía treinta metros de altura, y estaba hecho de piezas de hierro y placas de cristal, de tal manera que podía ser desarmado y vuelto a armar como un juguete o una máquina. Conocía bien aquel edificio que había ocupado su lugar entre los esplendores de la Exposición Universal de París de 1889.

En las paredes del teatro los afiches amarillos anunciaban: *El enigmático mundo de Anders Castelveta*. En la entrada, un cartel a color lo mostraba con su impecable traje blanco, inclinado sobre el cadáver de una mujer de largas piernas. Abajo del dibujo, decía:

No es un actor.



No es un impostor.  
ES UN DETECTIVE DE VERDAD.

Me asomé al vestíbulo, donde Valadés había puesto una mesa con ejemplares de *La Clave del Crimen* con intención de venderlos. Esperaba de brazos cruzados que el espectáculo terminara. Para evitar que me viera fui a sentarme en una de las mesas de la confitería Bieckert, que la fábrica de cervezas había instalado junto al Pabellón Argentino. El mozo puso un chopp sobre el posavasos de cartón azul, y lo fui bebiendo de a poco, a la espera de que la gente abandonara la sala. ¿Qué le iba a decir a Greta cuando apareciera? Habían pasado cuatro años desde la última vez que nos habíamos visto. Yo era entonces un joven tonto, pero ahora era alguien distinto y sus encantos ya no podrían dominarme de nuevo.

Ya terminaba mi vaso cuando el público empezó a salir. A pesar de que se trataba de un espectáculo fraudulento, los espectadores habían ido con sus mejores ropas, como si se tratara de una velada en el viejo teatro Colón. Había esperado que fueran pocos los que se asomaban a aquella burla al arte de la investigación, pero no terminaban de salir, con las mejillas coloradas por el calor de la sala. Los hombres declaraban que habían adivinado la solución del enigma antes que Castelveta la revelara; las mujeres elogiaban la voz y la estampa del detective. Después de que partieran todos, y que los últimos coches abandonaron la entrada, salió el editor, sin nada en las manos, señal de que en el *hall* del teatro había vendido todo lo que había llevado. Me escondí detrás de las tapas del menú. Valadés cruzó la calle con una sonrisa de oreja a oreja y se perdió en las sombras.

Al final salió Greta. Cada rasgo de su cara parecía haberse afirmado, de tal manera que la que había conocido era solo un boceto de la que tenía delante de mis ojos. Iba a ir hacia ella pero vi que la seguía, unos pasos más atrás, Anders Castelveta. Vestía, como siempre, de blanco. Le dijo algo y ella lo rechazó con un gesto y apuró el paso, pero él pronto la alcanzó. La tomó del brazo y ella se liberó; pero bastaron unas palabras en el oído para que los ecos de alguna pelea se borrasen. Se fueron del brazo.

Regresé a la casa. Estaba a punto de irme a dormir cuando me pareció oír una voz grave que llegaba por los respiraderos. Un hombre conversaba con la señora Craig. Sólo podía comprender palabras aisladas, que en nada dejaban adivinar la naturaleza de la conversación. Oí la palabra «pétalo» y la palabra «floración» y «espina», pero no dejé que la botánica me distrajera: un hombre y una mujer que conversan en medio de la noche sólo tienen un tema posible. Sentí que odiaba a aquel desconocido, que había estado hurgando entre mis papeles y que se paseaba en mi ausencia como dueño de la casa. Recordaba que una vez había visitado a la señora Craig un primo lejano, ¿sería él? ¿Sería el marido de una de sus amigas? Hasta del editor Saturno Valadés llegué a sospechar. Me tendí en la cama, mientras las voces invadían el edificio entero.

Dediqué los días siguientes a visitar anticuarios, para ver si podían contarme algo que explicara la muerte de Ranier; visité inclusive a los hermanos Salim, libaneses expertos en contrabando, pero me parecía que estaban muy lejos de cometer un crimen. La coartada de la señora Ranier era sólida. Todas las pistas del caso me guiaban hacia los jardines, pero aquí el camino se perdía en la espesura.

Un jueves el tesorero de Sal Argentina, Manuel Diácono, se presentó en mi oficina. Traía con él una carpeta negra atada con una cinta verde. Estaba llena de papeles: eran las transcripciones de algunas de las charlas que Dux Olaya había tenido con sus amigos.

—Muchas gracias, señor Diácono, por venir en persona a traerme estos papeles.

—Vivo aquí cerca, en una casa de altos de la calle Paraguay. Me quedaba de paso. Además, soy renuente a dejar papeles importantes en manos de mensajeros.

—¿Está casado?

—No, señor Salvatrio. Todavía no encontré a la mujer que responda a todas las exigencias...

—¿Usted es muy exigente?

—Mi madre es muy exigente y no quiere que elija una esposa sólo por su cara bonita o por el encanto pasajero de un perfume o un vestido de moda. Vivo con mi madre. Mi padre murió cuando yo era un muchacho, pero llegó a enseñarme los fundamentos de la contabilidad.

—A mí siempre me aburrieron los números.

—La contabilidad no es solamente una manera de poner en orden los negocios. Es una filosofía de la vida, una manera de llevar a los números los preceptos cristianos. En todo lo que hacemos hay que tener presente las dos columnas: el debe y el haber.

Hizo una inclinación de cabeza y giró hacia la puerta.

—Espere, no se vaya todavía. Dígame: ¿hace mucho que trabaja para Dux Olaya?

—Catorce años, once meses y 17 días.

—Veo que lleva bien la cuenta.

—El día que el señor Dux me contrató fue el más importante de mi vida. Yo era un muchacho sin mayor experiencia, y él me dio la oportunidad de manejar asuntos de enorme responsabilidad.

—No me ocupo de los negocios, pero sé que el precio internacional de la sal ha caído. ¿Cree que Sal Argentina está en peligro?

—La empresa es sólida. La sal se sigue vendiendo.

—Pero los nuevos sistemas de refrigeración... El mismo Dux Olaya parecía preocupado por eso.

—Si algo nos perjudica no es tanto la refrigeración como la exportación de ganado en pie, porque todo el proceso se hace en los mataderos y saladeros de

Europa. Pero llevar ganado durante los días que dura un viaje transoceánico no es algo sencillo. Acostumbradas a las grandes extensiones, las vacas se enferman con facilidad cuando se las encierra en un barco. Por eso nuestros saladeros siguen funcionando. Además la sal, ya purificada, se vende muy bien. Todos los días llegan en carretas y en trenes cargamentos de sal al puerto de Buenos Aires para su exportación. No se preocupe por la empresa, detective. Sal Argentina seguirá por mucho tiempo más. Y ahora, si me disculpa...

—¿Conoce a la hija de Dux Olaya?

Al oír mi pregunta el contador se ruborizó y sus manos se movieron nerviosas, como si quisieran irse de la habitación antes que él.

—La he visto varias veces. Muy a menudo voy a discutir asuntos de la empresa a la casa del señor Dux. Debo decir que me tratan como uno más de la familia. Inclusive me hacen el honor de invitarme a comer con ellos y no con la servidumbre.

—¿Se llevan bien padre e hija?

—No he visto amor como el que el señor Dux siente por la señorita Irene.

—¿Y ella?

—Para ella él es el centro del mundo. La madre murió en el parto, no tiene hermanos, así que sólo se han tenido el uno al otro.

—Sus problemas mentales, ¿son tan graves como dicen?

—¿Quién dice? ¿Quién se atreve hablar de Irene Dux Olaya? Mire, Salvatrio, vine a traerle la carpeta, no a conversar de temas que no son de mi incumbencia... ni de la suya.

Manuel Diácono se fue sin saludar.

Abrí la carpeta y durante largas horas me hundí en las discusiones. Ignacio Clemm, el cazador, quería hacer un jardín salvaje, sin huellas de la civilización.

«Todo jardín debe recordarnos al bosque primitivo, a la selva oscura, donde cada hombre reconoce lo que de cazador hay en él.»

El anticuario Ranier quería sembrar los jardines de piezas de mármol, y se proponía ser el consejero de tales adornos.

«El jardín perfecto no debe ser sólo vegetal; ha de haber en él fuentes, urnas, estatuas, columnas, antiguos muros, pero no como algo del presente sino como ruinas, como fragmentos de un pasado remoto. A través de las ruinas, la imaginación del paseante podrá solazarse en la visión de un esplendor perdido.»

El psiquiatra Rank quería encontrar un jardín que sirviera para apaciguar las inquietudes de la locura. Estaba seguro de que a través de paseos por una estructura que combinara geometría y botánica los locos encontrarían la paz. Había que evitar las plantas espinosas, que los perturbaban, las grandes flores rojas, que les traían ideas sangrientas, los senderos demasiado estrechos o demasiado anchos, las sinuosidades y los estanques de agua oscura. En cambio eran recomendables los arroyos y las fuentes.

«La presencia del agua quieta los perturba. Los estanques los atormentan con

fantasías sobre monstruos escondidos en la negrura, o con equívocos reflejos de su propia cara. Si hay agua, ésta debe correr. Hay que evitar que la superficie lisa del agua sirva de espejo.»

«El jardín debe representar el equilibrio entre la naturaleza y la civilización.»

Seguí, trasnochado poeta, quería encontrar rimas secretas entre la espesura, de tal manera que a medida que alguien avanzaba por el jardín fuera sorprendido por distintas evocaciones de la mitología. Veía el jardín como una especie de lugar donde se despertaran las facultades asociativas. Ponía como ejemplo el jardín Twickenham, propiedad del poeta Alexander Pope, que lo había construido de acuerdo con una sucesión de escenas que le sugerían al espíritu que lo contemplaba una serie de reminiscencias: una cueva con piedras y caracoles, un obelisco egipcio, templos romanos, urnas fúnebres y estatuas.

«Pope tradujo al inglés la Odisea. Sabía que el jardín debía ser un depósito de historias comunes a todos los pueblos.»

«El jardín es el lugar de las correspondencias, donde microcosmos y macrocosmos se encuentran. Mientras los pies caminan sobre la tierra, la mente debe volar. Y tiene que haber siempre algo escondido: una gruta con piedras preciosas, una estatua que señale un cofre de mármol, un tronco en un árbol que sea la entrada de una cueva. El jardín debe ser siempre un regreso a los tiempos de la infancia, cuando buscábamos tesoros escondidos.»

¿Y Dux Olaya? El señor de la sal parecía escuchar con paciencia a todos, como si acostumbrado a un inmenso poder, le encantara el juego de ser uno más, un mero testigo. Los dejaba hablar, nunca los interrumpía, y sus delicadas intervenciones tendían a hacer que los otros explicaran mejor sus argumentos, antes que hacerlos callar. Había pagado por el espectáculo, y lo disfrutaba. Ellos eran parte de su jardín. O, como me diría más tarde Carlos Thays, ellos *eran* su jardín.

Después de leer un par de veces las transcripciones empecé a notar que había ciertos cortes bruscos en los papeles, como si algo los hubiera hecho cambiar de tema, o como si deliberadamente hubieran omitido algunos párrafos. En ninguna parte aparecía mencionada la hija de Dux Olaya, y pensé que tal vez a eso se debieran los cortes que había en el texto. Para juzgar la importancia de ese material debía conseguir las transcripciones completas.

Al estudiar el dorso de las hojas encontré que en una de ellas había unos trazos de taquigrafía. Por supuesto yo no podía descifrar ni un solo signo; a diferencia de las lenguas extranjeras donde casi siempre descubrimos alguna palabra familiar, aquí todo era oscuridad; los trazos inclinados, con ganchitos, algunos curvos, tenían tendencia a la horizontalidad, como los caracteres árabes. Yo nunca había trabajado con taquígrafos y no sabía si existía un sistema de taquigrafía universal o si cada uno tenía el suyo.

Por ese entonces los taquígrafos se reunían en un café angosto de la Calle del Parque; ahí esperaban que mensajeros de los Tribunales los convocaran a los

juzgados. Me acerqué a una mesa donde dos hombres gastaban la mañana frente a vasitos de grappa. Uno llevaba una barba blanca, y hablaba interminablemente; el otro, joven, lo escuchaba con atención. Llamé al mozo, los invité a una ronda, y luego les pregunté si alguno de ellos había trabajado en la casa de Dux Olaya.

El de barba respondió:

—No, señor. Trabajo en los juzgados, no salgo de allí. Ojalá me llamaran para ir pasear a las casas de los grandes señores.

El taquígrafo joven tampoco conocía a Dux Olaya.

Les mostré la hoja garabateada con trazos de taquigrafía. El de barba se puso unos lentes de nariz y respondió:

—El taquígrafo que busca seguramente es español, y le digo más, catalán.

—¿Cómo puede saber eso, con sólo ver estos trazos?

—Esos signos pertenecen al sistema Garriga. Lo inventó un sacerdote catalán, en Barcelona. Es un sistema rápido, económico. Hay muchos españoles trabajando de taquígrafos, pero es un trabajo muy mal pago, y cuando encuentran un empleo en el comercio lo dejan de inmediato. A mí no se me dan los números, sino no me verían más en los juzgados.

—A mí tampoco —dijo el más joven—. Esos abogados y jueces están siempre apurados. A mí me gustaría que la taquigrafía fuera lenta, que pudiéramos destinar largo tiempo a cada trazo.

—No le haga caso —dijo el mayor—. Todos los taquígrafos pasamos, en la juventud, por un período romántico en el que rechazamos la velocidad. Veleidades que se pasan cuando se cumplen los treinta.

—Dele otra mirada a los trazos, a ver si me puede decir de quién se trata —insistí. Volvió a ponerse los lentes.

—Es bueno de veras. Veloz. Aquí el lápiz casi no toca la hoja. Sistema Garriga, como le había dicho, pero con algunas innovaciones personales. Me recuerda a ese calvo de nariz larga...

—Solanet...

—Eso es, Solanet. Los trazos parecen huellas de pájaro.

—¿Dónde puedo encontrar a Solanet?

Escribió en un papel unos trazos incomprensibles y me lo tendió. El otro miraba divertido a su maestro.

—Yo no puedo leer esto —dije.

El viejo taquígrafo llamó al mozo, mientras me decía:

—Otra ronda de grappa y se lo escribo en cristiano.

El domicilio del taquígrafo Solanet correspondía a una pensión en la zona de Catedral al Sur; pero la dueña del lugar me dijo que no estaba.

—¿Es de un juzgado? Tendrá que esperar hasta el miércoles. El señor Solanet tuvo que hacer un viaje a Córdoba.

Después llegó el domingo, soleado y fresco. ¡Ah, los domingos, las calles vacías, las horas lentas, la gente yendo a misa! Los domingos la ciudad juega a ser campo: tranquilidad, silencio, aburrimiento. Y desayunar sin las torrijas de Ángela, que tenía el día libre. Encontré en la cocina apenas un poco de pan duro y un resto de dulce de leche perfumado con vainilla en un frasco de vidrio.

Ese domingo, como todos, la señora Craig partía a la misa de las 10 en la Catedral. Escuché el estruendo de sus pasos en la escalera, y la puerta que se cerraba. Poco después sonaron unos golpes en la puerta. Pensé que era algún vendedor de enciclopedias o de Biblias, que importunaban hasta los domingos, pero no: cuando abrí la puerta me vi a mí mismo del otro lado. El visitante tenía mi altura, mi peso, mi color de cabello, y vestía una ropa casi idéntica a la mía, es decir, que ni era llamativa ni elegante. La vestimenta de alguien que trata de pasar desapercibido, como corresponde a un detective. Tal vez fuera un poco más pálido, y tuviera los labios más delgados y la nariz más chica; pero no era raro que Ángela, al verlo de lejos, lo hubiera confundido conmigo.

Su cara no me era desconocida en absoluto, sólo que antes no se me parecía; la semejanza databa de los últimos tiempos y era, por lo tanto, algo artificial. No era alguien que se me parecía por fatalidad: era un imitador. Se trataba de Juan Troy, uno de los veinte alumnos de la Academia de Craig.

—Quiero hablar con vos, Sigmundo, pero no aquí. Vamos a mi oficina.

—¿De qué querés hablar?

—Quiero disculparme por haber actuado hasta ahora como un intruso. Además los dos trabajamos juntos en el caso Ranier y me parece justo advertirte de la importancia de algunos detalles que pasaste por alto.

Me acordaba bien de Troy. Poco tiempo después de que Gabriel Alarcón, el mejor alumno de Craig, fuera asesinado por el mago Kalidán, los alumnos dejaron de venir. Troy fue uno de los últimos en renunciar. Para ese entonces Craig, acosado por la familia de Gabriel Alarcón y también por la justicia, se había encerrado en un silencio absoluto. Tal vez era este silencio lo que había espantado a Troy.

Salimos de la casa. Estaba fresco y yo no llevaba más que una camisa, pero el itinerario era corto: el edificio vecino. Era una casa de altos, de la misma altura que la de la señora Craig, pero dividida en departamentos que se alquilaban. Subimos hasta un primer piso y entramos en un cuarto grande, que servía a la vez de dormitorio y lugar de trabajo. Todo estaba ordenado, la cama tendida, no colgaba ropa de las sillas; en el pequeño balcón unas plantas espléndidas crecían en macetas de terracota.

Dominaba la habitación un gran escritorio de roble que mostraba su orden casi con jactancia. Había papeles apilados, una libreta con anotaciones en tinta verde, una guía de la ciudad, una cubeta con arena para usar como secante, un frasco de tinta marca Anhur, una docena de plumas perfectamente limpias (a diferencia de las mías, siempre empastadas de negro). Nada, ni un papel fuera de lugar. Tomé las hojas que estaban a la vista y empecé a curiosear. Cada palabra que leía me resultaba familiar, como si aquel hubiera sido mi propio cuarto, como si en sueños yo llevara una vida secreta, en la que me imponía un orden que en mi vida diurna desconocía. Todas sus anotaciones repetían al detalle mis notas sobre el caso, pero con letra más redonda y clara. Era una copia minuciosa de mi propia investigación.

Sin embargo, había una nota discordante, algo que yo no había tenido en cuenta. Me bastó verlo para reprocharme mi distracción. ¿Cómo aquel perdido o remoto Juan Troy podía haber advertido algo que estaba a la vista de todo el mundo, y yo no?

—No te habías dado cuenta de la importancia de esa pista, ¿verdad?

No respondí. La pista de la que me hablaba era un largo poema recortado del periódico: *La Atlántida*, de Jerónimo Seguí. Versos subrayados con lápiz, palabras anotadas en los márgenes, signos de interrogación. La atención que había puesto Troy en el poema señalaba que lo consideraba una pieza importante de su pesquisa. Yo ni siquiera me había detenido a leerlo, a pesar de que el mismo Seguí me había contratado para la investigación. El poema había aparecido en el periódico el mismo día en que se dio a conocer la muerte de Craig: yo no tenía ojos más que para la necrológica del detective. Había prestado atención a cada adjetivo, tratando de adivinar enconos y rencores que tal vez no existían. Me había preocupado por descubrir alguna alusión a su último caso, el del mago Kalidán, que había llevado a la Academia de Detectives a su desaparición. Había conservado aquel ejemplar de *La Tribuna*, con el poema y todo, pero toda mi atención había estado dedicada a la noticia de la muerte de mi maestro, y el resto del diario se había vuelto invisible.

La relación de Troy con la señora Craig había dejado de importarme; ahora lo que me llamaba la atención era el sentido de aquella minuciosa repetición de mis pasos. No era una investigación sobre un crimen: era una investigación sobre mí.

—Quiero que pongamos las cosas en claro —dijo.

—No tengo nada que hablar. Los asuntos de la señora Craig no son asunto mío.

—No hablo de eso. Además con Margarita tenemos solo un interés común: la vida vegetal. Hablo del caso Ranier.

—¿Quién te contrató? —le pregunté.

Había dos sillas en la habitación. Él se sentó en una y me invitó a sentarme en la otra.

—Nadie. Lo considero un caso de estudio de la Academia Craig.

—La Academia cerró hace cinco años.

—¿Alguien la cerró oficialmente? ¿Hubo un acta legal, algo firmado, una ceremonia?

—No, pero ya no se daban más clases. Además, bien sabés que Craig está muerto.

Se llevó el índice y el pulgar de la mano derecha a la frente. Me resultó un gesto familiar. Segundos después me di cuenta de que era el gesto que hacía yo, cuando estaba a punto de sufrir un dolor de cabeza.

—Es importante que entiendas esto: yo nunca consideré cerrada a la Academia del detective Craig.

La Academia de Craig había funcionado desde marzo de 1888 hasta comienzos de 1889, y a pesar de que había durado menos de un año, ese tiempo seguía proyectando sus sombras sobre mí. Aún ahora puedo recordar a los profesores, las materias, los alumnos, las anécdotas mejor que cualquier otra cosa en la vida. Hasta los veinte años llevamos los ojos bien abiertos; después empezamos a mirar todo con los párpados entrecerrados.

Juan Troy no era el alumno más brillante —ese lugar le correspondía sin dudas a Gabriel Alarcón— pero era parejo en todas las materias. Era de esos muchachos que apenas se hacen notar. Había nacido en Rosario, y había venido a Buenos Aires con el único propósito de estudiar en la Academia Craig. Empeñoso y competitivo, pero no de un modo estridente sino más bien opaco. Y en aquel cuarto, mientras me miraba con sus grandes ojos grises, me dijo:

—Yo todavía quiero ser el mejor.

—Pero la Academia está cerrada. Nadie estudia. No hay profesores. Nadie puede nombrarte como el mejor.

—¿No somos los detectives los que leemos los márgenes, las entrelíneas, las palabras secretas? La Academia vive: está viva en mí, viva en vos. Seguimos estudiando, seguimos luchando por ser los mejores.

Eso me irritó. Él se había ido cuando el barco naufragó, ¿Por qué ahora, años después, volvía con esas ínfulas?

—Troy, después de la muerte de Alarcón todos abandonaron a Craig. Yo me quedé a su lado. Por eso confió en mí. Por eso me envió a París, y así fue como me vi convertido en detective. No creo tener dotes extraordinarias, pero persistí cuando todos los demás se fueron. La persistencia no es una virtud intelectual, pero sí moral. Los otros se fueron, vos mismo te fuiste...

De pronto se puso de pie, furioso, como si lo hubiera insultado.

—¡Los otros se fueron, los otros! Yo no...

—Fuiste uno de los últimos. Pero de todas maneras...

Respiró hondo, como para calmarse. Después se sentó.

—Voy a contarte qué pasó ese día. Voy a decirte por qué no aparecí más en la Academia del detective Craig.



—Tal vez deba comenzar por explicarte cómo me hice amigo de la señora Craig. Porque mi amistad con Margarita data de los primeros tiempos de la Academia. Una tarde Craig me pidió que subiera hasta su piso para entregarle un mensaje. Así pude ver su jardín de invierno. Me maravilló el cuidado que ponía en las plantas. Mi padre era botánico, así que tengo una gran familiaridad con flores y plantas. A ella le gustaba poder conversar con alguien de injertos, períodos de floración, especies exóticas. Mirábamos juntos ese jardín inmutable que esconden las láminas de los libros. Un día hasta se animó a mostrarme sus propias acuarelas. Le pregunté si a su marido le interesaban esas cosas.

«Con mi marido sólo se puede hablar de crímenes —respondió—. De las plantas, sólo le interesa la belladona.»

»Yo esperaba cada una de esas charlas con devoción. Empecé a llevarle plantas y frasquitos de semillas de regalo. Cada vez que viajaba al Rosario le traía alguno de los muchos libros de botánica que había en mi casa. Yo sabía que ella exageraba la importancia de mis regalos; en el fondo comprendía que se trataba de esa devoción que a veces las mujeres ya hechas —aunque apenas llegaba a los 30— pueden despertar en los jóvenes inexpertos. Cada vez me imponía metas mayores, y así fui agotando las posibilidades botánicas de la ciudad. Aquí todos se conforman con tres geranios y dos malvones, yo soñaba con flores japonesas, con enredaderas del trópico y plantas carnívoras.

»Una noche salí a caminar. Entendía que me había enamorado de la señora Craig. No esperaba nada de ese amor: sólo encontrar la especie vegetal que se convirtiera en el símbolo de lo que sentía. Caminé sin pausa en la noche. Esta ciudad está hecha para caminar: se termina el empedrado, pero las calles siguen, hechas de barro y cascotes. Cuando el sol despuntó, me rodeaba una calle donde grandes casas mostraban orgullosas sus jardines detrás de rejas herrumbrosas. Mientras buscaba alguna pista del camino de regreso, iba mirando aquella maraña vegetal que suelen ser los jardines, y trataba de recordar los nombres de las plantas. Entonces descubrí una pequeña circene amarilla al pie de un limonero.

»La circene es una planta rarísima en nuestro país. Es una variedad de orquídea originaria de la India. Tiene flores azules, que a comienzos de otoño se hacen blancas, antes de caer. Yo la conocía sólo por los libros de botánica de mi padre, nunca había visto ninguna, pero la reconocí de inmediato.

»Imaginé los ojos de la señora Craig al recibir la planta. Ella sabía que existía, ya que ella misma me había mostrado una lámina. Pensé en ofrecerle al dueño una cierta suma... pero yo no tenía mucho dinero, y mi oferta lo pondría en guardia sobre el valor de esa planta. Me trepé a la reja y salté al jardín. *Ojalá que los dueños de casa estén dormidos*, pensé. Cavé con mis manos tratando de no dañar las raíces. La lluvia del día anterior fue de gran ayuda. Ya me iba cuando una ventana se abrió y escuché

un grito: me habían descubierto. El rosal, que antes había atravesado con tanto cuidado, ahora lo aparté sin temor de lastimarlo o lastimarme. Desde entonces los rosales son una señal de perdición. El dueño de casa debía ser alguien celoso de sus plantas, porque sin voz de alto disparó una perdigonada. Sentí un ardor en mi brazo, pero no le di más importancia que a las espinas del rosal.

»Salté la reja y me alejé a la carrera. No sabía adónde iba, y la gente me miraba: una planta en un brazo, la sangre en el otro. Como si la herida me fuera guiando, ahora conocía el camino, ahora toda la ciudad me era familiar. Ya estaba cerca de lo de Craig, pero supe que no iba a llegar. Vi a un muchacho que vendía diarios y le di unas monedas, y le dije que llevara la planta a la casa de la señora Craig. Poco después me desmayé.

»Estuve inconsciente por una semana en el Hospital General de Agudos. Hubo una prolongada infección con riesgo de septicemia, pero los médicos me salvaron. Para evitarme los dolores me mantenían dormido. Cuando me recuperé fui a la casa de la señora Craig... la cocinera me explicó que la Academia no funcionaba más. Me miraba como a un loco. Tanto insistí que me dejó pasear por los salones. Fue como entrar en un museo. Nada tenía vida. No había rastros de la Academia. Me pareció que mi sueño no había durado horas o días, sino cien años, como en el cuento de *La bella durmiente*.

»Quise olvidarme de mis pretensiones de detective y me dediqué al comercio. Empecé a traer del exterior plantas raras. Las grandes ciudades coleccionan coleccionistas: con un poco de perseverancia se encuentran fanáticos de cualquier cosa. Yo encontré monjas de clausura que encargaban semillas para sus jardines invisibles, viudos solemnes que perseguían rosas de dos colores, damas de sociedad que jugaban a destilar venenos según recetas de Paracelso. Tenía que alquilar un departamento, y elegí esta zona, porque me es familiar. Casualmente estaba libre este departamento, cuyo balcón trasero permite ver el invernadero de la señora Craig. Lo tomé como una señal del destino. Un día, pensaba, un día tocaré a la puerta de la señora Craig y le contaré mi historia, le diré que ese día le envié una planta, sin tener ninguna esperanza de que llegara; una planta que me había valido estar al borde de la muerte. ¿Le habría llegado? ¿La había conservado?

»Una mañana la encontré por la calle. Íbamos los dos distraídos y casi nos chocamos. Hay días en que somos relevados de la timidez por causas misteriosas, y nos encontramos haciendo cosas que jamás habríamos hecho: era un día así. Al terminar mis disculpas le dije que había sido alumno de la Academia Craig, y ella cambió la sonrisa por el fastidio: pensó que iba a ponerme a hablar de crímenes o empezar a alabar a su difunto marido. Entonces mencioné la planta y su expresión cambió por completo. Había recibido la circene, la cuidaba más aún que a sus otras plantas. De inmediato me invitó a pasar, como si el nombre de la flor fuera un misterioso salvoconducto. Me hizo subir al invernadero y conversamos largamente de las plantas. Y al conversar con ella me di cuenta de lo que en realidad siempre supe:

que la Academia de Craig nunca fue clausurada. No dependía de Craig. Craig puede reemplazarse. Es ella la que no tiene reemplazo. Ella, la musa de los detectives. Ella...

Ya estaba cansado de escuchar estupideces. Le señalé los papeles sobre el escritorio.

—Que te dediques a la plantas... Vaya y pase. Que cortejes a la señora Craig...

—A Margarita no la cortejo...

—Pero abriste los cajones de mi escritorio, miraste mis papeles, me espiaste.

—El lugar donde trabajás pertenece a la Academia de Craig. La Academia sigue en pie, y la dueña de casa me autorizó a que use todo lo que está en la casa para encontrar al asesino.

—Además estás vestido igual que yo...

—No lo había notado. No presto atención a la ropa. —Me señaló la página de *La Tribuna*—. Vi con cuánta sorpresa mirabas el poema. Es evidente que se te había pasado por alto, y ahí está todo. —Su mano tomó la hoja del periódico y me lo tendió—. Llévalo, lo conozco de memoria. Mis anotaciones te pueden ayudar.

—No creo que el poema tenga ninguna relación con el caso —le dije. Pero después de un instante de vacilación me guardé el poema en el bolsillo y busqué las escaleras.

—Me gusta ayudarte —dijo Troy a mis espaldas—. Eso va a dar un mayor valor a mi victoria ante los ojos de la señora Craig.

Yo reservaba los domingos para visitar a mi familia. Tenía toda la semana para templar mi ánimo y prepararme para escuchar las preocupaciones de mi madre por mi trabajo, las quejas de mi padre por lo mal que andaba el negocio, aunque anduviera bien, las burlas de mi hermano, que me reclamaba en la fábrica de zapatos:

—Ganarías el doble y trabajarías la mitad.

En *La Clave del Crimen* nunca aparecían las madres de los detectives, las esposas, los hijos, las tías: ellos estaban siempre solos, buscando resolver el enigma. La aparición de una madre posesiva, las travesuras de un hijo, una discusión de sobremesa, una esposa que se queja del dinero que entra a la casa: cualquier asomo de la vida cotidiana habría bastado para aniquilar el aura intelectual de los detectives. Si tal cosa hubiera ocurrido el buen Valadés se habría quedado sin lectores. Desde niño, las lecturas me habían formado, y en las páginas de *La Clave del Crimen* había encontrado modelos para enfrentarme a la burocracia policial, para interrogar de modo sutil, para buscar huellas en lugares recónditos. Pero en las historias de detectives no había ningún modelo para enfrentar a la familia. Ahí uno estaba solo.

El encuentro con Juan Troy me había dejado perplejo y abatido y mi madre lo notó de inmediato.

—Estás flaco, no comés bien. Tenés que venir a casa más seguido.

En la mesa había una jarra con vino carlón y una fuente con carne a la cacerola. Mi hermano vio que algo sobresalía del bolsillo de mi abrigo, colgado del perchero y lo sacó.

—¡Un poema! ¡Ahora además se dedica a la poesía!

Mi padre se puso de pie, alarmado.

—Tranquilo, padre. No, no me dedico a la poesía. —Mi padre, aliviado, volvió a su asiento, en la cabecera de la mesa—. El que escribió ese largo poema me encargó la investigación de un crimen.

Saqué el poema de la mano de mi hermano y él me tiró un *uppercut* que pude esquivar. Empezamos a pelear, como cuando éramos niños.

—¡Basta! —gritó mi padre, golpeando la mesa—. En el almuerzo nadie pelea.

Acalorados, nos sentamos, uno enfrente del otro. Mi hermano siempre estaba celoso de que mi madre se preocupara por mí.

—¿Y por qué llevás el poema en el bolsillo? —preguntó.

—Creo que hay una clave escondida entre los versos.

—¿Y cómo sabés eso?

Conté la historia de Juan Troy.

Mi hermano intervino:

—Yo recuerdo a un muchacho que se te parecía, y que insistió mucho en comprar los zapatos más caros que tenemos. Los charolados, con el arabesco en la puntera.

Me serví un poco de salsa sobre la carne con el gran cucharón de plata:

—En un principio creí que fue la muerte de Craig lo que decidió al asesino a matar a Ranier. Muerto Craig, ya nadie podría descubrirlo.

—Vos podés hacerlo mejor que ese Craig, que siempre me pareció un poco petulante... —dijo mi madre.

—Ahora pienso algo muy distinto. El asesino nunca pensó en Craig. Fue este poema lo que lo impulsó a actuar.

—Aunque el poema sea malo, matar al poeta es una exageración... —dijo mi hermano.

—Nadie mató al poeta. Pero apenas el asesino leyó *La Atlántida* fue a casa del anticuario Ranier, lo golpeó con una estatuilla de mármol y lo arrojó al estanque.

—En la mesa no se habla de crímenes —dijo mi madre.

—¿De qué puedo hablar, madre, si no es de crímenes? Me dedico a eso.

—De los vestidos de la señora Craig, por ejemplo.

—No me fijé en los vestidos. Pero tiene muchos zapatos. Si fabricara zapatos de mujer, padre, ella sería su principal cliente.

—No me doy maña con los zapatos de mujer.

—Por suerte —dijo mi madre—. Ya bastante zalamero es con las madres que van en busca de zapatos para sus hijos. Si además estuviera todo el día manoseando los pies de las mujeres, no sé en qué terminaría esto.

Mi padre hizo sonar el tenedor contra el plato ya vacío.

—Ahora que lo pienso voy a aprender a hacer zapatos de mujer. Dicen mis colegas que son mucho más sencillos que los de hombre, aunque las clientas sean más complicadas.

Mi madre gruñó y fue a buscar el postre. Había preparado arroz con leche, con cáscara de naranja, canela y chauchas de vainilla. Después del segundo vaso de vino mi padre ya se dormía en la mesa, así que se fue a la cama. La siesta era algo sagrado. Mi hermano quiso que le leyera el poema.

—¿Para qué? No te gustan los libros, menos las poesías.

—Estoy seguro de que puedo aconsejarte.

—Entonces escuchá con atención —le dije antes de empezar a leer:

LA ATLÁNTIDA

Por JERÓNIMO SEGUÍ

*Ninguna Atlántida existe hasta el segundo*

*En que el hechizo de una voz la nombra.*

*Deja el sueño para hacerse mundo*

*Abandona el dominio de la sombra.*

*La princesa dibujó la arquitectura*

*De la bóveda real. El catafalco*

*Del dios desconocido. El agua pura*

*Los muros de mármol y oricalco.*

*Antorchas que son antiguos reyes*

*Momias que arden con la verde llama*

*Bronces labrados con remotas leyes*

*Que ordenan matar lo que se ama  
Tapices de oro, alfombras que se alargan  
Hasta tejerse con la hierba misma  
Esclavos que en su espalda cargan  
Negros Espejos donde la luz se abisma.  
Bravos guerreros —sigue la voz loca—  
Con armaduras de huesos de tritones.  
Esmerilados en cristal de roca  
Se repiten helados Poseidones.  
Estatuas de pulpos e hipocampos  
ornamentan la pétrea geografía.  
Los calculados jardines son los campos  
De batalla de la geometría.  
La princesa dictaba sus visiones  
En un delirio de tinta y de pureza  
Venían a nosotros en legiones  
Mínimos fragmentos de grandeza.  
Pero una noche fría la princesa  
Conoció la vara del ultraje  
De lento relámpago fue la presa  
Y la helada luna era su traje.  
No era la desnudez de las fatuas  
mujeres que del vicio hacen derroche:  
Era la desnudez de las estatuas  
Que solo se visten con la noche.  
Mas llegó el dueño del feroz palacio  
Y sin que nadie le dijera nada  
Supo todo, y acarició el lacio  
Cabello de la hija en la almohada.  
Y dijo para sí «Ya que cultivas  
Raras rosas que viven en el frío  
¿Por qué a esas flores no destinas  
Alimento menos tenue que el rocío?»  
Nosotros, los caballeros de la rosa  
Viajeros en los jardines de la vida  
Aprendimos esa cosa misteriosa  
El leve arte de la despedida.  
Los signos hechos de plata los guardamos  
Las rosas entre sí entrelazadas  
Y silenciosamente nos marchamos  
Por las floridas sendas embarradas*

*Todos vimos las Atlántidas hundirse  
En el mar, en el fuego, en el espanto.  
Yo vi la mía naufragar e irse  
En los delicados océanos del llanto.*

Después de leer el último verso levanté la vista. Mi hermano se había dormido en el sillón.

El lunes al mediodía fui a hacerle una visita a Seguí. Vivía en la calle Cuyo, en una casa baja, junto a un almacén donde se jugaba a las cartas y al dominó. Justo antes de que golpeará a su puerta salió una mujer que me embistió. En lugar de disculparse dijo, como si continuáramos una vieja conversación:

—Y el muy infeliz me pide que me quede. No sé para qué, si siempre está borracho.

No se había ajustado los zapatos y tropezó con algún adoquín. Intenté ayudarla, pero rechazó mi brazo y se alejó furiosa con un zapato puesto y otro en la mano.

Como la mujer había dejado la puerta abierta, entré. La sala tenía las ventanas corridas y al principio, acostumbrado a la luz del día, no distinguía nada en la oscuridad. Después de unos segundos las vitrinas, el escritorio, los estantes de la biblioteca y los pisos empezaron a poblarse de libros, adornos estrafalarios, animales embalsamados, ropa tirada. Una corbata colgaba de la lámpara del techo. Distinguí, posados en las repisas, un cuervo sobre una pesada base de madera, un águila sin base, con las alas clavadas a la pared, y un diminuto yacaré. Los libros se apilaban en el suelo en columnas endeblés. En un rincón yacía un polvoriento piano de estudio. Un florero de porcelana dejaba caer pétalos de jazmín sobre el piano. Libros y papeles cubrían una mesa, y un tintero volcado había dibujado una línea negra y zigzagueante. Nada parecía estar en su lugar, ni limpio, ni del todo entero.

Desde la sala se veía, en un cuarto vecino, una cama deshecha, y en ella alguien tapado hasta la cabeza. Corrí las cortinas del comedor. La luz llegó, tímida, hasta el dormitorio. Seguí se descubrió la cara y me miró entrecerrando los ojos.

—¿Es usted, Salvatrio?

—Soy yo.

—Perdone mi estado. Yo soy un hijo de la noche. La mañana me trastorna.

—No es la mañana, Seguí. Ya pasó el mediodía.

Se sentó en la cama. Se vistió con una bata azul con dibujos e ideogramas japoneses.

—Recién me crucé con su amiga.

—Mi amiga... —se quedó unos segundos tratando de averiguar de qué le hablaba. Al final se acordó—. Ah, esa loca... ¿Qué esperan de uno las mujeres, Salvatrio? Ése es un misterio que ningún detective podrá descubrir. Siempre tienen alguna exigencia secreta. La que acaba de salir se quería casar. ¡Casar! ¡Vestido de novia, cura, acepta usted por esposa y todo eso! ¿Acaso no le dije desde la primera vez que se cruzaron nuestros ojos que yo era un poeta?

—De eso justamente le quería hablar, Seguí.

Arrastrando los pies, el poeta entró en la sala y se dejó caer en uno de los sillones. Vio que tenía el poema en la mano.

—Creo que no viene a preguntarme por el sentido de mis metáforas.

—*La Atlántida* —dije, por toda pregunta.

—Nunca tendría que haber escrito ese poema. Pero el arte llama a mi puerta.

Golpeó con los nudillos contra el piano.

—Y usted le abrió.

—Pensé que era tan oscuro que nadie lo iba a entender. Hubiera querido un poema tan cerrado como *El desdichado* de Nerval. Todos los intérpretes que se internaron en su oscuridad salieron derrotados. Nerval siempre fue mi modelo. ¿Ve este cuervo? —Acarició la cabeza del cuervo embalsamado, posado sobre una base de madera lustrada—. Estaba en la vidriera de una vieja casa de tintas de París, en la Calle de la vieja linterna, que más que calle es un callejón sin salida. Lo compré porque ahí se suicidó Nerval. Se colgó de un farol. Nerval se asomaba a esa calle y veía a este cuervo, que entonces estaba vivo. A Nerval le encantaban las aves que a otros repugnan: cuervos y loros.

—Por lo que veo aquí, a usted le gustan los pájaros embalsamados. —Señalé el águila en la pared, con las alas desplegadas—. ¿La compró donde se suicidó algún otro?

—No se burle, Salvatrio. Ese águila la encontré durante un viaje a Mendoza y la hice embalsamar por un experto en trofeos de caza. Yo creo que las cosas viejas, incongruentes, los adefesios, todas las cosas que hieren nuestra búsqueda de armonía y equilibrio, actúan como pararrayos que nos transmiten la energía secreta del universo. Si esto estuviera vacío, limpio, aséptico, no podría escribir.

—Entonces por el momento su inspiración no corre peligro.

Me mostró una versión a mano de *La Atlántida*. El manuscrito abundaba en correcciones y tachaduras.

—Esperaba que nadie comprendiera. Pero no fue así. Ésa es la maldición de los poetas hoy: terminamos por ser comprendidos por la gleba.

—¿Quiere decir que también el asesino lo comprendió?

—Por supuesto.

—Si quiere que avance en la investigación creo que es hora de que me diga qué pasó en realidad con esas reuniones sobre jardines...

—El Club Sub Rosa.

—¿Sub Rosa?

—Así decidimos ponerle. Sub Rosa. En la tradición esotérica, la rosa es símbolo del silencio.

—Ninguno de ustedes parece demasiado silencioso. ¿No se la pasaban charlando?

—El silencio esotérico no consiste en estar callado. Consiste en decir todo, menos lo esencial.

—¿Y qué era lo que debían callar?

—No teníamos grandes secretos, pero decidimos llamarlo así, porque además la rosa es el símbolo del jardín primigenio en la tradición hermética.

—¿El jardín primigenio?



—El jardín anterior a la caída. El paraíso. El mismo Rank, el neurópata, mandó a hacer unos distintivos de plata, aunque no llegamos a usarlos.

—¿Por qué no?

—Antes de que tuviéramos oportunidad, vino la tormenta.

—¿Lo dice en sentido metafórico?

—En sentido literal. Fue una noche de tormenta cuando todo se torció. Una tormenta de Santa Rosa.

—Eso significa que el club Sub Rosa se disolvió a fines de agosto o principios de septiembre.

—Ese año la tormenta cayó justo el día de Santa Rosa, el 30 de agosto.

—Y estaban reunidos en la casa de Dux Olaya.

—Sí, como siempre. Él era un anfitrión generoso, en sus ágapes no faltaba el vino, los sabrosos embutidos de jabalí y de ciervo, las aceitunas mendocinas, las yemas de huevo confitadas, los alfajores de dulce de leche, el jerez español. Conversábamos hasta la madrugada. Fueron los tiempos más felices de mi vida.

—Empecemos con los actores del drama. Tengo entendido que eran cinco: el dueño de casa, el doctor Rank, el cazador Clemm, usted, el finado Ranier...

—A veces estaba presente el contador de la firma, Manuel Diácono. Su presencia nunca era un hecho memorable. No hablaba sino para aprobar lo que Dux Olaya decía. Y un día Dux trajo a su hija. Y ella empezó a hablar de los jardines de la Atlántida.

—Sé que la muchacha tiene algún problema mental.

—En ese entonces era una iluminada. No podía hacer las cosas comunes de la gente, hablaba en poesía. ¿Vio que hay gente que no puede decir «abrimela puerta», o «la sopa está fría»? Son personas que hablan un lenguaje trascendente, donde todo es símbolo. Así era ella. Soñaba despierta con la Atlántida. Era la muchacha más hermosa que hubiera visto en mi vida, como si conservara una inocencia que en otras mujeres se va perdiendo a medida que conocen los implacables mecanismos de la vida y descubren esa astucia femenina que termina por arruinarlas. Sus visiones eran detalladas, describía la arquitectura, los animales, las criaturas del mar que nadaban en estanques de piedra negra, las reglas, los castigos, las lentas conversaciones que las damas mantenían en las terrazas a la caída del sol.

—¿Y ustedes escuchaban esos desvaríos?

—Era poesía conversada. Dux Olaya estaba muy interesado en que escucháramos a su hija. Para ese entonces la idea de hacer algo real con los jardines se había perdido. Dux había armado una modesta conjura contra Thays. Quería organizar él mismo los grandes parques de Buenos Aires, y de la República entera. Pero sus viejos amigos de la política ya habían descubierto que su poder no era el mismo y le habían dado la espalda. Derrotado, Dux se abandonó a los delirios de su hija. Llegó a convencerse de que había una verdad oculta en esas enumeraciones. También Rank estaba entusiasmado. Y yo. Para Ranier y para Clemm, en cambio, todo eso no era

más que aburrimiento y delirio. Ranier me dijo una tarde: Nada nos aburre tanto como un sueño ajeno.

—¿Y por qué se quedaban?

—¿Por qué? Cada uno tenía sus razones. A mí los delirios me servían de inspiración, pero además le pedía prestado a Dux, lo confieso, algunos pequeños estipendios en nombre de la poesía. Dux Olaya respondía con generosidad a mis reclamos.

—¿Clemm también pedía prestado?

—No, él tiene su propia fortuna. Pero acostumbraba a irse de caza en los cotos de Dux Olaya, que abundaban en venados y jabalíes. De vez en cuando cazaban juntos. A Dux Olaya le gustaba que le contara sus hazañas de juventud, cuando cazaba indios. Los estancieros le pagaban por cada par de orejas. Clemm se jactaba del número de indios que había matado con su Winchester.

—¿Y Ranier?

—No transcurría un mes sin que Ranier lograra venderle alguna de sus antigüedades. Y no puedo decir que le hiciera precio de amigo. Le contaba cada historia de las piezas... artistas ciegos tallando al tacto, ataques piratas, largos siglos en el fondo del mar. Todo esto mientras agitaba su cabellera dorada.

—Y el doctor Rank...

—Era una especie de médico de la familia, y quería hacer un trabajo sobre la muchacha. Él cobraba además un sueldo fijo como médico. Como ve, todos sacábamos algún provecho de nuestras noches con Dux Olaya.

Le sacó el corcho a una botella de vino. Me la tendió, pero la rechacé. Bebió un trago del pico.

—Pero los días de felicidad se terminaron. Irene un día sufrió una crisis. Ocurrió durante una tormenta: Dux Olaya estaba de viaje, para solucionar no sé qué problema en unas salinas de San Luis. La tormenta nos había aislado en la casa y decidimos quedarnos a dormir. Hacia las tres de la mañana escuchamos los gritos y todos salimos de los dormitorios. En el comedor ya se apagaban los últimos rescoldos. Desde la ventana vimos a Irene, desnuda y aterida, blanca como una aparición. Corría sin rumbo por el laberinto de la lluvia. Tenía las manos y los muslos ensangrentados. Gritaba. Salimos en su persecución. Debíamos presentar un aspecto terrible: cuatro hombres persiguiendo a una muchacha desnuda en medio de la tormenta, como si fuéramos cazadores. La atrapamos cuando quería trepar las rejas de la casa. Clemm fue el primero en alcanzarla, la levantó en brazos y la llevó a la casa, mientras ella se agitaba como una poseída. Yo corrí a buscar una frazada para cubrirla. Cuando el contador la vio en ese estado se puso pálido y casi se desmaya. El especialista que la atendió al día siguiente confirmó que había sido ultrajada.

—¿Por quién?

—Se negó a hablar. Ahí comenzó su silencio, que dura todavía. Pero al amanecer ella dibujó las rosas. Dux Olaya comprendió: su hija se refería al caballero, un

correntino, de nombre Ojeda, que con la excusa de traerle rosas siempre andaba espiándola, asomándose a las ventanas.

—¿La policía lo detuvo?

—Dux Olaya no quiso saber nada de denuncias o de escándalos. Cuando fueron a buscarlo a su habitación, Ojeda no estaba. Se había marchado esa misma noche.

—Su poema dice otra cosa.

Leí en voz alta:

*Y dijo para sí «Ya que cultivas  
Raras rosas que viven en el frío  
¿Por qué a esas flores no destinás  
Alimento menos tenue que el rocío?»*

—Usted dice muy claramente que Dux lo mató o lo hizo matar, que lo enterró bajo las rosas.

—Ésas son sus conjeturas.

—¿No son las suyas también?

—Un buen poema se distingue por la posibilidad de las diversas interpretaciones.

—Vamos, Seguí. Si usted, que me contrata, no me dice la verdad, qué puedo esperar de los otros testigos.

Se resignó:

—Me fui a dormir cuando ya salía el sol. Desperté al mediodía. La tormenta había aniquilado las rosas y la tierra estaba revuelta. Es todo lo que puedo decirle. En mis poesías me dejo guiar por mi daimon, que sabe más que yo. Me fui, junto con los otros, y nunca volví a la casa de Dux Olaya.

—¿Qué pasó con la señorita Irene?

—Una semana después me encontré en un casamiento con el doctor Rank y le pregunté por Irene. Me dijo que ya no era la misma. Que no había vuelto a hablar de sus visiones. Que solo dibujaba. Su locura, que era pura imaginación y alegría, se convirtió en aislamiento y silencio.

Doblé el poema en cuatro. Juan Troy había tenido razón al fijar su atención en *La Atlántida*.

—Ése es todo el secreto de mi poema. El resto son metáforas y enumeraciones.

—¿Y no ha escrito nada más?

—No. Desde ese día no volví a escribir. Todo lo que tenía para decir está allí.

Volví caminando de la casa de Seguí, y en el camino me sorprendió una de esas lluvias de primavera, torrenciales y breves. Apenas entré en la casa me encontré con la señora Craig. Iba a darle una excusa porque todavía no me había puesto a buscar el botón desaparecido, pero no llegué a decir nada, porque señaló con reprobación:

—Mire esa mesita.

Era uno de esos muebles que adornan con su inutilidad las grandes casas señoriales. Ese día, de pronto, la mesita había encontrado su misión en el mundo: soportaba un montón de revistas atadas con cordel amarillo.

—Valadés dejó para usted estos ejemplares de *La Clave del Crimen*. Maldita revista. Logré que Renato tirara los viejos números, pero con usted vuelven. Con usted, todo vuelve.

Llevé las revistas hasta el escritorio. Había creído que podían servirme, pero ahora que veía el papel amarillento, desconfié de su utilidad. Fui a la cocina y volví con una taza de mate cocido y me enfrenté a los viejos papeles.

Había un caso de Caleb Lawson, el detective inglés. Valadés ya me lo había contado: transcurría en una mansión de Sussex, en un jardín-laberinto con un colmenar en el centro. Otra de las revistas contaba que Magrelli, el detective de Roma, había encontrado un cadáver en uno de esos jardines venecianos, que están casi escondidos bajo las fachadas de los *palazzi*. Yo no soportaba al fanfarrón de Magrelli. El asesino era un ingeniero que aseguraba no haber pisado el jardín donde se había encontrado el cadáver, pero el Ojo de Roma descubría en uno de sus bolsillos una hoja de una rarísima planta que sólo crecía en ese jardín.

Por último, me concentré en un caso de Sakawa, escrito por la pluma de su asistente. Me permito transcribirlo, porque luego tuvo cierta influencia sobre los acontecimientos:

*El caso de las flores de cerezo*

Hace cinco años, al entrar en la pequeña sala donde Sakawa se retira para pensar y practicar caligrafía, lo encontré muy serio frente a una carta que acababa de recibir. Pregunté si eran malas noticias.

—Ni buenas ni malas.

Entonces mi maestro me pidió que lo acompañara a visitar a un antiguo condiscípulo suyo, el señor Otomi, que vivía en una pequeña ciudad del sur.

—Hace muchos años que no lo veo. Una vez, cuando éramos muchachos, cometí la imprudencia de ir a nadar a un río correntoso. El agua me arrastró hasta que pude aferrarme a una piedra. Pero apenas sacaba la cabeza a la superficie volvía a hundirme. Me costaba mucho mantener mis manos sobre el limo de la piedra. Estaba a punto de ahogarme cuando Otomi se dio cuenta de mi situación. Se arrojó de un puente y me salvó la vida. Apenas recuperé el aire, le dije que si necesitaba algo, aunque pasaran los años, me lo pidiera. Hoy, más de cuarenta años después, Otomi me pide que le devuelva aquel favor.

—¿Y de qué favor se trata?

—De entregar un mensaje.

—Usted es detective, no mensajero.

—Le debo ese favor. Además tal vez sea hora de cambiar de oficio —se rio mi maestro.

Dos días después tomamos el tren de las siete de la mañana. Durante buena parte del viaje el señor Sakawa

durmió, pero media hora antes de llegar la bocina de la locomotora lo despertó. Entonces me contó la historia de su amigo:

—Nos conocimos en los tiempos de la escuela. Otomi dibujaba muy bien, su caligrafía era alabada por nuestros maestros y quiso hacer carrera como pintor en Osaka, pero no le fue bien y volvió a su ciudad natal, donde su padre tenía plantaciones de árboles y un aserradero. Allí se casó y tuvo tres hijos. La familia Otomi sufrió el año pasado una desgracia: perdió a una de sus dos hijas mujeres.

—¿De qué murió?

—Siempre fue una muchacha enfermiza, que sufría de los pulmones. Era importante que huyera del frío. Pero la muchacha, en pleno invierno, se veía con alguien, nunca se supo con quién. Y a causa de estas salidas nocturnas, su estado empeoró. Cuando llamaron al médico ya era tarde.

El relato de Sakawa me transmitió una indecible melancolía: siempre ocurre así cuando oímos hablar de una flor cortada antes de tiempo. ¿Cómo no imaginar bella a una muchacha muerta? ¿Cómo no obligar a nuestra imaginación a que rinda ese último tributo? No siempre podemos corregir lo que nos rodea, pero lo perdido, lo ausente, podemos perfeccionarlo con toda libertad.

En el andén preguntamos al jefe de estación por la familia Otomi.

—¿La casa del fantasma de las flores de cerezo? Deben seguir derecho y cruzar el arroyo. Reconocerán la finca por las linternas de piedra.

Perplejos por la mención al fantasma, cumplimos las instrucciones del hombre y llegamos a una magnífica casa. Más allá del cerco se veía un cuidado jardín, que abundaba en arbustos y en piedras cuidadosamente dispuestas.

—¿Son policías? —preguntó la mucama, con respeto y algo de temor.

Mi maestro le respondió que éramos amigos de la casa y la mucama sonrió, con evidente alivio. Pronto llegó la señora Otomi. Sin duda estaba avisada de nuestra venida, porque su atavío era impecable.

—Tantas veces me ha hablado mi marido de usted que me parece conocerlo desde siempre. Más pasa el tiempo, más se recuerdan los episodios de la juventud.

Como conozco bien el exagerado respeto que suele mostrar mi maestro, y no quería que la curiosidad me mortificara, me adelanté a preguntar:

—Señora Otomi, ¿ha habido algún problema? La mucama preguntó si éramos policías. Tal vez nuestra visita sea inoportuna.

Creí advertir que la señora Otomi se sonrojaba.

—Al contrario, ver a su viejo amigo le dará a mi esposo fuerzas para enfrentar estos días. La policía ha estado visitando nuestra casa, pero el asunto se ha aclarado y el caso está felizmente cerrado. Pero no puedo ocultarle que hemos tenido días difíciles.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mi maestro.

—Hace exactamente diez días un ruido nos despertó en mitad de la noche. Alarmado, mi esposo se levantó y tomó un viejo fusil. Encontró en el jardín a un intruso que lo atacó con una pala. Mi esposo disparó. El disparo atravesó la garganta del intruso.

La señora Otomi se llevó involuntariamente la mano al cuello.

—¿Era un desconocido? —pregunté.

—Por desgracia no. Era un joven que vivía aquí cerca. Murió de inmediato.

—Pero no hablemos de cosas tristes —dijo de pronto una voz grave. Era el señor Otomi, que entraba a la sala con una gran sonrisa. Fue un placer ver con qué alegría se saludaron los viejos amigos.

A pesar de las difíciles circunstancias que vivía la familia, la cena fue un verdadero festín. La señora Otomi nos había reservado una serie de manjares.

—Me sorprende que, a pesar de las dificultades que han vivido, su esposa nos agasaje con estas maravillas —me atreví a decir.

—Hemos vivido momentos difíciles, es cierto. Más razón para valorar los buenos momentos, tan raros de encontrar.

—Si me permiten, tengo una pregunta para hacer —dijo Sakawa—. Cuando preguntamos en la estación de ferrocarril por esta casa, el jefe de estación dijo: «Ah sí, es la casa del fantasma de las flores de cerezo».

El señor y la señora Otomi se miraron con algo de zozobra. Consideré que mi maestro se había equivocado al traer ese tema a la mesa.

La señora Otomi se levantó y volvió de inmediato con un cuenco lleno de flores de cerezo. Tomó la palabra:

—Luego de la muerte de mi hija, su habitación apareció cubierta con estas flores.

—Debe haber un cerezo cerca.

—Tenemos un cerezo, pero está en el centro del jardín, bien lejos de la habitación —dijo el señor Otomi

—. No podemos explicar cómo llegan las flores hasta allí.

—¿Todos los días?

—De vez en cuando.

Su esposa intervino:

—Mi marido cometió el error de comentar en la taberna este extraño fenómeno.

—Había tomado algún trago de sake de más —se defendió el señor Otomi.

Su esposa lo miró con reprobación y agregó:

—Al día siguiente ya todos hablaban del fantasma de las flores de cerezo. Y es probable que el infortunado muchacho no haya entrado para robar, sino tal vez para aclarar el misterio.

Se había hecho muy tarde y el señor Otomi, poniendo como pretexto un dolor de espalda y algún vaso de más, se fue a dormir. Íbamos a seguirlo, pero insistió en que nos quedáramos conversando con su esposa. Antes de que se fuera, Sakawa se puso muy serio y le preguntó:

—¿Sigue pensando que debo entregar un mensaje?

Por toda respuesta Otomi inclinó la cabeza.

—Eso era lo que me temía —respondió Sakawa.

Apenas Otomi se hubo marchado, su esposa comentó:

—Tengo la impresión de que usted y mi marido tienen algún secreto.

—Señora, vine porque mi viejo amigo me envió una carta donde decía que había que transmitir un importante mensaje. Recién ahora me doy cuenta de qué mensaje se trata.

—¿Y para quién es el mensaje?

—Para usted. Su marido no puede hablar y me ha elegido a mí.

—Si ha traído a alguien de tan lejos, debe ser un mensaje importante. Lo escucho.

—Su hija murió a causa de sus salidas nocturnas. No es extraño que su esposo haya acusado a un invisible pretendiente por su muerte.

—Nunca supimos quién fue. Ella no dejó su nombre escrito en ninguna parte.

—Pero su marido encontró el modo de averiguarlo. Esparció flores de cerezo en la habitación de su hija. Inventó ese cuento de fantasmas y luego difundió la historia. En los pueblos estos cuentos corren rápido. El rumor llegó a oídos del enamorado de su hija.

La señora Otomi cerró los ojos un instante.

—Podemos imaginar que su hija había fantaseado con escaparse con él. Para eso, necesitaban dinero. De haberlo conseguido, lo hubiera escondido donde se esconden los tesoros, bajo tierra. Al oír la historia de las flores el crédulo y codicioso muchacho habrá creído que su hija le enviaba desde el más allá un mensaje. Debía cavar junto al cerezo para encontrar esas monedas.

—Ahí fue donde mi esposo sorprendió al intruso.

—Su esposo lo estaba esperando. A través de las flores, su esposo descubrió al culpable y lo ejecutó, todo a la vez.

—Pero no se animó a decírmelo. ¿Cómo puede alguien animarse a disparar, y no a hablar?

—Para disparar, cualquier bala sirve, cualquier arma sirve. Para hablar, uno se cansa de buscar las palabras adecuadas, y ninguna parece servir.

—¿Y qué hará usted? ¿Avisará a la policía?

—Tomaremos el tren de la mañana. Nuestro trabajo aquí se ha terminado. El mensaje ha sido dado. Dígale a su marido que espero que considere cancelada la deuda que adquirí en aquel río, en nuestra lejana juventud.

Al día siguiente por la mañana la mucama nos abrió la puerta y partimos sin ver a los Otomi. Sakawa no dijo una palabra en todo el viaje. Viajaba con los ojos perdidos en el paisaje y el puño derecho cerrado. Al final el sueño lo venció y su mano se abrió lentamente. Descubrí en ella una flor de cerezo.

¿Podía ayudarme el caso de Sakawa en mi investigación? No me parecía posible. Aquél era un mundo como de fábula, resumido y cercado, como los jardines japoneses. Mi caso acumulaba pista sobre pista, detalle sobre detalle y no había cerca que lo contuviera.

Ya había caído la noche. Oí golpes en la puerta y durante un segundo de turbación no supe si los golpes habían sonado en la puerta del tren de Sakawa o en la puerta de la casa. Salí a abrir.

—Fue un error venir —me dijo Greta a modo de saludo.

La tomé de la mano y la arrastré hacia adentro. Al tocar sus dedos sentí la mano fría, y apreté sin querer. Ella se soltó la mano y se la frotó.

—¿La señora Craig te permite recibir visitas femeninas?

—Ella no se preocupa por mis asuntos.

—Seguro que no. Seguro que no conoce la curiosidad.

—Además a esta hora duermes. ¿Hoy saliste temprano del teatro?

—Hoy no hubo función. De vez en cuando la compañía descansa.

—¿No extrañas los crímenes auténticos? ¿La época donde todo era de verdad?

—No recuerdo un tiempo en que todo fuera de verdad.

Le mostré la oficina, y el bastón con cabeza de león que había pertenecido a Craig. Le mostré el escritorio donde el detective había puesto en marcha, a través de infinidad de cartas, Los Doce Detectives. Le mostré el laboratorio subterráneo, con sus libros, lupas, catalejos, alambiques y microscopios envueltos en telarañas. Yo, que nada poseía, iba mostrando mis posesiones, y cuanto más mostraba más sentía que era un museo polvoriento, que todo estaba lejos de la vida. Era como si yo también viera las cosas por primera vez, como si descubriera que lo que había tomado por objetos mágicos eran cosas comunes y gastadas.

La besé de improviso, pero no fue de improviso para ella, que sabía lo que viene una vez que un hombre se queda sin palabras. Todas las cosas que habían ocupado mi mente los últimos días se desvanecieron. La desvestí con prisa, como si hoteles, teatros y transatlánticos fueran a arrebatármela.

\* \* \*

Nos quedamos dormidos, ya sin frío, con ese calor del amor, que se prolonga, como un abrigo invisible, hasta la madrugada. Me desperté en mitad de la noche con la sensación de que alguien nos estaba mirando. Salté de la cama y fui hasta el umbral, pero no había nadie. Oí leves pasos escaleras arriba.

Juan Troy nos había visto. Juan Troy nos había espiado. Quería matar a Juan Troy.

Desde la cama, ella preguntó qué pasaba. Lo preguntó tres veces: primero en holandés, el idioma en el que soñaba, después en francés y al final en español.

—Nada —dije.

—¿Una pesadilla?

—Una pesadilla.

—Entonces soñamos la misma pesadilla, porque oí con claridad los pasos.

—No era una pesadilla —acepté—. Era un fantasma.

—¿Un fantasma? —preguntó, pero ya volvía a dormirse.

—De los tiempos de la Academia Craig.



## TERCERA PARTE

### Los jardines de la Atlántida

¡Qué espectáculo horroroso es ver un jardín devastado!

FREDERIC EDEN,  
*Un jardín en Venecia*, 1903

# 1

Cuando desperté, ella no estaba. Me quedé unos segundos mirando el hueco de su cabeza en la almohada de pluma.

Me puse enseguida a trabajar. El taquígrafo Solanet ya tenía que estar de vuelta de su viaje a Córdoba. Fui a verlo a la pensión donde vivía. Me anuncié en la puerta y al rato bajó. Era un hombre pálido, calvo, nariz prominente y aspecto enfermizo. Vestía un traje negro, pero estaba en alpargatas. Las manos de grandes dedos parecían nerviosas, como si les costara quedarse sin anotar. Los dedos estaban manchados de tinta. Tosió con una tos cavernosa.

—¿De qué juzgado dijo que era?

—No soy de ningún juzgado. Soy detective.

Hizo una sonrisa desdeñosa.

—Hay un solo detective en esta ciudad, y está muerto.

—Tengo a mi cargo la agencia que antes era de Craig.

—Craig me conseguía trabajos. Hacía que me aceptaran a pesar de mi enfermedad. —No alcancé a preguntarle de qué enfermedad se trataba—. Él sabía que los taquígrafos más veloces somos tísicos. La respiración entrecortada nos prepara para este oficio. Respiramos más rápido, escribimos más rápido.

—Quiero que me hable de la última noche que pasó en la casa de Dux Olaya.

—¿Usted está investigando la muerte de Isidoro Ranier?

—Sí.

—¿Y cree que el crimen está relacionado con lo de aquella noche?

—Es una posibilidad.

—¿Qué me dará a cambio de que me juegue la vida?

—Nadie sabrá que usted habló conmigo.

—El silencio es pago escaso.

Saqué unos pocos billetes de mis bolsillos. Los guardó con avidez.

—Caminemos. Es linda hora para caminar. Los taquígrafos debemos hacer un poco de ejercicio, si no nos endurecemos de tanto estar sentados.

Empezamos a dar lentamente ese paseo que es metáfora de la vida entera: la vuelta manzana.

—Mi trabajo consistía en tomar nota de sus conversaciones. Divagaban sobre los jardines. Habré ido unas diez veces. Con el paso del tiempo fueron hablando cada vez menos de los jardines y más de la Atlántida.

—¿La hija de Dux Olaya estaba presente?

—Sólo unas tres veces. La chica parecía en trance. Hablaba sin parar. A veces respondía preguntas que nadie le había hecho, como si pudiera oír a un ser invisible. «Sí, claro, es como usted dice, los sacerdotes del templo de Poseidón escriben con una tinta hecha con algas secas y molidas.» Los otros la escuchaban mudos, sin hacer preguntas. Clemm bostezaba, Ranier se dormía, pero Seguí y el doctor Rank la

miraban fascinados.

—¿Decía cosas con sentido?

—Al participar de esas reuniones, perdí la capacidad de distinguir entre las cosas que tienen sentido y las que no. Ella hablaba de los jardines de la Atlántida, que respetaban la geometría y que tenían símbolos de mármol y oro escondidos entre las plantas. Hablaba de la forma alargada de la isla, y de su ciudad capital, protegida por sucesivos círculos de agua. Hablaba de la fauna, con sus pulpos y serpientes marinas en estanques de piedra negra.

Sin darme cuenta había acelerado al paso. Lo reduje a la quietud, para que Solanet recuperara el aire.

—Gobernaba la Atlántida una monarquía hereditaria, que dejaba al primogénito como filósofo y consejero, y al segundo como rey. La señorita Dux Olaya se ponía exultante cuando describía las ciencias que se enseñaban en la Atlántida: Dominios de Poseidón, Geografía de los lugares lejanos, Botánica sub lunar, Mnemotécnica de los sueños, Aritmética del 5. También hablaba de los castigos y las penas...

—¿Qué castigos?

—Para castigar crímenes graves se ponían en escena las historias de los dioses, como si el acusado fuera un actor encargado de interpretar una vieja fábula. A un asesino de muchachas se lo condenaba a morir de hambre y sed en un laberinto, por comparación de su crimen con los del minotauro. A otro reo, acusado de impiedad hacia los dioses, se lo cegaba, como al adivino Tiresias. A un marino que había navegado más allá de las aguas permitidas se lo metía dentro de una campana de bronce, para que sus oídos sucumbieran a una réplica del canto de las sirenas. A Irene Dux Olaya la deleitaban las escenas de crueldad y describía los suplicios con abundancia de detalles.

Nada de eso había quedado en los papeles que me había dado Manuel Diácono. La voz de Irene había sido cuidadosamente borrada.

—¿Y la última noche?

—Esa vez no estuvieron ni Dux Olaya ni su hija. Cuando los caballeros terminaron con su reunión no pude volver a casa porque llovía sin parar y los caminos estaban intransitables. Comí unas empanadas en la cocina, con la servidumbre, y el ama de llaves me llevó a un cuarto donde había un catre. Habré dormido una hora o dos cuando me despertaron unos gritos. Detrás de la puerta se oían voces y pasos apurados. Hubo un momento de silencio y me decidí a salir. Clemm entraba desde el jardín con Irene Dux Olaya en brazos, cubierta con una manta, el pelo chorreando sobre la alfombra. Habían encendido las lámparas. Estaba descalza, los pies sucios de barro. Parecía desmayada. La llevó hasta su habitación. El doctor Rank reclamó a los gritos que lo dejaran a solas con la muchacha. Clemm volvió solo a la sala. Yo estaba mudo en un rincón. Ranier, que parecía el más compuesto, se había puesto a fumar un cigarro. El poeta Seguí se había sentado con la cabeza entre las manos, abatido. Todos estaban empapados, se notaba que habían

estado buscándola en los jardines. Clemm, apenas reparó en mí, me echó.

—¿Lo echó de la sala?

—De la casa. Vino hacia mí y me dijo que me fuera. Le expliqué que estaba lloviendo, que era mejor esperar, pero él me aseguró que si no me iba en ese instante me cortarían las orejas, como acostumbraba hacer con los indios en sus tiempos de juventud. Partí bajo la lluvia, sin paraguas ni abrigo. Corrí por el parque y me guarecí en la glorieta. Ahí esperé a que la tormenta amainara.

—¿No vio salir a nadie?

—A nadie, pero vi llegar en un coche al señor Dux Olaya. En ese momento la tormenta amainó, como si él controlara los cielos.

—¿Usted le habló?

—No, aproveché que habían abierto la reja y me fui corriendo. Ya me había mojado. Acabé con fiebre y debí guardar cama varios días. Imagínese, en mi estado... es un milagro que haya sobrevivido a los peligros de esa noche.

—¿El gigante estaba en la casa?

—¿El de la oreja cortada? Llegó con Dux Olaya.

—¿Conoció a un caballero llamado Ojeda?

—No. Sólo al mayordomo de la casa, a su esposa y a algunos sirvientes. Nunca supe sus nombres.

—¿Alguien se volvió a comunicar con usted?

—Cuando pasaron las fiebres y me enfrenté a la correspondencia atrasada encontré una carta: que me quedara callado, que no necesitarían más mis servicios. Nadie firmaba la carta. Además, había dinero.

—¿Mucho?

—Para la discreta economía de un taquígrafo era mucho.

Me mostró los pocos billetes que yo le había pagado.

—Ya ve: se gana mejor con el silencio que con la palabra.

## 2

Al mediodía pasé por la casa Craig. Ángela había preparado un guiso de mondongo tremendamente picante.

—¿Ha visto qué calor hace hoy?

—Es el picante que le ha puesto a este guiso, Ángela. Irradia su calor sobre toda la ciudad.

—Le hablo en serio. Este tiempo no augura nada bueno.

—Caen unas gotas y se pasa.

—Lo que yo digo: el diluvio.

Ángela tenía siempre una opinión apocalíptica sobre el clima.

—¿Y la señora? ¿Hoy no come? —pregunté.

—Dijo que no se sentía bien. Estuvo toda la mañana con esas plantitas. Me dijo que una es carnívora. No sé si creerle, pero yo por las dudas no me acerco a las macetas.

—¿Recibió visitas?

—No, que yo sepa.

Dormí un rato la siesta y cuando desperté fui a buscar al doctor Rank al Manicomio de Mujeres. En la puerta una enfermera me advirtió que había salido, pero que podría encontrarlo a la noche en el Club del Progreso. Sentí un íntimo alivio, ya que me era penoso entrar en el manicomio. Las internas me conmovían y a la vez me daban miedo.

Caminé por el centro hasta que empezó a anochecer. Me gustaba el momento en que las luces empezaban a encenderse y desde la calle se veían las ventanas iluminadas. Una mujer preparaba la cena mientras cantaba una canción napolitana, un hombre pasaba betún a unos viejos zapatos, una pareja se gritaba en idisch, dos niños de cabeza rapada terminaban los deberes con manchas de tinta en los dedos. Era la hora en que el gran teatro de la ciudad se disolvía en pequeños retablos iluminados, y cada casa se cerraba sobre sí misma hasta que caía ese cansado telón, la oscuridad.

El Club del Progreso funcionaba en ese entonces en el Palacio Muñoa, en la esquina de Victoria y Perú. Esperé a Rank en la puerta, bajo el farol. Aunque estaba atento a su llegada me distraje un segundo a mirar unos sombreros en la vidriera de un negocio —uno de los tantos que ocupaban la planta baja del edificio—, y encontré de pronto su cara frente a mí.

—¡Detective! No me diga que se ha hecho socio.

—En realidad venía a verlo a usted.

—Craig estaba en la comisión directiva del Club, ¿sabía? Debería seguir su ejemplo.

—Vocal suplente. No le interesaba mucho la actividad societaria. Creo que seguía siendo socio por la peluquería. Le encantaba cortarse el pelo aquí.

—¿Y usted? ¿Vino a pedirme una recomendación para hacerse socio?

—No, no creo que me acepten. Vine porque sigo investigando la muerte de Ranier. Todo parece girar alrededor de una noche de tormenta.

Rank miró hacia los costados, a ver si alguien nos había oído. Dos hombres que salían le hicieron un breve saludo con sus galeras.

—Espero que usted sea consciente de que todo debe quedar en el más absoluto silencio.

—¿Por qué?

—Dux Olaya es un hombre poderoso. No creo que esté interesado en que usted investigue la violación de su hija.

—Nunca hizo una denuncia formal.

—¿Cree que alguien como él haría una denuncia formal?

—Pero parece que el caso quedó resuelto.

—Solo podemos hacer conjeturas.

—¿Y qué conjeturas haría, doctor?

—Venga adentro. Odio hablar en la calle. Tomemos una copa.

Subimos la escalera hasta el primer piso. Un hombre alto, subido a una escalera de madera, colgaba unas guirnaldas doradas.

—Mañana hay baile —dijo el doctor Rank.

Pasamos junto a una talla en mármol, una Diana cazadora encerrada en un nicho en la pared. Yo nunca había estado en el Club y dejé que el médico se adelantara. El edificio, que recordaba por fuera a un *palazzo* italiano, por dentro aceptaba la costumbre francesa de acumular una cosa sobre otra; la luz de las enormes lámparas de bronce parecía cansada de iluminar tantos cuadros, y vitrinas con objetos, y muebles contra las paredes, y al fin se volvía amarilla y se perdía. Nos sentamos en sillones de cuero verde, junto a una de las ventanas. Un camarero ceremonioso y cadavérico se acercó; el médico pidió un cognac y yo lo imité.

—Me encantaría tomar *champagne*, pero hay que pagarlo en francos —me dijo.

—¿El doctor va a cenar después? —preguntó el mozo—. ¿Le reservo una mesa?

—No, Miguel, gracias —dijo Rank. El camarero se alejó—. Aquí nos conocimos los cinco, aquí formamos nuestro pequeño club.

—¿Todos eran socios?

—No, sólo Dux y yo. Pero un arquitecto italiano dio una charla sobre los jardines del Renacimiento y no hacía falta ser socio para asistir. Dux y Clemm vinieron juntos, ya eran amigos de antes. Ranier había venido porque en ese momento estaba vendiéndole al Club algunos mármoles. Yo estaba en la Comisión de conferencias, y asistí por obligación; el tema de la charla no me interesaba demasiado. Seguí estaba presente porque le tocaba cubrir la noticia para *La Tribuna*. Después de la conferencia vinimos al salón a fumar y a conversar. Dux parecía feliz de escucharnos y nos invitó a su casa. Así comenzó a funcionar este club que terminó con la tormenta de Santa Rosa.

El psiquiatra me contó lo que ya sabía: la tormenta, la aparición de la muchacha

desnuda y sangrante. No le dejé saber que ya me habían contado todo eso. Nada dijo del taquígrafo Solanet.

—La violación, ¿ocurrió en el cuarto de Irene?

—Sí, la sorprendieron dormida. El cuarto estaba desordenado, la manta y las sábanas caídas. El camisón, hecho jirones. Luego del ataque ella escapó por la ventana hacia los jardines y vagó desnuda hasta que oímos los gritos.

—¿Y cuando el padre llegó?

—Había pasado la excitación y todos estábamos en silencio y con cara de velorio. Dux se asomó al umbral para ver a su hija, que dormía en el sueño sin sueños de los narcóticos, y después le acarició la cabeza. Las cortinas estaban descorridas y noté que estaba amaneciendo.

—¿Usted la había medicado?

—Quería que durmiera, estaba en un estado que podía hacer cualquier locura.

—¿Y los otros, seguían allí?

—Todos nos fuimos en uno de los coches de Dux Olaya. Antes de partir me ofrecí para ir a buscar a la policía. «Si llamamos a la policía, la noticia saldrá en los diarios. No quiero que se hable de mi hija. No quiero que la gente imagine.» A cada uno de mis intentos, repetía: «No quiero que la gente imagine». A mí me parecía el menor de los problemas lo que la gente pudiera imaginar. El último en subir fue Clemm. Se demoró un buen rato. Le pedí al cochero que nos llevara, pero tenía orden de esperarlo.

—Y ese correntino, el caballerizo, ¿alguna vez había mostrado interés en la chica?

—Se llamaba Ojeda. Nunca supe su nombre de pila. Estaba loco por la chica. Cortaba rosas y se las ofrecía. Especialmente unas rosas enormes, del color de la sangre. Dos o tres veces había sido sorprendido mirándola por la ventana. Una por mí.

—¿Informó a Dux esa vez?

—Sí, pero recibió una reprimenda, nada más. Cuidaba muy bien a los caballos y Dux no quería perderlo.

—¿Y qué pasó con ella después de la violación?

—Todos sus avances se detuvieron. Mi trabajo quedó en nada. Empezó a recluirse en su mundo, dejó de comunicarse. Fue terrible para Dux Olaya. Los negocios quedaron a la deriva. Si no fuera por Manuel Diácono, el tesorero, la empresa se hubiera derrumbado en un par de meses.

—De los amigos de Dux usted fue el único que volvió a la casa después de esa noche. ¿Volió a ver al caballerizo?

—No, no apareció más por la casa.

—¿Usted le preguntó a Dux Olaya?

—No. ¿Por qué le iba a preguntar? Cada uno maneja la servidumbre a su modo. Visité a la muchacha algunas veces más y después dejé de ir. La casa se había vuelto

triste y silenciosa. Hasta los magníficos jardines, aunque seguían cuidados, estaban diferentes... habían perdido el alma.

—Usted sabe bien que alguien se ocupó del caballerizo. ¿Quién fue? ¿Buitrago o Clemm?

El doctor se encogió de hombros.

—¿Cómo le voy a contestar a esa pregunta? Sólo le puedo decir que dejé de verlo. Ojeda estaba siempre allí, alimentando los caballos, cepillándolos, o cortando rosas para Irene, y un día dejó de estar.

Sacó del bolsillo un reloj de oro y me dijo que su tiempo se había acabado. Tenía que asistir a una reunión de la comisión de fiestas en el segundo piso del club.



### 3

En la puerta del Club del Progreso tomé un coche de caballos flacos y di la dirección de Clemm. Escuché una protesta a la que no hice caso. Es habitual que los cocheros se quejen: uno nunca acierta con el lugar a donde ellos quieren llevarnos. Le sugerí un camino y las protestas se sucedieron.

—¿Usted me va a llevar donde usted quiera o donde tengo que ir?

—Donde el señor guste —se resignó el cochero, y empezó a maldecir por lo bajo en napolitano.

Estábamos a media cuadra de la casa de Clemm cuando escuché unos ladridos que parecían lamentos. Los caballos se inquietaron.

—Ya ve, a ellos tampoco les gusta el camino que hicimos —dijo el cochero.

—Espéreme un segundo. Si no hay nadie en la casa regresaré.

—Mire que los caballos están muy nerviosos. No les gusta esperar aquí.

—¿Qué clase de animales son éstos que bastan unos ladridos para asustarlos? Tendría que alimentarlos mejor.

Pero no eran los ladridos, por lastimeros que fueran, lo que asustaba a los caballos. Los miré agitar las cabezas y mover las patas y pensé: «*saben algo*». Y pronto yo también supe algo, porque sentí el olor de la sangre. En un instante lo invadió todo.

Uno de los perros saltó contra la reja con sus dientes enormes y amarillos. A pesar de los firmes barrotes de hierro no pude evitar echarme hacia atrás. La cabeza chata, las orejas puntiagudas, los ojos pequeños y fijos.

A unos diez metros de la reja había un cuerpo tendido. Estaba boca abajo y la camisa y el pantalón parecían destrozados en jirones de tela verde. La luna casi llena iluminaba el parque, y aunque no me permitía distinguir el color de la ropa o los rasgos de la cara, reconocí por la gran altura y las orejas (una oreja, en realidad) al dueño de casa. Los dedos de la mano derecha habían sido mordisqueados, y faltaban dos falanges. Cerca de la reja estaba la oreja que faltaba, casi intacta, arrancada de un solo mordisco.

A mis espaldas seguían las quejas y lamentos:

—¿Me paga, señor? Tengo apuro por llegar a mi casa.

Saqué unas monedas del bolsillo.

—Vaya a buscar a la policía. Dígales que en el jardín de esta casa han matado a alguien. Y que avisen al comisario Janzen.

El cochero empezó a decir que no le gustaba visitar comisarías, pero apenas vio, desde el pescante, el cuerpo tendido en el pasto, azuzó a los caballos y partió en dirección al sur.

Recordé los granos de sal que había encontrado junto al estanque de Ranier, pero en aquella oscuridad me sería imposible distinguir algo tan diminuto, a pesar del brillo de la luna.

Yo dudaba de la honestidad del cochero napolitano. Ya estaba por partir en busca de la policía cuando llegó un agente muy joven, delgado y pálido. Le pregunté si habían avisado a Janzen.

—El comisario está en camino. —Me señaló el cuerpo tendido—. ¿Qué pasó aquí? ¿Es un intruso?

—Es el dueño de casa. Son sus propios perros los que lo mataron.

Uno de ellos seguía ladrando con furia. Otro, más al fondo, aullaba.

—Si no los sacrificamos, no vamos a poder entrar —dije.

El joven agente sacó el arma de su funda. Apuntó tembloroso entre los barrotes de la reja, pero después bajó el cañón.

—Me gustan los perros. No les puedo disparar.

—Éstos se cebaron con carne humana.

—Mire cómo me miran. Parecen pedir perdón.

—Puedo hacerlo yo. A mí no me gustan los perros, y menos los que se comen a sus dueños.

Me tendió su arma. Me acerqué a la reja y el más grande de los perros saltó hacia mí. Le disparé entre los ojos. El segundo, entregado al arrepentimiento, se quedó a buena distancia, hasta que una bala lo alcanzó bajo la oreja izquierda.

El último, de un blanco espectral, estaba echado a los pies del amo, en una muestra de fidelidad o acatamiento a los procedimientos fúnebres. También acabé con él.

Me puse a trepar las altas lanzas de la reja, pero no había dónde afirmar el pie y mis manos resbalaban por los barrotes. Desistí. Pronto llegaron otros dos policías y diez minutos más tarde, el comisario Janzen.

El comisario era un hombre gordo, que usaba un chambergo negro. Siempre vestía de civil. Un gran bigote entrecano ocultaba, según me había advertido alguna vez Craig, un labio leporino. Tenía al cinto, además del arma reglamentaria, un gran facón con funda de plata, que había pertenecido a su padre. Aunque muy a menudo se había enfrentado a Craig por sus diferentes ideas a la hora de encarar una investigación criminal, eran amigos y se abrazaban cada vez que se veían. Yo sabía que hiciera lo que hiciera jamás iba a estar frente a sus ojos a la altura de Craig. Entre hombres de la misma generación, entre viejos amigos, existe ese lazo que no puede repetirse. No era cuestión de hacer bien las cosas, de demostrar mi valor o mi capacidad: para que el comisario me reconociera como alguien del mismo nivel de Craig hubiera debido conseguir una máquina del tiempo. El pasado da medallas que ningún presente puede repetir.

—¿Hay más gente en la casa? —preguntó Janzen, sin saludar.

—Imagino que no. Clemm vivía solo.

—¿Lo conocía?

—Ignacio Clemm. Es presidente del Club de cazadores.

—El hecho de que usted esté aquí, ¿tiene alguna explicación?

—Clemm era amigo de Ranier, el anticuario de la calle del Temple. Había venido para hacerle unas preguntas.

—Pero aquí hubo un accidente, ¿no? Sus propios perros lo mataron.

—No sé, comisario. Hay demasiada sangre junto a la reja, como si hubiera sido herida también otra persona.

Hizo que le trajeran una linterna a querosén. Iluminó la sangre.

—Habría que llamar a un cerrajero para abrir la reja —dije.

—Sí, ahora lo mando a buscar. —Para completar su respuesta el comisario extendió una de sus grandes manos y uno de sus agentes le tendió un hacha de cabo largo. Con tres golpes que hicieron saltar chispas rompió la cerradura de la reja.

El comisario Janzen encontró las llaves de la casa en la mano del muerto. Dejó caer el hacha en el pasto.

—Llaves, qué lástima, me gusta tanto tirar puertas abajo. Acompáñeme, Salvatrio —me dijo.

Pasamos junto al difunto Clemm y sus perros. Caminamos sobre el sendero de lajas hasta la puerta. Se oía un coro fúnebre de grillos. Entramos en la casa en penumbras y encendimos las bujías.

—Los fines de semana voy al campo a cazar perdices. Nunca le tiré a uno de éstos —dijo el comisario, señalando las paredes.

Las cornamentas de los ciervos crecían como espectrales árboles de hueso. Viejas espadas y trabucos tenían el brillo de lo recién lustrado. El comisario se puso a mirar unas fotografías de unos indios cubiertos con piel de foca.

—Un recuerdo de juventud —le dije—. Clemm tuvo un accidente de caza: mató a un amigo y debió estar fuera de Buenos Aires por unos años. Entonces se dedicó a cazar indios para los estancieros del sur. Recorrió toda la Patagonia con su Winchester.

El comisario me dejó recorrer la casa. Clemm había cazado toda clase de criaturas, y de todo había quedado un recuerdo: colmillos de elefante, la piel de un oso, el cráneo de un canguro. En un estante, entre dos gruesos tomos del Almanaque Mundial había una extraña escultura. Estiré la mano, pero la retiré con repulsión. Era una cabeza humana, embalsamada. La cabeza de una india, el pelo atado en trenzas con una cinta amarilla.

—Mire la cinta —dijo el comisario—. Está nueva. La debía cambiar seguido.

Recuerdo que pensé, al ver aquella cabeza momificada, que conocer la casa de alguien es como recorrer su memoria y su secreto mundo nocturno; están los recuerdos, pero no en orden, sino bajo la forma de constelaciones caprichosas, como aparecen en los sueños las ruinas de la vida.

Afuera empezaba a amanecer. Dos policías habían encontrado palas en el cobertizo del fondo y estaban cavando una fosa para los perros que yo había matado. A la luz del amanecer el espectáculo del jardín había perdido su aire lúgubre y ya se cumplía la banalidad de la muerte. Las moscas llegaban con apuro a brindar sus condolencias.

Cuando salimos de la casa encontramos al doctor Reverter, que entalcaba el interior de un par de guantes de caucho. Ya con los guantes puestos empezó a estudiar los bordes de las heridas del infortunado Clemm.

—Ay, Salvatrio, ¿no podría haber encontrado este cuerpo a media mañana? Soy un hombre de cierta edad, necesito dormir.

—¿Vio la sangre que está cerca de la reja, doctor? ¿Es posible que otra persona haya sido herida?

—No es sangre humana. Es sangre de cerdo —dijo Reverter, con indiferencia.

Con mucho cuidado, para no mancharse el traje gris, el doctor Reverter dio vuelta el cuerpo. La cara de Clemm estaba deshecha a dentelladas. En el pómulo izquierdo asomaba el hueso.

—¿Ve señales de disparos o de arma blanca? —preguntó el comisario.

—Creo que los mismos perros lo mataron. Las dentelladas alcanzaron la yugular y también la vena cava. Se desangró en segundos.

—Espero que Bimbo no termine por tratarme así —dijo Janzen.

—¿Bimbo?

—El perro de mi mujer. Yo lo pateo y él me muerde los tobillos. Todas las semanas me destroza un par de medias.

—A este hombre lo confundieron con una liebre. Tal vez por sus orejas grandes. —Reverter señaló la única oreja que quedaba. Me miró—. Si ven en el pasto la otra...

Busqué una rama y con ella levanté la oreja, arrancada de una dentellada. Ya la exploraban un par de hormigas negras. Meticuloso, el doctor Reverter sopló para sacar las hormigas y la guardó en un frasco.

—Voy a buscar el balde —dije.

—¿Qué balde? —preguntó Janzen.

—El asesino debe haber necesitado un balde donde cargar la sangre de cerdo. Imagino que la llevaba caliente, para evitar que coagulara. Apenas Clemm cerró la reja y le puso llave, le arrojó el baldazo de sangre. Eran perros entrenados para cazar jabalíes, y el olor a cerdo los enloqueció. Clemm trató de llegar hasta la puerta de su casa, pero los animales lo destrozaron antes.

Janzen miró la reja, el lugar donde estaba el cuerpo, la puerta de la casa.

—¿Puede haber sido así, doctor? —preguntó el comisario.

—Lamento decir que los indicios concuerdan con la hipótesis de Salvatrio. Algo aprendió de Craig.

Ahora que había luz podía buscar los granos de sal. Encontré algunos cerca de la reja. Los estudié con mi lupa de bolsillo. Los granos continuaban un camino alejándose de la casa, como si el asesino hubiera estado perdiendo la sal por un bolsillo roto.

—¿Qué está mirando? —preguntó Janzen.

—Sal, ¿ve? La sal forma un camino. Como si el asesino quisiera conducirnos a Dux Olaya, el señor de la sal, amigo del muerto.

—¿Dux Olaya? Le recomiendo que no siga esa dirección, o no durará mucho en el oficio.

El reguero de sal me condujo hasta un terreno baldío. Caminé entre los cardos y las ortigas hasta encontrar, detrás de una pequeña montaña de ladrillos partidos, un balde de chapa. Había sido usado durante muchos años, estaba lleno de abolladuras. En el fondo tenía restos de sangre. Volví a la casa y le entregué el balde al comisario.

Janzen lo estudió y después lo dejó caer en la tierra.

—El arma del crimen. Salvatrio, usted, igual que el doctor, estuvo en las dos escenas. ¿Hay algo semejante, además de que los dos eran amigos?

—La sal.

—¿Y algo más además de la sal?

Había escuchado alguna vez la fábula de un cazador muerto por sus propios perros. Tenía en la memoria la imagen borrosa del momento en que todo se invierte y el cazador se convierte en presa. Cazador cazado. ¿Pero cómo se llamaba el cazador? ¿A qué se debía la confusión de los perros, que habían decidido matar a su amo?

—No —respondí.

Me acosté cerca del amanecer y dormí hasta tarde. Me despertaron unos golpes en la ventana. Abrí las celosías: era Greta. Como había movimiento en la casa (oía el parloteo de Ángela y los pasos de la señora Craig en las escaleras) y no quería que la vieran, le dije que me esperara unos minutos. Me afeité a los apurones, me vestí y salí.

—¿Qué hora es? —pregunté, bostezando.

—Cerca del mediodía. Qué largas son las noches en Buenos Aires...

—Estuve trabajando.

No me creyó hasta que le conté el caso. Describí el cuerpo tendido en el pasto, los perros que lo habían devorado. Otra muchacha se hubiera horrorizado, pero ella se acercaba más a mí.

—¿Para qué habías ido a ver a ese...?

—Clemm... Estoy seguro de que el crimen que investigo tiene relación con una violación y un asesinato que ocurrieron en la casa de Dux Olaya. Y Clemm fue un testigo directo, si no el asesino.

Le conté la escena: los últimos rescoldos en el hogar, los hombres arrancados del sueño y reunidos por los gritos, la muchacha desnuda corriendo por los jardines, la ensangrentada y aterida princesa de la Atlántida.

—¿Y cómo es ella?

—Dicen que hermosa.

—¿Dicen?

—No sé, nunca la vi.

—Si dicen, será.

—No siempre. A menudo he oído hablar de mujeres hermosas que resultan un fiasco cuando se las tiene delante.

—Tal vez a alguien le digas qué linda es Greta, y al verme, qué decepción.

—Eso es imposible de imaginar.

Me gustaba llevarla del brazo por el centro, mientras le señalaba las cosas por sus nombres. Veía las viejas iglesias y las nuevas estatuas (todos los meses llegaba algún nuevo mármol o bronce de París) y pensaba: ahora estarán allí sólo para decir «*por aquí pasó Greta, de tu brazo*». Así vamos modificando la ciudad; quitamos importancia a edificios señalados por la Historia y declaramos como monumentos una esquina en ruinas, un árbol, un buzón, sólo porque una mujer que nos gustaba los miró.

En el Paseo de Julio nos sentamos en una confitería. Pidió una limonada.

—¿Por qué no te quedás?

—¿Acá? ¿Qué podría hacer yo en Buenos Aires?

—Investigar. No como asistente mía, porque me echarían de Los Doce Detectives, como a Castelveta. Pero como asesora.

—¿En qué temas?

—En los temas en los que sólo puede ayudar una mujer.

—A los hombres les toca investigar el universo y a las mujeres los temas de mujeres. No, gracias. Prefiero los aplausos.

—¿Los aplausos?

—Sí. Una mano golpeando sobre otra.

—¿En serio te gustan los aplausos? ¿Estar ahí arriba del escenario, mostrándote?

—Claro que me gusta. Además como ayudante de un detective siempre me iban a señalar con el dedo. En el teatro todo es perfecto. Es como si fuera la asistente de un mago.

Atardecía sin remedio. Le compré a una niña unas violetas húmedas, envueltas en papel de seda. Greta me las agradeció con un beso, pero me pidió si se las podía guardar. No le gustaba llevar nada en las manos. Se acercaba la hora de trabajar y la acompañé hasta el Pabellón Argentino. Nunca la ciudad me pareció más chica: las cuadras se esforzaban por desaparecer, los árboles se empujaban para pasar más rápido, el teatro venía hacia nosotros como si lo hubieran montado sobre ruedas. Afuera los carteles amarillos que anunciaban a Castelvetia ya no lucían relucientes como antes, alguna punta se había despegado y la humedad de la ciudad dibujaba burbujas en el papel; alguien había arrancado una tira borrando el nombre del artista holandés. Miré con agrado ese desgaste; como si correspondiera, por algún mágico procedimiento, al desgaste del mismo Castelvetia.

—¿Vas a ver el espectáculo una noche de éstas?

—No.

—¿Por qué no?

—El primer detective que hubo en esta ciudad, Jacinto Vieytes, terminó actuando en una sala. Por eso Craig detestaba los teatros. Creía que el peligro de los detectives era convertirnos en fenómenos de feria.

—Craig, Craig, Craig... Vivo era importante, pero ahora, muerto, parece una especie de dios subterráneo. No me importa lo que decía Craig. Quiero que vengas al teatro. Voy a hacer lo que sea para obligarte. Quedan pocas funciones.

Respondí con vaguedades que podían tomarse como promesas o renunciaciones. Ella dio tres golpes en una puerta lateral del teatro y le abrieron de inmediato. Me saludó con la mano. Me quedé un segundo mirando la puerta cerrada.

Volví caminando a paso rápido. Ahora que Greta ya no estaba junto a mí, mi mente se entretenía en buscar, en los estantes de mi memoria o de mi olvido, la historia del cazador cazado por sus perros, que se correspondía con la atroz muerte de Clemm. Apenas llegué a la casa subí hasta el primer piso, donde estaba la biblioteca, dejé el ramo de violetas sobre una mesa y empecé a leer los lomos de los desordenados libros. Terminadas las regiones inferiores, tuve que recurrir a la escalera. A mis espaldas sonaron los tacones de la señora Craig.

—Es muy gentil, Salvatrio, por traerme flores por mi onomástico.



La señora Craig olió las violetas.

—Su onomástico, claro...

—16 de noviembre. Santa Margarita de Escocia. ¿Eran para mí, no?

—Por supuesto.

Salió un instante y volvió con un vaso, donde puso las flores.

—Me sorprende verlo en la biblioteca. ¿Un libro para la cama?

—Es por un trabajo.

—Ah, sí, su investigación.

—Estaba buscando un libro de mitología. Un libro con grabados.

Se subió a la escalera y empezó a buscar en lo alto.

—No se preocupe, señora, déjeme a mí.

—Es un placer ayudarlo.

Le sostuve la escalera, un poco avergonzado de ver sus tobillos desnudos. El polvo de los libros la hizo toser.

—Se ve que la criada nunca pasa el plumero —dijo.

—¿Quiere un vaso de agua?

—No, estoy bien.

Después de buscar un rato me alcanzó un pesado tomo encuadernado en cuero teñido de azul. Al tratar de alcanzármelo perdió el equilibrio y tuve que sostenerla de sus muslos.

—Gracias, Salvatrio, ya estoy bien. Puede soltarme.

Despegué suavemente mis manos de sus piernas, y dije sólo por decir algo:

—Nunca entiendo cómo está organizada esta biblioteca, si por tema, por autor...

—Por épocas de la vida, por recuerdos. Todos los libros leídos durante un verano o un viaje los guardo juntos.

—¿No es mejor el orden alfabético?

—Por supuesto que no. ¿Usted recuerda las cosas por orden alfabético?

—No.

—Yo tampoco. Y la biblioteca debe ser como una memoria. Una cosa lleva a la otra.

Me senté en la mesa y abrí el polvoriento libro. Pasé las páginas. Los mitos cósmicos, Teseo y el minotauro, Perseo y la Gorgona, Narciso contemplándose en el espejo del agua... Pronto vi una Diana, y junto a ella a un cazador destrozado por sus propios perros.

—¿Conoce la historia? —Ella señaló la página donde se veía un grabado que mostraba a la diosa desnuda, al cazador desnudo también, con los flacos lebreles prendidos de sus carnes—. Acteón era el mejor de los cazadores. Todas las mañanas partía a cazar al bosque y nunca volvía sin una presa. Pero un día sorprendió a Diana que se bañaba desnuda en un río. Se quedó mirándola, encantado. Ella lo descubrió. Para castigarlo lo convirtió en ciervo y sus propios perros lo mataron.

—Pero aquí, en esta escultura, no está convertido en ciervo —observé.

—Tiene razón. Debería verse a Acteón transformado. Tal vez el hechizo sólo ocurrió en la mente de los perros, no en la realidad. Siempre me pareció una historia cruel. Morir sólo por ver una mujer desnuda.

—Era una diosa.

—Mujer, diosa: da lo mismo.

Durante un segundo nos quedamos en silencio, yo con el libro abierto frente a mí y ella mirando sobre mi hombro. Todo en nuestra vida era confusión y malentendido, pero durante un segundo me pareció que éramos un apacible matrimonio que esperaba en silencio la hora de irse a dormir.

## 6

Con la agenda tratamos de ser profetas de nosotros mismos, pero rara vez lo conseguimos; así yo me había propuesto al día siguiente ir a visitar a Carlos Thays, director de parques y paseos de la ciudad, que estaba en ese momento organizando el Jardín Botánico. Pero al salir a la calle me esperaba el coche de caballos negros que ya conocía bien. El gigante Buitrago me abrió la puerta. Pensé en preguntarle por el caballero desaparecido, pero era posible que lo tomara a mal.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

No respondió.

Esta vez no fuimos a las oficinas de la empresa Sal Argentina: me esperaba un camino más largo.

La casa de Dux Olaya se levantaba en el norte de la ciudad, adonde muchas de las grandes familias habían huido en la década del sesenta a causa de la epidemia de fiebre amarilla. Los ricos habían dejado las grandes casonas de Catedral al Sur, con sus habitaciones encadenadas y patios sucesivos, para cambiarlas por las mansiones con jardines de Belgrano. Había visto desde las ventanillas del Ferrocarril del Norte algunas de esas casas, pero ninguna tan grande como la de Dux Olaya, que parecía una estancia enclavada en las fronteras de la ciudad. El portón de reja se abrió con un chirrido. El coche avanzó entre árboles, macizos de flores y estatuas de mármol y bronce. También asomaban entre el follaje paredes derruidas a medias y columnas trucas que simulaban ruinas romanas. Las estatuas se miraban a lo lejos, con la complicidad de las cosas inmóviles: había faunos, sirenas, un enorme Poseidón en una fuente de piedra verde. Las plantas con flores estaban ubicadas de tal modo que un color hacía contraste con el siguiente; así al rojo seguía el azul o el amarillo, nunca el rosa. Había un esfuerzo para que todo fuera distinto a todo. Esa laboriosa variedad tenía algo de museo: como si los árboles no fueran sencillamente árboles sino especies, como si susurraran al oído del paseante sus nombres en latín. El coche pasó junto a la glorieta donde se había refugiado el taquígrafo Solanet durante aquella tormenta de Santa Rosa. A la glorieta la envolvían telones de hiedra oscura.

La casa estaba construida con ese estilo ecléctico que muestra por igual la ambición y la indecisión: cada vez que una columna o la forma de una ventana prometían el aire de un templo o de un palacio, algo —tal vez la voz de una mujer, más atenta a la vida práctica que al ideal arquitectónico— le había recordado al constructor que se trataba sólo de una casa. Las grandes galerías estaban provistas de mesas de hierro y mármol. Los techos eran de pizarra gris y dejaban asomar una torre con cúpula.

El coche se detuvo frente a una pesada puerta, que de adentro abrieron de inmediato, como si por la mirilla hubieran estado espíándonos. La puerta labrada parecía arrancada de una catedral. El gigante me invitó a pasar con un gruñido hospitalario. Luego de un recibidor abrumado de retratos y cuadros que mostraban

cabezas de caballos, pasé a una sala fresca, amplia y silenciosa. Eran tantos los recuerdos de viajes, los tapices orientales, las estatuillas africanas, las réplicas griegas, que al ver todas las cosas que colgaban de las paredes y borraban los rincones pensé que viajar no era moverse de un país a otro, sino encarar los preparativos de una mudanza irresponsable. Un enorme cuadro, pintado a la manera de Dante Gabrielle Rosetti, mostraba a una mujer de pelo negrísimo paseando por unos jardines de arbustos y ruinas; era tan hermosa y viva que por un segundo me pareció que estaba por abandonar los jardines de la pintura para invadir el salón. Los sillones de brocado rojo rodeaban un hogar tan grande que no hubieran bastado leños, sino árboles enteros, para alimentarlo.

Había imaginado una y otra vez la escena que había conducido a Irene Dux Olaya de regreso a la locura: los gritos que sonaban en la noche y las luces que se iban encendiendo una por una, los caballeros que salían de sus habitaciones en camisón y gorro de dormir para encontrarse con el espectáculo de la muchacha aterida, ensangrentada y desnuda. Lo había imaginado todo con ese aire teatral con que siempre soñamos lo que no conocemos. La vida nos da continuas lecciones de trivialidad, nunca las aprendemos y estamos siempre a la espera de lo extraordinario. Pero por una vez no me había equivocado al imaginar. Ahora, al recorrer el lugar donde habían ocurrido los hechos, la escena se me hizo más teatral y poderosa que antes. Tan altos eran los techos, tan horribles las máscaras en las paredes, tan sombrías las estatuas y tallas, tan profunda la resonancia de pasos y voces en la sala desierta, que la escena de la tormenta de Santa Rosa ya me parecía el acto final de una agobiante ópera alemana.

Dux Olaya apareció seguido por el tesorero Manuel Diácono. Caminaban al mismo paso, hacían los mismos gestos, como si por alguna curiosa excepción de la óptica un cuerpo voluminoso pudiera dar una sombra diminuta. La voz resonó en la casa:

—Ranier antes, ahora Clemm. A ver, Salvatrio, ¿quién se está deshaciendo de mis viejos amigos?

—En el caso de Clemm, no está descartada la idea de un accidente. Esos perros salvajes...

—No me tome por idiota. Lo mataron arrojándole sangre de cerdo. Sus mastines lo confundieron con un jabalí.

—¿Cómo sabe eso? Todavía no salió en la prensa.

—Un empresario no puede esperar hasta que las cosas aparezcan en la prensa. Estoy obligado a enterarme antes.

—Tengo muchos motivos para venir a hablar con usted, pero no me imagino cuál fue el suyo al llamarme.

—Es una razón del corazón: no quiero quedarme sin amigos.

—¿Seguían siendo sus amigos? ¿No había dejado de verlos?

—Seguimos siendo amigos.

—Tengo entendido que se aprovechaban de usted.

—Esperaban distintas formas de generosidad. Pero es la clase de amigos que tenemos los hombres poderosos. Nos acostumbramos a pagar por todo. Cuando algo es gratis, nos confundimos y desconfiamos.

Me invitó a salir al jardín. Manuel Diácono venía con nosotros. Dux Olaya vestía como si estuviera en una cacería, con pantalón y botas de montar, y la camisa abierta. De un paragüero sacó un bastón con empuñadura de plata. El tesorero seguía con su atuendo oficinesco: los zapatos de ciudad, las mangas blancas, la corbata finita, la pluma de madera que sobresalía de su bolsillo.

A pocos pasos encontramos la entrada «oficial» al jardín. El umbral estaba formado por dos columnas que sostenían una piedra con una inscripción en latín.

*Procul o procul este profani.*

—¿Sabe qué significa? —me preguntó el dueño de casa.

Traduje titubeante, con vagos recuerdos del latín de la escuela:

—Que se mantengan lejos los profanos.

—Palabras de Virgilio en la Eneida. Es lo que susurra desde su gruta la Sibila de Cumas cuando Eneas se acerca a consultarla para que le indique cómo entrar al país de los muertos.

—Parece un anuncio agorero. Como si la piedra labrada fuera a caer sobre uno. ¿Por qué puso esa inscripción en la entrada de su jardín?

—Hace años visité el jardín de Stourhead, el más famoso de Inglaterra. Fue la primera vez que comprendí la importancia de la presencia mitológica en los jardines. Y fue allí donde vi, en la puerta del templo dedicado a Flora, esta frase que hice mía.

—¿Le digo la verdad? Prefiero el felpudo con la leyenda *Bienvenidos*. Este Procul o Procul nos resulta intimidante a los no iniciados.

—Usted se ha estado inmiscuyendo tanto en nuestros asuntos que ya puede considerarse un iniciado. —Pasamos bajo la inscripción. La piedra no cayó sobre mi cabeza—. Nada está puesto al azar aquí. ¿Ve ese árbol?

Me señaló, a veinte pasos, un árbol de corteza roja.

—Parece un poco solitario.

—Es un *juniperus savina*, una variedad de enebro. Es la presencia cristiana. Ese enebro es símbolo de Cristo, por el rojo que parece sangre. El hecho de que este jardín sea cuadrado también es un símbolo cristiano. Los jardines de los conventos siempre son cuadrados. Cuatro son los puntos cardinales hacia donde hay que partir para evangelizar y cuatro son los evangelios.

Luego se detuvo frente a un árbol de flores amarillas.

—Ésta es una mimosa, una variedad de la acacia. Los masones tienen por sagrada a la acacia: es símbolo de resurrección.

Manuel Diácono agregó:

—La cruz de Cristo se hizo con madera de acacia.

Hice un cálculo de la cantidad de especies: si a cada árbol seguía una explicación

el paseo duraría meses. ¿Para qué llenar los árboles de palabras, si lo maravilloso de las plantas es que no hablan, no gruñen, no ladran? Pasamos junto a árboles frutales: limoneros, naranjos, moreras, que afortunadamente no eran símbolos de nada. Nos detuvimos frente a la estatua de un niño que se llevaba el dedo índice a la boca. A su alrededor un laurel se cerraba sobre ella para cobijarla o esconderla.

—¿Significa esto que tengo que callarme? —pregunté.

—Éste es Harpócrates, el dios del silencio. Un joven dios egipcio asimilado por los romanos. Es un calco de la estatua que está en el jardín de Wörlitz, el primer jardín de estilo inglés que hubo en Alemania. Lo que yo quería traer para aquí era una réplica del volcán Vesubio alimentada por hornos subterráneos, la pieza más extraordinaria de ese jardín. Tiraba pasta de vidrio para imitar la lava. Tuve que conformarme con Harpócrates. Algún día, cuando mis negocios me dejen algo de tiempo libre, construiré un volcán así en mi jardín. Pero el mío tirará sal en vez de lava.

—En un jardín la sal no es buena señal —dije—. Significa que nada germina.

—También la lava significa ausencia de vida. En las islas volcánicas no hay una sola planta. Pero me gustaría tener un volcán de sal, un recuerdo de lo seco y estéril en medio del esplendor vegetal. Además no crea que la sal no se usa en jardinería... En Italia hay una técnica llamada margotta, en la que se pone a las jóvenes rosas en una especie de cucuruchos de cinc, con tierra con sal, y musgo por encima para que no se evapore la humedad. Y crecen magníficas.

—La sal sirve para todo —acotó Manuel Diácono.

—En cuanto a los demás —Dux Olaya señaló un Apolo, una Venus, un centauro —... pura mitología.

—Lo que puedo decirle es que nuestro asesino tiene un marcado interés en la mitología.

—Vaya novedad.

—¿Lo había notado?

—Primero Narciso y después Acteón. ¿Usted es de los que creen que los empresarios somos ignorantes? Estoy familiarizado con la mitología griega. He viajado largamente por jardines poblados de estatuas. A mi hija le encanta pasar las láminas de los viejos libros ilustrados. De niña le leía esas historias, pero me saltaba las páginas inapropiadas.

—La mitología es una orgía de mármol —agregó el tesorero, como si completara el pensamiento de su señor.

Llegamos a un sector de plantas aromáticas. Aunque de vista todas eran más o menos iguales, distinguí con el olfato el tomillo, el orégano, la menta, el eneldo... Me eran familiares porque mi madre las cultivaba en la terraza y las usaba en la comida.

—Yo mismo corto las hojas para hacerme infusiones —dijo Dux, mientras arrancaba una hoja de menta, la deshacía en sus dedos y la olía—. He reunido aquí cincuenta clases distintas de plantas aromáticas...

Creo que Dux Olaya iba a seguir hablando de sus cultivos, cuando Diácono se cruzó en mi camino.

—Hay otro tema que el señor Dux Olaya le quería plantear. No conviene que siga preguntando por la noche del 30 de agosto. Eso trae malos recuerdos al señor Dux...

Su jefe lo reprendió:

—Basta, Manuel. No es necesario que me protejas así. Si invité al señor Salvatrio fue para hablar también de eso. No quiero que sienta que le escondemos algo. Si inventamos misterios ocasionales, lo vamos a distraer del misterio verdadero.

Me ordenó con un gesto que me sentara en un banco de piedra. Ellos se quedaron de pie. Frente a mí había un ceibo ya florecido. Más allá, un estanque de forma rectangular, donde flotaban camalotes y nenúfares.

—Esa noche atacaron a mi hija. Usted sabe eso. Yo no estaba en la casa.

—Buitrago tampoco —dije.

—Así que sabe eso también... No, Buitrago estaba conmigo.

—¿Y usted, Manuel?

—Yo estaba en la casa, pero fui el último en llegar a la sala. Mi habitación es la más alejada y tardé en oír los gritos. Tengo el sueño pesado.

—Cuando llegó, ¿qué fue lo que vio?

—La señorita Irene ya estaba en su habitación. El doctor Rank la había medicado con unas gotas de algún tranquilizante y la niña dormía. Al rato llegó el señor Dux.

—¿Por qué no avisaron a la policía?

—No quería que saliera en los diarios —dijo Dux—. Puedo pagarle a la policía, pero alguien pagará más... Sé por experiencia que de las cosas que se pueden conseguir por sobornos, el silencio es la más cara, y la que siempre viene adulterada. El silencio se puede conservar mientras esté bajo techo; la intemperie lo arruina.

—¿Usted vio el dibujo que hizo Irene, Manuel?

—¿El dibujo de las rosas? Sí.

—¿Pensó, como los otros, que el culpable había sido el caballerizo, Antenor Ojeda?

—Había varias razones para creerlo —respondió el tesorero—. Esa noche casi no había sirvientes en la casa. El caballerizo la importunaba todo el tiempo con sus rosas cortadas. Y ella lo llamaba «el hombre de las rosas». Creo que son pruebas suficientes.

—¿El caballerizo se defendió de las acusaciones?

—Partió antes de que tuviéramos tiempo de acusarlo de nada —dijo Dux.

—¿Cómo se fue? ¿A pie?

—Faltaba uno de los caballos.

—¿Era bueno como caballerizo?

—En su trabajo era el mejor: los caballos estaban siempre bien alimentados, relucientes y serenos. Ojeda, que no se daba con nadie, sin embargo les conversaba a los caballos y su voz los tranquilizaba. Acepto hablar sobre esto para que usted vea

que es un caso cerrado y que no se relaciona con el asesinato de mis amigos.

Me era incómodo estar sentado mientras ellos seguían de pie, así que continué la caminata hasta llegar al rosal. Unas rosas silvestres trepaban a unos postes pintados de verde y luego se veía a unas espléndidas rosas de la China, rojas, amarillas y anaranjadas. Los rosales estaban apenas descuidados, al igual que todo el jardín, y hubieran necesitado una ligera poda, pero las rosas igual triunfaban sobre arbustos y flores, y se proclamaban las dueñas del jardín.

—De acuerdo. El asunto del caballero es caso cerrado. Pero tengo que volver a esa noche: me ha dicho el doctor Rank que su hija cambió su conducta después del ataque.

Dux avanzó resuelto hasta una rosa blanca cuyos pétalos habían empezado a marchitarse.

—El doctor Rank había alcanzado resultados milagrosos con mi niña. —De un golpe de bastón cortó la flor—. Pero todo se derrumbó. En los días anteriores al ataque ella hasta tomaba decisiones.

—¿Qué clase de decisiones?

—Por ejemplo, teníamos en el jardín macizos de hortensias y ordenó quitarlos. Me pareció una decisión caprichosa, pero al menos revelaba una voluntad de cambiar las cosas que la rodeaban, de hacer el mundo a su gusto. El jardín era perfecto, ¿no es cierto, Manuel?

—Era el paraíso.

—Todo cambió con la tormenta —siguió Dux—. Fue una tempestad terrible, con viento fuerte y grandes piedras; el jardín quedó devastado. Cuando caminé al día siguiente y vi los destrozos me pareció que la naturaleza se empeñaba en representar lo que yo sentía en mi corazón. Los tallos quebrados, las flores aplastadas; y hasta las estatuas parecían heridas y a punto de caer sobre la tierra.

—Pero el jardín se recuperó del todo —dije.

—Nada se recuperó del todo, ni siquiera el jardín. Ahora está descuidado. Estamos buscando jardinero. Uno capaz de entender el alma del jardín. Uno que respete aquello que escribió el poeta Alexander Pope: «Consulta para todo al genio del lugar».

—No quisiera ser descortés, y no quiero que piense que dudo de la partida del caballero. Pero imagine que Ojeda tenía amigos dispuestos a hacer conjeturas sobre su desaparición, y también dispuestos a vengarlo.

—Imposible. Antenor Ojeda no conocía a nadie en la ciudad. En cuanto a las rosas, si persiste su duda, me gustaría dejar que cave aquí, ¿pero no cree que sería un pecado arruinar esas espléndidas flores?

Habíamos llegado al sitio donde crecían unas enormes rosas rojas. Su perfume se olía a la distancia. Había algo casi vulgar en ellas, como si fueran rosas en exceso; como si la belleza verdadera necesitara de cierta reticencia, de una vacilación al ofrecerse, que estas flores no conocían. También las espinas eran más grandes que las



de otras rosas.

—Se llaman Lictor, nombre del barco que las llevó por primera vez a Inglaterra. Una variedad muy difícil de encontrar. Crecen en el frío. A mi hija le encantan. Creo que de todas las especies de este jardín ninguna me llevó más trabajo que mis Lictor. Y sin embargo, a mí, de todas las flores, la que menos me interesa es la rosa.

—Y entonces, ¿por qué el esfuerzo? —pregunté, tal como él estaba esperando que preguntara.

—De pequeña Irene me decía: Papá, de noche, ¿las cosas siguen teniendo los mismos colores? Y yo le decía que sí, para tranquilizarla, porque me parecía que la idea de un jardín de colores borrados era algo perturbador para una niña. Entonces ella me decía: ¿Y por qué las vemos grises, o negras? ¿Por qué si las rosas son rojas, no las seguimos viendo rojas cuando se apaga la luz? Fue entonces que hice lo imposible para traer a mi jardín las rosas Lictor, las únicas que seguimos viendo rojas en la oscuridad.

—¿Y es cierto que se ven rojas de noche?

—Claro que es cierto —respondió Diácono, indignado de que yo pusiera en duda la palabra de su señor.

—Una vez que me las hice traer de Londres, me dediqué a investigarlas, y creo que encontré una doble razón para que estas rosas hayan vencido la oscuridad. Una es su intenso color, que aprovecha un mínimo resplandor para desplegar ante el ojo humano su color rojo. Y la otra es su aroma. Irradian un perfume intenso que nos hace pensar en el color rojo, y por eso, cuando las vemos en la noche, nos parecen así. Irene se quedaba mirando las rosas por horas, feliz de que la noche, que borraba los colores de todo lo demás, dejara en paz a las Lictor.

—Tienen el color de la sangre —observé.

Más allá de las rosas, donde terminaba el jardín, se veía una construcción con aspecto de haber sido abandonada. Alcancé a ver algunos mosaicos negros y una montaña de ladrillos.

—¿Está por construir algo allí detrás?

—Un invernadero —se apuró a responder Manuel Diácono—. Pero la construcción está suspendida. En el círculo central se iba a levantar la construcción de cristal y a su alrededor estanques con camalotes y nenúfares. Tal vez algunas carpas de colores, también. Era una idea de la señorita Irene.

—Y quedó abandonado...

—Abandonado... —repitió Diácono con un raptó de melancolía.

—Antes mi hija estaba muy entusiasmada, pero a ella ya no le importa. En su momento contraté a un arquitecto italiano, pero cuando la obra se interrumpió volvió a su país. Además a mí nunca me gustaron los invernaderos. Me parecen asfixiantes. Siempre el calor, siempre la humedad condensada en los cristales. Cuando decida expandir el jardín, sacaré todos esos escombros. De todas las ruinas, las que pertenecen a aquello que nunca llegó a construirse son las más tristes.

Y al escuchar las palabras de Dux, Manuel sacudió la cabeza en señal de aprobación.

—Tal vez la señorita Irene alguna vez recupere el interés por el invernadero — dijo el contador.

Yo pensé en ese instante en la asombrosa capacidad del lenguaje humano para enunciar gramaticalmente una esperanza, y condenar, por la entonación, la mera posibilidad de la esperanza.

—Tal vez... —dijo, también desencantado, Dux Olaya. Volvió sus ojos hacia mí —. Y hablando de Irene, ¿le gustaría conocerla?

—¡Señor! —intervino el tesorero.

—Vamos, Manuel. ¿Quién da las órdenes en esta casa? ¿Usted o yo?

Irene Dux Olaya estaba en la galería, sentada frente a una mesa de hierro y mármol. Dibujaba con carbonilla en unas grandes hojas de papel. Una caja de madera —un cofre pintado de rojo y dorado— evitaba que se volaran. Irene tenía la cabeza echada hacia delante, y dejaba que los mechones rubios se volvieran arabescos sobre la hoja blanca. Manuel Diácono se adelantó a saludarla, probablemente para avisarle que estaba yo, y así evitar la alarma de una cara nueva. Con una mirada de imprevista astucia ella tomó un almohadón de una de las sillas y se lo tiró. El almohadón lo golpeó en la cara y Diácono retrocedió como espantado, mientras miraba las plumas que flotaban en el aire. Irene se rio.

—Le gusta hacerle maldades al pobre Manuel. Es tan serio que nunca jugó a nada y no comprende los juegos. Ésta es mi hija —dijo Dux Olaya.

Al oír la voz de su padre la muchacha levantó la cabeza y me miró con sus grandes ojos azules. Hizo una sonrisa que se desvaneció al instante. Llevaba un vestido celeste, rígido de tablas y almidón, y estaba descalza. Había en su cara una belleza que era como el cumplimiento de un plan, la ejecución de una simetría, pero era una belleza a la que faltaba algo, un dibujo incompleto.

—Ella hablaba. Después de ese día no habló más. Nos divertía con sus historias de la Atlántida. Pasamos de los jardines filosóficos a los jardines de la Atlántida. Lo que decía era tan preciso, tan abundante de imágenes, que vino una investigadora, una señora inglesa amiga de Jerónimo Seguí..., la señora... —chasqueó los dedos.

—Clarke, María Elizabeth Clarke —intervino el tesorero con su voz aguda.

—Gracias, Manuel. A veces me parece que mis olvidos no corresponden a mi memoria sino a la realidad, como si las personas y las cosas gastasen el nombre y lo perdieran. Como le decía, Salvatrio, la señora Clarke habló con Irene durante horas, tomó nota en quince libretas de tapas verdes y luego la citó en sus artículos. Y parece que va a escribir sobre ella en el libro *La isla perdida*. Jerónimo Seguí publicará un poema en el mismo volumen.

—Poesía y ciencia —dijo despectivo Diácono—. Es como sumar peras y manzanas.

—Al buen Diácono no le gusta Seguí —aclaró Dux—. Lo considera un joven disipado.

—Joven, lo que se dice joven... —protestó el tesorero.

—¿Y a usted no le molesta que su hija aparezca mencionada en ese libro?

—No, porque la señora Clarke me aseguró que no iba a dar su nombre verdadero. —Dio unos golpecitos con el dedo sobre los dibujos que hacía su hija—. Ahora, como verá, las palabras se terminaron y solo hay dibujos.

Me acerqué despacio, como si se tratara de un animal entrevistado en la espesura y al que no queremos asustar. Había algo infantil y a la vez muy elaborado en aquellos dibujos. Abundaban los detalles. Había una especie de horror al vacío: no había un

solo espacio de la hoja que no estuviera lleno de trazos. Esto confirmaba el estado mental de la muchacha ya que, como había advertido alguna vez en sus clases el doctor Reverter, es propio de la perturbación mental la necesidad de llenar completamente el espacio. En las hojas se repetían escenas que parecían calcadas de un libro sobre mitología. Había columnas, estatuas, altas torres, espadas. Me recordaban a algunos grabados de Giambattista Piranesi que había visto tiempo atrás en un libro sobre Roma. También vi algunas letras griegas, pero no formaban palabras. Flotaban en la página como ecos de palabras perdidas.

—El atacante fue identificado gracias a un dibujo. ¿Me lo podría mostrar?

Diácono buscó entre los dibujos. Al final sacó una hoja que mostraba dos rosas con los tallos entrelazados. El trazo de las rosas era elegante, casi geométrico, pero de los trazos surgían espinas que parecían clavos. Cada rosa tenía dos hojas. De las puntas de las espinas colgaban gotas de sangre negra. El dibujo me provocó una cierta repulsión y lo dejé sobre la mesa, bajo el cofre dorado y rojo que servía como pisapapeles.

—¿Ahí guarda sus instrumentos de dibujo?

—No, mi hija guarda... no sé como llamarlo.

—Sus tesoros —dijo Manuel Diácono—. Cosas sin valor a las que ella le da mucha importancia.

—¿Puedo verlo?

El contador empezó a decir que no, pero el mismo Dux Olaya me invitó con un gesto. Apenas me acerqué a la muchacha ella se tensó. Bajó la cabeza y los cabellos claros volvieron a cubrir la hoja por completo. Su mano derecha saltó hacia el cofre y se quedó ahí, guardiana del tesoro. Con delicadeza aparté sus dedos uno por uno, como si desarmara un frágil mecanismo. El mármol de la mesa les había contagiado el frío. Levanté el cofre, descorrí un mínimo cierre y abrí la tapa laqueada. Irene dio un grito, un «no» agudo, y trató de arrebatarme el cofre con tanto ímpetu que se me cayó de las manos y golpeó contra el piso. Las cosas que contenía se desparramaron sobre las baldosas de la galería.

Comprobé con alivio que la caja no se había roto. Regresé a su interior un viejo pañuelo de encaje, ya amarillento, y unos zapatos blancos, que parecían italianos, por la delicadeza del trabajo. La suela estaba limpia, jamás habían sido usados. Irene cayó de rodillas para atrapar un prendedor con forma de mariposa y una pequeña cruz de oro con incrustaciones de piedra azul. Busqué en el pasto una moneda que había visto escapar. Era una pieza fuera de circulación: tenía la efigie del Restaurador.

—Tesoros, tesoros —dijo Dux Olaya, con una tristeza infinita—. Dedicué mi vida a hacer dinero, pero para ella solo tiene valor lo que entra en esa caja. ¿Hay una manera de no vivir en el error? ¿Existe un solo hombre sobre la tierra que no se haya equivocado en todo?

Irene había vuelto todas las cosas a la caja. Dux se detuvo a examinar el prendedor con forma de mariposa.

—Este prendedor es de la cocinera. ¿Ella te lo regaló?

Irene negó con la cabeza.

—¿Se lo sacaste?

Irene negó con más fuerza, y mirada ofendida.

—Entonces te lo prestó...

Irene aceptó, con una sonrisa. Enseguida cerró la caja y puso sus manos sobre ella. Que nadie más la tocara.

—Sé que Irene fantaseaba con los castigos de la Atlántida...

—Fantaseaba con todo. La geografía, la educación, las armas...

—Pero me interesan los castigos, porque eran representaciones de los mitos. Y alguien hizo exactamente lo mismo con Ranier y Clemm.

—No creo que sea tan tonto como para creer que mi hija pudo hacer algo así. Ella no sale de la casa. Si la dejara sola en la ciudad se perdería.

—Su hija le sirvió de inspiración a Jerónimo Seguí, a esa señora Clarke de la que me habló, a sus amigos de los jardines... y creo que también sirvió de musa a nuestro asesino.

Dux Olaya la señaló. Ella estaba concentrada en sus dibujos.

—Mírela. Es la inocencia. ¿Cómo puede ser la inocencia la inspiradora del crimen?

Ya mis preguntas habían fastidiado al dueño de casa. Le gritó a Buitrago que preparara el coche para mi partida. Después se volvió hacia mí.

—Siga investigando, Salvatrio, y verá que soy generoso con usted. No quiero que mis amigos mueran antes de tiempo. Los alojaría aquí, a salvo de todo, pero a Rank su fracaso con Irene lo amargó, y nuestro pobre poeta no confía en mí ni en mis empleados.

—Pero si el verdadero tema que obsesiona al asesino son los jardines, ¿no cree que usted mismo corre peligro?

—Tengo quien me proteja. Buitrago se dejaría matar por mí.

Cuando volví a casa estuve tomando notas sobre el caso y sobre los próximos pasos a seguir. Aproveché un encuentro con la señora Craig en la escalera y le pregunté si sabía qué eran las rosas Lictor.

—Es una variedad que se cultiva en las montañas de China.

—No sabía que había variedades de rosa con nombre propio.

—Es una rosa que resiste bien el sol, como la Maria Immaculata, la Beauté Inconstante o la madame Jules Grolez. Crece mejor en terrenos húmedos. Se dice que vienen más grandes y vivas cuando se entierran en sus raíces algunos pequeños animales: un ratón de campo, una ardilla, un pájaro. Yo nunca he visto ninguna.

Mi letra suele ser confusa y sólo yo la entiendo, pero esa vez mi caligrafía fue perfecta. El caso me desconcertaba y si escribí claro fue sólo para no agregar confusión al caos, sombras a la oscuridad. Más tarde tuve que maldecir mi letra clara, mi respeto a los renglones. Escribí: *El ataque durante la tormenta de Santa Rosa*. Escribí: *Dux necesita jardinero*. Escribí: *rosas Lictor*. Dejé la libreta en un cajón del escritorio.

A la noche fui al restaurante La marina, en Cangallo y San Martín, donde acostumbraba a comer el editor Valadés, que tenía a pocos pasos sus oficinas. Era jueves, día de puchero, y Valadés contemplaba la fuente de loza con el repollo, las legumbres, el chorizo colorado, sin saber por dónde empezar.

Podrían haber comido cuatro de esa fuente, pero mi presencia lo inquietó.

—Le digo al mozo que traiga otro plato...

—No se preocupe, Valadés. Vine solo para pedirle un favor. Usted que sabe de economía... ¿no me averiguaría sobre la situación de la empresa Sal Argentina?

—Hablando de sal, no me han traído el salero. ¡Mozo! —Hizo un gesto de echar sal hacia un camarero lejano y distraído—. Y aceite de oliva.

—Sé que la importancia económica de la sal se reduce día a día. Quiero saber si Dux Olaya está cerca de la bancarrota...

—Tengo mis amigos en la Bolsa. Puedo preguntarles cómo anda la cosa. Si se aclara el misterio, me entregará pronto unas paginitas, ¿no? ¡Más vino, por favor!

—Estoy lejos de aclararlo.

—Yo confío en que usted se dará maña. ¿Seguro que no quiere comer algo? Podemos pedir otra fuente.

Le agradecí, pero rechacé la invitación. Tenía que seguir mi recorrido.

Caminé unas cuadras hasta la redacción de *La Tribuna*. El portero, un moreno, ya me conocía y me dejó pasar. No encontré a Seguí en su oficina. Le pregunté a su jefe, el hombre gordo que le había reclamado las páginas en mi visita anterior. Me dijo:

—Me imagino que está en el bar de Olmos. Si lo ve, ¿me haría el favor de traerlo? Dígale que lo necesito para la página de policiales.

—¿Hubo alguna novedad? —me inquieté.

—No, pero la habré. Apenas lo vea lo asesino.

Entre la niebla del bar de Olmos adiviné a Seguí, frente a una gran copa de cognac. Ocupaba la misma mesa de la vez anterior. Del piano destartado venía un Chopin lento y dubitativo, como si los dedos del maestro Calero se consultaran entre sí antes de caer sobre las teclas.

—Salvatrio. ¿No ha visto en la puerta al coche de los caballos negros?

—No, no hay ningún coche.

—¿Y no vio en los alrededores al gigante de la oreja cortada?

—Sólo vi a su jefe, que está preocupado porque no se presentó en el diario.

—Trabajar, ganar dinero, publicar poemas. ¿Qué sentido tiene cuando uno está a punto de morir?

—Usted todavía es joven, Seguí, tiene mucha tinta por delante.

—Pero pisé el jardín prohibido, y el ogro viene hacia mí.

—Los ogros no existen.

—¿No le leían sus padres cuentos de hadas?

—Mi padre me leía libretos de óperas. Todas terminaban mal. Todos los personajes se morían.

—En los cuentos de hadas siempre hay un ogro que cuida un jardín. Y cuando alguien roba una rosa, el ogro aparece y lo devora. ¿Cuánto quiere para matarlo?

—¿Para matar a Buitrago? Yo nunca maté a nadie.

—Vamos, Salvatrio, sálveme. Acabe con la bestia, así se terminan los crímenes en esta ciudad.

—Jerónimo, creo que usted corre más peligro en su casa llena de obstáculos mortales que en las manos de Buitrago. Pero sería una buena idea que se fuera unos días de la ciudad, a donde nadie pueda encontrarlo, hasta que se aclaren las muertes de Ranier y Clemm.

—Le voy a hacer caso, pero recién dentro de unos días. Antes tengo que hacer una lectura de mi libro.

—¿Cuándo?

—En cinco días, en el teatro Apolo. Mi libro sale mañana de la imprenta. En realidad no soy el único autor: la señora Clarke, una estudiosa del tema de la Atlántida, le aporta una mirada científica al asunto. ¿Cree que el hecho de que haya otra autora en el mismo volumen me restará mérito a los ojos del lector?

—Seguro que no —lo tranquilicé.

Se puso de pie. Antes de echar a caminar probó que sus largas piernas lo sostuvieran.

—Su sola presencia, Salvatrio, me ha arrancado de la congoja y el desánimo. Voy a enfrentar mis obligaciones. Hágame un favor: págume la cuenta y acompáñeme hasta el diario, no estoy seguro de reconocer el camino. Por supuesto que lo que pague ahora formará parte de su lista de gastos.

Qué triste es pagar lo que no bebimos. Pedí la cuenta en la barra. Los números se

montaban unos sobre otros hasta formar una torre.

—¿Todo eso tomó? —le pregunté al hombre de la barra.

—Si no lo tomó se evaporó. Le aseguro que se lo serví.

Pagué sin investigar más. Mientras caminábamos hacia la salida noté que Seguí, encorvado y todo, me llevaba una cabeza.

—Es posible que haya una clave mitológica detrás de las muertes de Ranier y Clemm. ¿Eso le dice algo?

—Dux Olaya sabe mucho de mitología. Los otros también. En cualquier libro sobre jardines aparecen las referencias a la mitología: laberintos, columnas, arcos, estatuas de dioses... Pero no hablemos más de esos crímenes, no hoy.

Ya en la calle Seguí miraba a sus espaldas, temeroso de que nos siguieran. Quise distraerlo de su temor:

—¿Cómo será la velada del teatro Apolo?

—Voy a leer mi poema y la señora Clarke, especialista en fenómenos ocultos, expondrá las más recientes investigaciones sobre el tema de la Atlántida.

—¿Ha invitado a alguien más del grupo?

—A causa de los últimos acontecimientos la lista de invitados se redujo... Pero me siento obligado a enviarle una invitación a Dux y otra al Doctor Rank. Y a la viuda Ranier, por supuesto. Mire que cuento con su presencia, Salvatrio, y si tiene alguna amiga, mejor. A mí me deprimen las butacas vacías. Además se va a hablar de la Atlántida, y temo que nuestro asesino sea muy sensible a este tema. Lo necesito a usted con los ojos bien abiertos.

Llegamos al diario. El portero, sin decir nada, alisó las solapas de Seguí y corrigió el nudo de la corbata.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a la señora Clarke? —pregunté.

—Vive en el hotel Royal. Siempre que voy a buscarla, la espero afuera. Yo no me quedo ni un segundo en ese lugar maldito. Le aconsejo que haga lo mismo.

El hotel Royal. El hotel de los suicidas.



Al día siguiente estaba en la mesa de la cocina frente a una taza de mate cocido y unas torrejas, cuando Ángela me anunció:

—Una señora lo espera.

—¿Dijo el nombre?

—No. Está vestida de negro. Si yo, con este calor espantoso me vistiera de negro, sería de luto anticipado por mí misma, porque me caería muerta en la esquina.

Me llevé la taza conmigo y bajé hasta mi oficina. La señora Ranier estaba sentada frente a mi escritorio.

—Buen día, Salvatrio. ¿Alguna novedad sobre el asesinato de mi esposo?

—Se habrá enterado de la muerte de Clemm, imagino.

—Esperaba avances en la investigación, no en el crimen. —Se sentó en la enclenque silla, que miró con preocupación—. Yo le dije: la muerte de mi marido fue a causa de los jardines.

—Y yo le creí, señora Ranier. Por eso hablé con el doctor Rank, con Dux Olaya, con Seguí, con el mismo Clemm... Pero no tengo novedades por ahora. Hablando de los amigos de su esposo, ¿va a ir a la lectura de Seguí?

—No creo. Soy viuda reciente, tengo la excusa perfecta para huir por un tiempo de todos los compromisos.

—¿Le contó su marido alguna vez por qué dejaron de reunirse?

—No. Creo que la última vez fue una noche de tormenta. Se quedó a dormir en la casa de Dux Olaya, y volvió de mal humor. Dijo que la hija de Dux había tenido un ataque de epilepsia o algo así. Isidoro estuvo muy silencioso durante tres o cuatro días.

—Después de esa noche, ¿volvió a reunirse con alguien del grupo?

—Se veía con frecuencia sólo con Seguí. Alguna vez me comentó que se había cruzado con el Doctor Rank, pero de manera casual. El grupo entero no volvió a reunirse. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Usted sí sabe por qué dejaron de reunirse?

—Imagino que por aburrimiento.

—El aburrimiento, sí. La explicación de todas las cosas.

La señora Ranier abrió una cartera de terciopelo gris y sacó un objeto de plata.

—¿Se acuerda de que cuando nos vimos en el cementerio le dije que había encontrado algo? Aquí está.

Me tendió un distintivo de plata. Eran dos rosas con los tallos cruzados. En la parte de atrás tenía un alfiler para poner en la solapa.

—¿Sabe qué es? —me preguntó.

—Su esposo y sus amigos le dieron un nombre a su grupo de reflexión sobre los jardines. El Club Sub Rosa. La rosa es el símbolo del silencio en la tradición esotérica. Y el Doctor Rank, que tiene cierta inclinación por las sectas y las sociedades secretas, mandó hacer estos distintivos. No los llegaron a usar. El grupo se

desarmó antes.

—Si ya sabía de esto, entonces no le será de ninguna ayuda.

Estudié las rosas con la lupa. El distintivo medía unos cinco centímetros de alto. Estaba la marca del orfebre: LJ. Las dos rosas eran idénticas a las que había visto en los dibujos de Irene Dux. Los tallos se cruzaban a igual altura y también las hojas eran las mismas. Irene le había agregado al dibujo algo de su invención: las espinas sangrantes, como para expresar el significado terrible que aquel distintivo tenía para ella.

Comprendí de inmediato lo que esa semejanza significaba para mi investigación. «El hombre de las rosas», identificado gracias a los trazos de Irene Dux Olaya, no era el caballero. Era uno de los cuatro hombres que llevaban en su solapa las rosas de plata. Irene había dibujado el distintivo con mucha precisión: en algún momento una de las piezas de plata había estado en su poder. Probablemente se le había caído a su atacante. Ahora estaba seguro: había sido uno de los amigos de Dux Olaya el atacante de su hija.

—Voy a estudiar con tranquilidad este distintivo. Es muy probable que me sea de mucha ayuda. ¿Me lo puedo quedar unos días?

—Quédeselo para siempre. A mí sólo me trae malos recuerdos.

—Dígame una cosa: ¿sabe qué orfebre puede tener las iniciales LJ?

—Claro. Laurencio Jufre. Lo encontrará en las cercanías de la Iglesia del Socorro. Además de trabajos en plata reparan relojes. Y hablando de relojes...

La señora Ranier se acercó a ver el reloj de péndulo, grande y lúgubre como un confesionario. Golpeó la caja, para probar cómo sonaba.

—Ahora que su marido ha muerto, ¿cree que la señora Craig tendrá interés en vender algunos de sus muebles y adornos? Los nuevos ricos adoran estos relojes de pared.

—¿Por qué? Ocupan mucho lugar.

—Por eso son muy pedidos. Se compran casas enormes y no saben con qué llenarlas. La gente no soporta las paredes vacías.

—No se haga ilusiones. Este aparato no funciona bien.

—Eso no importa. En las antigüedades la falla es virtud: una prueba del paso del tiempo. Le digo la verdad, ahora que mi marido no está, ya no puedo conseguir tallas jesuíticas, espadas de la independencia, ánforas griegas... —La viuda Ranier suspiró—. Tengo que resignarme a cosas viejas de verdad.

\* \* \*

Al mediodía comí solo, porque la señora Craig había salido. Al tratar de alcanzar mi copa, volqué el salero y un poco de sal se derramó sobre el mantel. Ángela, que entraba con una jarra de agua, me ordenó:

—Tiene que tirar un poco de sal hacia atrás sobre el hombro izquierdo.

—¿Por qué?

—¿No conoce el refrán? «Sal derramada/querella armada.» La sal volcada trae problemas, si hace lo que le digo se conjura la mala suerte.

Le obedecí para tranquilizarla. Pero mientras comía se me ocurrió la idea de que tal vez había interpretado mal los granos de sal gruesa en las escenas de los dos crímenes. Había pensado que eran intentos de señalar a Dux Olaya. Tal vez se tratara de algo por completo distinto: la huella de una creencia o de un ritual.

A la hora en que las oficinas cierran fui hasta el edificio de Sal Argentina y esperé en la puerta. Desfilaron apresurados empleados contables. Manuel Diácono fue el último. Apresuró el paso como si no me hubiera visto, pero cuando dije su nombre se dio vuelta y me advirtió:

—No puedo detenerme a conversar con usted. Mi madre me espera, y si me demoro más de lo debido se alarma.

—No lo voy a demorar. Podemos conversar en el camino.

Diácono se resignó a mi compañía. Me costaba seguirlo: a esa hora había muchos transeúntes por la calle y el esmirriado tesorero caminaba rápido y pasaba con facilidad entre la gente, como si quisiera escapar de mí.

—Tanto en el jardín de Ranier como en la casa de Clemm encontré granos de sal gruesa.

Diácono me miró, preocupado, pero enseguida disimuló su turbación:

—No me llama la atención. Son intentos por comprometer al señor Dux Olaya o a nuestra empresa. Espero que usted no crea en esos indicios.

—Al principio pensé lo mismo que usted. Pero ahora considero que puede haber otra explicación.

—¿Cuál?

—Hoy derramé un poco de sal y la cocinera me hizo tirar una pizca por encima del hombro. Pensé entonces que alrededor de la sal hay creencias que yo ignoro por completo.

—La sal acompañó al hombre desde que vivía en cavernas, y el temor reverencial por derramar sal es antiquísimo. Si usted tiene oportunidad de ver una reproducción de *La última cena*, el fresco de Leonardo Da Vinci, verá que frente a Judas hay un salero volcado. Pero no es la sal en sí lo que trae mala suerte, sino su derroche. La tradición la considera como un elemento sagrado. En el Levítico se aconseja acompañar con sal todas las ofrendas que se hacen al Señor. Y en la alquimia, la sal es uno de los tres elementos fundamentales, que permite que el mercurio y el azufre entren en armonía.

—¿Y sabe de creencias vinculadas a la muerte?

Diácono hizo más lento el paso.

—Los japoneses creen que al arrojar un puñado de sal se aleja a los malos espíritus. En algunas de nuestras provincias he sabido que ponen un plato lleno de sal sobre el vientre de los difuntos, para que su fantasma no vuelva. El doctor Rank me

contó que en algunos pueblos de Europa Central se traza a fin de año una cruz de sal en el umbral para que los vivos no visiten a los muertos.

—Tal vez nuestro asesino sea supersticioso y echó sal para que los espíritus de sus víctimas no lo persigan.

—Tal vez —dijo Diácono. Se había detenido frente a una casa sencilla. En el estrecho balcón se veían unas plantas mal cuidadas—. O tal vez el asesino quiso guiar a los investigadores por un camino que no lleva a ninguna parte. Ustedes los detectives también tienen sus supersticiones, ¿verdad? Creen que en las cosas mínimas, en un pedacito de papel, o un puñado de ceniza o unos pocos granos de sal se esconde la gran verdad, la solución del enigma.

Hizo girar la llave en la cerradura.

—Disculpe que no lo haga pasar. A mi madre la inquietan los desconocidos.

Le había pedido una entrevista a Carlos Thays, Director de parques y paseos, a las 10 de la mañana. Fui hasta Palermo en un tranway que encontró el camino milagrosamente aliviado de coches y transeúntes y llegué unos minutos antes de lo convenido al Jardín Botánico. Un portero de uniforme gris me hizo esperar en los sillones de la galería, a la que llegaba una fragancia de glicinas.

Bastaba quedarse en contemplación unos segundos para ver cuánto trabajo exigía el parque: un albañil empujaba una carretilla llena de ladrillos, dos hombres de camisa de fajina clara pasaron cargando un árbol joven con las raíces envueltas en bolsas de arpillera, como si se tratara de un paciente en camilla, y otro pasó con varios letreros de chapa al hombro, todos recién pintados con nombres en latín.

Por ese entonces Thays vivía con su familia en el pequeño castillo de ladrillos colorados, levantado unos veinte años antes en aquellas tierras que alguna vez habían pertenecido a Juan Manuel de Rosas. El castillo, con sus cuatro torres, parecía provenir de alguna leyenda europea, de un cuento de hadas habitado por algún dragón doméstico o un ogro sin pretensiones, pero cada vez que lo veía yo pensaba en otras leyendas, en otros peligros, porque quien lo había planeado había sido un militar polaco, Jordán Wysochi, que había cambiado los campos de batalla de Europa por las esporádicas escaramuzas de la guerra del desierto. Wysochi había colaborado como topógrafo en la construcción de la zanja de Alsina, el pozo infinito que tenía por destino convertirse en límite infranqueable para los indios, y que colaboró apenas con su entretenimiento. Wysochi, a quien Sarmiento le había contagiado su obsesión por la isla Martín García, había muerto el año anterior mientras trabajaba en una línea de fortificación de la misma isla.

El arquitecto Thays apareció en la galería. Era un hombre de estatura mediana, de ojos claros y bigote. Llevaba un saco de lino blanco y un sombrero rancho, con una cinta azul. Colgaba de su cinto una tijera de podar oxidada.

—¿El detective? —me tendió una mano encallecida—. Podemos conversar mientras caminamos. Las palomas y las langostas no me dejan en paz. ¿Puede creer que aquí, en plena ciudad, hay langostas?

—Como le adelanté en mi mensaje, estoy investigando la muerte de Isidoro Ranier.

—Espero que no piense que yo lo asesiné.

—Solamente quería saber su opinión sobre los filósofos de los jardines. Baltazar Dux Olaya, Isidoro Ranier, Jerónimo Seguí, el Dr. Rank, Ignacio Clemm...

—Solo traté a Dux Olaya, a Ranier y a Seguí. A los otros dos los he visto en circunstancias sociales, lejos de asuntos vinculados al paisajismo.

Echamos a caminar por un sendero de polvo de ladrillo.

—Mi antecesor en la Dirección de Parques y Paseos fue el ingeniero Schübeck, que había sido jefe de jardineros de Luis II, rey de Baviera. Schübeck murió

sorpresivamente hace cuatro años, y entonces se hizo un concurso de antecedentes. Me tocó competir con otros siete postulantes... Dos de ellos eran Dux Olaya y Ranier. Dux ofrecía sus conocimientos teóricos, su habilidad de empresario y sus influencias; Isidoro Ranier, su buen ojo para las antigüedades. Una vez que el jurado me nombró, no se dieron por vencidos y me visitaron ofreciéndose como asesores. Ranier quería ocuparse de comprar las estatuas que necesitaban nuestros parques y paseos. Se ofrecía con altruismo a pasar largas temporadas en París.

—¿Y qué le dijo usted?

—Que eso lo decidirían las autoridades municipales. Yo me ocupo de arbolar los parques. Como insistía, le envié un telegrama que solo decía: «árboles, no mármoles».

Se detuvo a cortar una hoja de palmera que colgaba en agonía.

—Es dura la lucha contra lo que Sarmiento llamaba el «jardín porteño» — murmuró.

—No sabía que hubiera un «jardín porteño».

—Un terreno con piedras irregulares extraídas de las canteras de la isla Martín García. A eso llamaba Sarmiento el «jardín porteño».

—¿Conoce otros grupos como el de Dux Olaya?

—Nos ha tocado una época en la que reinan la confianza en la razón y en la ciencia. En la jardinería todos los días hay avances en las técnicas y en la investigación. Las revistas de horticultura traen con cada número un sinfín de innovaciones. Pero a una acción sucede una reacción. El pensamiento científico avanza en todos los órdenes, pero así también avanza el ocultismo. Por cada nuevo descubrimiento, una nueva idea alocada. No sería raro que los que diseñamos racionalmente los espacios naturales seamos desplazados por los filósofos de los jardines, los seguidores de la Atlántida, todos aquellos que quieren que la naturaleza repita, con raíces y espinas, la oscuridad de sus mentes.

Llegamos hasta un estanque donde flotaban unas plantas acuáticas con flores de color amarillo.

—Todavía no pudimos solucionar la circulación del agua en estos pequeños lagos de fantasía. Se estanca, aparecen los mosquitos, el olor a agua podrida. Los jardines reales están llenos de detalles y problemas, pero Dux Olaya y los suyos, que persiguen el ideal, nunca tienen que luchar contra orugas, langostas, hormigas.

—Pero Dux tiene un jardín real. Está un poco descuidado, pero es tal la cantidad de especies, de estatuas, de columnas y urnas...

—Sí, me imagino que el finado Ranier le habrá vendido toda clase de antigüedades... o modernidades. Pero no creo que sea ese jardín el que realmente le importa... En la historia de la jardinería ha habido muchos modelos de jardines, pero hay dos fundamentales: uno que propone el orden, la simetría, el artificio, y otro que trata de imitar la naturaleza en su desmesura y su capricho. Todos los jardines son variantes de estas dos formas. Y toman elementos de uno o de otro. El jardín japonés

es una alabanza del artificio, pero quiere imitar en cascadas, en piedras sueltas y en hojas caídas el capricho que rige en la naturaleza. El jardín inglés suele estar a favor de la naturaleza y toma la forma de un bosque, pero muy a menudo deja el puro desorden natural para elegir el calculado caos del laberinto. En Francia dominó la idea del jardín deliberado y perfecto, como son todavía hoy los jardines de Versailles, diseñados por el gran Lenôtre. Pero a la vez tenemos en nuestra tradición a Charles Rivière Dufresny, el primero en probar el pintoresquismo, el paisaje casual, el repudio a la geometría. Los filósofos de los jardines han identificado esas dos formas con dos orígenes distintos; el jardín natural es el Edén; el jardín ordenado, la Atlántida. Pero por encima de estos dos modelos creen en la existencia del jardín secreto.

—¿Un jardín escondido en alguna parte?

—No, no se trata de un jardín escondido entre altas paredes, como son los jardines venecianos. Es un jardín escondido en el jardín. Mire lo que nos rodea aquí, en el Jardín Botánico. Las plantas están dispuestas como en un archivo viviente, para combinar el paseo con el conocimiento. Están representados los cinco continentes. El Botánico es un mundo en miniatura: quien pasea por aquí pasea por regiones distantes. Pero no hay una idea secreta. Todo está a la vista. Pero en las mentes de los «filósofos de los jardines» está la idea de que un jardín tiene que tener una forma secreta, algo que solo pueden entender los iniciados.

—En el pórtico de Dux Olaya dice *Procul o procul este profani...*

—Es por eso que se ocupan de los jardines; no para que entren todos sino unos pocos. Les gusta ser los que entienden de verdad el asunto. Se la han pasado jugando con todo lo escondido y creo que es justamente lo escondido la razón por la que han empezado a matarlos.

—Dux Olaya se sintió abandonado y traicionado por sus amigos. ¿Cree que es capaz de llegar al asesinato?

—Lo lamento, señor Salvatrio, yo no puedo imaginar a nadie con razones para matar. Es algo completamente ajeno a mi naturaleza. Sé que Dux Olaya tiene fama de terrible, pero pude conversar largamente con él y de alguna manera entendí esa obsesión por los jardines. ¿Sabe cuál es el verdadero jardín de Dux? No está hecho de árboles, rosales o fuentes. Son ellos, sus amigos. Ellos, que hablan de los jardines, son su jardín secreto. Él, acostumbrado por su padre a la brutalidad de los saladeros, tenía por fin su salón literario, su pequeña sociedad filosófica, su Europa en miniatura. Podía huir del reino salvaje de su padre. Podía huir de las reses degolladas, de la sal, del legado de Rosas y sus mataderos. En fin, de la barbarie, como decía Sarmiento.

—Si sus amigos son su jardín, entonces de ese jardín sólo quedan ruinas.

—¿Ruinas?

—Dos fueron asesinados, quedan tres en pie.

Thays se detuvo a observar en el tronco de un árbol un líquen de color verde

claro. Sacó una pequeña lupa de su bolsillo.

—El culto a las ruinas es típico de los amantes de los jardines. En los jardines ingleses abundan los templos, las columnas, los muros derruidos. En los jardines del Trocadero de París acaban de erigir una ruina artificial, una especie de resto de castillo. Tal vez el asesino crea que el jardín de Dux necesita una ruina.

Guardó la lupa y seguimos caminando.

—¿Por qué querría alguien eso?

—Las ruinas siempre se usaron para poner las cosas en perspectiva, para dar a la naturaleza una señal del mundo humano, de la Historia, y para señalar lo efímero de las obras de los hombres. Tal vez por eso mató el asesino. Para dejar, en el mundo atemporal de las plantas, la señal de algo que pasó, una historia que no quiere que nadie olvide.

Habíamos llegado a un laguito. En la orilla había un arbusto para mí desconocido. Le pregunté qué era.

—Un ginkgo biloba. El único árbol que no tiene parientes conocidos. Un verdadero fósil viviente. Goethe dedicó a sus hojas un famoso poema. —Sacó de su bolsillo un tubo de ensayo y juntó un poco de agua. Tapó el tubo, lo agitó y observó el agua turbia.

—En cuanto a lo que le he dicho del jardín en ruinas... no me haga caso. ¿Qué puedo saber yo de crímenes? Si sigo teniendo problemas con gorgojos, murciélagos y funcionarios municipales creo que voy a golpear la puerta de Dux Olaya para escaparme del Botánico y pedir refugio en el Ideal.

\* \* \*

Volví caminando a la casa Craig, porque cuando camino pienso mejor. Pensaba en las palabras de Thays. El jardín de Dux eran sus amigos. El jardín eran las conversaciones, y alguien había decidido acabar con ese jardín o, al menos, instalar allí la idea de la ruina.

Apenas entré a la casa sentí el olor del tabaco. Imaginé que Juan Troy debía estar reunido con la señora Craig. Irritado, subí a los saltos las escaleras. Casi me choco con Ángela, que llevaba unas tazas de té en una bandeja de plata.

—¿Por qué no sube como la gente normal? Casi vuelco todo.

No llegué a decir nada pero vi que había tres tazas en la bandeja. Eran unas tazas inglesas de porcelana celeste que la señora Craig sólo usaba para ocasiones especiales. Imaginé que una taza era para mí, que me esperaban.

En la biblioteca, sentado en el sillón grande, estaba Castelveta, completamente vestido de blanco. Acababa de abrir su caja de rapé. Me contempló con una reserva irónica. A su lado Greta, con un vestido verde, me miraba con algún asombro, como si mi presencia, en la casa donde vivía y donde trabajaba, fuera algo inusitado. La señora Craig evitó mi mirada y dedicó su atención a las tazas de té, que Ángela había



apoyado en la mesa.

—El azúcar, la crema, el limón, las cucharitas de plata, las servilletas, los bizcochos con canela y anís... Todo está bien, Ángela.

Después consintió en apartar la mirada de la bandeja labrada:

—Salvatrio, creo que conoce al señor Castelveta, y también a Greta, su asistente.

—Nos conocimos en París —dije.

—El señor Castelveta tenía una gran amistad con mi marido. Y por eso, además de sus actividades artísticas, está dispuesto a resolver un enigma.

—¿Se refiere al botón de Blanco Abreu? Le prometo que mañana mismo...

—No, es algo mucho más grave que el botón de marfil. Una persona de mi amistad, el señor Troy, ha desaparecido.

—¿Lo buscó en la casa de al lado?

—Hice que el portero entrara en el departamento. Hace dos días que no se presenta.

—Troy quería intervenir en una investigación que tengo a mi cuidado. Tal vez hizo un pequeño viaje en busca de informaciones o testigos. O volvió a su ciudad, Rosario.

La señora Craig negó con la cabeza:

—¿Un viaje? Me hubiera avisado, para que me ocupara de sus plantas.

Hubiera sido mejor que yo dijera lo que tenía para decir en privado, pero la irritación me hizo hablar:

—Señora Craig, conozco bien a Castelveta. Su ingreso en Los Doce Detectives fue resistido por varios de sus miembros, pero la buena opinión que tenía Craig de él hizo que lo aceptaran. Pero usted tiene un detective en su propia casa, alguien que además conoce la ciudad mejor que Castelveta. ¿No cree que puedo sentirme ofendido por haber sido ignorado de esa manera? Ni siquiera me comentó que Troy hubiese desaparecido.

—Mi querido Salvatrio, lamento de todo corazón no haberlo contratado. Pero tengo buenas razones.

Iba a decir cuáles eran esas razones, pero Castelveta la hizo callar con un gesto. Habló por primera vez:

—La señora Craig considera que usted es el principal sospechoso de la desaparición de Troy.

## CUARTA PARTE

### El jardín de los suicidas

El paraíso es el más dulce jardín plantado por Dios.  
Predestinado desde el origen de los tiempos, siempre estará cerrado.

DIONISIO EL CARTUJO, s. XV

# 1

Hay hoteles que se especializan en lunas de miel, en viajantes de comercio o en señoritas solas: el Royal se especializaba en suicidios. En la recepción un cartel avisaba, previsor:

«Las habitaciones se pagan por adelantado».

Era un edificio de tres pisos en el 214 de la calle Maipú. Había sido a comienzos de los años setenta un hotel de lujo, pero pronto sus magníficas alfombras, y las arañas de miles de caireles, y los grandes espejos dorados habían empezado a tener ese aire a desolación que siempre tiene el lujo cuando le falta la energía de la vida; como si las cosas brillantes y suntuosas fueran más débiles que las cosas sencillas ante el avance de la muerte. En febrero de 1882 una dama sola, de paso por la ciudad, hizo su equipaje, ordenó la habitación, dobló con cuidado la página del libro que estaba leyendo como si fuera a retomar lo la mañana siguiente y disolvió en un vaso de agua dos cucharadas de veneno para ratas, iniciando así una tradición de suicidios nocturnos que se continuaría por años. Muchos eligieron saltar desde las grandes ventanas que daban al norte al jardín que estaba en los fondos: un terreno de césped siempre amarillento, con una fuente de piedra en el centro, un desmesurado laurel en una esquina y el aljibe. Mientras la lóbrega fama del hotel crecía —y merecía en las páginas de *La Clave del Crimen* un largo artículo de Renato Craig— los paisajes pintados se nublaban, los retratos se volvían amarillos y ojerosos; los caireles caídos ya no se reponían y los espejos eran derrotados por una lepra de azogue.

Cuando entré en el Royal, el recepcionista, cadavérico espécimen de levita verde, dormitaba. El botones, algo entrado en años y uniformado de rojo, parecía la estatua de un botones. Pero el gerente del hotel, Miklos Danish, a quien había visto varias veces en el pasado, vino hacia mí con la sonrisa fácil y la mano tendida. Tenía puestos unos guantes color patito que no se sacó para tenderme la mano. Su traje gris brillaba como si lo hubiera lustrado y su colonia llegaba antes que él y lo anunciaba.

—¿Qué lo trae por aquí, detective? ¿Alguna investigación?

—Vengo a ver a la señora Clarke.

El gerente miró al conserje y bastó que girara la cabeza para que una nueva ola de perfume avanzara por la recepción, venciendo el olor a aserrín de los muebles, a humedad de los tapizados y el querosén con que limpiaban los bronce.

—Está trabajando en su cuarto —dijo el conserje entre bostezos.

—Ay, Artemio, «trabajar», qué palabra tan pobre, tan doméstica para la inspirada labor de nuestra experta en la Atlántida —dijo el gerente, y no supe si esa admiración era en solfa o en serio—. Vaya a buscarla, José.

El botones fue a anunciarme, con paso lento de llegar mañana.

Recordé entonces el encargo de la señora Craig. Me parecía que cumplir con aquella tarea era un modo de despedirme. Me había ofendido por partida doble: por contratar a Castelveta y por considerarme sospechoso de un delito. No quería verla

nunca más en mi vida; y si estaba dispuesto a buscar aquel botón era para que nada quedara pendiente entre nosotros.

—Señor Danish, aprovecho que estoy aquí para preguntarle algo que le parecerá una tontería.

—Pregunte lo que quiera. Los gerentes de hotel estamos acostumbrados a las tonterías.

—Hace unas semanas pasó por este hotel un ciudadano uruguayo, Jeremías Blanco Abreu.

El gerente señaló un calendario en la pared.

—Sí, dejó la habitación hace exactamente 24 días.

—Dejó la habitación... —repetí. Había dejado la habitación, el país, el mundo—. La hermana de Blanco Abreu está preocupada por un detalle que puede parecer insignificante. Dice que su hermano era muy pulcro en el vestir. Y ésta es la tontería en cuestión: le faltaba un botón a su capa.

Temí que Danish se burlara, pero consideró con gravedad la situación:

—Por cuidadoso que sea uno, siempre puede caerse un botón. El otro día fui al teatro y al entrar en el palco me di cuenta de que me faltaban no uno sino dos botones del chaleco... Pasé todo el intervalo cruzado de brazos...

—Éste era un botón especial, tallado a mano. Un pequeño palacio de marfil. Es una reliquia que la familia valora mucho.

—Lo ayudaré a buscar, pero le ruego es que esto no pase a la prensa. Ya es bastante difícil lidiar con la fama de que somos un hotel donde los clientes se suicidan... si además nos convertimos en un hotel donde los pasajeros pierden sus botones...

—Pero la fama del hotel está justificada. Recuerdo que mi maestro, Renato Craig, en un artículo publicado en *La Clave del Crimen*...

—Flaco favor nos hizo su amigo Craig. Esa tasa de suicidios no era en ese entonces mucho mayor que en otros hoteles, solo que en los demás nadie se dedicaba a contarlos. Una vez que apareció en la prensa el título «El hotel de los suicidas», todos los melancólicos y los depresivos de la ciudad empezaron a venir. También los repórters, inclusive de diarios de Montevideo y Santiago de Chile. Usted mismo estuvo en París cuando se inauguró la torre Eiffel. ¿Cuántos se han arrojado al vacío desde el segundo nivel y aun desde la cima? Y nadie la llama «la torre de los suicidas»...

Danish se había acalorado, pero enseguida recuperó su tono profesional:

—En cuanto a ese botón... ¿usted conoció a nuestro huésped?

—No, pero ocurre que la hermana del viajero uruguayo es amiga de la viuda de Craig. Me sentía obligado a preguntar por ese botón perdido.

—Todavía no hemos alquilado ese cuarto y la mucama nueva que tenemos hace una limpieza un poco superficial. Tal vez el botón siga por allí. Si tengo noticias le aviso.

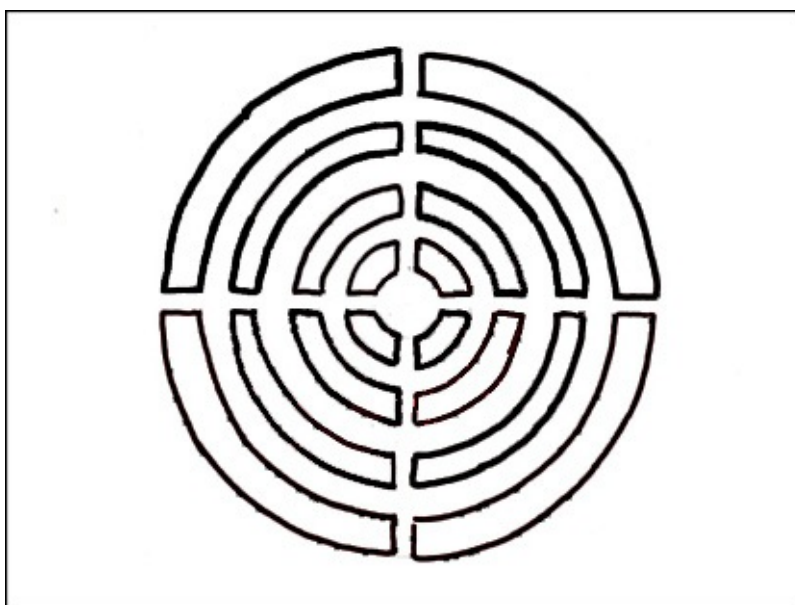
El demorado botones llegó con la noticia de que me esperaban arriba. Comencé a subir las escaleras a los saltos, pero las fuerzas pronto me abandonaron, como si estuviera a miles de metros sobre el nivel del mar y me faltara el oxígeno. Era martes, era la mañana, pero yo sentía que era un domingo a las siete de la tarde, cuando la ciudad va quedando sin vida y hay que irse a la cama para no pensar. Las lámparas de gas brillaban con reflejos verdosos.

Golpeé a la puerta del 311 y salió una dama bajita y maquillada en exceso. Tenía un vestido gris y un collar de perlas que parecía tirarle la cabeza para abajo.

Me hizo pasar a una sala de pesadas cortinas doradas que no habían sido recorridas en años. Me señaló uno de los dos sillones.

—Siéntese con cuidado que tiene la pata rota.

Junto al sillón, en una mesita de mármol, había un cuaderno en octavo donde advertí lo que parecía un plano, formado por círculos concéntricos y caminos que iban desde el centro a los bordes, a modo de puentes. La señora Clarke había trazado el dibujo con mano algo temblorosa. Llegué a leer la inscripción: *Plano de la Atlántida inspirado en el Timeo de Platón.*



—No sabía que existiera un plano de la Atlántida.

—Ah, por supuesto que existe. —Me señaló el círculo central—. Aquí, en el corazón de esta construcción está el palacio del rey. El resto de la ciudad crece en sucesivos círculos concéntricos. Los canales la protegen de posibles invasiones.

Cerró el cuaderno, celosa de que pudiera enterarme de algún secreto.

—¿Por qué vive en este lugar? —pregunté.

—¿Qué tiene de malo? La vida en los hoteles, para una dama sola, es la solución a una serie de cuestiones domésticas.

—Pero hay una atmósfera melancólica, como si tantas tragedias hubieran dejado su marca...

—No se deje impresionar por eso. Mis investigaciones psíquicas me liberan de

toda influencia negativa. Conozco el ritual para conjurar todos esos malos aires.

—¿Qué ritual?

—El ritual del cálculo. Todos los meses hago cuentas y me detengo a pensar en la cifra que me ahorro por vivir entre suicidas. Eso le daría ánimo a cualquiera. Además el dueño, Danish, me pone de ejemplo para que se vea que se puede sobrevivir a la atmósfera mortecina. Me dice que soy una sobreviviente neta. A mi edad, no hay mejor piropo que ése. Pero usted no está investigando el hotel Royal, sino los asesinatos de los amigos del gran Dux.

—Sé que usted se entrevistó con la hija de Dux Olaya, Irene.

—Esa niña era una maravilla. A lo largo de los años busqué la Atlántida en el fondo del mar, en desiertos, recorrí ciudades de América, Asia y Europa, entrevisté espiritistas y miembros de sectas, entré en los más secretos grupos de Turín, de Praga y de París en busca de alguien así y recién la encontré aquí, en esta ciudad, a la vuelta de la esquina... Su Atlántida era la verdadera Atlántida.

—Pero después calló...

—Una noche de tormenta dejó de hablar, como si los guardianes de los misterios de Eleusis hubieran decidido arrancarle la lengua. Fue un drama para mí. Traté de sacarle una palabra, pero ella seguía muda, inclinada sobre los dibujos.

—¿Usted sabe por qué dejó de hablar?

—No, no me dijeron nada, era un secreto familiar. Tuve que insistir mucho para que me dejaran verla, pero ella ni siquiera dio señales de reconocermé. No pierdo la esperanza de que recupere el habla. En mi libro recogí muchas de sus visiones. Yo me escribo con los miembros de la Sociedad Atlántica Internacional... —Se quedó a la expectativa, para ver si la referencia me impresionaba...— y quedaron fascinados con sus palabras...

—En sus últimas visitas ¿vio si Irene llevaba un distintivo de plata?

—¿Un prendedor?

—Algo así. Dos rosas con los tallos cruzados.

—No, no recuerdo. Tenía un cofre del que no se desprendía. Ahí ponía sus tesoros. Pero no vi qué había dentro. Lamento no poder ayudarlo.

La señora Clarke pareció perder bruscamente el ánimo a causa del recuerdo de Irene Dux. Traté de animarla:

—Sé que escribió un libro junto a Seguí.

—Estamos a punto de publicarlo. *La isla perdida* es el título general. Incluye su poema y mi estudio científico.

—¿Hace mucho que conoce a Seguí?

—Su madre y yo éramos muy amigas. Era un chico solitario, y creo que siempre tuvo algún tornillo flojo. Pero consiguió trabajo en el diario. Todo un logro para ese tarambana. Mire qué lindo artículo le han hecho hoy.

Me tendió un ejemplar de *La Tribuna*. Le habían hecho a Seguí una entrevista a propósito de la inminente aparición de su poema en libro. El anónimo cronista se

mostraba como un profundo conocedor de la obra de Seguí. Describía minuciosamente la casa con su piano, sus libros amontonados, sus pajarracos embalsamados. Todo, aun el caos, era motivo de elogio: «Es verdadero poeta quien vive en el desorden». Dado que en la página cultural contaba con un solo cronista, no era fácil adivinar quién era el autor de tantos encomios. Algo avaro con su compañera de aventuras editoriales, Seguí la mencionaba sólo en una línea.

—En el libro que vamos a publicar hago un resumen de todos mis encuentros con Irene Dux Olaya.

—Me dijo su padre que no va a escribir su verdadero nombre.

—No, la llamo Inés Deville. Soy una profesional y sé guardar la privacidad de mis fuentes. Lástima que en el libro tuve que incluir el poema de este muchacho.

—¿No le gusta?

—La ciencia no admite distracciones. Pero qué le voy a hacer. —Se acercó como para hacer una confidencia—. Él costeó la edición.

Me despedí de la señora Clarke, que partió rumbo a su habitación con su cuaderno en la mano. Antes de bajar me miré en el espejo de volutas doradas del *hall*. Los ojos enrojecidos por la falta de sueño. La barba crecida. Despeinado. Estaba cansado y quería ir a la cama, pero no tenía ganas de volver a la casa de la señora Craig después de su traición.

El gerente Danish, rosado, amable, perfumado, vino hacia mí.

—¿Pudo hablar con nuestra sibila, detective?

Le dije que sí. Busqué en mi bolsillo y logré reunir algunos billetes. Miró con algún asombro los papeles arrugados.

—¿Tendría una habitación para mí? —pregunté.

Entonces sonrió. Tomó solo dos de los billetes que le tendía y me hizo guardar el resto.

—Por supuesto. Tengo la 226. La misma de Jeremías Blanco Abreu. Tal vez encuentre usted mismo ese botón perdido.

## 2

Fui a buscar mis cosas a la casa de la señora Craig. No me llevé todo, vagamente consciente de que alguna vez podría volver. Ángela me descubrió revolviendo cajones.

—¿Está seguro de que se quiere ir?

—La señora Craig me ofendió.

—Usted sabe cómo es la señora, no hay que tomársela muy en serio.

—Ahora es tarde. Voy a poner mi oficina en otro sitio.

—Déjeme que le prepare una vianda.

Ángela trajo una canasta con un pedazo de carne fría, un poco de queso, pan, unas manzanas, una botella de vino. Era una de esas personas que secretamente hacen que el mundo siga funcionando.

—¿Y si alguien pregunta por usted, qué le digo?

—Que me vayan a ver al hotel Royal.

Apenas puse un pie en el gran *hall* sentí una opresión en el corazón. ¿Pueden los edificios estar enfermos de desánimo? ¿Podría ser esa la explicación para la sucesión de tragedias? Los diarios llamaban siempre al suicidio «drástica determinación», pero para mí no había decisión más lenta y laboriosa que la de quitarse la vida. Cuando entré en la habitación busqué en mis bolsillos unas monedas y se las di al petrificado botones. Apenas cerré la puerta sentí que las paredes empapeladas de amarillo eran como las páginas de un libro viejo en el que yo había quedado atrapado para siempre.

Era una habitación amplia para tratarse de un hotel y la cama de una plaza la hacía aún más grande. Había una cómoda, una mesa y dos sillas, además de un imponente ropero. La ventana daba al jardín interno. Sabiendo que Jeremías Blanco Abreu se había matado en esa misma habitación busqué el botón perdido en los rincones, bajo la cama, en los cajones de la cómoda. Encontré bolsitas de lavanda, monedas, algún lápiz, un pequeño botón de camisa, pero ningún botón de marfil. Cuando regresé a la noche, después de haber comido en una fonda que estaba a media cuadra, habían dejado un vaso de agua fresca en la mesita de luz.

A la mañana siguiente desayuné en una pequeña sala con un hombre joven que no se despegaba de un estuche de violín, y con una dama sola, joven también, que cada cinco minutos suspiraba. No se miraban entre sí pero de vez en cuando me miraban a mí. Yo les devolvía las miradas, a la espera de descubrir en sus gestos si eran candidatos a un fin próximo, o apenas viajeros confundidos, ignorantes de la fama del hotel. Con la excusa de pedirle la azucarera, le pregunté al hombre del violín qué estaba haciendo allí.

—Vengo de la ciudad de Mendoza. Soy músico y espero continuar en Buenos Aires mis estudios de violín. Con un poco de suerte, tal vez encuentre lugar en alguna orquesta.

«Bien», pensé: «Esperanza». Y pasé a la mujer. Debía tener unos 26 años: con



gesto altivo, como para desalentar cualquier ilusión romántica que pudiéramos tener el músico o yo, declaró:

—Aunque me vean aquí sola, estoy casada y espero a mi marido que viene en barco desde el Brasil. Apenas llegue nos iremos a vivir juntos a Misiones, donde mi familia tiene plantaciones de té.

La muchacha era bonita y tenía un aire distraído, quizás porque se quedaba mirando con atención cosas mínimas: una mancha en el mantel, o la forma de la cucharita, o una libélula que golpeaba contra la ventana, como si nunca hubiera visto cosas semejantes. Me hubiera gustado pasar largo tiempo hablando con ella, pero apenas puse un terrón de azúcar a mi segundo café apareció el botones. Me dijo algo pero no supe muy bien qué, porque hablaba en voz baja y sin mover los labios. Al final entendí que alguien me esperaba.

—¿Quién?

—Una monja.

Apuré el café de un trago y bajé al *hall*. Una figura de hábito negro me esperaba de pie, las manos juntas y la cabeza gacha. Cuando me acerqué vi que era una mujer pálida de edad indefinida. No levantó los ojos. Tenía un rosario de cuentas negras entre sus manos descarnadas.

—Soy la hermana Leonora. Lo he visto en el hospicio.

—¿Vive allí, hermana?

No respondió, apenas miró un reloj en la pared. Le hice un gesto para que se sentara y lo rechazó. Me apenó ver bajo el faldón negro unos zapatos destrozados por el uso. Los zapatos gastados y rotos me impresionan más que los otros signos de la pobreza, como los pies descalzos o los andrajos, porque hablan de todos los pasos que se han dado, del largo camino que ha llegado hasta allí.

—No hay tiempo para cháchara y cortesías. Sé que está investigando unos asesinatos...

—Así es. ¿La envía el doctor Rank?

Bastó que mencionara el nombre para que se estremeciera. Enseguida se dominó.

—El doctor no sabe que estoy aquí. El doctor no quiere que hable con usted ni con nadie. Pero tengo que decirle que ocurren cosas terribles en el hospicio.

—¿Qué es lo que pasa?

—Por la noche, algunas de las internas son... visitadas.

—¿Son visitadas? ¿Qué quiere decir?

—No me obligue a decir más. Por mis votos tengo prohibido pronunciar algunas palabras. Las visitan... las...

—¿Quiere decir que alguien las ataca? ¿Que dejan pasar a hombres?

—Sólo hay un hombre, señor detective. Siempre es el mismo hombre. Siempre en la oscuridad. Las muchachas no saben cómo defenderse. Se escuchan los llantos en la noche. Las lastima.

—¿Y su superiora sabe esto?

—Mi superiora es una mujer mayor y está muy enferma. Habla con gente invisible que pertenece a su pasado.

—¿Y el doctor?

—Al doctor no le importa el visitante nocturno. Tal vez sea uno de sus experimentos.

De pronto dos hombres vestidos de gris entraron en la sala. Reconocí los uniformes de los guardias del Manicomio de Mujeres. El botones de chaqueta roja los miró sin expresión, el conserje de levita verde se había dormido y el gerente no estaba, ni tampoco su perfume. A los hombres de gris los seguía un policía con el bastón negro en la mano.

—Ya están aquí —la monja se santiguó—. Sabía que no había tiempo. Espero que mis pocas palabras sirvan para algo.

—Tenemos que llevarla de regreso al hospicio —dijo uno de los guardias.

—La hermana Leonora va a volver cuando ella misma lo considere oportuno —la defendí, cruzándome en el camino de los hombres. Se miraron entre sí, y después avanzaron los tres a la vez, por distintos caminos, sin darme tiempo a nada. Forcejeé con el policía, pronuncié entre jadeos el nombre de Janzen, pero los otros dos ya habían llegado hasta la mujer. La sostenían de los brazos, uno de cada lado.

—¿La hermana Leonora? —Uno de los guardias le arrancó el tocado. La mujer tenía la cabeza rapada, el cráneo marcado por cortes y golpes—. No es ninguna hermana. Es Leonora Asti, que asesinó a su esposo clavándole unas tijeras en la garganta. Está encerrada desde 1887. Escapó esta mañana. —La miró un instante, ya sin dureza, y le habló como se reprende a un niño—. Vamos, Leonora, ya es hora de volver.

### 3

Le envié un billete a Greta para pedirle que me acompañara a la lectura que harían Jerónimo Seguí y la señora Clarke: el mismo mensajero, un muchacho con la cara sucia de hollín, me trajo la respuesta. Pasé a buscarla por el hotel donde se alojaba.

—Te acompaño al teatro, pero a cambio espero que vengas a verme actuar.

Acepté como aceptamos los hombres los deseos de las mujeres: como algo que ya ha ocurrido. Iba a pedir un coche pero me dijo que prefería ir a pie hasta el teatro Apolo. El vestido, de un púrpura arrebatado, parecía demasiado oscuro entre las telas claras de las demás mujeres: era como si quisiera anticiparse a la noche y al invierno.

—Veo que te mudaste a un hotel. ¿Problemas con la señora Craig?

—Necesitaba un poco de aire nuevo.

—Espero que la participación de Castelveta no haya influido en tu mudanza.

—Me molesta el ruido de los zapatos de la señora Craig. Eso es todo.

—¿Y cómo anda la investigación? —me preguntó.

—No sé si decirte eso. Ahora que soy objeto de tu investigación tengo que ser cuidadoso con mis palabras.

—Yo en cambio confío en vos y puedo decirte todo acerca del caso Troy.

—¿Castelveta no te exige silencio?

—No puedo obedecer a todas las cosas que exige Castelveta... —Se acercó a mi oído, como si a alguien pudiera importarle nuestra conversación—. La policía está investigando las propiedades de Dux Olaya. Hoy revisaron los depósitos que Sal Argentina tiene en el puerto, pero Troy no apareció. ¿Es cierto que estabas celoso de Troy? Eso dice la señora Craig.

—¿Celos profesionales? Juan Troy es un caso perdido. Quiere ser el mejor alumno de una Academia desaparecida, el pupilo ejemplar de un maestro muerto.

—No pensaba en los celos profesionales. Pensaba en los celos comunes...

—¿Por qué habría de sentir celos?

—Por la señora Craig.

—Es la viuda de mi maestro. Sólo siento por ella respeto y fastidio.

Llegamos al teatro Apolo de la calle Corrientes. Bajo una de las tres arcadas había un grupo de señoras que conversaban sin decidirse a entrar: llegaban temprano para poder llegar tarde sin apuro. El grupo se abrió con un crujido de ropa almidonada, y de entre los vestidos claros apareció la silueta oscura de Seguí. Se había puesto su ridícula capa verde, que parecía más de mago que de poeta. El resto de su ropa conservaba el estado lastimoso de siempre, como si hubiera dormido con el traje puesto.

—Gracias por venir —me tendió la mano y la apretó. Temía que me arrepintiera y fugara—. Éxito total. Casi no quedan asientos... en las tres primeras filas. Han venido mis compañeros del diario, las amigas de la señora Clarke, unas tías lejanas de Luján...

—¿Cómo consiguió que le prestaran esta sala, en plena calle Corrientes?

—Ah, mi amigo, soy previsor, y hace tiempo que vengo haciendo algunas críticas favorables a las obras que los elencos españoles ponen en esta sala. Además, hoy es lunes y no tienen función.

Mientras hablábamos nos iba empujando a la sala. Desde el fondo llegaban unas notas lentas. Reconocí la vacilación de esos dedos.

—El maestro Calero, el pianista del bar Olmos, accedió a acompañarnos —dijo Seguí.

Acostumbrado a la penumbra del bar, el miope Calero lucía derrotado por la iluminación eléctrica del teatro. Tocaba con la cabeza baja, dejando que la cabellera blanca cayera sobre el teclado. No osaba abrir los ojos, como si tuviera temor de descubrir que no estaba en el bar de Olmos, sino en un territorio extranjero.

Nos sentamos en la última fila. Me quedé mirando a Greta, embobado y ausente.

—El espectáculo es allá adelante —me corrigió.

Seguí se acercó al piano y le hizo una seña al pianista para que se detuviera, pero el músico, indiferente, continuó, espaciando las notas.

—Haré de cuenta que la música es el silencio —se resignó Seguí—. Yo leeré algunas páginas de mi poema *La Atlántida* y luego disertará la señora Clarke.

Al oír su nombre la señora Clarke se vio obligada a ponerse de pie y saludar desde la primera fila.

Seguí continuó:

—Tengo que decir que otros poetas se me adelantaron en el tema. El médico véneto Girólamo Fracastore, o Frascator, como firmaba sus escritos, compuso en 1530 su poema *La sífilis o el mal francés*, en el cual, además de dar nombre a tan penosa enfermedad, postulaba que los fugitivos de la Atlántida habían sido los primeros habitantes de América. En sus versos hacía quedar mal al poeta Sífilo, pero peor a los franceses; que en venganza llaman a la sífilis el «mal italiano». —Debía haber varios italianos en la sala, porque se oyeron silbidos de repudio—. Tengo que ir hasta las guerras napoleónicas para encontrar un sucesor de Frascator. En 1812 Nepomuceno Lemercier compuso el poema *La Atlántida*, donde construyó una teogonía afín a la cosmología de Newton. En sus versos reemplazó a la mitología por la física moderna. Luego fue el Marqués de Pimodan el que trajo noticias del palacio de la Atlántida:

*Allá pasan los gigantes con collares de oro  
Tritones monstruosos desenrollan sus colas  
Las sirenas con cuerpos de escamas azules  
Sobre los peñascos cantan, e inmensas serpientes  
Coronadas de oro, con rojos carbunclos,  
Enlazan a los tritones con sus horribles anillos...*

»Y todos conocemos la obra del padre Jacinto Verdaguer, escrita en catalán. Su poema *La Atlántida* ganó los Juegos florales de 1877, y desde entonces el libro fue

traducido a casi todas las lenguas europeas. Debo agregar que soy el primer poeta argentino en dedicar un poema a la isla perdida.

—¿Cómo? ¿Y Olegario...? —intervino alguien del público.

—De Olegario Víctor Andrade no quiero hablar, porque usa la palabra Atlántida sin ningún rigor. Llama así a las Américas: «Atlántida soñada, que Platón presintió». Y si Platón presintió como ciudad amurallada lo que era continente ilimitado, la presintió bastante mal.

Seguí se aclaró la voz y empezó a leer su poema:

*Ninguna Atlántida existe hasta el segundo  
En que el hechizo de una voz la nombra...*

A medida que el poema transcurría noté que había hecho algunos cambios. La enumeración de las maravillas de la Atlántida había crecido con respecto al poema publicado en *La Tribuna*: ahogados con armaduras de corales, colecciones de barcos hundidos, un hipódromo que circundaba la ciudad, abundancia de elefantes y otros animales gigantescos, un cementerio de sirenas. Con estas líneas nuevas reemplazaba los versos que había podado. Todas las menciones al ataque a Irene Dux Olaya habían desaparecido. Nada se decía de las señales de plata, nada de los caballeros de la rosa. Antes el poema contaba una historia; ahora apenas describía un museo de símbolos. Tarde, demasiado tarde, Seguí había aprendido a combinar la rima con la cautela.

Los aplausos sonaron entusiastas: como ocurre a menudo en el teatro, es difícil saber si se aplaude lo que termina o el hecho de que haya terminado. Los muchachos del diario, bromistas como suelen ser los periodistas, aprovechaban el imperativo de su nombre y le pedían un bis al grito de «¡Seguí, seguí!».

Atiborrada de joyas, la señora Clarke subió a escena por una escalera lateral y se colocó al lado del perenne piano. Seguí, encantado de estar en el escenario, alertó que los libros se venderían a la salida, y parecía que iba a hacer alguna consideración final sobre su poema, pero tras una mirada gélida de la Clarke se resignó a bajar.

Con voz segura comenzó la señora:

—Fue Platón, que era un iniciado, el primero que se animó a pronunciar el nombre de Atlántida en sus tratados *Timeo* y *Critias*. Describió el poder que ejercía la isla, sus terribles ceremonias, y también su fin. Desde entonces, arqueólogos y soñadores la buscaron en el fondo del mar, o siguieron su pista a través de ánforas enterradas o monedas borrosas. Yo misma participé de la expedición organizada por la Royal Society en 1859 a bordo del *Lightning*. Fui como repórter, enviada por la *Gazeta de Edimburgo*. Las sondas recorrían el fondo del mar, en busca de las torres de la Atlántida. El almirantazgo inglés no tenía mayor confianza en la utilidad de la expedición, y por eso nos habían destinado el *Lightning*, que era el vapor más viejo de la flota real. Los marineros se afanaban día y noche achicando el agua de la sentina. Cada día que pasaba, la línea de flotación estaba más abajo. Un día le dije al capitán: «Recuerde que el propósito de la misión es hallar la Atlántida, no amarrar en

ella».

La señora Clarke tosió. Uno de los acomodadores le alcanzó un vaso de agua.

—Al final la expedición terminó sin que diéramos con la isla sumergida, pero gracias a esa búsqueda se hizo un descubrimiento científico fundamental: se supo que el fondo submarino es una réplica de la superficie, con sus colinas, valles y montañas. En su último viaje, el pobre *Lightning* pasó a formar parte de la Historia.

»Algunos estudiosos conjeturaron que la verdadera Atlántida es América; otros que es Lemuria, un continente hundido bajo el océano Atlántico; alguno la buscó en los desiertos del norte del África. Pero desde hace cincuenta años los mayores estudiosos de la Atlántida consideran que la isla no está hundida en el océano, sino en nuestro interior. El verdadero sitio del continente perdido es la memoria de la especie. Sólo descubriéndonos descubrimos la isla. Existió en el plano material una Atlántida, pero de encontrarla, sus ruinas la difamarían, como difaman las ruinas todo lo que alguna vez tuvo vida. Pero la isla sobrevivió en el plano espiritual. Cómo explicar sino que habitantes de países distantes hayan hecho la misma descripción de sus terrazas, sus estatuas, sus jardines. Cómo se explica que visionarios que nunca se conocieron hayan tenido el mismo sueño, noche tras noche, y hayan dibujado las mismas formas geométricas, los mismos números misteriosos, los mismos nombres escritos en un idioma que ignoraban. Recorrí el mundo recogiendo pistas de ese país perdido, y todo lo que encontraba eran ruinas de ruinas. Pero al fin conocí a una muchacha que me reveló todo con la sencilla precisión de la verdad. No voy a pronunciar su nombre verdadero: la llamaré Inés Deville. Muchas de esas precisiones están en el poema de Jerónimo Seguí.

»Gracias a Inés Deville yo transmití a la Sociedad Atlántica Internacional, que tiene su sede en París, algunas precisiones geográficas; también les advertí de su curiosa aritmética, cuya base es el 5, número que la naturaleza se obstina en repetir en la morfología de las plantas, aunque no en los animales. Destinaron una reunión entera a meditar sobre la costumbre de castigar las faltas de acuerdo con imponentes representaciones de los mitos, que hacen de las ejecuciones hechos memorables para la comunidad.

»A principios de este año una muy seria publicación inglesa confirmó mis intuiciones con respecto a esta Atlántida interior. En sus páginas, el doctor Paul Schliemann, nieto de Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya, hizo conocer el extraño legado que le hizo su abuelo. Heinrich Schliemann murió en Nápoles en 1890. Poco después de su muerte su nieto recibió por correo una caja cerrada enviada por los ejecutores de su legado. En la caja había varios objetos arqueológicos, entre ellos un vaso con cabeza de búho. Acompañaba a estos objetos una nota a lápiz con la más extraña orden que un arqueólogo puede dejar: *Rompe el vaso*.

»Como podemos imaginar, el nieto no encontraba valor para cumplir la orden. Pero la curiosidad pudo más, se armó de coraje y con un pequeño martillo rompió el vaso. En su interior, incrustada en la arcilla, encontró una moneda o medalla hecha

con un metal blanco desconocido por nuestra cultura y con esta leyenda en fenicio antiguo: “Provengo de la ciudad de los muros transparentes”. Esa moneda es, hasta el presente, la única prueba material que poseemos de la Atlántida. Y es justamente esa prueba material la que nos obliga a buscar lo inmaterial: *los muros transparentes*, es decir, la ciudad no hecha de arcilla o ladrillos, la ciudad que está en nuestros sueños y en la memoria de la humanidad.

»¿Quieren saber más sobre la ciudad de los muros transparentes? Compren mi libro...

—Nuestro libro —la corrigió Seguí.

—Por supuesto. *Nuestro* libro...

Un hombre de barba que se presentó como geógrafo y experto en cartas marinas preguntó:

—¿Cómo sabe que esa muchacha, Inés *nosécuánto*, no está loca?

—Por supuesto que está loca. Pero es la locura sagrada de las sibilas, no el *delirium tremens* de los alcohólicos o el frenesí de las histéricas.

—¿Cómo puede saber que hay algo de verdad en todo eso?

—Lo sé ahora más que nunca porque leo los diarios.

—Yo también leo los diarios, y ahí no aparece nada de lo que usted dice.

—Si no hubiera algo de verdad en las palabras de Inés Deville, ¿cree que hubieran matado a Isidoro Ranier, anticuario y a Ignacio Clemm, Presidente del Club de Cazadores? Los dos conocían bien la voz de la Atlántida. Los mataron para que esos secretos no sean revelados.

La vinculación de las teorías sobre la Atlántida con los recientes asesinatos ayudó a que los libros se agotaran. Seguí, que interpretó el éxito como un súbito interés por la poesía, corría de un lado a otro con pluma y tintero en la mano, para firmar los libros de los que se marchaban. Salimos con Greta de la sala. Era lunes, y la calle Corrientes languidecía. Los faroles brillaban nimbados de mariposas nocturnas y humedad. Vi que el doctor Rank se alejaba a paso veloz; dije a Greta que me esperara un minuto y salí tras él. Tuve que gritar su nombre para que se detuviera.

—¿Qué le pareció la charla de la señora Clarke, doctor?

—Sus palabras me recuerdan a lo que dicen muchas de mis pacientes. No le vendría mal una temporada *intramuros*. Hablando de eso, sé que una de las internas lo visitó. Es un milagro que no le haya clavado un par de tijeras, como a su marido. Nos reímos mucho con mis colegas cuando nos enteramos de que lo había convencido de que era una verdadera monja.

—Me convenció de otras cosas también. —La sonrisa de Rank se borró—. No lo perseguí para quejarme de su paciente, doctor. Quería consultarlo sobre los distintivos.

—¿Qué distintivos?

—Esos prendedores de plata, las dos rosas con los tallos cruzados... El Club Sub Rosa.

—El club que nunca existió. Repartí esos distintivos el día en que todo terminó.

—Cuando fui a la casa de la familia Dux Olaya pude ver los dibujos de Irene. Al principio pensé que eran dos rosas comunes, y no me extrañó que por ese dibujo acusaran al caballero. Pero al ver los distintivos, me pregunté si no era posible que Irene se hubiera quedado con el prendedor de su agresor.

—¿Piensa que fue uno de nosotros el que ultrajó a Irene? ¿Cómo se le ocurre?

—¿No lo cree posible?

—Somos caballeros.

—¿Qué hizo con su distintivo?

—¿Sospecha de mí? ¿De mí, que era el médico de Irene?

Antes de que pudiera decir algo metió la mano en su bolsillo y me tiró un prendedor.

—Aquí tiene, si está tan preocupado por coleccionar escuditos de plata.

—Éste era el suyo. ¿Pero llegó a entregarle a Dux Olaya el que le correspondía?

Tiró al aire otro prendedor, que rebotó sobre las baldosas de la vereda. Me agaché a recogerlo.

—Quédese los. Son un mal recuerdo. Tal vez usted pueda sacar algunos pesos en una casa de empeño.

El médico se alejó mientras yo miraba a la luz vacilante de los faroles del teatro los dos distintivos de plata, con las rosas cruzadas. El símbolo del silencio.



Busqué a Greta donde la había dejado. No estaba. Me abrí paso entre un grupo de señoras que conversaban todas a la vez y se abanicaban furiosas como si quisieran echar lejos las palabras ajenas. Un agente de policía vino hacia mí.

—Salvatrio, lo necesita el comisario Janzen.

Yo ni lo escuchaba. Buscaba con los ojos a Greta. Quedaban unos espectadores; quedaba Seguí, vagamente desanimado por el fin del espectáculo, como si esperara que aquel momento en que todos estaban pendientes de sus palabras durara para siempre. Pero no estaba Greta. Conmigo se comportaba como la asistente de un mago: desaparecía.

El agente insistió:

—El comisario quiere que reconozca un cuerpo que acaban de encontrar.

Manos cortadas, orejas enormes, pies tatuados, fetos de aberrante fisiología y cerebros monstruosos flotaban en los destellos amarillos del formol. Los frascos compartían las estanterías con cuchillas de carnicero, balas y perdigones, hachas y martillos: herrumbrosos instrumentos del crimen.

En el centro de la sala había dos lechos de mármol. Una canaleta recorría el borde de las mesas, para desagotar la sangre de las autopsias. Por encima de la mesa, una lámpara eléctrica había reemplazado con su luz blanca la atmósfera verdosa de las bujías de gas. En una de las mesas estaba el cuerpo de Juan Troy, mi antiguo compañero de la Academia de detectives de Renato Craig.

En la sala éramos cinco. El doctor Reverter, con un guardapolvo blanco, anotaba en una planilla el nombre del muerto. A su lado un asistente preparaba el instrumental; era un hombre bajo, de cara primitiva, con las cejas unidas en una sola línea que destacaba la estrechez de su frente. Hubiera sido un festival fisiognómico para Lombroso y para nuestro Luis María Drago. El comisario Janzen había venido acompañado de un agente de policía que procuraba mantener la mayor distancia posible de la mesa de disección.

Troy vestía un pantalón negro, una camisa blanca y un saco negro también. En el río o en el traslado desde la ribera hasta la morgue había perdido los zapatos. El lado izquierdo de la cabeza estaba hinchado y la permanencia en el agua había apagado el rojo de la sangre y el azul del edema: todo era lividez.

El doctor Reverter terminó de escribir, puso talco en sus guantes, como hacía siempre, y luego se los colocó, consciente de que todos mirábamos sus manos. El comisario Janzen encendió un puro. Reverter lo miró con desaprobación, pero no se animó a decirle nada.

—Salvatrio, bienvenido —dijo el Comisario—. Lo hice traer para que reconociera el cuerpo. Juan Troy, el joven desaparecido, no tiene familiares en la ciudad, sus vecinos apenas lo conocían, y no queríamos molestar a la señora Craig.

Me había dado cuenta de que era él apenas entré. Pero me detuve a mirarlo una vez más, para hacer más auténtico mi reconocimiento. La verdad siempre exige algo de actuación.

—Es él. —Hablé en voz alta—. Es Juan Troy.

—¿No tiene dudas?

—No.

—Se le parece —dijo Reverter—. Cuando lo trajeron, yo pensé: *Salvatrio*.

—Espero que ese pensamiento equivocado lo haya llenado de tristeza, doctor.

—Cuando entro en este templo anatómico ya no queda en mí ningún sentimiento humano.

—¿Qué nos puede decir de él? —intervino Janzen.

—Juan Troy era alumno de la Academia del detective Craig —respondí.

—¿Aventajado?

—Era uno de los cinco mejores. Tuvo que guardar cama durante los últimos tiempos de la Academia y eso lo trastornó. Estaba convencido de que tenía que seguir investigando. Se inmiscuía una y otra vez en mi trabajo. Era también un especialista en botánica.

—Sé que la señora Craig contrató a ese fantoche holandés, Castelvetia, para ver qué había pasado con este muchacho. ¿Por qué no lo contrató a usted?

Había en la pregunta un tono burlón. El olor a formol y la presencia del cadáver me habían hecho palidecer hasta ese momento, pero de pronto enrojecí.

—Yo estaba investigando primero la muerte de Isidoro Ranier y luego la de Clemm, y estoy seguro de que la señora Craig no quería molestarme por un asunto menor.

—Una persona desaparecida no es un asunto menor...

—Tal vez la señora Craig pensó que a Castelvetia no le vendría mal investigar un caso de verdad, en vez de limitarse a la pantomima.

El cejijunto asistente empezó a despojar a Juan Troy de su ropa. Para hacerlo, cortaba las prendas con una tijera negra. A medida que iba sacando los retazos los echaba en la otra mesa de mármol. Una vez que el cuerpo estuvo desnudo el doctor Reverter tomó las manos y miró bajo las uñas en busca de tierra o cabello humano.

—No tiene más heridas que la de la cabeza. Yo creo que lo mataron de inmediato de un solo golpe y luego lo arrojaron al río.

Abrió con el pulgar el párpado derecho.

—No han estallado los capilares del ojo. Oxígeno no le faltó. Imagino que no hay agua en los pulmones, pero eso lo veremos después. ¿Dónde apareció?

—En la orilla —dijo el comisario—. Se enredó en unas líneas de unos chicos que pescaban por ahí.

—¿Había algo más con el cuerpo? —quise saber.

—¿En los bolsillos?

Me había propuesto no hablarle al comisario de mis sospechas mitológicas, pero al final me resigné:

—A Isidoro Ranier lo encontramos atado a una estatua de Narciso. A Clemm lo destrozaron los perros, como al cazador Acteón, que había visto a la diosa Diana desnuda. ¿No había nada que recuerde a la mitología?

El comisario Janzen chasqueó los dedos:

—¡Claro! ¡El tridente de Neptuno clavado en el...! Pero no nos pareció importante.

Dejé a Janzen riéndose de mí. El agente que tenía a sus espaldas largó una obediente carcajada. Reverter, que empezaba a trazar una «Y» invertida en el pecho con tintura de yodo, no se preocupaba por nuestra charla y tampoco su asistente.

—Antes de que se vaya... —me dijo Janzen.

—¿Qué necesita, comisario?

—¿Tiene entradas para el teatro? Castelveta promete resolver en escena estos tres crímenes. Yo voy a tener que hacer valer mi chapa de comisario para que me dejen entrar. Ya he visto el cartelito en la entrada: localidades agotadas.

—No tengo entradas ni me interesa tenerlas; no creo que el fantoche holandés, como usted lo llama con justicia, descubra nada interesante.

Pensé en pedirle al comisario que me dejara revisar los bolsillos de Troy, pero la inminencia de la autopsia me espantó. Hice un vago saludo y salí de la sala justo cuando el bisturí del doctor Reverter hacía el primer corte. En la puerta casi me choco con Castelveta. Vestía, como siempre, un traje blanco, y llevaba en la mano una caja de rapé. Me saludó con una sonrisa de desdén.

—Nosotros no estamos hechos para las autopsias, ¿verdad, Salvatrio? En eso nos parecemos.

## 6

La tienda del orfebre Jufré estaba a una cuadra de la Iglesia del Socorro. El local era angosto y oscuro. Relojes grabados colgaban del techo, como guirnaldas. Crucifijos arrumbados esperaban una mano de lustre, o el regreso de un clavo perdido. Un hombre gordo empezó a moverse pesadamente entre muebles llenos de cajoncitos. Sobre la cara redonda y mal afeitada había una lente de joyero, que agrandaba su ojo derecho.

—¿El señor Laurencio Jufré?

—¿Viene por las alianzas? —preguntó con voz ronca—. Están para el martes.

—No pienso casarme todavía.

Me miró mejor.

—Disculpe que lo confunda. Tengo un ojo malo y el otro peor.

—Vengo a consultarlo sobre unos distintivos de plata que hizo para el doctor Rank.

Sacudió la cabeza.

—Ni me lo nombre. ¿Qué pasó esta vez?

Le expliqué quién era y qué buscaba, y luego le pregunté si el doctor se había ocupado en persona del encargo.

—Claro que vino en persona. Pero nada le parecía apropiado.

—Tengo entendido que eran cinco los prendedores.

—Cinco. Ni uno más, ni uno menos. Estaba muy preocupado porque los distintivos fueran tal como él los había imaginado.

—Dos rosas.

—Pero no dos rosas así nomás. Debían ser muy sobrias. Pero no dijo nada de las hojas y por eso fallé la primera vez.

—¿En qué falló?

—Labré un distintivo de prueba, y cuando Rank lo vio hizo un escándalo. ¿Y sabe por qué? Porque había dos hojas en una rosa y en la otra solo una. Me empezó a dar un discurso sobre la simetría. Yo sé lo que es la simetría: eso que sólo se nota cuando falta. Al final le hice las dos rosas con dos hojas de cada lado y quedó conforme. Espero no verlo nunca más por aquí.

—Estoy seguro de eso. El doctor Rank ha perdido la afición por los distintivos de plata.

—En cuanto a esas rosas... ¿Usted sabe si son un signo masón? No quisiera tener problemas con la iglesia, hago muchos trabajos para los curas. Mi gran especialidad son las medallitas de la Virgen.

—Despreocúpese, no hay masones en este asunto. ¿Y qué pasó con ese distintivo?

—¿El fallido? Lo pagó sin chistar y se lo llevó también.

Estaba pensando en los distintivos cuando entré en el Hotel Royal. La luz amarilla, la alfombra raída, la lámpara de perdidos caireles. No importaba qué día

fuera, ni qué hora: en ese mundo siempre era domingo a las siete de la tarde. Ajeno a la atmósfera mortecina, el gerente me esperaba sonriendo con un sobre en la mano:

—Le dejaron esto, señor Salvatrio. —Buscó con la mirada a otra persona: la dama que esperaba la llegada de su marido desde el Brasil—. También hay carta para usted, señora Landor.

Me senté en los sillones y le hice una vaga sonrisa a la joven. Ella desgarró el sobre, abrió la carta, la leyó en segundos, la volvió a meter y empezó a sollozar.

—¿Malas noticias, señora? Si la puedo ayudar...

Me hizo una señal como para que no me preocupara, pero después interrumpió su sollozo:

—Mañana iba a llegar mi marido, pero me acabo de enterar de que el viaje se pospone. Hubo un problema cerca de las costas de Río de Janeiro.

—Espero que no sea algo grave.

—Las autoridades sanitarias de la ciudad no dejan que el barco atraque hasta que se aclare si la muerte de un pasajero se debió a la comida en mal estado o a una enfermedad infecciosa. Los pasajeros han quedados prisioneros de ese temor disparatado.

—Estoy seguro de que todo se solucionará pronto —respondí, con ese optimismo irresponsable con que tratamos los asuntos ajenos.

—Es que estoy tan cansada de esperar.

En su suspiro hubo un matiz de desesperación que me alarmó.

Le pregunté en voz baja, para que los empleados del Royal no me oyeran:

—¿Por qué no se va a otro hotel?

Miró los techos altos, las molduras doradas del hogar imponente.

—Es cierto que la atmósfera es un poco apagada... Pero es majestuoso y a la vez económico, y yo no podría estar en un hotel común. Me entristecería aún más.

—¿Por qué?

—Porque vería a las familias con niños, a las parejas jóvenes que tienen todo por delante, vería a todos los que no están solos, a los que ni siquiera saben lo que es la espera o la soledad, y entonces me sentiría todavía más desdichada.

—Pienso que se equivoca. Ver gente que viaja acompañada, que conversa, que se ríe, le haría bien. La distraería de sus preocupaciones.

—¿Me habla en serio o se está burlando de mí? No nos amarga la gente triste. Los felices y los que tienen todo lo que necesitan son quienes nos estrujan el corazón. Acá en cambio estamos los solos, los perdidos. Ese violinista cuya cara anuncia su fracaso, y que va a desafinar en el instante mismo en que una nota mala sea imperdonable; la señora Clarke, que está sola y loca; yo, que espero un vapor en cuarentena, y usted, que mira las cosas como si estuviera lejos de todo... Aquí no corro el riesgo de sufrir el insulto de la dicha ajena. Pero no me haga caso —sonrió—. Y usted, ¿recibió buenas noticias?

Abrí el sobre. La última función de Castelvetia antes de partir. La mano de Greta

había escrito: *Lo prometiste.*

—Una entrada para el teatro —dije.

—Eso sí es una buena noticia.

—No del todo.

—Vamos... Y además, perfumada.

Me acerqué a ella.

—Señora, este hotel tiene la más alta tasa de suicidios de la ciudad. Nadie ha explicado por qué ocurre eso. Pero es posible que los suicidios no sean naturales...

—¿Qué quiere decir que los suicidios no son naturales?

—Que es posible que sean asesinatos encubiertos.

—¿Quién querría matarme a mí?

—No todos los criminales matan con algún motivo. Hay algunos que matan por perversión, por juego, por el mero placer de tener un secreto atroz.

—No creerá que ese gerente, tan gentil...

—No tengo ninguna prueba: la única evidencia que existe es estadística, y la estadística, por contundente que sea, siempre es una conjetura hecha de números. Ahora bien: dormimos pared de por medio. Si alguien golpea a su puerta en una hora inapropiada, no dude en avisarme. Golpee tres veces en la pared, y yo iré de inmediato...

—¿Y si los suicidios fueran naturales?

—Eso significaría que la atmósfera del edificio está infectada por quién sabe qué fatalidad, qué acumulación de soledades y desdichas. Y si siente que ha entrado en el alcance de ese vapor venenoso, dé tres golpes también.

Me sonrió.

—Le aseguro que no me suicidaré, señor Salvatrio. Cómo podría matarme y no ver más a mi marido. Llevo todas sus cartas conmigo, vaya a donde vaya. —Abrió su cartera y me mostró los sobres, ya ajados de tantas veces que los había abierto y cerrado—. Pero le agradezco sus buenas intenciones. Me alegra tener, del otro lado de la pared, un detective que me proteja.

No había vuelto a entrar al Pabellón Argentino desde la Exposición Universal de París de 1889. Terminada la exposición el palacio de hierro y cristal fue desarmado y embarcado rumbo a Buenos Aires. En alta mar sorprendió al barco una tormenta tan fuerte que la nave corrió riesgo de naufragar. Para aligerar peso los marineros arrojaron por la borda placas de cristal, vigas, y hasta alguna escultura. El tributo de vidrio, hierro y mármol calmó la ira de Poseidón, y el barco llegó a puerto. Las piezas perdidas fueron reemplazadas y el palacio resucitó entre las sombras torcidas de los palos borrachos de la Plaza San Martín.

Ya liberado de representar al país, el antiguo Pabellón Argentino ahora era mera sala de teatro y conciertos, donde elencos españoles ponían zarzuelas y los italianos operetas; donde muchachas pálidas de cuello largo ejecutaban a Schubert y magos e hipnotizadores serruchaban mujeres y hacían bailar a esqueletos. Y cada día que pasaba la sala se despedía de su ilustre origen y su aclamada perfección: las tuercas se caían, los mosaicos venecianos se aflojaban, el granizo dibujaba estrellas en el cristal.

En el interior del palacio habían ubicado filas de butacas, muy cerca unas de otras, para aprovechar el espacio y multiplicar el dinero. Las damas se veían obligadas a la promiscuidad; los caballeros, a la tentación; los voluminosos, al exilio de la última fila. Se oían repetidas disculpas, y alguna interjección de alarma o escándalo. Hasta unos pocos años atrás, en el viejo teatro Colón, la sociedad se repartía la sala según sexo y clase: caballeros y damas sólo podían estar juntos en los palcos, la platea era para los hombres; la cazuela, para las mujeres. En el Pabellón Argentino, acaso porque había sido construido para celebrar el centenario de la Revolución Francesa, la democracia de clases y de sexos era absoluta. Todos nos veíamos inmersos en los placeres, percances y confusiones del gobierno de los libres.

Cuando las luces empezaban a apagarse pasó a mi lado un acomodador solícito, que guiaba a una dama. Era la señora Craig, con un vestido rosa que no le conocía. El acomodador la condujo hasta la primera fila. Apenas ella se sentó se apagaron las luces de la sala. Como siempre ocurre en el teatro, la oscuridad no era la oscuridad común de las casas de familia, donde la falta de luz invita al sueño; la oscuridad teatral era como la oscuridad de los amantes: había una ansiedad que se manifestaba en carraspeos, medias palabras, risas nerviosas, y el ruido del papel de los caramelos de menta y los turroneos de almendras.

El acto empezó con una luz que se encendía de a poco para dejar ver a una mujer ahorcada: era Greta, con peluca y la cara maquillada de blanco, para simular la palidez de la muerte. Se balanceaba suavemente, lo que hacía más terrorífica la escena. Aquella obra era una farsa, pero el leve balanceo era un acierto teatral, porque se correspondía con algo que yo había observado en las escenas de crímenes. No era la sangre, o el rictus en el rostro de los cadáveres lo que daba idea de la aniquilación, sino algún pequeño movimiento que resaltaba, por contraste, la inmovilidad de la



muerte: el vuelo de una mosca, una cortina que se agita, el péndulo de un reloj. Es lo que se mueve lo que nos permite descubrir el asombroso espectáculo de la inmovilidad.

Nadie estaba acostumbrado a ver cadáveres en escena —al menos no cadáveres colgando— y hubo un murmullo de sorpresa y una dama se desmayó con gran despliegue de pasos y de gestos. Tal vez el incidente se había repetido en funciones anteriores, porque el acomodador trajo al instante un frasco de sales y la hizo reaccionar; el despertar fue tan aparatoso como había sido el desmayo, y con justicia mereció el premio del aplauso. Castelveta entró en escena, vestido de blanco y con una lupa de arco de oro en su mano derecha, y empezó a estudiar la nota de suicidio y la silla volcada. El ingenioso artilugio mecánico que había mantenido a la ahorcada con los pies en el aire la bajó lentamente hasta dejarla tendida en una mesa. Castelveta empezó a tocar la cara, los brazos y las piernas del fingido cadáver, mientras razonaba en francés. A un lado de la escena, un actor de voz aguda, traducía su parlamento con graves errores y prolongadas omisiones. Nada de eso importaba: eran las manos del holandés sobre el cuerpo de Greta lo que hipnotizaba a los hombres e inspiraba el frenético abanicarse de las mujeres.

Pasaron otros crímenes, en los que a Greta le tocó ser cadáver, camarera, testigo, asesina, mientras que Castelveta era siempre Castelveta. Pasó el intervalo, con su desorden de cigarrillos, garrapiñadas y caramelos de menta. Llegó el final.

Castelveta caminó hasta el centro de la sala y esperó unos segundos antes de hablar, y sólo lo hizo cuando el silencio fue perfecto.

—Estos casos que hemos resumido no son producto de mi imaginación: son crímenes reales que tuve la oportunidad de resolver. Ustedes saben que no soy actor: sigo siendo un detective, aunque esté en un escenario. Y en los días en que estuve en esta ciudad tuve oportunidad de agregar un nuevo caso a mi archivo personal.

»Hace unos días visité a Margarita Rivera de Craig, la viuda del gran detective Renato Craig. Apenas llegué me confesó que estaba preocupada por la desaparición de un buen amigo, el joven Juan Troy, con quien compartía la afición por la botánica. Hacía dos días que no se sabía nada de él.

»Juan Troy era un antiguo alumno de la Academia de detectives de Renato Craig. Un accidente que lo tuvo al borde de la muerte lo apartó de las clases. Cuando quiso volver a la Academia, se encontró con salas desiertas. Pero con los años volvió a la vieja idea de ser detective. Alquiló un departamento vecino a la casa Craig y, sin que nadie se lo pidiera se dedicó a investigar la muerte de Isidoro Ranier, el anticuario de la calle del Temple.

»Yo le pregunté a la señora Craig por qué me pedía a mí que me ocupara del caso si tenía un detective en su propia casa, Sigmundo Salvatrio. Entonces la señora Craig me respondió:

Ahora le tocaba a Greta hablar. Exagerando el aire de dignidad de la señora Craig, dijo:

—Creo que el joven Salvatrio puede estar indirectamente involucrado en la desaparición de Troy.

—Esto me alarmó —siguió Castelveta— e hizo que el caso me resultara aún más interesante. Salvatrio no es un detective común: es uno de Los Doce Detectives. El más nuevo, el más joven.

»Visité de inmediato el departamento de Troy. Todo estaba en orden. Me bastó dar una mirada a sus papeles para saber dónde estaba: con el fin de encontrar al asesino, se había presentado para un puesto de jardinero en la mansión de Dux Olaya, al Norte de la ciudad.

»Tenía esperanzas de encontrarlo con vida, pero pronto llegó la noticia del hallazgo de un cuerpo en la ribera. Se había enganchado en unas redes o líneas de pesca. Fue Salvatrio el encargado de reconocer el cuerpo. El doctor Reverter, destacado médico legista, me explicó que lo habían matado con un golpe en la cabeza; yo mismo encontré en las manos un dato adicional: arañazos de rosas.

»¿Cómo había terminado su investigación de un modo tan trágico? La explicación es la siguiente: Juan Troy había conseguido un puesto de jardinero en la casa de Baltazar Dux Olaya, el señor de la sal. Su verdadera misión no era cuidar las plantas, sino averiguar si bajo los rosales se encontraba el cuerpo de un antiguo sirviente de la casa, un caballero, de apellido Ojeda, que en el pasado había sido acusado de ultrajar a la hija del dueño. Troy aprovechó la noche para cavar hasta encontrar, entre las raíces, el cuerpo de Ojeda. Pero encontró también la muerte. Antes de morir escribió en un papel este dibujo.

Castelveta mostró un papel arrugado. Desde donde yo estaba no llegaba a leerse nada. Conocedor de las artes del teatro, Castelveta hizo una señal a un invisible tramoyista, que hizo bajar una gran pizarra de color negro. El detective dibujó con tiza esta imagen:



»Al principio el dibujo me desconcertó. Pensé que se trataba de alguna señal hermética, hasta que distinguí la espiral de la oreja. Y esta línea era la señal de la oreja cortada. Es el modo que encontró Troy para señalar que su asesino era Buitrago,

el feroz sirviente de Dux Olaya, el gigante de la oreja cortada.

Janzen se puso de pie en la primera fila.

—¿Me asegura que Buitrago es el asesino?

—Se lo aseguro.

—No me haga mandar en vano una partida.

—Vaya tranquilo, comisario. Estoy seguro de que Buitrago no sólo mató a Juan Troy, sino también a Ranier y a Clemm.

El comisario se marchó de la sala, seguido por dos de sus hombres. Después de unos momentos de murmullo y sorpresa, el silencio volvió a la sala.

»Si fue Buitrago el que mató a Juan Troy, ¿por qué la señora Craig sospechaba de Salvatrio? Esto es lo que yo me preguntaba. Al revisar los papeles de Troy y al conversar con Margarita Rivera de Craig lo comprendí de inmediato. Juan Troy, obsesionado por ser un detective, había importunado a Salvatrio de mil maneras distintas. Se entrometía en su investigación, le abría los cajones, le revisaba sus papeles. Pero Salvatrio, que tiene por oficio la inteligencia, encontró pronto la solución a sus problemas. Había leído un viejo caso del detective Sakawa, el detective de Tokio, que le resultó inspirador. Un padre deseaba vengarse de un joven por la muerte de su hija. A través de un sutil plan, conseguía que el asesino entrara como un ladrón a su propio jardín, donde tenía derecho a matarlo por tratarse de un intruso. Salvatrio hizo lo mismo, pero con un jardín ajeno. Sabía que Troy revisaría sus cajones y leería sus papeles. Anotó que Dux Olaya necesitaba un jardinero. Anotó que se cultivaban en ese jardín las rosas Lictor. Troy, experto en botánica, sabía muy bien que esas rosas se vuelven espléndidas cuando hay carroña entre sus raíces. Así Salvatrio envió a su rival a la muerte. Sus armas fueron un lápiz y una hoja de papel.

El público respondió a los razonamientos de Castelveta con un gemido de asombro y luego con aplausos.

¿Cómo sabía Castelveta que yo había leído unos días atrás la aventura de Sakawa? Él mismo debía haber revisado mi escritorio, autorizado por la señora Craig. Indignado, me levanté para responder, pero las palabras no salían de mi boca. No era solo la suficiencia de Castelveta y su viejo odio, no era la mirada de los espectadores, quienes, ajenos al drama, de pronto aparecían investidos de honradez y sensatez, como siempre parece la muchedumbre ante los individuos aislados, por más que se trate de una horda de cretinos; no era la mirada de Greta, más espléndida cuanto más avergonzada estaba. Era yo mismo el que me impedía hablar, era la horrible duda de que todo fuera cierto, de que ese Salvatrio malévolos existiera en mí, de que yo fuera alguien distinto del que creía ser. La representación había engañado a todos esos espectadores, pero quizás a uno le había dicho la verdad.

Castelveta seguía hablando. Volvía a llamar la atención de los espectadores sobre algún detalle confuso. No dominaba por completo las artes del teatro: daba precisiones sobre cosas que ya habían dejado de importar. Cuando me levanté me reconoció, pero tuvo la delicadeza de no decir nada. Me apuré a escapar rumbo al

hotel.

Estuve deambulando largo rato, sin mirar la hora. Cuando llegué al Royal era muy tarde. La puerta felizmente estaba sin llave y no tuve que despertar a nadie.

Mientras caminaba rumbo a las escaleras me di cuenta de que se oía un ruido monótono. Pensé al principio que podía tratarse del pico de gas de una lámpara a punto de apagarse, pero había en el ruido un inconfundible elemento humano: la irregularidad. Di una vuelta por el gran salón tratando de averiguar de dónde venía el ruido. Así llegué a un pasillo de la planta baja, donde estaban las habitaciones del personal y las oficinas. Probé de puerta en puerta hasta encontrar la culpable. Puse el oído contra la madera. El ruido se oía mejor, pero el significado no. Tac, tac, tac. Imaginé las piezas de un dominó de marfil, las fichas de nácar del casino, un ajedrez de porcelana o jade. Tac, tac, tac. ¿Quién jugaba en esa habitación? Si se trataba de un juego, era un solitario, porque no se dejaba oír una sola palabra.

En otra ocasión hubiera persistido en resolver ese misterio doméstico, pero estaba tan apesadumbrado que no podía pensar más que en mis problemas, y subí las escaleras para encerrarme en mi habitación. Una vez dentro, me desvestí y me metí en la cama, mirando la pared que me separaba de la señora Landor. Hubiera querido oír los tres golpes que convocaban mi presencia, hubiera querido escapar de mis problemas para entrar en los problemas ajenos, siempre más fáciles que los propios. Los ecos del juego misterioso no llegaban hasta mi cuarto. A la espera de una llamada de socorro que a la vez me socorriera, me quedé dormido.

A la mañana escuché un ruido fuerte y luego el grito espantado de una mujer. Me levanté, me puse una *robe de chambre* y me asomé a la ventana. Sobre el jardín interior del hotel había un cuerpo tendido. Reconocí a mi vecina de piso, la señora Landor. La que había gritado, y se asomaba como yo por una de las ventanas, era la señora Clarke.

Bajé apurado las escaleras. Cuando llegué al jardín ya estaban allí el somnoliento recepcionista, el petrificado botones y el perfumado gerente. La señora Landor estaba boca arriba, con los ojos abiertos. Llevaba un vestido blanco abotonado al frente: eran dos filas de seis botones, pero noté que uno faltaba. Con mano experta Danish buscó en su cuello un latido.

—Tráigase al médico, José —ordenó al botones. Y apenas el otro se marchó, dijo —: Pero me temo que ya no tiene remedio.

—¿Cómo hace, Danish? —pregunté.

—¿Cómo hago para qué?

—Para que la gente se mate en su hotel.

—No hago nada.

—¿La empujó?

—Estaba en mi habitación, durmiendo. Me despertó el ruido del cuerpo al golpear contra el suelo.

—Esta mujer no pensaba matarse.

—¿Cómo lo sabe?

—Hablé con ella. Estaba llena de ganas de vivir.

—Ahora no puedo conversar con usted, Salvatrio. Tengo cosas más importantes que hacer. Artemio, una sábana, pronto —ordenó al recepcionista.

—¿Soy el próximo? —pregunté—. ¿Cómo hará para que me mate? ¿Qué elegirá? ¿La cuerda, el veneno?

Ya habían llegado la señora Clarke, que se tapaba la cara con las manos, y el violinista mendocino. La Clarke llevaba una bata de seda y una especie de redcilla en el pelo. El violinista miró el panorama y se marchó: al rato se empezó a oír una melodía melancólica. Danish me respondió en voz baja:

—Sea sensato y piense antes de hablar.

Era detective, y sin embargo me desentendí de todo aquello: no hablé con los policías ni con el médico. Me encerré en mi cuarto y no salí en todo el día. Algo había pasado en la habitación vecina, y yo no había sido capaz de evitar la tragedia. Comí solamente un poco de pan y una naranja. Tomé media botella de cognac y tres copas de vino. No me afeité. Ni siquiera me asomé a la ventana para ver cómo se llevaban el cadáver. La había tenido al alcance de la mano, del otro lado de la pared, y no había podido salvarla. Sentado en la cama, inmóvil, miraba cómo el día tardaba en apagarse, cómo las sombras de la noche por fin borraban el odioso jardín. Aquí,

por fortuna, no había rosas que siguieran brillando en la oscuridad.

Al día siguiente me desperté de mejor humor. Me di un baño y busqué un pantalón y una camisa que estuvieran más o menos limpios. Enfrente del hotel había una barbería angosta y profunda. Me senté en el sillón, frente a un espejo que preferí no mirar. El peluquero sacó una toalla del calentador y me la estiró sobre la cara. Con tijeras y navajas puso en orden mi cabeza. Sobre su largo mostrador, abundante en brochas, ungüentos y perfumes, estaban los diarios de los últimos días. Incomodando al pobre peluquero, me dediqué a estudiar los avances del caso durante mi ausencia.

—¿No puede leer el diario después? Voy a terminar por cortarlo.

Pero yo no podía resistir la tentación de ver cómo habían terminado las cosas. La brocha llenó de espuma mi cara y la navaja empezó a cortar, mientras mis ojos voraces iban de una página a otra.

Bajo el título «El jardín del ogro», se contaba la siguiente versión de los hechos: el gigante de la oreja cortada había matado, por propia cuenta y riesgo, a Antenor Ojeda, porque había violado a la hija de su patrón. Como Seguí y Clemm sabían que era el culpable de esa venganza, los había matado también. Finalmente, cuando Juan Troy se hizo contratar como jardinero para hallar el cadáver del caballerizo correntino, lo mató de un golpe en la cabeza y arrojó su cadáver al río. Troy alcanzó a dibujar la oreja cortada para señalar al culpable de los crímenes.

Advertido por Castelveta de la culpabilidad de Buitrago, el comisario Janzen organizó una partida para dar con él. Lo buscaron en las oficinas de Sal Argentina y luego en la casa de Dux Olaya. Presionado por el comisario Janzen, Dux reveló el escondite de Buitrago: uno de los depósitos que Sal Argentina tenía en el puerto. Esa misma noche doce hombres cercaron al gigante. Buitrago mató a un policía e hirió a cinco, pero tres disparos y cuatro sablazos acabaron con él.

Por suerte los diarios nada decían de la teoría de Castelveta: que yo había instigado a Troy a ofrecerse como jardinero en la mansión de Dux Olaya, sabiendo que lo enviaba a la muerte.

Miré el diario de principio a final. Encontré la noticia del suicidio de la señora Landor, pero no decía nada que yo no supiera. Al pie de página, en la sección Movimiento marítimo leí una pequeña noticia que vagamente me incumbía: a la mañana siguiente partiría el vapor *Lincoln*, con el puerto de Génova como destino final. En ese barco viajarían el detective Castelveta y su ayudante.

—Ahora sí lo corté —dijo el peluquero—. Culpa suya.

Puso sobre la herida una piedra de alumbre.

Cuando llegué al muelle el *Lincoln* estaba lleno de guirnaldas y banderines. Los barcos siempre parten como si de una fiesta se tratara, y los que quedamos en el puerto sentimos que perdemos lo mejor de la vida. Las escalerillas ya estaban tendidas, y los pasajeros subían al barco sin dejar de saludar, de manera que tropezaban unos con otros. Vi a Castelveta dando instrucciones para que no se estropearan sus numerosos baúles. A su lado estaba Greta, de amarillo. Le hice una señal desde lejos, para que viniera a saludarme sin obligarme a ver a Castelveta.

—No quería que todo terminara así —me dijo al acercarse.

—¿Así cómo?

—Con el caso cerrado de esta manera; con Castelveta acusándote en escena y llevándose él solo toda la gloria.

—El caso no se cerró y la gloria se la llevó en préstamo. La va a tener que devolver.

—Le pedí que no te nombrara, que no dijera esas mentiras.

—Tal vez eso no era mentira. Tal vez sí empujé al pobre Juan Troy a la muerte. Lo que es mentira es lo demás. Buitrago mató al caballerizo y a Troy, pero no a los otros. Era un gigante de cuento. No sabía nada de mitología.

La abracé tan brevemente como pude. Después la aparté de mí, como si pudiera contagiarme alguna enfermedad. Ninguno prometió carta, telegramas y recuerdos eternos, y eso fue un alivio. Empezó a subir la escalerita. Pero de pronto pareció recordar algo, y abrió su cartera. Sacó de ella un sobre y vino hacia mí. Lo dejó en mis manos sin decir una palabra y se marchó.

A mi lado estaba el editor Saturno Valadés, que había venido a saludar a Castelveta.

—Creo que le han dejado una carta de amor. El perfume se huele a la distancia.

—Apenas me vaya, la voy a quemar.

—¿Sin leerla?

—Sin leer una sola línea.

—No le creo.

—Hace bien en no creerme —acepté—. Yo tampoco me creo.

La sirena sonó como el llamado de un animal prehistórico.

—Se va —dije para mí mismo.

—No se preocupe. Si hay algo que abunda en el mundo son las mujeres.

—Los consuelos inútiles también.

Evité la compañía del editor y me fui caminando solo. Cuando me hube alejado del puerto, busqué la sombra de una glorieta en una plaza y me dispuse a enfrentar la carta. Olí el sobre, que conservaba el perfume de Greta. Lo rasgué por el costado. En su interior no había ninguna carta. Era un dibujo. El dibujo que había llevado Juan Troy en el bolsillo. No era tal como lo había hecho Castelveta en el espectáculo.

Había una espiral, pero no estaba cruzada solo por una línea horizontal, sino también por una vertical.

Ese signo colaboró en que yo llegara a resolver el caso, y sin embargo en ese momento fue para mí un ideograma sin otro significado que la decepción. Esperaba los besos por escrito, y era apenas la solución de un crimen.



Llegué al hotel casi de noche. El conserje no estaba; el botones, o momia de botones, vigilaba de pie en un rincón.

Con paso cansado subí a mi habitación. Encontré abierta de par en par la ventana. Me asomé. Era una ventana muy baja, y por eso muy peligrosa. En ese momento no me pareció tan alocada la idea que habían tenido tantos pasajeros en aquel hotel. Había algo en aquel silencio, en aquella luz, que invitaba a dar un paso adelante. Abajo estaba el jardín del hotel con su fuente llena de agua estancada. No quedaba ninguna señal de la muerte de la señora Landor.

Tres golpes en la puerta me distrajeron de mis cavilaciones.

Era Danish, el perfumado gerente. Los guantes amarillos brillaban en la penumbra.

—Lamento no haber hablado con usted antes. Estuve muy ocupado, como siempre que alguien deja de improviso la habitación. Ya sabe: la policía, el juez, los familiares...

—¿Cómo puede explicar que una muchacha llena de planes para su futuro se haya matado?

—¿Quién le dijo que tenía planes para su futuro?

—Pensaba ir con su marido a Misiones, donde su familia posee plantaciones de té.

Danish se sentó en una de las dos sillas. Por primera vez me pareció cansado. Se cubrió la cara con los guantes amarillos.

—Hoteles como éste hay en muchas otras ciudades —me explicó—. Los primeros de los que tenemos noticias fueron posadas que surgieron en Japón a principios de siglo. Estaban en los caminos, fuera de las ciudades. Las llamaban las *posadas de la rama rota*, no sé bien por qué. Pero hay hoteles semejantes en otros sitios: el Palace de Amsterdam, el Prometeo de Lima, el Durand de París, el Sette Notte de Roma, donde los pasajeros suelen matarse en la séptima noche...

—¿Quién puede querer abrir un hotel así?

—Nadie quiere. Son ellos los que los eligen.

—¿Ellos?

—Los suicidas. Quién sabe por qué. Algo los guía hacia nuestras habitaciones. Venga conmigo.

Salimos al pasillo. Abrió con la llave maestra la habitación de la señora Landor. El equipaje —un pequeño baúl azul— estaba cerca de la puerta.

—Hizo el equipaje antes de saltar, para evitarnos el trabajo, o para que no metiéramos las manos en sus cosas. Una auténtica dama. Pero algo dejó afuera.

Me señaló una serie de cartas que estaban sobre la cómoda de caoba. Las reconocí:

—Éstas son las cartas que la señora Landor recibió de su marido desde Brasil.

—Pero mírelas bien. El matasellos no es de Brasil, sino del correo nacional. Estaban dirigidas a ella, y como remitente figuraba Vicente Landor, su marido, pero remitente y destinatario están escritos con la misma letra de mujer.

Saqué una carta del interior del sobre y luego otra y otra. Todos eran papeles en blanco. Y sin embargo sobres y papeles estaban algo ajados, como si hubieran sido consultados una y otra vez.

—¿El marido no existía?

—Conocí ayer a una tía de la señora Landor, que vive en la ciudad y que se encargó de los tristes trámites. Me contó que el marido existió, pero la abandonó hace tres años. Se fue al Brasil. Nunca volvió ni se comunicó con ella.

De pronto sentí un desagrado físico al tocar esas cartas, como si la sola blancura fuera venenosa.

—Espero haberlo convencido de que se trató de un suicidio, de que ella estaba dispuesta a matarse desde que entró en el hotel.

—No sé si me convenció. Soy detective, ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta de nada?

—No se culpe. Es detective, no adivino. ¿Alguna otra duda?

—Sólo una, señor Danish. No me ha dicho qué pasó con el botón de Blanco Abreu. Quiero recuperarlo.

—Eso es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Si usted, que es detective y que se alojó en el mismo cuarto, no lo encontró, ¿quién más podría hacerlo?

—Noté además que a la señora Landor también le faltaba un botón.

—¿Sí? No me di cuenta.

—Debía tener seis botones en el frente del vestido. Yo vi sólo cinco.

—Es usted muy observador. Pero el botón debe haberse soltado en la caída.

—No. En una caída un botón puede partirse, pero no desprenderse. Creo que usted lo arrancó, por una razón que no llego a comprender.

Danish se quedó en silencio, pero sus labios se movían, como si hablara consigo mismo. Finalmente aceptó:

—Acompáñeme. Ya no tiene sentido mantener esto en secreto. Le voy a mostrar mi colección.

Bajamos las escaleras. Recorrimos un pasillo hasta dar con su habitación. La luz era muy tenue y verdosa; Danish giró la perilla del gas hasta que las lámparas brillaron con una intensa luz amarilla. Danish vivía solo, y su departamento era un prodigio de orden. No había ni un papel fuera de lugar. Me quedé cerca de la puerta. En la sala había una mesa rectangular con cuatro sillas y en el centro un florero de alabastro con algunos jazmines frescos. Danish fue hasta el dormitorio y volvió con una pesada caja de madera negra, que dejó sobre la mesa. Se sacó del cuello una finísima cadena de oro de la que colgaba una llavecita y abrió la diminuta cerradura.

—Yo los he visto pasar, una y otra vez. Y me pareció que era justo que conservara algo de su memoria. Con el segundo suicidio empecé a armar mi colección.

Levantó la tapa. El interior de la caja estaba forrado de terciopelo rojo. Las manos enguantadas se hundieron entre los botones, que sonaron con un ruido familiar. Reconocí los ecos del juego misterioso que me había sorprendido la otra noche.

—Los botones representan las vidas que se han ido. Es mi archivo, mi cementerio portátil. Cenotafio, más bien.

Había nacarados, de plata, forrados en tela, perlados, con relieves de rostros, como camafeos, con cabezas de leones y liebres y dragones. Unos simulaban estar hechos de hielo, otros de lava o de ámbar. Tomé alguno al azar y vi que tenía en el dorso una pequeña etiqueta, con un nombre, una fecha y un lugar. Busqué otros: la misma caligrafía diminuta los recorría a todos. No eran botones, eran la colección fúnebre, el cementerio secreto, los redondos epitafios del hotel de los suicidas.

—Usted es joven, Salvatrio. Puede lidiar con la idea del mal exterior, puede lidiar con el crimen. No lo asusta la idea de la maldad humana. Pero no tolera la idea del peligro interior, el paciente asesino que llevamos dentro y que ve en todo un anticipo de destrucción. El asesino que prepara por años su crimen perfecto y que ha encontrado a su víctima en el rostro que aparece en el espejo. Craig jamás sospeché de mí ni del personal del hotel. Él entendía todo, él sabía que los suicidios son una constante; sabía que cada ciudad tiene su número escondido. Sabía que ellos eligen ciertas zonas, ciertos edificios, ciertos hoteles. Se comunican sin conocerse, a través del aire y la distancia. Y Craig sabía que el Royal los llama como si fuera el templo de una divinidad aborrecible. No importa que cerremos las ventanas, que revisemos el equipaje —yo mismo revisé el de la señora Landor— que vaciemos los frascos de veneno, quitemos balas a las pistolas, escondamos las cuerdas. Ellos encuentran el modo. Son maestros del engaño, la ilusión y la sorpresa.

Pero yo ya no lo escuchaba. Me había puesto a buscar entre las piezas y pronto encontré el palacio de marfil de Jeremías Blanco Abreu. Los dedos enguantados se clavaron en mi muñeca.

—No se lo puede llevar. Mi colección...

Me liberé de su mano.

—No me importa su enfermiza colección, Danish. Dejo que se quede con todos los demás botones a cambio de éste.

Tocó los botones una vez más y cerró la caja con llave, como si temiera que le fuera a robar otro botón. Me miró con odio.

—Usted no entiende. Si entendiera...

—Prefiero no entender. Otra cosa: prepáreme la cuenta. Ya pasé demasiado tiempo en el hotel de los suicidas.

## QUINTA PARTE

### Jardín de sal

No entra quien quiere en el Jardín de la Oca,  
Muchos impedimentos encuentra en su camino.  
Alguno queda en la cárcel, otro cae en el pozo.  
Feliz quien, a punto de entrar, no encuentra la muerte.

AUTOR ANÓNIMO,  
Inscripción en un Juego de la Oca hallado en Pompeya.

# 1

Me había quedado nuevamente sin oficina ni hogar. Contraté un cuarto en una pensión que olía a repollo, y fui a avisar a Ángela que me enviara allí a posibles clientes. Sabía que mis esperanzas eran exageradas, pero ocurre que las esperanzas siempre son exageradas. La cocinera me entregó un sobre de parte de Dux Olaya: una breve esquela daba por cerrado el caso. La acompañaba una suma considerable. Había otro sobre, éste de Jerónimo Seguí, que dejé para leer después. Por supuesto, el del poeta no contenía ningún billete. Guardé los sobres en mis bolsillos y saqué el botón de Jeremías Blanco Abreu.

—Entregue esto a la señora, por favor.

Ángela estudió el pequeño palacio de marfil.

—Es como esas cosas que hacen los presos. —Volvió a mirarlo—. En este caso, un condenado a prisión perpetua. ¿Por qué tiene una etiqueta con un nombre?

—Mejor no saberlo.

Ángela se marchó escaleras arriba y al cabo de unos minutos bajó:

—La señora dice que se quede. Que es una locura que se haya ido. Considera terminado el asunto de Juan Troy. Le agradece también que haya solucionado el caso del botón desaparecido.

Simulé estudiar el asunto, pero algunos segundos después dije que sí, que me quedaba. Si decidí volver fue más por la memoria de Craig y las comidas de Ángela que por otra cosa. Sabía que correspondía que no volviera más a aquella casa. ¿Pero qué hombre puede ofenderse por largo tiempo con una mujer? Hace falta una gran fuerza de voluntad para persistir en el rencor: yo no la tengo.

Ya de regreso a mi viejo cuarto encendí la lámpara, me senté en mi silla y leí la carta de Jerónimo Seguí. Prometía pagar por mi investigación cuando se agotara la edición de *La isla perdida*. Parecía tranquilo y de buen humor al escribir esas líneas: su letra era clara y su promesa sincera.

Pero luego había un espacio en blanco. Era evidente que había retomado la escritura de la carta horas más tarde y con una disposición de ánimo muy diferente. Ahora su letra era irregular, tal vez alterada por el alcohol o la falta de una buena luz, y las líneas tendían a caer del lado derecho, como suele ocurrir en personas agobiadas por alguna pena:

¿Conoce la fábula del león y el mosquito? Un día, mientras camina por la selva, el león cae en una red tendida por un cazador. Un mosquito lo observa y le dice: «¿Cómo tú, que eres el rey de la selva, puedes haber caído en una trampa tan tonta?» El león, avergonzado, calla. El mosquito quiere alejarse, pero queda atrapado en una telaraña. «Te burlabas de mí, y ahora, ¿qué me dices?», le pregunta triste el león. Y el mosquito responde con igual tristeza: «Es que cuando nos llega la hora, no tenemos ojos ni oídos». Es de ojos y oídos o, mejor, de ojos y orejas de lo que trata todo esto. Y yo, mi querido Salvatrio, nunca tuve ojos ni oídos.

Me apenó el tono de la carta y me prometí ir a ver a Seguí en cuanto me

levantara.

A pesar de la primavera era una noche fría, y Ángela preparó un guiso de lentejas con zapallo y chorizos y unas natillas, y la comida me cambió el ánimo por completo. Tomé media botella de vino yo solo. La señora Craig no bajó a comer. Sólo recibí el saludo de sus pasos que sonaban en el piso de arriba. Amodorrado y feliz, me di por regresado al hogar.

Me levanté temprano, desayuné mi mate cocido dulce y mis reencontradas torrijas y luego fui a pie hasta la casa de Seguí. Toqué a su puerta, pero nadie abrió. Repetí los golpes, hice palmas, grité su nombre: los vecinos salieron a sus ventanas, pero él no. Era temprano para ir a preguntar por él en *La Tribuna*, así que volví a la casa Craig. Apenas entré Ángela me dijo:

—Durante su ausencia vino a visitarlo el señor Valadés. ¡Qué hombre tan encantador, tan simpático, tan elegante!

—Encantador puede ser, Ángela, pero elegante seguro que no. Y además le comento que es un hombre casado.

—¡No se atreva a pensar eso de mí! Llevo mi viudez con dignidad.

—Me agrada que mis amigos le caigan simpáticos. ¿Dijo qué quería?

—Tenía que contarle algo con respecto a la sal.

Fui hasta la oficina del editor, en la cuadra de la librería Peuser. Subí un piso por una escalera angosta y lo encontré frente a su escritorio atiborrado de papeles. En las paredes tenía enmarcadas las fotos de Los Doce Detectives. Los difuntos Craig, Viktor Arzaky y Louis Darbon; el portugués Zagala, fotografiado en la borda de algún barco, junto a un pulpo recién capturado; el inglés Caleb Lawson, al que yo no tenía ninguna simpatía; Tobías Hatter, de Nuremberg, que ponía su conocimiento sobre juguetes y mecanismos al servicio de la investigación criminal; Magrelli, el Ojo de Roma; el griego Madorakis; el norteamericano Novarius; Fermín Rojo, que había nacido en Toledo, y el japonés Sakawa. Aunque había sido expulsado del club, también estaba la foto de Castelveta. Sólo faltaba la mía.

—Salvatrio, gracias por venir. Ahora que el caso está solucionado, ¿no me escribiría unas páginas para el nuevo número de *La Clave*?

—Pídaselo a Castelveta. Él dice que resolvió el caso, ¿no?

—A Castelveta no le gusta escribir.

—Me gustaría ayudarlo, pero el caso está abierto.

Suspiró; pero no estaba hecho para los suspiros, que en él sonaban como la sirena de un barco que se acercara al puerto.

—Usted me rechaza; yo, sin embargo le conseguí lo que me pidió.

—¿Qué le pedí?

—¿Se acuerda que me había consultado sobre las actividades comerciales de Sal Argentina?

—Estaba tan concentrado en su puchero, que no creí que me prestara atención.

—Hablé con mis amigos de la Bolsa. Lo que ocurre con la compañía es exactamente al revés de lo que pensaba.

—¿No está en la ruina?

—Ese contador del bigotito es más hábil de lo que parece. Cuando el negocio de la sal declinó, fue comprando discretamente acciones en otras compañías. Invirtió en

el extranjero en sistemas de refrigeración. De hecho Dux Olaya tiene sólo una pequeña parte de su capital invertido en la sal. La mayoría está en otras empresas, sobre todo en el Ferrocarril del Sud y en la Compañía Alemana de Electricidad, que ya controla buena parte del alumbrado público de Buenos Aires. Además lanzó una línea de saleros de vidrio, decorados con flores, que parece que es muy exitosa.

—¿Y no es posible que Manuel Diácono haya usado estas maniobras a su favor?

—No tiene nada a su nombre. Se dedicó a salvar a su patrón sin pedir nada a cambio. Vive con su madre, y de modo bastante modesto. Dux Olaya tiene mucha suerte de contar con él. —Me tendió unos papeles—. Aquí le anoté una serie de cifras y datos que tal vez le sean de utilidad. Aunque me parece que a usted los números lo aburren.

—¿Quién le dijo que me aburren?

—Hagamos una prueba. En 1891 se exportaron 21.000 toneladas de carne y 23.000 de...

Bostecé.

—¿Ve? La primera cifra lo venció. Estos papeles no le van a servir de nada. Le agradecí y lo saludé, pero me retuvo.

—¿Para qué lado va?

—Para la casa de Seguí, en la calle Cuyo.

—Lo acompaño unas cuadras. Tengo que ir a la imprenta.

Bajamos las escaleras, y ya en la calle me explicó:

—Los obreros gráficos son todos anarquistas y tengo que tener mucho cuidado con lo que publico. Hay que leer cada artículo diez veces. Si uno se distrae, aprovechan para hacer modificaciones y así difundir sus ideas maximalistas a través de las historias de Los Doce Detectives. En las galeradas del último número descubrí que Caleb Lawson, después de atrapar a un asesino declaraba: «Pero la culpa no es de este hombre, sino del orden burgués, que lo obligó a cometer este crimen. Aunque le haya cortado la cabeza a su mujer, no es del todo un criminal: es una víctima del sistema».

Llevó la mano a su sombrero para saludar a una dama con la que nos cruzamos, y me dijo:

—¿Qué le parece que podemos poner en la portada para contar este caso de los filósofos de jardines?

—Ya le dije que el caso sigue abierto, no me insista.

—Lo podemos hacer a modo de un folletín, con un continuará.

Llegamos a la casa de la calle Cuyo. Había dos policías en la puerta. Un corrillo de vecinos se había reunido para ver qué pasaba y un tercer agente trataba de apartarlos. El dueño del almacén vecino aprovechaba para vender a los curiosos alfajores de maicena y vasos de refresco de granadina. Dos parroquianos, ajenos a la curiosidad y a la alarma, proseguían una lenta partida de dominó.

Valadés le preguntó a una señora que vestía de negro, como si se hubiera



anticipado al luto, qué pasaba, y ella respondió:

—Han matado a ese pobre muchacho, que no hacía mal a nadie.

—¿Jerónimo Seguí? —pregunté.

Otra vecina, escoba en mano y porte militar, enumeró a modo de explicación:

—La noche, el alcohol, el ajeno, las malas amistades, el exceso de café, las lecturas inapropiadas, las mujeres fáciles...

Valadés, que editaba historias de crímenes, no soportaba los crímenes fuera del papel. Se despidió con alguna vaguedad y salió apurado.

Uno de los policías de la puerta quiso cerrarme el paso, y por un instante sentí alivio: debía entrar, pero no quería. Pero el otro policía me reconoció —me había visto en la casa de Clemm— y me dejó pasar.

### 3

El departamento de Seguí estaba tan desordenado como siempre, pero ahora la muerte conectaba cada uno de esos objetos con los otros y los incorporaba con triste método a un polvoriento museo de símbolos. El piano tenía un aire fúnebre. Una copa rota, con el vino volcado y ya seco, parecía señal del fin de los placeres de la vida. El águila, clavada en la pared, observaba con sus ojos de vidrio la escena, para expresar la indiferencia de los dioses para con las desventuras humanas. Una pila de libros había caído cerca del cadáver, y con su aspecto de torre abolida representaba lo vano de toda obra.

Seguí estaba en el centro de la habitación, boca arriba: había encontrado un poco de espacio libre donde derrumbarse. Estaba vestido con la capa verde que había usado en la lectura de su poema. Se veía un disparo a la altura del corazón y otro a un costado. La tela chamuscada de la camisa indicaba que le habían disparado desde corta distancia. El asesino no se había limitado a dispararle: había hundido el pico del cuervo embalsamado en la segunda herida. El pájaro, firme en su base de madera, parecía picotear el hígado del poeta.

No había conocido a Ranier, despreciaba a Clemm y Juan Troy me parecía un lunático; pero me di cuenta de que había sentido por Seguí verdadero afecto. Por primera vez no vi al asesino como el necesario rival del juego que había elegido como profesión y destino, sino como alguien a quien odiar, buscar y destruir.

El robusto Janzen paseaba por la habitación tratando de no pisar nada, en una mezcla de rayuela y acrobacia.

—¿Quién lo encontró? —pregunté.

—La casera. Ayer Seguí no fue a trabajar. Como tampoco se presentó hoy, el secretario de redacción de *La Tribuna* lo fue a buscar al café Olmos. No lo encontró allí, y entonces vino a su casa. La casera abrió con su llave y vio lo que vemos.

—Una cosa sabemos con certeza: Buitrago no lo mató —dije.

—¿Me va a hacer quedar mal, Salvatrio? ¿Va a decir a la prensa que ese gigantón era un inocente?

—Debía alguna muerte, pero no ésta...

—Por supuesto...

—Ni la de Ranier, ni la de Clemm.

—Ya veremos —dijo el comisario. Abatido, se sentó en el banquito giratorio del piano. Se movía para un lado, luego para el otro, interesado en el mecanismo.

Para vencer su hostilidad pedí su opinión:

—¿Qué piensa de las heridas, comisario?

—Esperaremos a Reverter para extraer las balas. Pero me atrevo a pensar que son de pequeño calibre.

—Para matar a Clemm y a Ranier el asesino se preocupó por no usar armas convencionales. Ahora cambió de método: una vulgar arma de fuego.

—Se nota que tiene prisa. Se le acaba el tiempo. —El comisario había hecho una buena observación.

—Pero tuvo el tiempo suficiente para armar la escena. —Señalé el pájaro embalsamado—. ¿Por qué puso ahí el cuervo?

—¿Por qué? Confirma su teoría de una muerte mitológica. ¿No era eso de lo que quería convencerme? Hasta yo, que no soy un hombre leído, me acuerdo del suplicio de Prometeo. La bala en el corazón hubiera bastado para matarlo, pero el asesino lo hirió también en el hígado, para hundir el pico del ave y terminar el cuadro. Se siente un artista.

Le señalé el águila clavada en la pared.

—¿Por qué usó un cuervo, si tenía un águila a mano?

El comisario se encogió de hombros.

—A lo mejor su manual de mitología tenía algún error de impresión.

El doctor Reverter entró en la habitación con su maletín negro. En sus labios finos y sin sangre había un gesto de reprobación. Aquel desorden y abarrotamiento no le gustaban.

—Nos estamos viendo demasiado seguido, caballeros. —Dio una mirada distraída al cadáver—. Si no hay perros hay pájaros.

Abrió el maletín y se puso sus guantes de caucho. Luego se agachó junto al cadáver. Con delicadeza levantó al cuervo. El pico del ave estaba cubierto de sangre ya coagulada. A falta de otra superficie, Reverter dejó al pájaro embalsamado sobre la tapa del piano.

—Nunca más —recitó.

—¿Nunca más qué? —preguntó el comisario.

—Tal vez el asesino recordó aquel poema de Edgar Allan Poe —dijo Reverter—. Nunca más, nunca más, nunca más.

—No sé de qué poema habla, pero creo que Salvatrio tiene razón y acá nos han armado, a costa de este pobre hombre, una lección de mitología.

—Ah, Prometeo. ¿Pero cómo explica que haya usado ese cuervo, y no el águila que está en la pared? —quiso saber el médico.

—Tal vez sea un asesino enano, y no alcanzó hasta allí —dijo Janzen.

—Si de un enano se trata, hubiera usado el banquito del piano.

Mientras Reverter se ocupaba del cuerpo, el comisario volvió a hacer girar el banquito, hasta dar una vuelta completa. El mecanismo chirriaba bajo el peso de Janzen.

—¿Hace cuánto lo mataron? —preguntó.

Reverter tomó la muñeca del muerto y probó la rigidez de las articulaciones.

—Calculo que entre 10 y 16 horas.

—¿Sabe, comisario, si el asesino entró por la fuerza? —pregunté.

—No. La puerta y las ventanas estaban intactas. Seguí le abrió la puerta al asesino porque lo conocía, o porque su aspecto le pareció inofensivo.

—Rank y Dux Olaya pueden estar en peligro. Son los dos sobrevivientes que quedan del grupo de amigos.

El comisario me miró con suficiencia:

—Apenas me dieron la noticia de la muerte de Seguí puse tras Rank un agente que lo va a seguir a todas partes. Mandé otro a la casa de Dux Olaya, con la misma misión. No quiero más sorpresas.

Me pareció ver algo cerca de la puerta; saqué mi lupa de bolsillo y me puse de rodillas. En el hueco entre los listones de madera había granos de sal.

—¿Qué busca, Salvatrio?

—Hay sal en el piso, comisario.

—Este hombre habrá cocinado algo.

—No creo que en su vida se haya preparado un huevo pasado por agua.

—¿Y usted cree que dos o tres granos de sal constituyen una pista?

—Había sal cerca de Ranier, y también cerca de la reja de Ignacio Clemm. Como si alguien se esforzara para que sospecháramos de Dux Olaya.

Víctima de un arrebató de energía, Janzen abandonó el banquito.

—El caso se reabre. Mañana mismo visitaré a Dux Olaya. Y llevaré conmigo a todos los involucrados en el caso.

A la noche la señora Craig vino al comedor. Era la primera vez que la veía desde mi regreso al hogar. Llevaba un collar de perlas que no le conocía. Me sentí halagado. Significaba, tal vez, que consideraba mi regreso como un acontecimiento especial, que merecía la exhibición de una joya. Puso una copa de vino tinto para mí pero ella se sirvió un vino ajerezado en una copita diminuta.

Yo estaba de ánimo sombrío por la muerte de Seguí. Ángela dejó la comida servida en una fuente —cordero con tomillo y ajo— y se fue a dormir. Noté que en la mesa había uno de los nuevos saleros decorados de Sal Argentina. Eran frasquitos de vidrio con tapa a rosca y flores pintadas de azul, rojo y amarillo.

Le agradecí por recibirme de nuevo.

—Soy yo la agradecida. No debí haberle pedido a Castelveta que investigara la desaparición de Troy. No sé cómo pude pensar que usted era sospechoso. Vanidad de mujer: pensé que estaba celoso de Troy.

Tomé un trago de vino para animarme, y respondí:

—Jamás estuve celoso de Troy. Además le guardaba afecto, desde la época en que éramos compañeros de la Academia.

—La Academia... —murmuró, como hablando consigo misma—. Qué extrañas ideas tenía mi marido...

—Troy creía que la Academia seguiría funcionando mientras estuviéramos yo y él.

—Ese muchacho tenía mucho talento para la botánica. Conocía todos esos horribles nombres en latín. Y sin embargo prefirió lanzarse a la aventura, a los peligros... Quería superarlo, Salvatrio. Era de esas personas que tienen ciertas ideas en la cabeza y esperan que el mundo se corresponda a lo que han pensado. Usted, por atolondrado que parezca, no es así; es de los que saben que la vida tiene siempre la última palabra.

El vino me indujo a confesar:

—Yo estaba ofendido porque hubiera encargado esa investigación a Castelveta. Y me fui un poco intempestivamente. Le agradezco que me haya dejado volver.

—Y yo me alegro que haya vuelto. Es bueno saber que hay un hombre en la casa. Además, esta casa es tan grande... Mi madre decía que cuando se dejan habitaciones vacías, aparecen los fantasmas a reclamarlas.

—¿Cree en fantasmas, señora Craig?

—¿Usted no? —Acercó su silla a la mía y bajó la voz, como si alguien pudiera oírnos—. Cuando llegué a esta casa me parecía tan sombría... En ese entonces vivía la madre de Renato.

—La vi en fotografías. Una mujer alta, imponente.

—Una mujer piadosa y terrible. Su mayor virtud era que iba todos los días a misa. Pero tenía también un gran defecto: regresaba de la misa. Yo era casi una niña cuando

me casé con Renato, no entendía nada. Mi madre había muerto joven; mi padre no sabía qué hacer con una hija mujer, y me casó con alegría y alivio. Craig había ido a Las Flores a resolver un caso, y así se conocieron mi padre y él. Decidieron mi destino en una sobremesa, mientras fumaban cigarros y bebían cognac. Me casé en la iglesia del Pilar. Cuando llegué a esta casa sentía que había entrado en un país extranjero y oscuro. Mi suegra, que en paz descansa, tenía obsesión por las cortinas opacas, porque decía que la luz del sol apagaba los colores de tapices y alfombras. La gran mujer iba de aquí para allá corriendo las cortinas, espantando la luz. No tiraba nada, y la casa iba convirtiéndose en museo de la vida. Había cuartos abarrotados de cosas que crujían en la oscuridad. Viejos juguetes, cochecitos de bebé, un arpa rota... Una vez de la nada empezó a sonar una caja de música y casi me muero del susto. Pero tuve mi venganza: cuando mi suegra se murió, todas esas cosas fueron a parar al asilo de huérfanas.

—¿Craig no se opuso a que usted se deshiciera de las cosas de su madre?

—No, ni siquiera lo notó. Además siempre respetó mis opiniones, desde el principio, a pesar de que yo era casi una niña.

—¿Qué edad tenía, si no es impertinente?

—No había cumplido los 17 años. Era muy bonita en ese entonces.

—Estoy seguro que más bonita es ahora.

Pasó mi comentario por alto.

—Hacía frío cuando nos casamos, la iglesia estaba helada; todos con gruesos abrigos y yo con mi traje de novia, tiritando. Mientras el cura oficiaba la misa yo pensaba en la noche de bodas. Me aterrorizaba, yo no sabía nada...

Creo que me puse colorado y para desviar la conversación alabé el cordero de Ángela. Pero la señora Craig siguió, indiferente:

—No se debe permitir que las mujeres se casen tan pronto.

—Es cierto —dije, y me llené la boca de comida para no estar obligado a hablar.

—Yo había dejado mis muñecas poco tiempo antes. Ni siquiera entendía lo de lo azul, lo nuevo, lo prestado... Ni hablar de las otras cosas. Me parecía que todos a mi alrededor estaban complotados para arrastrarme a un mundo desconocido.

Yo estaba dispuesto a volver a desviar la conversación, temeroso de que siguiera una descripción de los horrores de la noche de bodas, cuando comprendí que hablaba de algo que me era vagamente familiar:

—¿De qué está hablando, señora? ¿Qué es eso de lo azul, lo prestado...?

—Los hombres no saben nada de esas cosas. Son los rituales de las mujeres antes de casarse.

—¿Qué rituales?

—Tonterías, pero que van pasando de generación en generación. La novia tiene que llevar a la iglesia algo azul, algo nuevo, algo viejo, algo prestado. Y una moneda en el zapato. Viene de una copla. Mi suegra, que era inglesa, pero católica, me lo repitió hasta el cansancio durante los días previos a la boda:

*Something old, something new  
Something borrowed, something blue  
And a silver sixpence in her shoe*

Me repetí los versos, tratando de memorizarlos.

—*Algo azul* significa la pureza —dijo ella—. *Algo nuevo*, la vida que empieza. *Algo viejo*, la supervivencia de la tradición. Y *algo prestado*, la buena suerte de una bien casada, que se transmite a la novia.

—¿Y la moneda?

—Una *silver sixpence* era una moneda inglesa de muy bajo valor. Puede servir cualquier monedita. Representa el bienestar material, por supuesto. Mi suegra decía que éste era un país bárbaro, que aquí no se respetaba ninguna tradición.

Recordé entonces mi visita a la casa de Dux Olaya, cuando el cofre de Irene se me había caído de las manos a causa del arrebató de la muchacha.

El tesoro de Irene.

Algo nuevo: los zapatos blancos.

Algo viejo: el pañuelo de encaje.

Algo prestado: el prendedor con figura de mariposa, que pertenecía a la cocinera.

Algo azul: la cruz de oro con incrustaciones de piedra azul.

Por último la vieja moneda con la efigie de Rosas.

—¿Qué pasa, Salvatrio? ¿Lo aburro contándole cosas de mujeres? No todas podemos ser expertas en asesinatos, como la asistente de Castelveta, que tanto le interesa, según me dijo el holandés.

Dejé el tenedor sobre el plato, terminé mi copa y me serví más vino. Después de un caso con tantos sinsabores, me vendría bien tomar hasta caer dormido sobre la cama, si es que primero encontraba la cama.

—Al contrario, señora Craig. No sabe cuánto me importa lo que me cuenta.

Me acerqué hasta ella, tomé su mano derecha y se la besé. Me miró con estupor.

—Se está poniendo demasiado confianzudo. Voy a prohibir el vino en esta casa.

Sepultaron a Seguí en el Cementerio del Norte. A los compañeros del diario se los veía algo bulliciosos para la ocasión, con esa ansiedad característica de los periodistas, que creen que todo el tiempo ha de estar pasando algo memorable en otro sitio, muy lejos de donde están. Del doctor Rank no se separaba un policía gordo, que miraba a todos lados con aire de sospecha. Otro agente seguía a Dux Olaya, que caminaba lentamente por los senderos de piedra, con el sombrero entre las manos. A pocos pasos marchaba Manuel Diácono, la diminuta sombra.

La señora Clarke había desempolvado un viejo vestido negro que olía a alcanfor y de vez en cuando se secaba una lágrima. El pianista Calero parecía el más apenado de todos, pero se mantenía a un costado, como si no quisiera contagiar a otros su dolor. Aun sin piano los dedos se movían.

El jefe de Seguí en el diario, el hombre robusto que yo había visto en su oficina reclamándole las páginas atrasadas, tuvo a su cargo el discurso fúnebre. Como cierre empezó a leer el poema consagratorio; apenas terminada la quinta línea, y al ver que cundía el desinterés y que el viento amenazaba los sombreros, dijo la palabra que lo dice todo, el amén de los laicos:

—Etcétera.

«*Con ese poema comenzó la serie de crímenes, y con ese poema se cierra*» dije para mí mismo.

Después de la ceremonia un grupo se reunió extramuros, convocado por el comisario Janzen. En el círculo estaban Dux Olaya, Manuel Diácono, el doctor Rank, la señora Clarke. Tímido y tosedor, asomaba el taquígrafo Solanet, escoltado por un agente que lo había ido a buscar a su pensión.

—Prometí no nombrarme —me recriminó Solanet.

—No le dije a nadie su nombre. Pero la policía ha hecho su propia investigación.

Los otros asistentes al entierro nos miraban como si nos tuvieran envidia, como si formáramos un club exclusivo, cuyos miembros continuáramos con el funeral pero en otra parte. Sin embargo, en el interior del círculo áulico nadie parecía feliz.

—Prefiero dejar la reunión para otro día, comisario. Usted sabe, mis internas me esperan, pobrecitas... —empezó a decir Rank.

—Vendrá con nosotros, doctor. Si ya estamos todos, señores, subamos a los coches.

La comitiva fúnebre se repartió en cuatro coches y partió rumbo a la casa de Dux Olaya.



## 6

La casa nos recibió con un desorden de perros y sirvientes a medida que los coches atravesaban la reja y entraban en el jardín. La enredadera que trepaba las columnas de hierro de la glorieta estaba más tupida que la última vez. Aproveché la confusa entrada de invitados y policías para recorrer a mi gusto el jardín.

Ya nadie se ocupaba de las plantas, y los yuyos empezaban a crecer a su antojo. Nunca tuve ningún interés en los jardines, ni aspiré, en ningún ámbito de la vida, a perfección alguna, y sin embargo aquella decadencia me apesadumbró. Construir algo exige enormes esfuerzos, pero para malograrlo bastan el desinterés, la apatía, la distracción. Me pareció que había una correspondencia entre el jardín filosófico de Dux, formado por sus amigos, y el jardín que se extendía a mi alrededor: a medida que los amigos morían, las plantas se marchitaban y la cizaña derrotaba a la aristocracia vegetal.

Di la vuelta a la casa. Pasé junto a cuatro estatuas de criaturas mitológicas que parecían conversar en la soledad del jardín. Más allá descubrí un terreno en el que se había cavado un sistema de zanjas, seguramente con vistas a un complicado estanque, que tenía esta forma:



Los estanques estaban recubiertos con azulejos negros, pero solo había un poco de agua podrida en el fondo, y algunas hojas y ramas caídas. Reconocí el plano de la Atlántida del que hablaba la señora Clarke, con su palacio central y sus círculos concéntricos, separados por estanques conectados entre sí. Ése era el plano que con trazo apurado y torpe había dibujado Juan Troy, y que tenía en el bolsillo en el momento de su muerte. Había que reconocerle a Troy el mérito de dos hallazgos. El primero era el poema de Seguí: yo lo había visto, pero no le había dado importancia. El segundo era ese sistema de estanques: lo había visto a lo lejos en mi primera visita a la casa, pero no le había prestado atención. Juan Troy había descubierto el interés

que tenían tanto el poema como la ruina. Había sido un buen alumno de Craig. Sabía todas las lecciones y sólo había desaprobado la más importante: sobrevivir.

Era evidente que la obra había sido comenzada y luego abandonada. En el centro estaban los cimientos de una construcción, pero no habían avanzado más que con dos filas de ladrillos. ¿Era el templo de Poseidón del que hablaba Platón? ¿Era el palacio de la Atlántida? Yuyos y cizañas se enseñoreaban con el terreno.

*Ésta es la ciudad de los muros transparentes, pensé.*

Entre los restos de la construcción encontré un bulto amarillo y gris: un jilguero muerto. Había caído como si el diseño del laberinto inexistente continuara en el aire y fuera capaz de atrapar a los pájaros en las alturas. Envolví el pajarito en mi pañuelo y traté de ponerlo en mi bolsillo derecho, pero no cabía. En el bolsillo izquierdo, que estaba un poco descosido, entró sin problemas.

Volví a la casa. Nadie había notado mi ausencia. Dux Olaya había vuelto a ser un gran anfitrión, como en los tiempos de los filósofos de los jardines. Las mucamas habían dejado sobre la mesa botellas de vino y jarras de limonada y té. Se había servido un poco de carne fría, salamines, quesos y unas enormes aceitunas. Pero no era un almuerzo formal: Solanet, la señora Clarke y el comisario Janzen estaban sentados, pero el resto permanecíamos de pie. Todos comían con avidez. La gente tiene hambre después de los entierros.

## 6

El comisario Janzen había convocado a la reunión, y sin embargo ahora parecía derrotado por Dux Olaya, por el esplendor de la casa, por el vino. Y la reunión forzada se había convertido en una invitación del dueño de casa. Si Janzen pensaba dar un discurso antes de los interrogatorios, no lo hizo, y el dueño de casa se le adelantó:

—Sé que estas muertes me cercan. Sé que estoy en el centro de esta maldad, pero juro por mi hija que no encuentro explicación a estos crímenes. Castelveta acusó a Buitrago y aunque era para mí un fiel servidor, lo entregué a la policía. Y sentí alivio cuando lo mataron, porque tuve por un momento la ilusión de que así se terminaba la cadena de crímenes. Pero la muerte de Jerónimo Seguí nos hizo ver que Castelveta estaba equivocado.

Janzen terminó de tragar una aceituna y dijo:

—Antes de que empecemos con los interrogatorios individuales: ¿alguien tiene algo para decir?

Trataba de mirar con severidad a su audiencia, pero los ojos se le iban detrás de una fuente con empanadas que acababa de llegar.

Me adelanté.

—Si me permite hablar, comisario, le puedo dar una explicación de cómo ocurrieron los hechos.

Janzen había atrapado una empanada, y con un gesto me indicó que podía hablar.

—Estos crímenes tienen que ver con otro crimen que ocurrió tres años atrás. Dux Olaya reunía en esta casa a sus amigos: Jerónimo Seguí, el doctor Rank, Ignacio Clemm, el anticuario Isidoro Ranier. De vez en cuando la señorita Irene Dux Olaya participaba de las reuniones. También fue invitada la señora Clarke.

—A mí solo me interesaba hablar con Irene —aclaró la especialista en la Atlántida.

—Lo sé. Y en muchas reuniones el taquígrafo Solanet se ocupó de tomar la transcripción de las conversaciones.

El taquígrafo tosió, no sé si como aprobación o reproche.

—Una noche Dux Olaya no pudo asistir a la reunión, porque su viaje se demoró un poco más de lo planeado. Era el 30 de agosto, día de Santa Rosa, y esa vez la tormenta llegó puntual. Los amigos se reunieron, conversaron y se fueron a dormir. En realidad no todos se fueron a dormir: uno permaneció despierto. Al amparo de la oscuridad entró en el cuarto de Irene, la sorprendió dormida, le arrancó la ropa y la ultrajó. Irene, aterrorizada, escapó por la ventana y corrió por los jardines. Los invitados oyeron los gritos, se levantaron de la cama y salieron a buscarla, mientras la tormenta arrancaba todas las flores. La encontraron desnuda y ensangrentada junto a la verja del jardín. Desde ese ataque, como sabemos, no volvió a hablar.

—El nuevo hundimiento de la Atlántida —agregó la señora Clarke. Se oyó un

chistido.

—Al amanecer Irene dibujó unas rosas y todos pensaron que el culpable era el caballero, que siempre le ofrecía rosas. No era una idea caprichosa: más de una vez el hombre había sido sorprendido espiándola. Pero lo que había dibujado Irene era el distintivo que el doctor Rank había encargado para los miembros del futuro Club Sub Rosa. El atacante de Irene había perdido el distintivo y eso fue lo que dibujó la muchacha. En la casa se acusó al caballero y Buitrago se encargó de su ejecución.

—Yo no ordené su muerte... —dijo el dueño de casa.

—Hay muertes que no hace falta ordenar. A veces basta un gesto, una media palabra, una mirada, y la orden jamás formulada se ejecuta. Podemos adivinar que Buitrago lo enterró bajo las rosas Lictor.

—¿Qué rosas son éstas? —preguntó el comisario Janzen.

—Rosas color sangre, las únicas que se ven en la oscuridad —dije.

—Se las muestro, si quiere —intervino Dux Olaya—. Les pido perdón de antemano por el descuido del jardín.

En procesión salimos de la casa. Pasamos bajo el umbral con su leyenda: *Procul o procul este profani*. La señora Clarke hacía comentarios elogiosos ante las flores. Inclusive pidió permiso para llevarse un ramo.

—Por mí puede llevarse hasta las estatuas —comentó desencantado Dux Olaya.

Pronto llegamos frente a las rosas Lictor, que crecían magníficas, como si el descuido les hiciera bien. El comisario las miró con detenimiento.

—Señor Dux: ¿está enterrado ese hombre bajo esas rosas? —preguntó Janzen.

Hubo un silencio de jardín: silencio interrumpido por rumor de hojas, pájaros lejanos y zumbido de abejorros.

—Imagino que sí, pero no lo sé con certeza. Yo me preocupé por mi hija, no podía pensar en nada más. A la mañana siguiente vi la tierra revuelta y supuse... Ya sabe.

—Más tarde cavaremos, cuando no haya damas presentes —dijo Janzen.

—Espero que no estropeen las rosas. —Dux Olaya de pronto se volvió hacia mí—. ¿Qué decía usted de los distintivos?

—El hombre que atacó a su hija perdió el suyo en el ataque. Seguí no fue: tenía con él su signo de plata. La viuda de Ranier me mostró el de su marido. La policía encontró el de Clemm en su casa. —Busqué a Rank con la mirada. Estaba estudiando una estatua de Flora—. Solo queda usted, doctor Rank.

El médico dio un paso adelante.

—Todos mostraron un distintivo y yo le mostré dos. ¿Y aún así sospecha de mí?

—Me mostró dos, es cierto. —Busqué en un bolsillo interior las dos piezas de plata y las mostré—. Uno era el que le iba a dar a Dux Olaya. Como esa noche ocurrió el ataque no llegó a dárselo.

—Le di el mío también...

—No, me dio el distintivo que el orfebre hizo de prueba. Mírelo bien: es distinto

de los demás: en una rosa tiene dos hojas y en la otra una sola. Usted lo rechazó por esa falta de simetría. El suyo no me lo mostró, porque lo perdió en el ataque. Irene debe tenerlo en algún sitio. En la oscuridad no reconoció a su atacante, pero se quedó con su distintivo, y eso fue lo que dibujó.

El doctor Rank buscó la mirada de Janzen.

—Comisario, guíe usted esta... conferencia, interrogatorio, o lo que sea. No me obligue a escuchar a este aprendiz.

Antes de que Janzen tuviera tiempo de decidir algo, agregué:

—El ataque no fue ninguna novedad para el doctor Rank. Él acostumbra a visitar por la noche a sus pacientes. Ellas son locas, nadie les cree, así que son víctimas fáciles. Una de ellas escapó del manicomio sólo para decírmelo.

—Salvatrio se refiere a Leonora Asti, que clavó una tijera en el cuello de su marido. ¿Cómo alguien le va a creer a una loca peligrosa? ¿Me va a acusar también de matar a Ranier, a Clemm, a Jerónimo?

—No. El diablo reparte sus dones de modo caprichoso. Usted ultraja mujeres, pero no es un asesino.

Rank se acercó como para golpearme, pero Dux Olaya se cruzó en su camino.

—Si lo que dice Salvatrio es cierto, voy a matarlo con mis propias manos, doctor.

—Aquí nadie va a matar a nadie —dijo Janzen—. Ahora necesitamos la verdad. Del resto nos ocuparemos después.

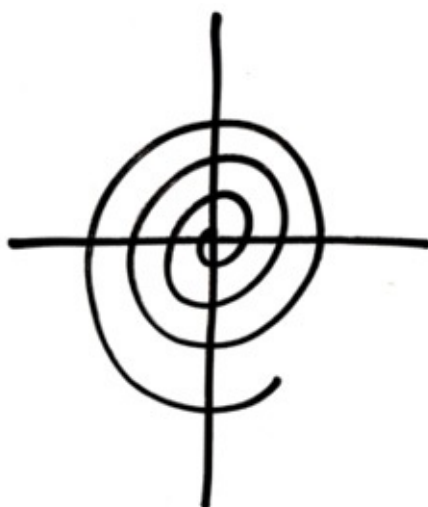
—No estoy dispuesto a escuchar cómo se difama mi buen nombre. Si deja hablar a Salvatrio, me retiro —amenazó Rank.

—Usted no se va a ninguna parte —dijo el comisario.

Entonces me apresuré a terminar el que era mi primer caso después de la muerte de Craig.

—Anders Castelveta acusó a Buitrago de matar a Juan Troy. Yo creo que tenía razón en que era el criminal, pero la prueba que lo condujo a Buitrago era falsa. Ahora Castelveta es un hombre de teatro, y le preocupaba más resolver el caso sobre la escena, antes de partir, que encontrar la verdad. Que el papel encontrado en los bolsillos de Juan Troy fuera un dibujo de la oreja cortada de Buitrago era algo muy atractivo para mostrar en el teatro. Por eso Castelveta ignoró que el dibujo no sólo tenía una línea horizontal, sino otra vertical.

Saqué del bolsillo de mi camisa el dibujo que me había dado Greta. Todavía conservaba algo de su perfume:



»Éste es el verdadero dibujo que hizo Troy. Pero a Castelveta no le servía para su espectáculo, entonces ignoró la línea vertical. Lo que era un plano apresurado, lo convirtió en una oreja cortada. Pero el espectáculo se terminó, el público se fue, y nos toca a nosotros continuar con la vida fuera del escenario.

»Lo que Troy dibujó era el plano de la Atlántida, tal como aparece descrito en el Timeo de Platón. Pero como hizo un dibujo apurado, convirtió en una espiral lo que eran en realidad círculos concéntricos. El plano verdadero muestra un círculo central, aislado por un anillo de agua, y otros sucesivos anillos de tierra y agua, con puentes que conectan un sector con otro. Tal como está en los fondos de esta casa. —Señalé la fracasada construcción, y, como si diera una orden, todos empezaron a moverse lentamente hacia allí—. Un dédalo de estanques y plantas, jardín y laberinto a la vez, pero sobre todo hogar.

—¿Hogar? —preguntó Dux Olaya—. Ésta era una construcción que quería hacer Irene. Un invernadero para plantas exóticas. Lo iban a rodear unos canales, donde flotarían nenúfares y camalotes.

—El verdadero plan no era ése. No creo que a Irene le interesaran los invernaderos. —Señalé al tesorero—. Diácono lo sabe.

Bastó que mencionara al tesorero para que éste bajara la vista. Continué:

—Manuel Diácono siempre fue un colaborador fiel. Son comunes las historias de empleados contables que a espaldas de su patrón desvían fondos, roban, estafan. Él hizo todo al revés. A espaldas de su empleador, que estaba empeñado en seguir con el negocio de la sal tal como lo había heredado de su padre, hizo las inversiones oportunas para salvar a la compañía. Sin el ingenio de Manuel Diácono, la caída del precio de la sal hubiera arruinado a la compañía. Los sistemas refrigerantes utilizaban la sal, pero en pequeñas cantidades, y además era probable que muy pronto fueran reemplazados por otros que ya no la usarían en absoluto. También en las conservas, al mejorar los sistemas de cierre, el uso de la sal se reduciría. Manuel supo comprar acciones en las compañías de crecimiento asegurado: transportes y electricidad. A espaldas de Dux Olaya salvó la compañía.

El dueño de casa aprobó mis palabras:

—Tardé en entender las ideas de Manuel, pero al final me avine a su manera de ver las cosas.

—Pero Manuel tenía otros planes. Iba a casarse con Irene. Y así pronto sería dueño de todo.

—Eso es un disparate —dijo Dux—. Jamás me pidió la mano de mi hija. Jamás se vieron a solas.

—La mano es lo último que se pide, cuando ya se tiene todo lo demás. Diácono sabía que, a pesar de los problemas mentales de la muchacha, Dux Olaya vería con buenos ojos esa unión.

Sonó la voz aguda de Diácono:

—¿Qué le hace pensar que quería casarme con Irene?

—Son muchos los indicios, aunque tardé en entenderlos. Irene ordenó que sacaran todas las hortensias y las reemplazó con otras especies. Es muy difundida en nuestro país, como bien saben las mujeres, la creencia de que en las casas donde hay hortensias las niñas no se casan. Cuando las niñas empiezan a pensar en su futuro, adiós hortensias. Otro indicio: Irene jamás se desprende de su cofre laqueado. En ese cofre guarda algo nuevo, algo viejo, algo prestado y algo azul. Y también una moneda para llevar en el zapato, como aconsejan madres y tías a las novias.

—*Something old, something blue...* —empezó a recitar la señora Clarke.

—Y por último la extraña construcción en los fondos, el minúsculo palacio de la Atlántida, donde vivirían juntos.

—¡Ya le dije que esto iba a ser un invernadero! —gritó Dux, pero ya dudaba de sus propias palabras.

—Un invernadero para una sola flor —respondí.

Habíamos llegado al final del jardín. Más allá había una muralla de árboles. Todo había comenzado en el árido jardín de Isidoro Ranier, y terminaba allí, en el jardín abandonado de Dux Olaya.

Manuel Diácono me miró con una mezcla de estupor y felicidad. Había vivido

meses y años en el secreto. Y aunque ahora era acusado de crímenes terribles se sentía por fin libre de la máscara que lo había agobiado. Por unos segundos tuve la ilusión de que se hacía más alto, más corpulento e imponente. Continué:

—Estoy seguro de que Manuel e Irene iban a contarle a Dux su intención de casarse antes de que se revelara el verdadero propósito de la construcción del fondo. Pero luego vino el ataque de la noche de Santa Rosa. Irene dejó de hablar. Su estado mental empeoró. La iglesia no autorizaría el casamiento de una joven con problemas mentales, una joven que ni siquiera era capaz de decir «Sí, quiero». Y Manuel Diácono, futuro heredero de la compañía que había salvado, volvió a ser solo el tesorero de la empresa, la mínima sombra detrás de Dux Olaya.

»Manuel Diácono estaba convencido, como casi todos, de que el atacante de Irene había sido el caballero. Ojeda había sido ejecutado y podía estar tranquilo. Pero un día abrió el diario y encontró *La Atlántida*, el poema de Seguí. Ahí aparecía con claridad el uso de los distintivos, a los que él no había prestado atención. Entonces Manuel se dio cuenta de que el culpable de su desgracia no había sido el pobre Antenor Ojeda sino uno de los amigos de Dux Olaya, uno de los filósofos de los jardines. No sabía cuál: los ejecutó a todos. Bueno, a casi todos. —Miré al doctor Rank—. Diácono usó una de las ideas de Irene, en los tiempos que era la niña visionaria: en la Atlántida los castigos debían ser mitológicos y estar relacionados con las faltas cometidas. Así a Isidoro Ranier, tan orgulloso de sus rizos rubios y de sus trajes ingleses, le correspondió la muerte de Narciso, ahogado en la fuente. Al cazador Clemm la muerte de Acteón, otro cazador. A Seguí, la de Prometeo...

—¿Por qué Prometeo? —quiso saber el comisario.

—Prometeo es quien lleva la luz a los hombres. El que les permite ver las cosas como son. Y Manuel vio las cosas como son gracias a las palabras del insensato Seguí.

Me acerqué al tesorero. Yo lo estaba condenando, pero veía en sus ojos que no era capaz de odiarme. Secretamente había estado esperando el triunfo de la verdad. Continué:

—Si Diácono se hubiera detenido en la muerte de Clemm, jamás lo hubiéramos descubierto. Era fácil culpar a Buitrago de todo, como hizo Castelveta. Pero a Diácono no le importó la muerte de Buitrago, quiso seguir con su lista, aunque las sospechas terminaran por caer sobre él.

Todos me seguían con atención, pero Diácono más que nadie: casi me pareció adivinar un gesto de aprobación, como si fuera un profesor que toma examen a un alumno lento pero esforzado.

»Fue la muerte de Seguí lo que me hizo ver que Diácono era el culpable. La primera vez que lo vi había evitado tomar la pluma de faisán de Dux Olaya. Prefirió una pluma de madera, que lleva consigo a todas partes. Días más tarde, cuando visité esta casa, Irene le tiró un almohadón, y él retrocedió espantado como si le hubieran arrojado una cabeza humana. Diácono siente esa aberración por las plumas que los



médicos conocen bien. Hay quienes tienen erupciones en la piel y quienes se quedan sin aire hasta ponerse azules ante el contacto de una sola pluma de paloma. Cuando apareció muerto Jerónimo Seguí algo nos intrigó al comisario y a mí: que el asesino, teniendo un águila a mano, hubiera preferido usar un cuervo.

—También el cuervo tiene plumas —dijo el comisario.

—Sí, pero esa pieza embalsamada tenía una base de madera. No hacía falta tocar una sola pluma. En cambio hubiera sido necesario arrancar el águila de la pared tomándola de las alas. Y Manuel, alérgico a las plumas, no lo hubiera tolerado. Mejor cambiar cuervo por águila y traicionar la leyenda que tocar una pluma. Después de todo, enfermedades y manías son la mitología de nuestra época.

Un murmullo de incredulidad secundó mis palabras. La señora Clarke apartó una abeja de su cara. Manuel esperó que cesara el rumor y habló con su voz aguda:

—No maté a ninguno de esos hombres y no siento ninguna aversión a las plumas.

Era tal su aspecto de inocencia que por un instante temí que todos le creyeran y que me internaran en el manicomio.

Entonces metí la mano en mi bolsillo, improvisado sepulcro, y saqué el pajarito que había recogido en el jardín. Lo tiré a las manos de Manuel. Dio un grito agudo y retrocedió espantado. Todos miraron con aire divertido el magnífico contraste entre el miedo del tesorero y el pequeño revoltijo de plumas grises y amarillas, que había caído a sus pies, sobre la hierba.

Dux Olaya miró el jilguero con desconsuelo. Cuando habló intentó dar una impresión de autoridad y se dirigió a Janzen.

—¿Cree usted algo de todo esto, comisario?

Janzen hizo un gesto de resignación.

—Que Buitrago fuera el culpable era lo mejor para todos. Pero ya que no hay modo de acusar de asesinato a los muertos, le diré que le creo a Salvatrio.

—Una cosa no me explico, Manuel —pregunté—. ¿Por qué los granos de sal en la escena del crimen? ¿Era para alejar a los malos espíritus?

Diácono suspiró y sonrió por primera vez. Señalado por el jilguero, había dejado de defenderse. Su tono era distendido y hasta jovial. Siempre me había parecido un hombre mayor: pero ahora, liberado del secreto, representaba lo que era: un hombre que no llegaba a los 35 años. Se encogía de hombros, sonreía, dejaba caer el disfraz de solemnidad, el gris uniforme del debe y el haber.

—Ah, eso no era nada intencional. Es que cuando voy a hacer algo importante siempre llevo sal en los bolsillos. Es señal de buena suerte. Cuando fui a mi primera entrevista de trabajo con el señor Dux Olaya, hace quince años, mi madre me puso un puñado de sal gruesa en el bolsillo. Y dio resultado.

—¿Pero por qué tirarla en la escena de los crímenes?

—Nunca tiré sal. Se me cae de los bolsillos. Los tengo rotos. Soy un hombre soltero, señor Salvatrio. Como usted.

Me señaló el bolsillo descosido donde había guardado el jilguero.

—No tenemos quien nos cosa la ropa.

Apenas el comisario hubo dado su veredicto, dos policías desenfundaron discretamente sus armas, pero sin apuntar más que al suelo. Aún así los Colt parecían desmesurados frente a la discreta presencia del culpable. Hubo un momento de silencio hasta que el doctor Rank se rio.

—Me iba a ir y usted me hizo quedar y se lo agradezco, comisario Janzen, porque nunca me divertí tanto en mi vida. Primero la ridícula acusación de Salvatrio contra mí, y ahora la confesión de Manuel. Podemos decir que en una misma hora conocimos los encantos de la mentira y los de la verdad. Si no hubiera asistido a la confesión de Manuel, nadie me hubiera convencido jamás de que él es el culpable, de que él los mató a todos. Siempre tan puntual, tan serio, tan atento a sus cuentas...

—Es cierto, trabajo mucho, pero también sé aprovechar mi tiempo libre —dijo Diácono.

—¿A mí también me hubieras matado? —preguntó el médico.

Todos miramos a Diácono, a la espera de su respuesta. Creo que a todos nos costaba pensar que él hubiera asesinado a Ranier, a Clemm y a Seguí, pero aún más costaba creer que hubiera otro asesinato entre sus planes. Pero ése es un rasgo de nuestro discernimiento que he observado en muchas otras ocasiones. Sabemos que en el pasado han ocurrido toda clase de cosas capaces de desafiar y estropear nuestro sentido de la lógica, y sin embargo vemos el futuro como si todavía siguiéramos creyendo que las cosas han de obedecer a esa misma lógica. Con el pasado nos dejamos ganar por cualquier superstición; con el futuro nos volvemos rigurosos, amantes de la ciencia, deterministas. No podemos aceptar un mundo en el que cualquier cosa puede ocurrir a cada instante.

El psiquiatra repitió la pregunta y Diácono asintió. Rank sonrió con orgullo, como si la respuesta lo halagara. Yo conocía bien ese entusiasmo: es la alegría que siente el náufrago al observar desde la balsa salvavidas al barco que se hunde. El náufrago no puede aceptar que su salvación sea obra del azar: necesita saber que es un reconocimiento que el universo reserva a sus méritos, y que la catástrofe misma es una ceremonia desplegada con el único fin de premiarlo.

—¿Y cómo me hubieras matado? ¿Qué personaje mitológico me tenías reservado?

Diácono señaló vagamente las estatuas que nos rodeaban —un centauro, un fauno, una sirena monstruosa— hasta que encontró, medio oculto tras un laurel, al gigante del ojo único.

—Polifemo —respondió el tesorero, sin vacilar.

—¿Polifemo, el cíclope? —Rank nos miró a todos, como si necesitara de un público para celebrar su triunfo—. Ahí te equivocaste, Manuel. Mis ojos son de distinto color, pero los dos son reales. Mucha gente cree que uno es de vidrio, porque es gris, pero los dos son míos, y con los dos veo perfectamente.

—Nunca creí que usted tuviera un ojo de vidrio.

—¿Y entonces? Polifemo tiene un solo ojo, yo dos.

—Hasta ahora —dijo el tesorero. Y sacó de su bolsillo una pequeña pistola plateada. Rank no atinó a moverse. Los policías apuntaron sus armas hacia Diácono, pero lo hicieron con lentitud y torpeza, como si esperaran que la voz del comisario pusiera orden en el mundo. Hubo un fogonazo. La bala atravesó el ojo izquierdo de Rank, el gris.

Casi al mismo tiempo, los policías dispararon sobre Diácono. Por un segundo el jardín se llenó de olor a pólvora. Oí, entre unos árboles cercanos, el aleteo de pájaros asustados.

Rank yacía boca arriba, con un ojo abierto y el otro vacío.

Dux Olaya dedicó al médico apenas una mirada distraída e hincó una rodilla junto al tesorero. Las heridas parecían demasiado grandes para su esmirriado tórax. Pasaron unos minutos y el espanto ya dejaba lugar al dolor. Dux le tomó la mano al hombre que había matado a todos sus amigos.

—Cuando haga la memoria y el balance, verá que dejo todas las cuentas en orden —dijo Diácono.

—Te creo, Manuel —dijo Dux, con lágrimas en los ojos.

Diácono me miró a mí.

—Y usted, aparte ese horrible pájaro de mi vista.

Tomé el jilguero en mis manos y lo eché tan lejos como pude.

## 9

La encontré afuera, en la galería, sentada frente a su mesa de mármol. Ajena a todo, rodeada de dibujos, el pelo sobre la mesa en un arabesco dorado. Los estampidos, los gritos, las corridas de los sirvientes, las inútiles órdenes que se gritaban los policías: nada la había asustado. Nada le había importado.

Entonces ella, la chica que no hablaba, la princesa muda, habló.

—Todo terminó —dijo, sin mirarme.

—Sí. Todo terminó.

Respondí con naturalidad, pero entonces advertí que en su comentario había o bien un prodigio o bien la señal de una impostura.

—¿Cómo es que ahora habla y antes no?

—Estaba enferma. Ahora estoy curada.

—¿Y qué la curó?

—El cumplimiento de la justicia.

Sobre la mesa, los dibujos: Isidoro Ranier bajo el agua, los perros derrotando a Clemm, una enorme águila devorando el hígado de Seguí. Había dibujado a todos con los ojos abiertos, enormes.

—Estos dibujos no se los muestro a papá. Él no entiende nada. Sólo a Manuel. Éste es el último.

Me mostró un retrato de Rank. Tenía un ojo vacío. El izquierdo. El otro abierto.

—Manuel quería matarlos de cualquier manera. Pero yo di órdenes precisas. Y él al fin entendió. Manuel era príncipe y verdugo. Tenía que cumplir con las reglas. En la Atlántida no se puede matar de cualquier manera.

—¿No es muy cruel matar a cuatro por el pecado de uno?

—Todos eran culpables.

—No. Uno solo la atacó.

—Uno solo... —repitió, como si viviera en un mundo de cosas plurales y lo singular la confundiera.

—Uno solo. El doctor.

—Pero los otros me habían visto desnuda. Merecían la muerte también. Por eso elegí esos castigos.

Entonces comprendí el sentido de lo que me había escrito Seguí. *Es de ojos y orejas de lo que trata todo esto. Y yo, mi querido Salvatrio, nunca tuve ojos ni oídos.* Con la oreja se refería al plano de la Atlántida, que Castelveta había tomado por una oreja cortada. Y en cuanto a los ojos, todas las muertes estaban vinculadas a la visión. Narciso, que mira su reflejo hasta ahogarse. Acteón, que contempla desnuda a Diana y recibe el castigo de su transformación en ciervo. Prometeo, que permite que los otros vean en la oscuridad. Y Polifemo, que ve el mundo con su único ojo.

—Nadie me puede ver desnuda —dijo Irene—. Soy la princesa de la Atlántida.

La historia de nuestra vida es la historia de nuestros miedos. Llegué a la casa Craig muy tarde en la noche, con un cansancio de siglos. Apenas cerré la puerta sentí bajo los pies un áspero crujido como de arena contra la madera del piso. Estaba oscuro como para ver qué era. Llevé a mi boca uno de aquellos granos. No era arena, era sal.

Mientras subía las escaleras iba pisando más granos. La sal marcaba un camino ascendente. Pensé en la sal hallada junto al estanque de Ranier. Ante la reja de Clemm. En el umbral de la casa de Seguí. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra, veía o creía ver los granos en la oscuridad. Sentía como las suelas de mis zapatos partían los cristales. El corazón me latía tan fuerte que temí que se dejara oír en el exterior y despertara a la ciudad entera.

Llamé a la señora Craig, pero la llamé con esa voz que nunca suena, con la que pedimos auxilio en los sueños.

—Margarita...

Nunca la llamaba por su nombre de pila. Pero las fórmulas de cortesía y las convenciones pierden su poder en el miedo y en la noche.

Golpeé a la puerta de la señora Craig. Nadie respondió. Abrí despacio. Los grandes y pesados muebles parecían pedazos de oscuridad. La puerta que conducía al dormitorio estaba cerrada y no se veía luz bajo la hoja de roble. Sólo había luz en el invernadero.

Caminé hasta allí. Sobre una de las largas mesas brillaba, azul, un farol de querosén. La señora Craig estaba sola y concentrada en una tarea que exigía toda su atención. La noche estaba fresca y llevaba un viejo vestido gris de lana inglesa. Noté cerca del hombro un agujero de polilla. Pensé que estaba regando las plantas, pero apenas mis ojos se acomodaron a la luz del farol vi que no era así. Sacaba puñados de sal de una bolsa de arpillera y los iba echando en las macetas. Era evidente que el trabajo de aniquilación había empezado días antes porque sólo unas pocas plantas sobrevivían. Las baldosas del invernadero estaban cubiertas de hojas secas y flores marchitas. Aunque había entrado como un intruso, me miró sin reprobación ni sorpresa.

—Este jardín ya no sirve, Salvatrio. Me trae malos recuerdos. Voy a empezar uno nuevo.

Después de la explicación continuó su trabajo. Aquellas plantas, venidas de lugares remotos del mundo, tan distintas unas de otras, ahora jugaban a ser iguales. Una orquídea, cultivada con enormes cuidados, en nada se parece a una vulgar margarita que crece en un baldío, pero ya marchitas son la misma flor.

Me quedé unos segundos contemplándola. Un puñado tras otro. Ya amanecía. Apagué la lámpara y la dejé sola en su jardín de sal.



PABLO DE SANTIS. Nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz* y *el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.